
ESTRELLA
CORREA
EDICICIÓN
NAVIDAD
Hasta el
último
DESTELLO

Copyright © 2025 Estrella Correa

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición: Noviembre 2025

Título Original: Hasta el último destello

Hasta el último destello

Estrella Correa

A mi niño, Francisco.
A mi amigo, Pedro.
Dos caras de una misma moneda.

Para quien todavía crea en las historias
que no deberían existir
y aun así existen

SINOPSIS

Emma siempre ha vivido rodeada de certezas… hasta que la vida decide ponerlo todo patas arriba. Lo que debía ser un año más se convierte en un viaje inesperado, lleno de cambios, de decisiones que duelen y de otras que iluminan.

En medio de todo aparece alguien que no esperaba: un chico diferente, enigmático, con una luz propia que reconoce la suya incluso antes de que ella se atreva a mirarlo de frente. Entre conversaciones que calientan el invierno y silencios que dicen más que cualquier palabra, Emma descubre que hay encuentros capaces de transformar incluso los días más grises.

Pero nada es tan sencillo. A veces la vida nos pone frente a personas que dejan huella… aunque no estén destinadas a quedarse. Y Emma tendrá que aprender a navegar entre lo que fue, lo que es y lo que podría ser, mientras intenta agarrarse a esos destellos que hacen que todo merezca la pena.

Una novela íntima y delicada sobre el amor que se entrega sin pedir nada, sobre el dolor que transforma y sobre los destellos que dejamos en quienes amamos. Un relato para subrayar, para guardar cerca del corazón y para recordar que incluso en la oscuridad siempre hay un poco de luz.

ÍNDICE

Prólogo

1. Todo parecía eterno.
2. Primer año en Columbia.
3. Jueves de juegos.
4. La fiesta y la chica.
5. Viernes de invierno.
6. El examen más dramático de mi vida.
7. Acción de Gracias.
8. Acción de Gracias en casa.
9. El fin de semana más tranquilo de mi vida.
10. De vuelta al campus.
11. El silencio.
12. Lo raro empezó despacio.
13. La noche más larga.
14. Señales.
15. El nombre del miedo.
16. El día D.
17. La primera mañana del después.
18. El túnel interminable.
19. Adónde va la esperanza.
20. El primer día del resto de mis glóbulos blancos.
21. Entre lo que pesa y lo que sostiene.
22. Día X del tratamiento.
23. El día que volví a caminar como un humano.
24. Lo que ya no encaja del mismo modo.
25. Donde empieza algo que aun no entiendo.
26. Una semana para recordar quién era.
27. Siete días iguales.
28. El de antes, el de ahora, el de después.
29. La aguja, la espera y lo que ocurre entre medias.
30. Un día cualquiera.
31. Lo que duele en los cuerpos pequeños.

32. Días que pesan, días que sostienen.
33. La visita y la terraza.
34. Lo que empieza en un pasillo.
35. Un diciembre distinto.
36. El peor día.
37. Cuando el miedo entra sin llamar.
38. Los dragones vuelan.
39. Para ti, que me quieres, que te quiero.
40. El cristal y los barquitos.
41. Exámenes, fiestas y cosas que no se dicen.
42. El día que conocía a Jonas.
43. El despertar.
44. El sofá gris frente al cristal.
45. Era un idiota.
46. La Navidad a la vuelta de la esquina.
47. El artículo imposible.
48. La piscina que nunca existió.
49. Con la punta de los dedos.
50. La campana.
51. La explosión.
52. Las amigas, medicina.
53. Los astronautas que esperan médula.
54. El cielo está repleto de ángeles.
55. El trasplante.
56. El frío no era de invierno.
57. El amanecer te encuentra de mil formas.
58. Dos manos, un cristal.
59. La carta que quemaba dentro.
60. Nochebuena.
61. Nochebuena en el paraíso.
62. La noche y la promesa.
63. Navidad.
64. El vacío.
65. El golpe.
66. La caída.
67. La luz.

68. La vuelta.
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

PRÓLOGO

Hay personas que llegan a tu vida para iluminarla. Otras solo vienen a enseñarte dónde estaba la oscuridad. Aidan… fue las dos cosas.

No podría explicar con exactitud el día en que lo vi por primera vez. No porque no lo recuerde, sino porque a veces los encuentros importantes no tienen banda sonora, ni aviso previo, ni un plano cinematográfico que los señale desde lejos.

Solo ocurren.

Como un destello.

Lo que sí recuerdo es la sensación. La forma en que el lugar, durante un segundo, dejó de estar suspendido entre la vida y la espera. Había algo en él que rompía la quietud; ese chico llevaba verano guardado en los bolsillos. Sonreía con una facilidad que no debería existir en un sitio así, con esa manera de mirar el mundo que hace daño de lo bonita que es.

No sé qué hacía yo ese día. Ni siquiera sé si él me vio antes. Solo sé que, cuando levanté la vista y nuestras miradas chocaron, la vida hizo un ruido distinto dentro de mí.

De vez en cuando pienso que debí darme cuenta de que estaba a punto de ocurrir algo grande. O de que, desde ese momento, nada volvería a ser exactamente igual. Pero no lo hice.

Él simplemente estaba allí. En el pasillo equivocado, en el momento exacto para recordarme que incluso en los lugares más fríos también existe un sitio para la luz.

Si alguien me hubiera dicho que ese chico cambiaría todos mis inviernos… habría corrido hacia él. O quizá habría corrido en dirección contraria.

No sé cuál habría sido menos dolorosa.

Solo sé que Aidan apareció sin aviso, sin lógica… y sin pedir permiso.

Y, desde entonces, cada vez que pienso en aquel primer destello, en aquella chispa pequeña que no supe entender, me doy cuenta de que algunas historias empiezan así: con una mirada que no significa nada.

Hasta que, de repente, lo significa todo.

Capítulo 1
Todo lo que parecía eterno

Emma

A Nueva York le sentaban bien las mañanas frías. La ciudad se veía limpia, brillante, recién estrenada. La luz de las farolas aún encendidas rebotaba en los charcos y las hojas secas crujían bajo mis botas marrones mientras cruzaba el South Lawn de la universidad de Columbia a toda prisa. Me había quedado dormida por una razón más que loable, al menos para mí. Gorro rojo, guantes y bufanda verde, abrigo beis. Proyecto de árbol de Navidad andante. Me gustaba.

Miré el reloj y aceleré.

—Ya llego —murmuré.

Alcé la vista. Lindsay me esperaba arriba, en lo alto de la escalinata del *Philosophy Hall*, recortada frente a la *Butler Library* y al *Low Memorial*, la mole solemne donde estudiábamos literatura inglesa, con su piedra clara, sus ladrillos rojizos y esas columnas que imponían sin resultar hostiles.

—¡Hartley, espabila! —gritó—. Curtis cierra a en punto.

Levanté el vaso y eché a correr. Un chorro de café se escurrió por el guante de lana (uno solo, el superviviente; al resto los había ido dejando viudos por el camino), pero no era mi mayor preocupación. Tenía la cabeza llena de otras cosas: la fiesta del viernes en Alpha Delta Nu, los exámenes antes de las vacaciones de invierno, dos proyectos, el turno en el periódico, una presentación.

—¡Voy! —respondí.

Dicen que Columbia impone, que es demasiado grande para cualquiera. A mí me sucedía justo al revés. Sentía que se ajustaba a mí, que me reconocía entre la multitud.

Subí los escalones con las mejillas encendidas y cruzamos la puerta principal sin frenar, dejando atrás las manillas gastadas que cada mañana nos cedían el paso en silencio.

—Buenos días. ¿Dormiste anoche? —preguntó Lindsay, mientras atravesábamos el pasillo y salíamos a la plaza interior, llena de bicicletas apoyadas donde encontraban hueco y carteles de clubes literarios y lecturas de poesía.

—Estuve leyendo. Ya sabes, se detiene el tiempo —respondí, consultando la hora de reojo.

—¿Literatura europea?

—Erich Segal.

—¿Otra vez Love Story?

Encogí los hombros.

—Es mi proyecto final.

Subimos las últimas escaleras hasta las aulas. Arriba, el laberinto de siempre: pasillos, puertas entreabiertas, el murmullo de estudiantes y pasos ligeros. Albert pasó corriendo y nos animó con la mano.

—¡Vamos, chicas! ¡Llegamos tarde!

Lindsay y yo nos detuvimos un segundo en la puerta del aula.

—Sabes que no tienes que aprendértelo de memoria, ¿verdad? —sonrió.

Entramos a menos de un minuto de la hora. La clase estaba casi llena. Nos sentamos en la tercera fila, junto a Grace, mi esquina en el mundo, mi cómplice intelectual. Entendíamos las mismas referencias y compartíamos el mismo nivel de adicción al chocolate.

—Casi no llegas —susurró—. ¿Qué ha pasado?

Le enseñé el ejemplar destrozado de Love Story. Lo compré de segunda mano casi nuevo; desde entonces, las páginas llevaban mi huella dactilar, mis notas y mis dobleces.

Saqué la libreta, el estuche, un *post-it* donde había escrito: "Faulkner: la familia es un fantasma que vive en casa". Dejé tres caramelos sobre la mesa. Uno para cada una.

El profesor Curtis paseaba frente a la pizarra con sus tarjetas amarillas. Proyectó una frase: *The past is never dead. It's not even past.*

—Si el pasado no está muerto —presentó—, ¿cómo se nos aparece?

Pensé en la manta de cuadros del sofá de mis padres, en Newton, en el primer frío encendiendo la casa por dentro. Pensé en Benji. Pensé en el audio de anoche:

He dibujado un dragón con alas de fuego y cola de nube. ¿Eso existe, Em?

Le respondí que sí, que todo lo imposible existe un poco cuando lo miras mucho.

Alcé la mano. Curtis me dio la palabra:

—¿Señorita Hartley?

—En lo que guardamos. Y en lo que repetimos. A veces las costumbres son una forma de rezar.

Curtis me observó por encima de las gafas y asintió. Grace me rozó el codo por debajo de la mesa. Sonreí. En ese instante, estuve exactamente donde quería estar.

A la salida, el campus seguía desplegado en el mismo collage: bicis, árboles, carteles, una chica con gorro amarillo vendiendo galletas para recaudar fondos.

—¡Que no derriben la casa del guarda! —repetía, repartiendo folletos a todo el que se dejaba interceptar.

—Albert, ¿esa mochila no es demasiado grande? —preguntó Lindsay, cuando nos sentamos en un banco húmedo y él se alejaba a paso marcial. Estaba a punto de llover. Él contestó con un saludo militar y desapareció.

—Esta noche, *movie night* —anunció Grace—. Película mala a propósito y chocolate caliente.

—Con mantas y derecho a comentar los diálogos —añadió Lindsay.

—Con derecho a llorar sin explicaciones —concluí.

Reímos las tres, jóvenes y presentes, empeñadas en estirar ese instante hasta que pareciera infinito.

Por la tarde, volvimos a la hermandad. En la cocina sonaban voces y platos, alguien removía una olla enorme. El salón vibraba con conversaciones cruzadas y planes para Acción de Gracias. En la pared, las fotos del último *homecoming:* yo con un vestido verde y esa expresión de reconocimiento que había tardado años en encontrar en un espejo.

Maya, delantal estampado y coleta alta, servía sopa con un pulso clínico.

—Se nota que estudias cirugía —le di un beso en la mejilla.

—Todo lo hago con amor —respondió—. Y con bisturí invisible.

—¿Dónde está el resto?

—En Delta Phi Epsilon.

—Más sopa para las que quedamos.

Me quité el abrigo y lo dejé en el perchero. Grace amagó con escaparse escaleras arriba.

—Voy a ducharme.

—Error vital —sentenció Maya con la cuchara en alto—. Primero se alimenta el cerebro, luego se limpia el cuerpo.

Todas nos sentamos alrededor de la mesa sin rechistar.

—¿Vienes a la noche de juegos del jueves, Hartley? —me preguntó Maya, tesorera de la casa y columna vertebral de su logística.

—Si The Ledger me suelta, sí. Pero no pienso volver a perder mis M&M's.

—Las reglas de la casa no contemplan excepciones —dijo con solemnidad.

Apoyé el móvil junto al vaso y abrí el último audio de Benji en altavoz. Entre cucharas y vasos, su voz se abrió paso hasta mí.

Em, hoy me cambiaron de sitio. Me toca con Dylan. Mastica raro. ¿Los dinosaurios mastican? La seño dice que me concentre en mates, pero yo me concentro en pensar. ¿Eso cuenta?

Me mordí el labio para que la sonrisa no me explotara en la cara. Lindsay me miró de lado.

—¿Tu hermano?

—Mi persona favorita —contesté.

Pulsé el botón de respuesta:

—Los dinosaurios no mastican. Devoran. Tenlo en cuenta. —Se lo envié.

—Entonces Anthony es T-Rex —dictaminó Grace.

Reímos. El mundo encajaba en su sitio.

Por la noche vimos *El diario de Noah*. En el salón, las luces bajas, mantas repartidas y cuencos de palomitas reemplazando apuntes. Noah Calhoun le decía a Allie Hamilton que «el mejor amor es el que despierta el alma y nos hace aspirar a más, que enciende el corazón y trae paz a la mente» cuando mi móvil vibró con el nombre de Anthony. Lo tomé en serio; me tomaba en serio casi todo, el trabajo aún más.

Subí las escaleras, entré en mi dormitorio y cerré la puerta.

—No te refugies en Widener. Sé cuánto te gusta esa mesa con cicatrices. ¿Lo tienes? —soltó sin saludo.

—Lo tengo —me senté al borde de la cama.

—¿Lo envías?

—Dame cinco minutos.

—Siempre dices eso y me sobran cuatro. ¿Por qué me tratas así?

—Te trato igual que a cualquiera a quien aprecio.

Colgué antes de que pudiera responder. Abrí el portátil. Había escrito sobre bibliotecas pequeñas en barrios que casi nadie miraba. Llamé a directoras, escuché historias de clubes de lectura, niños que descubrían que las palabras abrían puertas. Tomé notas inclinadas, llené márgenes de dibujos distraídos.

Envié el borrador. Hannah, la correctora, respondió media hora después:

Esto late, Hartley.

Me gustó pensar que un texto podía respirar.

Sobre el escritorio tenía un corcho convertido en mapa sentimental: entradas de cine con Grace, una postal antigua de la *New York Public Library* que encontré mi primera semana en la ciudad, un billete de tren a Cold Spring, cuando fuimos a mirar hojas doradas junto al río. En el centro, una foto de Benji con un diente menos y un polo naranja enorme. Detrás, con su letra torcida, había escrito: «Si lo miras fijo, no te muerde». Nunca fallaba.

Me puse a pulir otro texto. Quitar una frase, añadir otra, mover una palabra. Revisar me calmaba. Tenía algo de rutina doméstica: ordenar letras y, al hacerlo, ordenar un poco el día.

A las ocho y cuarto exactas sonó el *FaceTime*. Nuestro ritual. Mis padres aparecieron en la pantalla, en el sofá de Cold Spring, bajo la manta de cuadros que casi tenía mi edad. Mi madre sujetaba una taza con las dos manos. Mi padre, fiel a sí mismo, llevaba el jersey azul marino de los Red Sox.

—Vendrás para Acción de Gracias —dijo mi madre, en ese tono que mezclaba ilusión y advertencia—. Han puesto un *farmers' market* nuevo cerca de la estación. Hay una señora que hace magdalenas de arándanos que te van a matar.

—Que no me maten —sonreí—. Tengo ensayos pendientes. Pero sí, iré. Llevaré *bagels* de Oak Street, los que le gustan a papá. ¿Dónde está el monstruo?

—Aquí —asomó Benji, media cara en pantalla, conspirador—. Emma, hoy fui un pino. Tuve que estar quieto un montón. Casi me muero de estar vivo.

—Ser un pino exige disciplina. ¿Te tocó sostener pájaros?

—Y ardillas. Las ardillas son sagradas. ¿Puedo comer magdalenas el sábado? ¿Puedo comerlas? Están ricas.

—Media —intervino mi madre—. Y solo si cenas verdura.

—Las ardillas comen verdura —sentenció él—. Desde hoy soy una ardilla.

Mi padre rio con ganas.

Detrás de ellos, en la pared, estaba la pizarra blanca que actualizaban cada noche.

HOY: cosas pequeñas que salen bien.

Debajo, tres líneas:

La lavadora no se quejó. Suerte.
Benji el pino logró no moverse. Orgullosos.
La casa huele a sopa de pollo. Hogar.

Era su manera de sujetar los días: nombrando lo que quedaba.

—¿Todo bien por ahí? —pregunté.

—Todo bien, Em —confirmó mi padre—. Tú estudia. Y trae esa risa de vuelta cuando vengas. La casa se acomoda sola cuando te escucho reír.

—¿Vas a llorar cuando la veas entrar por la puerta? —lo chinchó mi madre.

—Siempre estoy a dos milímetros —admitió—. Por vuestra culpa.

Hablamos de cosas pequeñas: la vecina que aparcaba raro, un jersey que picaba, una receta que no terminaba de cuajar. Benji se despidió con un beso tan exagerado que casi me borra de la pantalla. Cuando colgamos, cerré el portátil con cuidado. La nostalgia me rozó el esternón, suave y conocida.

Tenía once años cuando Benji llegó al mundo. Once. Una edad absurda para entender según qué cosas, pero suficiente para que la vida se te quede grabada en el pecho para siempre.

Recuerdo aquella mañana como si hubiera ocurrido ayer. Mamá llevaba horas en la habitación, exhausta, casi sin voz, y papá entraba y salía con un miedo que no había visto nunca en un adulto, aunque trataba de esconderlo. Yo esperaba en una silla azul demasiado grande para mí, con las piernas colgando y el corazón fuera de lugar. No sabía qué significaba ser hermana mayor, pero entendía que algo estaba a punto de cambiar.

Cuando una enfermera entró y dijo que podía pasar, todo mi cuerpo se apagó y encendió a la vez. Caminé despacio hacia la cama, sosteniendo el aire.

Fue cuando lo vi.

Pequeñito. Envuelto en una manta blanca. La piel rosada, las pestañas finas, los párpados cerrados. Era tan diminuto que pensé que si me acercaba demasiado podría romperlo sin querer. Y aun así, algo en ese instante me arrastró hacia él.

Mamá me hizo un gesto suave.

—Ven, Emma. Saluda a tu hermano.

Di un paso. Después otro. Sentí que tenía once años y, al mismo tiempo, una responsabilidad inmensa por y para él.

Me incliné un poco, temblando sin motivo, y extendí la mano. Toqué su guantecito primero. Después, su piel tibia. Y él, con un gesto mínimo, abrió los dedos y atrapó mi dedo índice entre los suyos.

Apretó.

No fuerte. No débil. Solo… exacto.

Y en ese segundo, me llené entera.

No tengo otra forma de decirlo. Algo en mí se abrió, una especie de luz silenciosa que ocupó todos los rincones. Un amor desconocido, nítido, enorme, que no cabía en mi cuerpo de niña. Era como sentir que el mundo tenía sentido por primera vez.

—Hola, Benji —susurré, y mi voz salió demasiado mayor para mi edad.

Él no respondió, claro, pero fue suficiente. Ese apretón mínimo lo dijo todo: te encuentro, te elijo, aquí estoy.

Supe, sin que nadie me lo explicara, que ese niño acababa de convertirse en mi persona favorita. Mi regalo. Mi pequeño universo. La certeza más pura que iba a tener nunca.

Desde ese día quise protegerlo de todo, incluso de aquello que yo aún no sabía nombrar. Su luz era tan evidente que bastaba mirarlo para entender que había venido a cambiarlo todo.

Y lo cambió. Para siempre.

Dos golpes suaves sonaron en la puerta.

—¿Interrumpo? —Lindsay asomó la cabeza.

—Solo al portátil dormido. —Lo señalé sobre la colcha.

Entró con una bolsa que tintineaba. Sacó una guirnalda de luces, dos velas pequeñas con etiqueta de *spiced apple* y un paquete de

servilletas con copos de nieve dorados.

—Ensayo general —anunció—. El viernes será perfecto, Hartley. Tema «Invierno luminoso». Maya se encarga del presupuesto y Grace de la *playlist*. Quiero que la sala parezca un abrazo.

Esa frase me ganó.

—¿Qué necesitas de mí? —Me remangué, lista para ayudar.

—Carteles bonitos con tu letra, tu ojo para colocar cosas y, si se puede, una mesa de cacao con canela y nubes. Las nubes hacen que la gente se quiera un poco más.

Reí. Abrí el cajón y saqué rotuladores y un rollo de *washi tape* de estrellas. Escribí *Welcome Winter* en una cartulina azul noche, despacio, hasta que las letras encajaron.

Lindsay desplegó las luces y las probó; la habitación se llenó de puntos cálidos. Fuera, una llovizna fina convertía el campus en postal.

—Grace dice que la *playlist* tendrá tres actos —contó—. «Llegada y abrigo», «Risas y fotos» y «Quedarse un poco más». Lo último son canciones que te dejan la sonrisa puesta sin hacer ruido.

—Perfecto. Puedo hacer una pared de Polaroids. Cuerda entre las estanterías del salón, pinzas de madera y fotos del trimestre. Lo que queramos recordar en enero.

—Exactamente eso —asintió—. Recordar lo que elegimos quedarnos. ¿Ves por qué te necesitamos?

Me enseñó una lista en el móvil, llena de tareas y emojis. Hice una foto mental y otra real. Añadí en mis notas: «Canela en rama, ralladura de naranja, pizca de sal: secreto del cacao».

Pasamos un rato en el salón repartiendo mantas sin encender las luces, probando esquinas. Lindsay explicó que había escogido copos dorados porque el invierno no era solo frío, también brillo. Me pareció una definición bastante precisa de la vida entera.

—¿Qué te vas a poner? —preguntó de pronto.

—No lo sé. Quizá el vestido verde con medias negras. O jersey blanco y falda. Invierno sin drama.

—Ponte algo que te deje ser tú —resolvió—. Lo demás es atrezo.

No era una frase grande, pero encajó.

Cuando terminamos, recogimos con la misma delicadeza con la que se guardan las cosas buenas antes de tiempo. Le prometí los carteles para mañana. Ella me prometió chocolate y fotos sin filtro.

—Que descanses, Hartley —dijo en la puerta de su cuarto—. Mañana madrugamos para reservar la sala común. Y no olvides pedirle a Anthony el trípode del Ledger. Así las fotos no saldrán borrosas.

—Lo apunto. —Tecleé una nota rápida.

Mi habitación me recibió en calma. Coloqué la cartulina a medio terminar en el respaldo de la silla, dejé las servilletas doradas en el cajón de los tesoros inútiles y miré el vestido verde sobre la colcha. Funcionaba. Con medias negras. Con botas. Con mi risa.

Escribí una lista corta para el día siguiente: «Clase. Ledger. Carteles. Llamar a mamá por los *bagels*. Canela. Pinzas para fotos». Apagué la lámpara. La penumbra dejó a la vista los contornos de mis cosas.

Toqué el borde del portátil, aún tibio, y lo acerqué un poco más, como si el calor de sus voces siguiera allí, atrapado entre las teclas. Luego respiré hondo y me metí en la cama, sin saber que aquella rutina tan frágil que intentaba contenerlo todo estaba a un solo gesto del cambio.

De momento, la vida seguía en su sitio. Y yo también.

Creía que duraría.

Capítulo 2
Primer año en Columbia

Aidan

Si alguien me hubiera dicho que la felicidad tenía sonido, habría respondido que era el ruido del campus de Columbia en septiembre: bicicletas chirriando, estudiantes corriendo porque llegan tarde, alguien tocando la guitarra en las escaleras de *Low Library*, conversaciones mezcladas con promesas de futuro y café barato.

Ese día (mi primer día como estudiante universitario) me sentí invencible. El mundo entero se abría ante mí diciendo: «Anda, Aidan, haz algo grande. O al menos no la líes en la primera hora».

Aviso: la lie un poco.

Llegué con mi mochila azul nueva, mis zapatillas blancas impolutas y mi mejor sonrisa. Nadie podía quitarme la sensación de que la vida estaba empezando de verdad, ahí, entre edificios sacados de una película.

—¡Aidan! —gritó alguien detrás de mí.

Me giré a tiempo de ver a Owen, mi amigo y compañero de habitación, levantando ambos brazos. Venía con el pelo despeinado, la camiseta arrugada y un entusiasmo que rozaba lo ilegal.

—Tío —se quejó al detenerse—, corres demasiado. ¿Qué desayunas? ¿Red Bull o esperanza pura?

—Ilusión —respondí dándole una palmada en el hombro—. Deberías probarla algún día.

Owen bufó.

—Yo desayuno realismo. Y tostadas. O la habría desayunado si la tostadora de nuestra residencia funcionara. ¿Te has fijado en que parpadea pidiendo ayuda?

—Es Columbia, no un *poltergeist*.

Cruzamos el campus hacia *Butler Library*, donde habíamos quedado con los chicos del equipo de fútbol. Yo llevaba semanas

deseando ese momento: entrenar en un campo universitario, conocer a mis compañeros, sudar, competir… vivir.

Cuando llegamos, ya había gente calentando. Entre ellos estaba Connor, el capitán, un tipo de mirada intensa y bíceps como dos sandías.

—Tú debes ser el nuevo —me saludó cuando me acerqué.

—Aidan Bennett —me presenté.

—¿Del instituto de Jersey, no? Vi algunos vídeos tuyos.

No pude evitar sonreír. Que un tipo como él hubiera visto mis partidos era como si Messi me hubiera dado *like*.

—Espero estar a la altura —contesté.

—No te preocupes —sonrió—. Si eres malo, te echamos. Somos muy democráticos.

Reímos todos. Buen ambiente. Ilusiones al cien por cien.

El entrenamiento fue perfecto: sol agradable, pases fluidos, Owen chocándose contra un poste porque «no lo vio venir» (no supe cómo no se rompió la nariz). Cuando terminé, me desplomé en el césped, sudado, feliz, exhausto en el mejor sentido posible.

—¿Vas a sobrevivir, o aviso a los de medicina? —preguntó una chica acercándose con una botella de agua.

Tenía el pelo rizado, largo hasta la cintura y rojizo, una camiseta de Columbia que le quedaba enorme y ojos grises que creían conocer más del mundo de lo que yo conoceré nunca. Se llamaba Hannah. Periodismo. Mandona desde nacimiento, según ella.

—Sobreviviré. Pero si quieres tocarme la frente por si tengo fiebre, no me ofendo.

—Qué pena. Me gustan más los que saben ligar sin parecer que lo han ensayado en el espejo.

—*Ouch.* —Me di un golpe en el corazón.

Se alejó con una sonrisa torcida y me quedé observándola. Era muy bonita.

Owen apareció a mi lado.

—¿Te acabas de comer un rechazo, o me lo ha parecido?

—Me lo ha parecido a mí también.

—Bienvenido a la universidad, campeón. —Me dio la mano y me levanté de un salto.

Salimos del campo muertos de risa. La vida era simple. Brillante. Posible.

Por la tarde, fuimos a la feria de clubes en el campus. A fútbol ya estaba apuntado, gracias a él podía estudiar en Columbia con una beca, me lo había currado durante años, no solo entrenando, también estudiando horas interminables; al club de astronomía (sin saber por qué, pero me convencieron diciéndome que daban pizza gratis), y Owen me arrastró al club de debate, donde duramos exactamente tres minutos hasta que nos dimos cuenta de que no éramos lo suficientemente serios para esa gente.

—Esta peña sabe argumentar —susurró él al salir—. Yo solo sé gritar.

—Y yo solo sé correr.

—Somos poesía incomprendida. Tienes que aprender a debatir. ¿Qué harás cuando seas senador o… presidente de los Estados Unidos?

—Gritar, como hace un momento.

Soltamos unas carcajadas.

Estudiaba Ciencias Políticas, pero no deseaba dedicarme a eso, sino a la abogacía.

Los estudiantes iban y venían cargados de libros y futuros. De pronto, me detuve en mitad del camino. No sabía por qué. Era una sensación extraña.

—¿Qué pasa? —preguntó Owen.

Me llevé una mano al pecho, no por dolor, sino por emoción pura.

—Es que… —miré a mi alrededor— esto es la vida empezando, ¿no?

Owen me observó y sonrió.

—Sí, Aidan. Esto es el comienzo. Disfrútalo antes de que la pila se agote.

—Mis pilas son alcalinas.

Esa noche, mientras me tumbaba en mi cama de la residencia, escuché a Owen roncar, a gente reírse en el pasillo, a alguien cantar sin talento aparente en la habitación de al lado, y pensé: *Estoy exactamente donde quiero estar.* Y eso, durante un tiempo, fue verdad. Muy verdad. Muy real. Muy mío. Hasta que mi propio cuerpo empezó a contar otra historia. Pero eso… vendría después.

Capítulo 3
Jueves de juegos

Emma

—Si pierdes, cantas. Y no vale murmurar ni inventarte la letra.

—Eso suena a amenaza —contesté sosteniendo la torre de Jenga.

—No —corrigió Maya—. Es un acto de justicia social.

Lindsay Cho, que soñaba con ser socióloga, directa y sarcástica, se echó hacia atrás en el sofá con su gorro de lana puesto.

—Si cantar es justicia, Emma Hartley debería estar en la cárcel.

Reí.

—Podría decir lo mismo de tu sentido del ritmo.

El salón de la hermandad era un campo de batalla de risas y tazas a medias. La noche de juegos se había convertido en tradición cuando entendimos que, a veces, lo más urgente era desconectar una hora de todo lo que pesaba fuera: exámenes, entregas, becas, trabajos de fin de trimestre.

La vida universitaria era preciosa. Y cara. En todos los sentidos.

A un lado, Grace apuntaba los nombres de las «víctimas» en una libreta. En la estantería, el piano eléctrico sujetaba una hilera de

velas y un altavoz lanzaba una lista de temas bautizada como «Canciones que no curan, pero acompañan». El invierno apretaba en la calle; dentro se estaba bien.

—¿Ya sabéis si os han renovado la beca? —preguntó Maya mientras encajaba una pieza. Científica, racional y con un humor seco que equilibraba el de Lindsay.

—Yo sí. Envié la documentación a tiempo, aunque me costó media vida —respondió Grace, sensible, de abrazo fácil.

—Yo aún no —confesé, y la torre tembló—. Me falta el comprobante del periódico.

—¿El del Ledger?

Asentí.

—Piden las horas exactas trabajadas este trimestre. Supongo que necesitan asegurarse de que el dinero de la beca no me lo gasto en cafés.

Todas rieron. Lindsay me lanzó una servilleta hecha una bola.

—Si trabajar en el Ledger no cuenta como esfuerzo académico, no sé qué lo hace.

—Sí que cuenta —añadió Maya—. El problema es que las becas nunca son completas. Ni para los que las necesitan ni para los que las merecen.

Su frase se quedó flotando. Sabíamos de qué hablaba. Casi ninguna podía permitirse esa universidad sin becas, préstamos o trabajos a media jornada. En mi caso, tenía las tres cosas.

Mi beca cubría algo más de la mitad de la matrícula; el resto eran préstamos que, según mis padres, no debía pensar demasiado. Pero pensaba. Cada vez que dejaba la mochila en una mesa de biblioteca y recordaba cuánto esfuerzo había detrás de estar sentada allí.

Quizá por eso trabajaba tanto en el Ledger. No solo por dinero. También por orgullo.

La torre se vino abajo con un golpe seco.

—¡Canta! —gritó Lindsay.

—No pienso hacerlo. —Me crucé de brazos.

—Entonces escribes una verdad —dictaminó Grace, encantada con su papel de jueza.

Cogí el bolígrafo y escribí en la primera línea vacía: Tengo miedo de acostumbrarme a la felicidad.

—Eso suena a final de película —dijo Maya.

—O a ensayo de filosofía —amplió Lindsay.

—O a sinceridad —cerró Grace.

Me encogí de hombros.

—No me hagáis caso. Solo es una frase.

Pero no lo era. O sí. Por primera vez, todo en mi vida estaba donde debía: profesores que sabían mi nombre, amigas de verdad, un trabajo que me gustaba y esa sensación nueva de encajar. Después de años estudiando con el miedo de no ser suficiente, había aprendido a respirar entre entregas, a dormir con la cabeza llena de ideas y no de preocupaciones.

Los jueves por la noche eran mi pausa secreta.

Grace perdió la siguiente ronda y escribió: Prometo no volver a enamorarme de nadie que sepa citar a Whitman.

Reímos tanto que Lindsay casi tiró la taza.

—Eso es imposible —protesté—. Aquí todos saben citar a Whitman.

—Precisamente por eso —dijo Grace—. Hay que aprender de los errores.

Maya se levantó y, sin previo aviso, empezó a cantar *Girls Just Want to Have Fun*. Nadie la acompañó, pero su voz llenó la habitación con una mezcla de desafino y alegría que le sentaba bien a la noche.

El reloj marcaba las diez y media cuando Lindsay apagó las luces del techo y dejó solo encendidas las guirnaldas. El salón se volvió dorado. Grace se sentó en el suelo, yo me acurruqué en el sofá. Afuera empezaba a nevar.

—Soy feliz —suspiró Maya—. Esto es la felicidad.

—¿Esto qué? —preguntó Lindsay.

—Esto —repitió—. Jugar, reír, estar cansadas pero bien. No tener que fingir.

—Suena a definición académica de la amistad —dije.

—Apúntala para el periódico —sugirió Grace.

—Lo haré. Aunque Curtis diría que le falta una cita de Faulkner.

Reímos otra vez. Era fácil reír allí.

Me levanté para servirme más chocolate y el móvil vibró en el bolsillo. Mensaje de Anthony:

El artículo de las bibliotecas está siendo muy leído. Buen trabajo, Hartley.

Sonreí. No solo por el elogio. También por la sensación de estar construyendo algo, por pequeño que fuera.

—¿Buenas noticias? —preguntó Maya desde la mesa.

—Mi jefe no me ha despedido.

—Entonces brindemos por eso.

Alzamos las tazas. Lindsay improvisó un brindis:

—Por las chicas que estudian, trabajan, se rompen la cabeza y aun así tienen tiempo de pintarse las uñas.

—Y por las que no —añadí—, pero igual brillan.

Hablamos de planes para Navidad, de trenes carísimos, de quién tenía familia cerca. Grace pasaría las fiestas en Vermont. Maya se quedaba de guardia en el hospital universitario. Lindsay viajaría a Arizona para ver a su hermana.

—¿Y tú? —preguntaron casi a la vez.

—Mis padres me han prometido una cena sin verdura. Benji está eufórico.

—Suena celestial.

Volvimos a jugar. Perdí otra vez. Esta vez escribí: “Echo de menos lo que aún no ha pasado.” Nadie comentó nada. Grace me miró de

reojo y sonrió.

A las once y media, la nieve caía con fuerza. Lindsay bajó un poco más las luces. Maya se estiró en el sofá, Grace tocó dos notas sueltas en el piano. Por un instante, el mundo fue solo ese salón lleno de risas, juventud y cansancio amable.

Pensé que la felicidad era eso: estar agotada, tener tareas pendientes, un préstamo por pagar y, aun así, sentir que todo encajaba.

—A veces creo —dije en voz baja— que la universidad es una especie de vida paralela. Que todo lo que pasa aquí se quedará aquí.

—Eso es porque aún no hemos terminado —respondió Lindsay—. Lo que venga después puede ser mejor.

—¿Y si no lo es? —preguntó Grace.

—Entonces haremos lo que sabemos hacer —dijo Maya—: inventarnos algo para seguir.

Me quedé callada. Tal vez tenía razón. Tal vez crecer era eso: aprender a inventar formas nuevas de no rendirse.

Cerca de medianoche recogimos las tazas, barajamos las cartas por última vez y dejamos la libreta abierta en la mesa. Lindsay la miró un segundo, como guardando una foto mental.

—Esto hay que repetirlo —anunció.

—Por supuesto —dije—. Si la vida nos deja.

Sonrió.

—La vida siempre deja un poco de espacio a lo importante.

Subí a mi habitación. El pasillo estaba en penumbra, la casa respiraba con el rumor de la calefacción. En el escritorio me esperaban apuntes abiertos y una nota de recordatorios: «Entregar ensayo. Mandar comprobante de horas. Comprar bagels para el sábado».

Saqué la libreta del Ledger y marqué las horas que debía reportar: 62. No estaba mal. A veces me sentía agotada, pero me

consolaba pensar que, en parte, yo misma sostenía el lugar en el que quería estar.

Mientras anotaba, me pregunté cuánto debía mi padre del préstamo. Nunca lo hablábamos. Siempre decían: «Tú estudia, de lo demás nos ocupamos nosotros». Pero sabía que se habían apretado más de lo que reconocían. Que lo que para otros era una matrícula, para los míos era un año de trabajo.

Por eso escribía hasta tarde. Por eso todo.

Apagué el ordenador y revisé el móvil antes de acostarme. Mensaje de Benji:

Em, hoy en clase de arte hice un dragón con fuego en las alas. Dylan dice que los dragones no existen, pero tú me dijiste que sí. ¿Te acuerdas?

Contesté:

Claro que existen. Solo hay que mirar bien.

Dejé el teléfono en la mesilla. Desde la ventana se veía el campus cubierto de nieve. Algunas luces seguían encendidas, como constelaciones humanas que se negaban a apagarse.

El mundo era enorme, pero no me daba miedo. Tenía la sensación de haber encontrado un lugar que también era mío.

Capítulo 4
La fiesta y la chica

Aidan

No sé quién tuvo la brillante idea de celebrar una fiesta un martes por la noche en pleno comienzo del semestre, pero allí estábamos todos: un grupo de universitarios con más ilusión que neuronas operativas, hacinados en una casa que claramente no había sido diseñada para soportar tanta testosterona, perfume barato y reguetón a volumen ilegal.

La casa pertenecía a Mark, un tipo que solo iba a clase los lunes y, aun así, presumía de ser "muy académico". Según él, organizar fiestas era una forma de *networking.*

Según el resto, era que tenía un sótano enorme y un ego todavía mayor.

Entré con Owen a mi lado, que llevaba una camiseta con la cara de Einstein sacando la lengua y unas gafas de sol en la cabeza, aunque eran las diez de la noche.

—Hermano —levantó las cejas como si hubiera descubierto una verdad universal—, estoy espiritualmente preparado para esta noche.

—¿Y físicamente?

—Ah, no. Eso nunca. Pero ¿quién necesita el cuerpo cuando tienes actitud?

Algunos chicos del equipo de fútbol ya estaban allí, mezclados con estudiantes de ingeniería, arte, economía… Columbia entera comprimida en dos plantas y un jardín que olía a cerveza derramada desde hacía décadas.

Cogí una lata caliente del primer cubo de hielo vacío que encontré.

—Esto sabe a castigo —le di el primer sorbo.

—Déjame probar. —Owen tomó un trago, cerró los ojos de dolor y añadió—: Diría que tiene notas de hierro, humedad y… qué asco, tío. La prefiero fría. Soy muy europeo.

Reí a carcajadas.

La música vibraba en el suelo, las luces estroboscópicas creaban un ambiente más propio de una rave distópica que de una fiesta universitaria, y entre todo ese desastre desmedido… la vi.

Hannah.

Con su pelo rizado suelto, riéndose mientras alguien le contaba algo haciendo aspavientos.

Tenía un vaso rojo en una mano y un brillo cómplice en los ojos.

—Ni se te ocurra, Aidan —aconsejó Owen sin mirarme, leyéndome la mente.

—¿El qué?

—Ir hacia ella creyendo que vas a decir algo ingenioso y vas a hacer el ridículo.

—Nunca he hecho el ridículo. —Levanté la palma de una mano.

—Te caiste del autobús el primer día y dijiste que el escalón te tenía manía.

—El escalón estaba torcido.

—Claro, campeón.

Aun así, me encaminé hacia Hannah con mi dignidad irrompible.

—¿Ya has vuelto a rechazar a alguien? —solté al llegar.

Ella giró la cabeza y me dedicó una sonrisa ladeada.

—No, pero dame cinco minutos.

—Uy, qué agresiva. ¿Esa cerveza tiene vinagre o qué?

—Es puré de cebada normal —replicó—. Marca blanca.

Reímos.

La conversación fluyó como si fuéramos amigos de siempre, atrapados en medio de una casa que empezaba a parecer un hormiguero.

—¿Bailas? —pregunté.

—¿Sabes bailar?

—Claro que sí. No bien, pero sé.

Hannah dejó su vaso en una mesita que no parecía muy estable.

—Venga, a ver qué sabes.

Entramos entre la gente, esquivando brazos, saltos, alguien que intentaba hacer una voltereta sin espacio suficiente (falló), y nos pusimos a movernos como dos personas que no tenían nada que demostrar excepto que estaban vivas y que el ritmo no siempre importa.

—Aidan —me gritó Hannah por encima de la música—, tienes un estilo único.

—¿Bueno o malo?

—Único.

Seguimos bailando, riendo, perdiéndonos entre la multitud.

Y entonces, de pronto, un brazo me rodeó el cuello por detrás. Era Owen, sudado, con los ojos brillantes y una sonrisa que anunciaba desgracia.

—!!!HERMANO DEL ALMA!!! —chilló— ¡Tienes que venir! ¡Hay un tío en la cocina intentando beber vodka desde un zapato!

—¿Qué? —pregunté.

—UN. ZAPATO. —Hizo el gesto del zapato con la mano.

Hannah se tapó la boca para no reír demasiado fuerte.

—Ve —me animó ella—. Te necesita más que yo.

—Enseguida vuelvo —le prometí.

Nos metimos en la cocina y, en efecto, un chico estaba intentando servirse vodka en el interior de una zapatilla deportiva Nike.

Lógico: era Columbia, no Harvard.

—Esto va a salir mal —sospeché.

—Ya ha salido mal —contestó Owen—. Se ha bebido el derecho. Va a por el izquierdo.

Yo solté una carcajada tan fuerte que casi caigo de espaldas. Y en ese momento, justo cuando me recuperaba, sentí un toque en mi brazo. Era Hannah.

—¿A quién tengo que matar para que vuelvas a bailar conmigo?

Owen la miró, me miró a mí y dijo:

—Tronco, vete. Yo me quedo supervisando al de la zapatilla. Por el bien de todos.

Me fui con Hannah al salón otra vez. El ambiente estaba todavía más encendido, la música distorsionada, la gente eufórica.

Ella se acercó un poco más, cerca de mi oído, para poder hablar.

—Me caes bien, Aidan Bennett.

—A mí tú también, Hannah de apellido desconocido.

—Mitchell —respondió—. No me gusta, pero es lo que hay.

—¿Tienes un segundo nombre también horrible?

—Rose.

—Es precioso.

—A ti te queda bien decirlo.

El corazón me dio un pequeño salto. Uno de esos que no anuncian futuros, solo instantes buenos.

—¿Quieres aire? —me preguntó ella—. Esto empieza a oler a humanidad condensada.

Salimos a la calle y miramos el cielo. De repente, sin el baile y la gente, no sabíamos qué hacer ni qué decirnos. Yo la hubiera besado, pero evitaba que me pateara los huevos.

—¿Queréis cerveza? —cuestionó Owen, que apareció detrás de nosotros cargando un paquete de latas caliente.

—¿Dónde estabas?

—Intentando que el de la zapatilla no se tragara los cordones. Ha sido épico.

Nos sentamos sobre el capó del coche de Owen, un Honda Civic del 2001 color azul desteñido que hacía ruidos sospechosos incluso cuando estaba apagado.

—Cerveza caliente —suspiró Hannah—. Esto sí que es rock and roll universitario.

—A mí a estas horas me sabe bien —replicó Owen—. Quizá estoy muerto por dentro, pero bien.

—Confirmo lo primero —añadí.

Y ahí nos quedamos los tres: sentados en el capó, bebiendo cerveza tibia, con las luces de la fiesta detrás, el ruido amortiguado, y la ciudad respirando alrededor.

Si alguien hubiera pasado por delante del coche en ese momento, habría pensado que éramos tres idiotas felices embutidos en abrigos, sentados en un Honda que pedía la jubilación desde 2009 y bebiendo cerveza caliente como champán del bueno.

Tenían razón.

Owen dio un trago y se limpió la espuma inexistente de los labios.

—Vale —siguió, con tono ceremonioso—. Turno de anécdotas. Empiezo yo: ¿queréis oír cómo perdí una ceja cuando tenía doce años?

Hannah abrió los ojos.

—¿Perdiste una ceja?

—Técnicamente solo la mitad —corrigió él—. Mi primo quería hacer un truco de magia y…

—Para —alcé una mano—. Ya sé cómo acaba. Fuego, ¿verdad?

Owen chasqueó los dedos.

—Exacto. Un mechero, medio bote de laca y una idea brillante. Salí sin ceja y con olor a pollo quemado.

Hannah soltó una carcajada tan fuerte que su cabeza cayó hacia atrás.

—¿Tu familia está bien? —preguntó entre risas—. ¿Viven todos?

—Sí, sí, somos gente resistente —contestó Owen, orgulloso.

—Vale, mi turno. ¿Queréis saber cómo me expulsaron un día del entrenamiento de mi antiguo equipo?

—Hombre, claro —Hannah se acercó un poco más. Olía a cerezas —. Ilumíname.

—Estábamos haciendo una especie de circuito. Saltos, conos, velocidad… y había una barra baja en mitad del recorrido. Yo pensé que era para pasar por encima. No. Era para pasar por debajo.

Hannah parpadeó.

—¿Saltaste la barra?

—Enterita. Con un grito tipo guerrero espartano y todo. Y caí encima del entrenador.

Hannah se dobló de la risa.

Owen casi se atraganta con la cerveza.

—No —logró decir ella— ¡no es verdad!

—Es totalmente verdad. Mi entrenador se cayó al suelo como un saco de patatas, dijo que era un peligro para la sociedad civil y me mandó a correr alrededor del campo quince minutos.

Owen me dio una palmada en la espalda.

—Y ahora eres tú el que corre más del equipo. Poético.

Hannah apoyó la barbilla en sus rodillas, mirándonos alternadamente, con los ojos brillando por la risa y… algo más.

—Vale —indicó—, me toca. Pero prometéis no juzgarme.

—No prometo nada —respondió Owen.

Ella puso los ojos en blanco.

—En primaria quería impresionar a un chico. Uno que me gustaba mucho. Muchísimo. Así que… —hizo una pausa dramática—, robé la llave del gimnasio para enseñarle que podía subirme a las cuerdas del techo.

Yo intenté contener la risa.

—¿Y bien? ¿Te subiste?

—Subí. Como una heroína. ¿El problema? —Se señaló a sí misma —. Yo. No. Sabía. Bajar.

Owen dejó escapar un sonido parecido a un gemido de risa ahogada.

—No puede ser.

—Me quedé colgada ahí arriba —continuó Hannah— como una piñata humana durante veinte minutos. Hasta que el profesor de educación física entró y empezó a gritar que quién había abierto el gimnasio. Bajé llorando. El chico nunca me habló, por cierto.

No pude evitarlo. Reí tanto que tuve que apoyarme en el capó para no caerme.

—Eres… increíble —indiqué entre risas—. De verdad.

Ella sonrió encogiéndose un poco de hombros.

Owen levantó su lata en alto.

—Brindemos por las decisiones cuestionables que nos han traído hasta aquí.

Chocamos latas. Bebimos más cerveza caliente. Sin saberlo comenzamos un ritual que duró meses.

El frío empezaba a calarnos, pero no nos importaba. Había algo mágico en esa noche absurda: la sensación de que éramos jóvenes, idiotas y felices sin saber por cuánto tiempo.

—¿Sabéis qué? —Owen se lanzó hacia atrás en el capó y se tumbó—. Os juro que esta es la mejor noche universitaria que he tenido.

—Es martes —le recordé.

—Y una mierda —replicó—. Los martes son mis días favoritos. Todo puede pasar los martes. Las desgracias, sobre todo.

Hannah apoyó su cabeza en mi hombro. Así. Sin pedir permiso. Sin pensarlo demasiado. Y yo me quedé quieto, sorprendido, intentando parecer normal mientras mi corazón hacía piruetas.

—Aidan —murmuró ella, sin levantar la cabeza—. Me alegro de haberte conocido.

—Yo también —respondí, aunque sentí que las palabras se me quedaban pequeñas.

—Y yo —añadió Owen—. Pero conmigo no te acurrucas nunca, Mitchell. Lo quiero dejar claro.

Ella levantó un dedo sin mirar.

—Tú hueles a cebolla frita, Owen. No voy a apoyarme ahí.

—¡ES MI DESODORANTE! —protestó él indignado.

Nos echamos a reír los tres a la vez. De verdad. Con esa risa de barriga que te hace sentir vivo de una forma que no se puede explicar bien. Cuando el frío se volvió insoportable, los tres nos bajamos del coche.

Caminamos por el campus con las manos en los bolsillos, tropezando de cansados, medio borrachos, medio felices.

—Prometedme algo —pidió Hannah de pronto.

—Depende de qué sea —respondió Owen.

Ella nos miró a los dos.

Seria por primera vez en toda la noche.

—Prometedme que aunque la universidad se ponga fea… aunque tengáis un mal día… aunque todo se tuerza… seguiremos quedando así. Riéndonos de nuestras desgracias. Como idiotas. Bebiendo cerveza caliente.

Owen levantó la mano.

—Lo prometo.

Yo la levanté también.

—Prometo ser idiota contigo todo lo necesario.

Hannah sonrió. Nos abrazó a los dos. Y seguimos caminando.

Capítulo 5
Viernes de invierno

Emma

Llevábamos toda la semana preparándolo. Lindsay defendía que las fiestas improvisadas eran las mejores, pero yo sabía la verdad: en nuestra casa nada salía bien sin planificación, y menos una fiesta con título propio: Invierno luminoso.

—Necesitamos tonterías imprescindibles —proclamó en cuanto salimos de la facultad—. Más velas, más luces, más copos de nieve falsos y más brillo. ¿Para qué sirve un invierno sin estrellas? Pondremos pegatinas luminosas.

—Para hibernar —replicó Maya guardándose los guantes—. Lo que deberíamos estar haciendo en vez de gastar dinero.

—Calla, científica fría —protestó Lindsay—. La Navidad necesita luz. Mucha.

Entramos en la tienda de decoración del campus.

—Esto es un atraco —murmuró Maya, mirando el precio de un bote de purpurina—. Trece dólares por pegamento brillante. La humanidad está perdida.

—La humanidad se salva con purpurina —gritó Lindsay desde el otro lado del pasillo.

Sonreí. Estanterías llenas de guirnaldas, bolas blancas y estrellas doradas. Todo aquello que los universitarios arruinados no necesitaban, pero compraban igual.

Entonces lo vi.

A unos metros, junto a las luces LED, una chica y un chico se reían mirando una taza. Ella llevaba una trenza larga. Él, sudadera gris y capucha caída. Al levantar la cabeza se le dibujó una sonrisa preciosa. Me quedé quieta.

—¿Esa no es Hannah Mitchel? ¿La del periódico? —preguntó Lindsay.

—Sí. —Me mordí el labio.

Hannah me vio y saludó con la mano. Correspondí al gesto y fingí interés por unas bolas con luces.

—¿Quién es él? —analizó Maya—. Tiene dientes perfectos. Y piel de anuncio.

—Está bueno, chica —respaldó Lindsay—. Es del equipo de fútbol.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque voy a ver los entrenamientos. Educación visual. ¿Qué opinas tú, Em?

—¿Eh? —parpadeé.

—Del chico.

Encogí los hombros.

—No tengo tiempo para eso.

—Siempre con el mismo discurso. Los chicos también forman parte de la experiencia universitaria.

—Hannah es la que preguntó al rector por qué deportes tiene más presupuesto que humanidades —intervino Maya—. Una diosa. Él tampoco me suena, pero muy guapo, sí. No puedo quitarte la razón, Cho.

El chico se agachó, miró otra estantería, dijo algo a Hannah. Compartieron una taza con la palabra amigos, rieron y la dejaron en su sitio. Algo en su gesto cambió. Lindsay me dio un codazo.

—Vale, deja de mirar al desconocido —bromeó—. Vamos a pagar antes de que Maya declare todo innecesario y nos haga devolverlo.

Reí, aunque seguía pendiente de ellos. Hannah me caía bien desde el periódico, pero ese día me llamó más la atención él que ella.

Volví al carrito, cogí una caja de luces blancas y respiré hondo.

—¿Nos vamos? —pregunté.

No sabía aún que la vida ya estaba haciendo sus nudos silenciosos.

El salón estaba irreconocible. Las luces que habíamos colgado la noche anterior formaban un cielo doméstico; las velas, repartidas

por las estanterías, dejaban un resplandor suave. En la mesa central, un cartel que había escrito con rotulador blanco: *Welcome Winter.*

Las chicas habían traído guirnaldas, copos de papel, chocolate y vino barato. No era una fiesta enorme. No lo necesitábamos.

Maya probaba el piano eléctrico. Grace revisaba la *playlist*. Lindsay se paseaba con una bufanda de luces LED que prometía no electrocutarla.

—¿Crees que parecerá suficiente? —preguntó, mordiéndose el labio.

—Brilla —respondí—. Con eso basta.

Pensé en Cold Spring, en la casa de mis padres, en las chimeneas encendidas y la radio los viernes por la noche. Un pueblo pequeño, aceras llenas de hojas, vecinos que se conocían por el nombre. Allí estaba mi infancia. Aquí, mi vida nueva.

El jueves siguiente sería Acción de Gracias. Mis padres insistían en que volviera. Solo una hora en tren, me recordaban. Mamá prometía puré de patatas con mantequilla extra. Me ilusionaba, pero me imponía verlos tan de cerca. Desde que había llegado a Columbia, había construido una versión de mí que ellos aún no conocían del todo.

A las siete, empezaron a llegar los primeros invitados: compañeros de literatura, un grupo del club de debate, dos chicos del equipo de voleibol. Música, risas, vasos con refresco y un toque de alcohol.

—¡Hartley, prueba esto! —Grace apareció con una taza.

Chocolate caliente con nata, ralladura de naranja y sal. Nuestra creación.

—Sabe a abrazo. Pero me he quemado la lengua.

—Es química del corazón —rio—. Bebe agua fría.

Lindsay apagó las luces grandes y todo se tiñó de ámbar.

—Brindemos —propuso—. Por el invierno, por los viernes que huelen a vacaciones y por las becas que nos permiten estar aquí.

—Y por los préstamos que nos recordarán durante veinte años que estudiar no fue gratis —añadió Maya.

Reímos. Brindé también por mis padres, por Benji, por el Ledger, por esa sensación nueva de pertenecer.

La casa bullía. Conversaciones cruzadas, chistes malos, planes para Navidad. Me gustaba mirar alrededor y pensar que, de alguna forma, habíamos fabricado un hogar con nada más que personas y tiempo.

—Mira —susurró Lindsay.

Fuimos a la ventana. Nevaba. Copos lentos, bailando a su manera.

—Si te quedas quieta, parece que todo se detiene —comentó.

—Debería practicarlo más —respondí.

Tomé otro sorbo de chocolate. Entre la canela, la naranja y el cansancio, sentí una calma templada. Ese tipo de paz que da saber que, por una vez, estás exactamente donde quieres.

Grace puso *Dreams,* de The Cranberries. Maya cantó un poco, desafinando. Lindsay se empeñó en grabar vídeos desde todos los ángulos. Yo capturé unos segundos con el móvil. Archivar felicidad se había vuelto una costumbre.

A las nueve y media subí al cuarto para dejar el abrigo y revisar el teléfono.

Tenía un artículo corregido de Hannah, un corazón de mi madre y un vídeo de Benji. Lo abrí.

Mi hermano llevaba una capa hecha con una sábana y un casco de papel de aluminio.

—Soy un dragón del espacio —anunció—. Los dragones del espacio no duermen nunca.

—Menudo peligro —murmuré sonriendo sola.

Pensé en llamarlo, pero sería tarde para él. Le escribiría al día siguiente. Apoyé el móvil en la mesa y contemplé el campus iluminado desde la ventana.

Lindsay asomó la cabeza por la puerta.

—Ven, están haciendo ronda de confesiones. No vale esconderse.

—Estoy vigilando el perímetro —improvisé.

—Mentira. Estás escribiendo un artículo mental: «El cacao como experiencia metafísica».

—Podría.

—Hazlo mañana. Hoy tócalo y ya.

Se lo debía. Bajé con ella.

Grace sostenía la libreta de las verdades en el centro del salón. Algunos invitados se habían ido; los que quedábamos estábamos más cerca unos de otros, con las voces bajas y las manos calientes alrededor de tazas.

—Tu turno, Emma —dijo.

Me senté, cogí el bolígrafo y escribí: «La vida me gusta así: sencilla, llena de promesas pequeñas.»

Maya alzó su vaso.

—Brindemos también por eso.

Brindamos.

Llevaba un vestido verde, el del *homecoming.* Me hacía sentir arreglada sin disfraz. Grace se acercó mientras guardaba platos en la cocina.

—¿Sabes quién acaba de llegar? —susurró.

—Si me dices que el rector, apago las luces y me escondo.

—Anthony Reed.

—¿El Anthony del periódico?

—El mismo. Tu editor jefe.

—No es mi jefe —rectifiqué—. Es el editor jefe.

—Y está muy guapo.

—Siempre está igual.

—Precisamente. Eso inquieta.

Lo busqué. Estaba junto a la mesa de postres, hablando con Maya y con Hannah Mitchel. Veintidós años, tres más que yo, esa serenidad de quien tiene un plan. Dirigía The Ledger desde primero y el periódico funcionaba mejor desde entonces. Le encantaba corregir con bolígrafo rojo y comentarios que irritaban y alentaban a la vez.

Cuando nuestros ojos se encontraron, alzó su vaso.

—Hartley.

—Reed —respondí.

Se acercó.

—¿Vienes a inspeccionar si estoy trabajando? —pregunté.

—Siempre. No confío en mis reporteras estrella cuando hay chocolate de por medio.

—No soy una estrella.

—Todavía.

—Hannah sí.

—Mitchel es muy buena —admitió—. ¿Celosa?

—Solo de su ingenio.

Señaló el cartel de la pared.

—Lo escribiste tú. Se nota. Tienes letra de alguien que piensa antes de hablar.

—No siempre.

—Te sienta bien estar aquí.

No supe qué responder. Bebí un poco de cacao. El sabor del alcohol se imponía.

—¿Vas a venir mañana a la redacción? —preguntó.

—Depende.

—¿De qué?

—De si sobrevivo a esta noche.

Sonrió.

—Esa frase vale para titular algo.

Grace apareció con Hannah del brazo.

—¿Interrumpimos una entrevista o un preludio romántico? —bromeó.

—Una auditoría —solté.

Anthony rio.

—Puedo ir a supervisar el ponche, si a alguien le incomodo.

—No me incomodas —negué—. Pero, si vas, comprueba que las alumnas de química no hayan experimentado.

—Estudio periodismo —aclaró Hannah.

Antes de que pudiera disculparme, la voz de Connor, capitán del equipo de fútbol, resonó desde la mesa de vasos rojos.

—Mitchel, ¿serías capaz de meter todas las bolas a la primera?

—Sabes que sí —respondió ella, segura.

—Voy a verlo —anunció Anthony.

Se fueron hacia el improvisado *beer pong*. Grace se volvió hacia mí con cara de analista sentimental.

—Le gustas.

—Le gusta Hannah.

—Ni de broma.

—Mira cómo la mira.

—Es una sonrisa de compañero. Contigo es otra cosa.

—No exageres.

—Emma… —se cruzó de brazos—. Tiene cara de haber pensado ya vuestra primera cita.

—Que siga pensándolo. No tengo tiempo para citas.

—Ni para un poco de vida.

—Esto ya es vida.

No insistió, pero ese silencio también hablaba.

La música cambió a algo más lento. Volví al salón. Lindsay hacía fotos junto al árbol, Maya bailaba con un chico del club de debate y Grace se desplomó a mi lado con un suspiro satisfecho.

Anthony se acercó un par de veces más: para traerme agua («pareces demasiado responsable como para emborracharte») y para enseñarme un posible diseño de la web del periódico. La tercera vez solo se quedó un momento, mirándome, sin añadir nada.

Era agradable. Demasiado fácil. Lo fácil siempre me daba un poco de miedo.

Me retiré un rato al pasillo. El aire estaba más frío ahí.

—He venido a comprobar que no planeas escapar por la ventana —dijo Anthony a mis espaldas.

—Lo estoy valorando.

—¿Tan terrible es la fiesta?

—Es perfecta. Pero…

—Te gusta tenerlo todo bajo control.

—Bueno… Me gusta que las cosas salgan bien. Como a todos, ¿no?

—A veces hay que escribir mal para escribir bien. —Lo pensó—. Ha sonado mal, pero… ¿me he explicado?

—¿Tratas de darme una clase de lengua?

—No te hace falta.

—Ah, ¿no?

—Tienes talento.

—Pero no tanto como Hannah —resoplé. Lo pensaba de verdad; había pasado ratos leyéndola. Tenía una voz abierta, valiente.

Lindsay irrumpió en el pasillo.

—Hartley, ¡ven! Concurso de adivinanzas literarias. Eres nuestra carta ganadora.

—¿Te apuntas? —pregunté a Anthony.

—Si hay Faulkner, estoy perdido.

—Entonces perfecto.

Regresamos al salón. Entre risas, apuestas y frases robadas de libros, la noche se deslizó sin que nos diéramos cuenta.

A la una y media, las guirnaldas seguían encendidas. Grace dormía en el sofá, Lindsay grababa vídeos, Maya recogía vasos con precisión de cirujana. Anthony se despidió en la puerta.

—Buena fiesta, Hartley.

—Gracias por venir.

—Gracias por dejarme —sonrió.

Hannah lo esperaba en el porche.

Cuando se fueron, noté un hueco pequeño e inesperado. No era enamoramiento ni algo parecido. Era la conciencia de haber sido vista más allá de lo evidente.

Subí a mi habitación. Me senté en la cama, abrí el portátil y escribí:

«Hay noches hechas de cosas diminutas: copos que aún no han tocado el suelo, miradas que no se dicen en voz alta y certezas que duran lo que tarda en apagarse la última luz del salón.»

Capítulo 6
El examen más dramático de mi vida

Aidan

La persona que decidió poner un examen de Introducción a la Teoría Política a las ocho en punto de la mañana debería ser detenida y llevada ante un tribunal especial de estudiantes agotados. Algo en plan: Explique usted mismo esta decisión

Me desperté a las seis cuarenta y siete. No porque quisiera madrugar, sino porque el ventilador de Owen falló y emitió un sonido parecido a un burro deshidratado.

Abrí los ojos. Mi escritorio era un cementerio de apuntes: nombres de filósofos que sonaban peligrosos (Hobbes), otros que sonaban a marca de pasta (Locke), y otros que, sinceramente, no sabía pronunciar bien (Rousseau).

Mi taza de café de ayer estaba ahí, mirándome con un líquido oscuro que podría haber pasado la inspección de armas químicas.

Me incorporé.

—¿Qué haces despierto? —murmuró Owen desde su cama, con voz de zombi administrativo.

—Tengo examen —contesté, buscando mi sudadera azul.

—¿Hoy?

—Hoy.

—Uf.

Volvió a hundirse en las sábanas.

Puse la cafetera pequeña a funcionar. La máquina rugió y creí que expulsaba demonios.

—¿Nos están atacando? —preguntó Owen levantando media ceja.

—Eso es café, campeón. —Ambos nos llamábamos así.

Hizo un gesto flojo con la mano.

—Dile que baje la voz. No son horas para ser productivo.

Serví la taza, respiré hondo y miré mis apuntes una última vez. Intenté concentrarme. Pero todo lo que leía se mezclaba: «Estado de naturaleza», «contrato social», «soberanía», «legitimidad del poder…»

Por qué estudiamos estas cosas antes de desayunar, pensé.

Me vestí, agarré mi Pilot azul (mi arma secreta) y salí con la convicción de que sacaría buena nota a pesar de que antes de dormir me tomé dos cervezas con Owen y Hannah en un bar de mala muerte pero barato.

En el aula, los estudiantes tenían la misma cara que yo: una de pánico, sueño y arrepentimiento vital. Y entonces la vi. Hannah estaba sentada en la tercera fila, como siempre con el pelo recogido en un moño hecho con un lápiz, un jersey gris y gafas para leer a Rousseau sin que te dé un ictus.

Tenía abiertos tres libros, dos apuntes y un bolígrafo verde fluorescente.

La reina del orden.

—Estás pálido —no levantó demasiado la vista.

—Estoy ensayando mi rol de político que finge que se preocupa por la sociedad.

—Te queda bien. Aunque ellos suelen asimilar mejor la teoría del contrato social.

—Yo he asimilado el café. Algo es algo. —Ella esbozó una sonrisa de medio lado, y eso me dio un mínimo de esperanza—. ¿Está libre?

—Todo tuyo.

Me senté a su derecha.

El aula se llenó poco a poco: algunas personas repasaban frenéticamente, otras miraban al vacío en trance filosófico, una chica repetía *Hobbes no es Heineken, Hobbes no es Heineken* mientras subrayaba.

El profesor entró. Un señor delgado, de barba larga, gafas redondas y una bufanda marrón aunque estábamos dentro. Tenía pinta de leer a Maquiavelo por diversión.

—Buenos días —saludó sin mirar a nadie.

Nadie contestó. Demasiado arriesgado.

Comenzó el reparto de exámenes. La hoja cayó sobre mi mesa como una condena. Respiré. Cogí el Pilot. Miré las preguntas… Y vi el Apocalipsis.

1. Compare las teorías del estado de naturaleza en Hobbes, Locke y Rousseau, destacando el modo en que cada autor justifica la legitimidad del poder.

Yo, por dentro: *Me rindo. Que el estado de naturaleza me devore.*

Pero empecé a escribir. "Para Hobbes, el estado de naturaleza es guerra de todos contra todos…"

Perfecto. Buen comienzo.

Luego Locke: más optimista, menos apocalíptico, más «la gente no se mata por deporte»

.

Y Rousseau: el más lírico, el que habría escrito una canción indie si hubiera vivido en Brooklyn.

Sudaba. No sé si por miedo filosófico, o porque hacía calor.

Intenté no mirar a Hannah, pero de reojo vi cómo escribía sin parar, la mano fluida, el bolígrafo verde bailando como si la teoría política fuera poesía.

Suspiré. Escribí más rápido.

Segunda pregunta: "Explique la noción de soberanía en Maquiavelo y su relevancia contemporánea."

Mi cerebro: Maquiavelo. Políticos. Maldad. Manipulación. Barbas puntiagudas.

Hice lo que pude. Una cagada.

Tercera pregunta:
«¿Puede existir un contrato social sin libertad individual?»

Perfecto, pensé. *No tengo ni idea, pero suena bonito.*

Escribí un párrafo que probablemente habría indignado a cualquier académico serio.

—Quedan cinco minutos —advirtió el profesor.

El aula entera entró en un estado de pánico colectivo digno de estudio sociológico.

Escribí más rápido. Revisé medio párrafo. Taché tres frases escritas por un pato ansioso, no por mí. Y firmé: Aidan Bennett. Nota: mi firma no le dio carisma al texto.

Nos hicieron entregar uno a uno.

Cuando puse mi examen en la mesa del profesor, él lo cogió, leyó mi nombre y dijo:

—La pasión es una virtud, señor Bennett. La claridad, todavía más.

No supe si era un insulto elegante.

Cuando salí al pasillo, me dejé caer en el suelo, exhausto, como el que sobrevive a la batalla más épica en una guerra.

Hannah apoyó la espalda en la pared de enfrente, cruzando los brazos.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Creo que he entendido mal a Rousseau, a Hobbes, a Locke y a mí mismo.

—Has escrito muchísimo.

—He sudado muchísimo. No sé si cuenta.

Ella sonrió.

—Cuenta.

Owen apareció entonces con su mochila al revés (no me preguntes cómo).

—¿Qué tal, futuros líderes políticos? —preguntó.

—Sobrevividos —anuncié y me levanté.

—Yo diría traumados —corrigió Hannah.

—Bien —respondió Owen—. Eso significa que podemos desayunar y quejaros durante una hora, que es lo que mejor hacéis.

Yo asentí.

—Quejarnos es nuestra forma de activismo político.

Hannah soltó una carcajada.

Después del examen, pensé que nada podría ser peor. Ingenuo de mí. Porque a las cuatro de la tarde me planté en el campo de entrenamiento con la cabeza hecha puré filosófico y las piernas hechas espaguetis. Mal momento para ser un deportista universitario.

El cielo estaba gris. El césped mojado. Y el entrenador ya gritaba antes de que empezáramos. Buena señal.

Owen corría a mi lado, con sus cordones desatados por quinta vez consecutiva.

—Tengo calambres —se quejó.

—¿Dónde?

—En el alma.

No supe si reír o arrodillarme con él.

El entrenador sopló el silbato con fuerza tratando de despertar a los muertos.

—¡Bennett! ¡Webster! ¡Más rápido! ¿Qué pasa hoy? ¿Estáis corriendo o estáis interpretando un documental sobre tortugas deprimidas?

—Examen esta mañana, señor —expliqué entre pequeñas agonías.

Él se acercó, manos atrás, como los villanos de película.

—Ah, examen —repitió con un tono despreciativamente paternalista—. ¿Y eso qué te afecta, la cabeza o las piernas?

—A ambas, señor.

—Pues arréglatelas, porque aquí no aprobáis con bolígrafos, aprobáis con respiración y músculos funcionando.

Nos obligó a ponernos en fila para hacer series cortas. Cortas para él, joder. Criminales para nosotros.

—¡Sprint! —gritó.

Corrí. Mal. De verdad mal. Como si la teoría política hubiera drenado toda mi fuerza vital. O como si mi cerebro todavía estuviera comparando a Hobbes con mi propia miseria.

Llegué el último.

El entrenador silbó otra vez, esta vez mirándome directamente.

—Bennett, estoy preocupado —comentó mientras caminaba hacia mí—. Preocupado de que termines el primer semestre convertido en un filósofo triste en vez de un jugador decente.

—Estoy a medio camino, señor.

—¿A cuál de los dos?

—A los dos.

El tío se rio.

Levantó una ceja y señaló la línea de salida.

—Otra vez.

—¿Otra vez?

—Otra. Vez.

Corrimos. De nuevo llegué el último, pero esta vez no porque no pudiera, sino porque Owen se cayó y me frenó de la risa.

—¡He pisado mi propia mano! —gritó Owen desde el suelo.

El entrenador se llevó una mano a la frente.

—¿De verdad Dios me dio este grupo para poner a prueba mi paciencia?

Nos puso a hacer tiros largos. A mí me salió uno tan malo que la pelota terminó en manos del portero… del equipo femenino, tres campos más allá.

—¡BENNETT! —tronó el entrenador—. ¿A dónde ibas? ¿A enviar la pelota a Queens?

Yo levanté la mano desde lejos.

—¡Quería fomentar relaciones interdepartamentales!

—¡Lo único que fomentas es mi deseo de llorar! —Después añadió, señalando mi cuerpo entero—: Estás descoordinado. Estás lento. Estás… ¿qué palabra busco?

—¿Brillante? —intenté.

—No. La otra.

—¿Prometedor?

—La otra.

—¿Atlético?

—Desastroso.

—Ah, sí, bueno. También.

Owen, muerto de risa a mi lado, añadió:

—Hoy está humilde, señor. Disfrute el momento, no suele pasar.

El entrenador nos sentenció a otro sprint. Y luego otro. Y luego uno más «porque me caéis bien», dijo, lo cual era una metáfora de abuso deportivo.

Terminamos tirados en el césped, agotados.

—Me muero —jadeó Owen.

—Muere más despacio que me pones nervioso —contesté.

El entrenador apareció sobre nuestras cabezas como un espíritu vengador.

—Escuchadme los dos —bajó la voz en modo mentor furioso—. Tenéis talento. Talento real. Pero si no dormís más, estudiáis más, coméis mejor y dejáis de ser payasos tres días a la semana, no vais a durar hasta marzo.

—¿Tres días? —preguntó Owen—. ¿Podemos negociar dos?

El entrenador no parpadeó.

—Os quiero aquí mañana. Al amanecer. Vivos. Y sin exámenes que os hayan drenado las neuronas.

Cuando se fue, Owen se giró hacia mí.

—Tío… ¿te has dado cuenta?

—¿De qué?

—Nos ha llamado talentosos.

—Y payasos.

—Sí, pero payasos talentosos. Eso es mejor que solo payasos.

Asentí.
—Tiene razón. Hay que tomárselo más en serio.
Owen suspiró dramáticamente.
—Vale. Me comprometo.
—¿A qué?
—A dormir más.
—¿Más que qué?
—Más que nada.
Lo ayudé a levantarse. Mis piernas temblaban.
—¿Entramos a ducharnos?
—Sí —respondí—. Pero si me caigo en el camino, me dejas ahí.

Mientras caminábamos de vuelta a los vestuarios, pensé: *El examen ha sido duro. El entrenamiento ha sido duro. Pero estoy vivo. Jodido, pero vivo.* Y por algún motivo, eso me hizo sentir imbatible. O idiota. O las dos cosas. Lo típico de la universidad.

Esa noche era la primera vez que salía con Hannah a solas, sin el pesado de Owen. Pensaba llevar a Hannah a un sitio tranquilo. Algo normal. Un café, tarta, un paseo por el campus. Lo que le gusta a las chicas. Algo elegante, adulto, digno de dos estudiantes que habían sobrevivido a Maquiavelo sin caer en depresión.
Pero ella, mientras caminábamos, propuso:
—¿Vamos al Arcade?
—¿El Arcade? ¿Ese sitio donde los universitarios pierden dinero, dignidad y neuronas?
—Ese —sonrió ampliamente. Me encantaba su sonrisa, siempre con labial rosa.
Y claro, ¿cómo negarse a una sonrisa así?

El Arcade de Columbia era un sótano enorme reformado por algún alumno con mucho entusiasmo y poco gusto. Tenía: dos mesas de billar, un futbolín medio cojo, una máquina de baile siempre ocupada por gente que se movía demasiado bien para ser real, sillones viejos de terciopelo, olor a patatas fritas y gominolas, y un cartel en neón que decía: *STUDY HARD, PLAY HARDER*.

Me percaté de que Hannah caminaba por allí dentro como si estuviera en casa. Yo, en cambio, parecía un turista chino en un museo de las calamidades que dejó la guerra entre Norte y Sur.

—¿Vienes mucho aquí? —curioseé.

—Cuando mi cerebro se cansa de Rousseau, sí. Jugar al billar me hace sentir poderosa.

—¿Eres buena?

—Te dejaré descubrirlo —cogió dos tacos de billar con aire profesional.

Yo tragué saliva. Cuando una chica te mira así, sabes que vas a perder. Pero perder a propósito ya me pareció demasiado obvio, así que opté por la estrategia «jugar decentemente e intentar no hacer el ridículo».

Mientras colocábamos las bolas, alguien apareció detrás de nosotros.

—Hannah Mitchell. ¡Por fin te encuentro! —Una voz clara, rápida, con tono de persona que nunca llega tarde ni se equivoca a propósito.

Me giré.

Era un chico moreno, delgado, con gafas cuadradas, vaqueros remangados y un cuaderno bajo el brazo.

El tipo de persona que nace sabiendo usar subrayadores de cuatro colores sin confundirse.

—Anthony —dijo Hannah con una sonrisa amable—. Pensaba que estabas en la biblioteca.

—Hasta que se me ocurrió que quizá te escaqueabas del trabajo.

Hannah apoyó el taco en el suelo, resignada pero riendo.

—Solo respiro un poco. Ha sido un día largo.

—Lo sé —la miró con complicidad—. ¿Y cómo vas con la parte deontológica?

—Redactada. Falta organizarla y meter tus notas.

—Entonces mañana por la tarde, ¿sí?

—Mañana —confirmó ella.

Anthony me miró entonces, con educación, pero también con ese análisis silencioso típico de los estudiantes de periodismo.

—Hola. Soy Anthony Reed. Periodismo.

—Aidan Bennett. Ciencias Políticas.

—¿Amigo? —preguntó Anthony, tratando de averiguar si yo era parte del ecosistema habitual de Hannah.

—Compañero de clase —respondió ella por mí.

—Y jugador de fútbol —añadí por si sumaba puntos.

Anthony asintió, educado.

—Bueno, me voy. Mitchell, mándame tu parte esta noche si puedes.

—Lo haré —le aseguró Hannah.

—Encantado, Aidan. —Me dedicó un pequeño gesto con la cabeza.

Y se fue directo al fondo, donde otras dos personas lo saludaron.

Yo respiré y alcé las cejas.

Hannah me miró divertida.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. Solo estaba observando la tensión territorial masculina en su forma más primitiva.

—¿Tensión? Yo solo he dicho mi nombre.

—Ajá —cogió el taco—. Y has hinchado un poco el pecho.

—¿Seguro?

—Muchísimo. —Nos reímos.

Jugamos al billar. Bueno, jugó ella. Yo hice lo que pude para no quedar como un desastre completo.

—Esto de que seas buena en todo me parece injusto —solté cuando me metió la tercera bola seguida.

—No soy buena en todo. Solo en lo que practico.

—¿Practicas mucho el billar?

—Practico ganar —me guiñó un ojo.

Me apoyé en la mesa, con media sonrisa.

—¿Y qué haces con los que pierden?

—Generalmente los dejo pagar las patatas fritas.

—Perfecto. Estoy preparado para esa responsabilidad económica.

Siguió jugando. En un movimiento especialmente preciso, se agachó para ajustar el tiro y vi cómo se mordía el labio, concentrada. Era imposible no mirarla.

—¿Qué? —preguntó sin apartar la vista de la mesa.

—Nada. Solo estoy analizando mi derrota inevitable.

Ella golpeó la bola.

Entró limpia, perfecta.

—No tienes por qué perder —se incorporó

—¿No?

—Puedes entretenerme. —Volvimos a reírnos.

Después de dos rondas (ambas ganadas por ella, con una diferencia humillante), nos sentamos en el sofá rojo del fondo. Hannah puso los pies sobre la mesa baja. Yo imité el gesto.

—Entonces… —se inclinó hacia mí—, ¿por qué Ciencias Políticas?

—Quiero entrar en la escuela de abogados. O intentarlo, al menos. Me gustaría… no sé… hacer algo que importe.

Ella asintió, seria por un momento.

—Lo harás.

—¿Lo dices porque soy encantador o porque soy inteligente?

—Porque eres terco. Y la terquedad mueve el mundo.

—¿Y tú? ¿Por qué periodismo?

—Porque quiero hacer preguntas que incomoden. Y porque me encanta contar historias. Y porque no me gusta cuando la gente miente.

Hubo un segundo en que nos miramos demasiado rato. Pero nadie apartó la mirada. Ella bajó la vista de repente.

—Anthony y yo estamos haciendo un trabajo de «Ética en el Periodismo Moderno». Es sobre cómo los medios manipulan la narrativa según la conveniencia política.

—¿Y quién manipula a quién? ¿Los medios a la política o la política a los medios?

Ella sonrió lentamente.

—Te sorprendería lo que responde cada persona a esa pregunta.

—¿Y tú qué responderías?

Ella apoyó la barbilla en su mano.

—Que todos manipulan. Y que la única forma de luchar contra eso es contar la verdad aunque duela.

Asentí. La forma en que hablaba tenía la fuerza de alguien que sabe hacia dónde va.

Se hizo un silencio cómodo, de esos que no obligan a llenar nada. El Arcade seguía repleto de gente: risas, carreras, luces, música. Pero ahí, en ese sofá rojo y viejo, todo parecía más nítido.

—¿Quieres jugar al futbolín? —preguntó de pronto.

—Solo si me prometes no humillarme en público.

—No puedo prometer eso. —Se levantó y la seguí.

Algo en mí sabía que estaba entrando en un territorio peligroso. No peligroso de verdad. Peligroso en el sentido emocionante. En el sentido que hace que te duelan un poco las mejillas de tanto sonreír después.

Al final de la noche, cuando salimos del Arcade, ella caminó a mi lado con las manos en los bolsillos.

—Lo he pasado bien —comentó.

—Yo también.

—¿Revancha de billar mañana?

—Sí, pero necesito entrenar antes —contesté.

—Te dejo. Anthony me mata si no le mando el documento.

—Y yo te mato si no me dejas la revancha.

Ella se acercó un pasito, lo justo para que nuestros brazos se rozaran.

—Buenas noches, Aidan.

—Buenas noches, Hannah.

No nos besamos. Pero hubo un segundo, apenas un latido, en que pensé que podía pasar. Ella también lo pensó. Pero ninguno dio el paso. A veces, el primer beso perfecto es aquel que todavía no ocurre.

Capítulo 7
Acción de Gracias

Emma

El tren salió puntual, algo poco común en Nueva York en noviembre. Me senté junto a la ventana, con la maleta pequeña a mis pies y un libro de Adrienne Rich abierto por la mitad, aunque no leí ni una línea. Fuera, la ciudad se deshacía despacio: los edificios se convertían en casas, las casas en granjas, y el gris del cielo en una promesa de blanco.

Llevaba un termo de café, unos auriculares enredados y la sensación tranquila de quien regresa a donde lo entienden sin explicaciones.

Acción de Gracias siempre había tenido un peso especial en mi familia. Era nuestro año nuevo emocional, el punto de partida de la Navidad, el día en que todo parecía posible. Y este año, aunque no lo dijéramos, todos necesitábamos esa tregua.

Apoyé la frente contra el cristal. En los campos, las ramas desnudas dibujaban formas parecidas a venas. Pensé en Columbia, en la hermandad, en los consejos amables de las chicas, en Anthony y su sonrisa en la fiesta del viernes. Había algo en él que me descolocaba: esa manera de mirarme sin prisa.

Pero no quise pensar demasiado. A veces, las cosas que no se piensan son las únicas que no duelen.

Cold Spring apareció tras una curva suave. Un pueblo de tejados bajos y humo en las chimeneas, a una hora de Nueva York, pero a años luz de su velocidad. En las calles, las casas estaban adornadas con luces blancas y cintas rojas; los jardines, cubiertos de nieve reciente. Algunas familias colgaban adornos de Navidad antes de tiempo; otras dejaban calabazas secas en los porches, como si se negaran a dejar ir el otoño.

La estación era pequeña, casi un decorado de película: una cafetería con galletas, dos bancos de madera, un mural con fotografías antiguas del pueblo y un reloj que siempre iba cinco minutos retrasado.

Mi padre, Oliver Hartley me esperaba en la puerta, con el abrigo azul que le hacía los hombros más anchos y la bufanda gris que mi madre le había tejido cuando yo tenía doce años.

Levantó la mano, y supe, antes de abrazarlo, que algo en mí se colocaba en su sitio solo con verlo.

—Em. —Me rodeó con los brazos—. Estás helada.

—Y tú —contesté, riendo—. Siempre olvidas los guantes.

—No los olvido. Los pierdo.

—He salido a ti.

El coche olía a menta y gasolina. Mientras conducía, me contó que el viejo centro comercial cerraría en enero, que el nuevo alcalde había prometido un parque y que mamá se había obsesionado con decorar la casa a lo grande.

Por la ventanilla, el paisaje se llenaba de casas con coronas verdes y farolas vestidas con lazos dorados. En una esquina, un cartel anunciaba el Desfile de las Luces del Domingo con letras rojas y nieve acumulada sobre el borde.

—¿Cold Spring compite por ser el pueblo más navideño del estado? —bromeé.

—Eso y por tener el pavo más grande del estado de Nueva York.

Giramos hacia mi calle, Pine Avenue, una hilera de casas casi iguales: porches de madera, buzones de colores y vecinos que aún saludaban al pasar.

La nuestra estaba al final, junto a un roble enorme. Tenía las contraventanas verdes, la puerta roja y una guirnalda en forma de corazón colgada desde hacía una semana, seguro.

El jardín estaba cubierto de nieve blanda, y el camino hasta el porche, medio despejado. Las luces del techo parpadeaban.

Rachel Hartley, mi madre, apareció en la puerta antes de que bajara del coche.

—¡Por fin! —exclamó, con las manos aún mojadas de jabón—. Pensé que el tren te había dejado en otro estado.

—Es que le pedí que me llevara directo a Los Ángeles, bajo el sol. Pero no quiso.

Nos abrazamos largo, con ese cariño que duele un poco de tan lleno.

—Estás preciosa.

—Y tú sigues mintiendo igual de bien —musité, y reímos.

El aire olía a pavo y especias, aunque en mi casa no hacía falta decirlo: el olor era el idioma oficial de las fiestas.

Sobre la mesa del comedor, el mantel de hojas secas que mamá sacaba cada año. En la repisa de la chimenea, las mismas fotos de siempre: Benji disfrazado de astronauta, mis padres en su aniversario, yo con un diploma en la mano.

Y en el sofá, tapado con una manta de cuadros, estaba él.

Mi hermano.

Mi pequeño universo.

—Hola, dragona. —Levantó la mano con esfuerzo.

—Hola, monstruo —le respondí, agachándome para besarlo en la frente—. ¿Qué te pasa?

Tosió.

—El doctor dice que estoy resfriado.

—¿Qué es esto? ¿Por qué nadie me dijo que estabas enfermo?

—No estoy enfermo. Solo me resfríe. Los dragones también pillan frío. Y los astronautas. El universo está helado.

Miré a mis padres.

—¿Desde cuándo?

—Un par de días —esclareció mamá, con voz tranquila—. Nada grave. Un poco de fiebre, tos. El médico dice que bajará en unos días.

—¿Y no pensasteis en llamarme?

—Emma… no queríamos preocuparte. Estás con exámenes, con el periódico…

—Soy su hermana, no la prensa. —Me salió más dura de lo que quería.

Papá se acercó y me tocó el hombro.

—Ya está mejor. Tiene el termómetro en números positivos.

—Eso no existe, papá.

—Claro que existe. Los números positivos son los que te dejan respirar tranquilo.

Benji se rio desde el sofá.

—¿Veis? No estoy tan mal. He hecho un dragón que escupe fuego y nubes. —Me enseñó su cuaderno—. Se llama Nimbus.

—¿Y qué come Nimbus?

—Sopa y golosinas.

—Entonces tiene algo de ti. —Me senté a su lado.

La fiebre le daba brillo a sus ojos.

Le puse la mano en la frente: tibia, pero no alarmante.

—El médico ha recetado jarabe y antibióticos —añadió mamá—. Y mucha paciencia.

El pavo estaba dorado, el puré de patatas perfecto, y la mesa llena de cosas que sabían a casa.

Benji apenas probó bocado, pero se rio cuando papá intentó hacerle una corona con las servilletas.

—Eres un rey con resfriado —advertí.

—Eso me hace más poderoso.

Después de comer, ayudé a mamá a recoger los platos.

En la cocina, el agua caliente humeaba sobre las copas.

—¿Desde cuándo tiene fiebre? —pregunté más bajo.

—Desde el martes.

—¿Y no te preocupa?

—Claro que me preocupa. Pero es un resfriado, Emma. Ya sabes cómo soy: me preocupo por todo, pero confío en los médicos.

Asentí.

A veces me costaba entender esa forma de fe tranquila que tenían mis padres. Yo había heredado la inquietud, no la calma.

Fuera, empezaba a caer la tarde. Me puse el abrigo y salí un rato al porche. Cold Spring estaba precioso.

Las casas vecinas ya tenían luces blancas en los árboles, las coronas en las puertas, los buzones adornados con lazos. Un grupo de niños hacía muñecos de nieve en el jardín de enfrente; un hombre mayor, con gorro de lana, barría la entrada de su tienda, que olía a pan y música de los sesenta.

Todo parecía tan quieto que daba miedo romperlo con un pensamiento.

Papá se asomó al rato.

—¿Bonito, verdad?

—Sí.

—¿Te ocurre algo? —Negué—. ¿Los exámenes?

—Papá, todo perfecto, de verdad. Deja de preocuparte.

—La vida a tu edad es… interesante.

—¿Interesante?

—Increíble, maravillosa —sonrió, y yo suspiré.

Mi reacción cambió su semblante a uno constreñido.

—¿Algo que debería saber?

—No, papá —me quejé—. Pero… No sé…

—Oye, las cosas están bien y eso… Puede llevarte a estar esperando el desastre —dio en el clavo.

—Lo siento. Todo se arregla con fe y sopa, ¿no? En el caso de que llegara la hecatombe.

—Exacto. Y… la fe necesita descanso. —Reímos.

Al caer la noche, encendimos la chimenea. Mamá sacó la vajilla buena para el postre. Benji se durmió en el sofá, con el cuaderno abierto sobre el pecho. Dibujaba dragones con alas desiguales y nombres imposibles.

Le acaricié el pelo mientras respiraba con tranquilidad, y me reconocí contando los segundos entre una y otra.

Papá cambió de canal hasta encontrar un partido de béisbol. Mamá tejía algo (siempre tejía algo, le gustaba, le relajaba).

Yo, sentada en el suelo, apoyé la cabeza contra el sofá y pensé que la vida adulta se parecía demasiado a lo que imaginaba de niña: cansancio, ternura y una nostalgia que no se explica.

—¿Te quedarás el fin de semana? —preguntó mamá.
—No quiero dejaros solos.
—Estamos bien, Emma.
—Ya, pero me gusta fingir que aún me necesitáis.
Papá sonrió.
—Te necesitamos siempre. Solo que ahora lo disimulamos mejor.
Miré el reloj. Eran casi las diez.
Benji se movió, murmurando algo entre sueños.
—¿Qué dice? —susurré.
—Nada —contestó mamá—. Está soñando.
Me quedé observándolo. En su sueño, sonreía.

Esa noche, cuando subí a mi antigua habitación, encendí la lámpara de la mesilla. Todo seguía igual: las paredes con fotos, el corcho con entradas de conciertos, los libros que había dejado a medias años atrás. La ventana daba al jardín trasero, donde el roble se cubría de nieve. Desde allí, Cold Spring parecía un universo suspendido en la calma.

Me senté en la cama y abrí el cuaderno donde solía escribir ideas para el periódico.

Anoté una frase: «A veces la felicidad no es una conquista, sino un regreso.»

Después apagué la luz y me quedé en silencio, escuchando el crujido de la casa vieja, el susurro del viento contra las ventanas y la respiración regular de mis padres al otro lado del pasillo. Me sentí a salvo, porque eso consigue un hogar. Las paredes se convierten en un escucho capaz de detener una explosión solar.

Hay lugares que no te curan, solo te sostienen el alma mientras aprendes a respirar otra vez.

Capítulo 8
Día de Acción de Gracias en casa

Aidan

Mi casa no era grande, ni especialmente moderna, ni de esas que salen en las revistas con cocinas blancas gigantes y sofás absurdamente blancos. Pero era mía. Nuestra. Ruidosa, vivida. Tenía una chimenea que nadie sabía encender bien, una mesa de comedor que crujía cuando te apoyabas demasiado y un porche delantero donde yo había pasado media adolescencia intentando hacer trucos con el balón sin romper el buzón.

Vivíamos en Cedar Hill, un pueblo pequeño a media hora de Nueva York, con calles llenas de árboles y farolas más decorativas que funcionales. Un sitio donde todos se conocían y donde las familias ponían calabazas en la puerta incluso en diciembre.

Era Acción de Gracias. Y el olor de la casa (a pavo, romero, pan caliente y galletas quemándose porque mi madre siempre dejaba el horno más tiempo del debido) era el olor de volver a casa.

—¡Aidan! —gritó Henry, mi hermano pequeño, antes de que cerrara la puerta—. ¡Corre, tienes que ver esto!

Me embistió antes de que pudiera quitarme la mochila. A sus trece años ya era más huesos y entusiasmo que persona.

—¿Qué pasa? —Lo sostuve como sostenía a los gatos de los vecinos.

—Mira —Sacó un dibujo de debajo del brazo—. Es el águila del equipo. ¡Es tuyo! Bueno, es para ti.

Lo desenrolló. Era un águila enorme, musculosa, con cara de pocos amigos y un balón en una garra.

—¿Qué opinas? —preguntó con orgullo absoluto.

—Opino que deberías trabajar para Marvel.

Él sonrió con todos los dientes.

—¡Puedo hacerte más! Tengo uno donde sales con cara de soy famoso.

—Guárdalo para cuando lo sea.

Mi madre apareció desde la cocina con un delantal de rayas manchado por varias salsas.

—Aidan. Estás más delgado. ¿No comes?

—Estoy exactamente igual.

—No. Las mejillas —me tocó una— han disminuido un poco.

—Mamá, la universidad. Mucho correr. Mucho pensar. Mucho… política.

Ella me abrazó fuerte.

Mi madre abrazaba para asegurarse de que no te rompías.

Mi padre salió después, con las manos en los bolsillos, sonrisa tranquila, ojos que observaban sin hablar demasiado.

—Hijo. —Me dio un abrazo corto de esos que dicen más que los abrazos largos. Daniel Bennett no era de discursos paternales. No se parecía en nada a Carolina, su mujer, a la que le gustaba ver novelas y leer revistas del corazón.

En la cocina, el pavo estaba dorándose, el puré esperaba en un cuenco gigante y Henry intentaba robar los panecillos cuando pensaba que nadie lo veía.

—Henry —le regañó mi madre sin girarse—, si coges uno más, se lo digo a todos en la mesa.

—Pero tengo hambre.

—Pues espera como el resto del país. Es tradición —refunfuñó ella mientras batía algo.

Yo me reí.

—¿Te acuerdas cuando te comiste media bandeja de brownies antes de que llegaran los tíos? —le pregunté.

Mi madre dejó de batir.

—Eso no se menciona en esta casa —recordó con solemnidad.

Henry estaba fascinado.

—¿En serio?

—Sí. Tenías seis años. Mamá casi nos obliga a todos a fingir que un fantasma se los comió.

—A ver —respondió ella—, técnicamente funcionó.

Una campana sonó: era el horno. Mi madre abrió, el vapor salió y un olor delicioso llenó toda la casa.

Mi padre se acercó al frigorífico, sacó dos refrescos y me lanzó uno.

—¿Cómo va la universidad?

—Bien. No he suspendido Teoría Política, así que técnicamente soy un héroe nacional.

—Sabía que estabas destinado a grandes cosas —contestó con sarcasmo suave.

—Y… —añadí—, he conocido a gente guay.

Mi madre giró la cabeza con rapidez.

—¿Chicas?

—Alguna.

—¿Alguna? —repitió ella, levantando una ceja sospechosa.

—Solo una —confesé. Y no sé por qué se me escapó esa sonrisa tonta.

—Se llama Hannah —añadió Henry, traicionándome sin pudor—. Lo vi en tu móvil. Tienes una foto mirando un libro.

—Eso no significa nada —me defendí.

—JA —respondió él, triunfante.

Carolina sonrió.

—¿Y es buena chica? ¿Qué estudia? ¿De dónde es? ¿Cómo se conocieron? ¿Por qué aún no la has traído?

—Mamá…

—¿Sí?

—Respira.

Ella respiró.

—Me la presentarás.

—La traes si no roba panecillos —gruñó mi hermano.

Mi padre intervino:

—Aidan la traerá cuando quiera. Si quiere.

Le lancé una mirada de agradecimiento. Un día le haría una estatua.

—Es solo una amiga.

Nos sentamos a la mesa. La televisión del salón tenía el desfile de Macy's a todo volumen.

Mi madre servía. Mi padre colocaba los platos. Henry intentaba coger el primero la salsa.

—Vamos a dar gracias —dijo mi madre, juntando las manos.

Henry hizo un sonido dramático.

—¿Otra vez?

—Sí —respondió mi padre—. Es el día de Acción de Gracias. No del sarcasmo.

Hicimos un círculo con las manos.

Mi madre empezó.

—Doy gracias porque estemos juntos, porque estamos sanos, porque mis hijos crecen buenos.

Mi padre siguió:

—Doy gracias por este día. Por esta casa y nuestra vida.

Henry dijo:

—Doy gracias por el pavo y por el puré de verduras. Y porque Aidan ha vuelto y ahora puedo ganarle a la Play.

Yo me reí.

Cuando me tocó a mí, tragué saliva.

—Doy gracias por… por estar aquí. Por estar en casa. Porque la universidad es increíble, pero volver… volver es mejor. Doy gracias por vosotros. Por todo.

Mi madre apretó mi mano. Mi padre asintió. Mi hermano me dio un codazo.

—No te pongas blando —musitó.

Comimos. Reímos. Peleamos por la última porción de puré. Henry me acusó injustamente de hacer trampas en un juego de mesa. Mi madre lloró viendo un anuncio tonto. Mi padre se durmió diez minutos en el sofá.

Y yo… yo me quedé un segundo mirando a los tres, haciendo una foto en la memoria. Una de esas que guardas sin saber por qué, pero luego te salvan la vida. Porque ese día fue luz. De la que duele después. Pero entonces… solo era un día perfecto.

Capítulo 9
El fin de semana más tranquilo del mundo

Emma

El sábado amaneció blanco. No un blanco vacío, sino de los que llenan el aire de silencio.

Desde mi habitación, podía oír el ruido leve de los pájaros sobre el tejado y el crujido de las ramas bajo la nieve.

Me quedé un rato mirando por la ventana, envuelta en la manta que siempre dejaba mamá doblada a los pies de mi cama. Cold Spring era bonita: los tejados, las huellas sobre el jardín, el humo de las chimeneas subiendo lento hacia un cielo de algodón.

Me pasé por la habitación de Benji antes de bajar; seguía dormido. Tenía la cara pegada a la almohada y el pelo revuelto. Respiraba con calma.

Mi madre estaba en la cocina preparando tortitas. Mi padre leía el periódico con las gafas torcidas. Todo era normal. Y ese "todo" me pareció suficiente.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, cariño. ¿Dormiste bien? —preguntó mamá sin dejar de remover la masa.

—Como cuando tenía diez años.

—¿Con miedo a que Santa se olvidara de ti?

—Con miedo a que no se olvidara —reí.

Papá bajó el periódico.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Estudiar un poco, escribir algo para el Ledger… y pasar el día con mi hermano favorito.

—El único.

—Por eso mismo —amplié la sonrisa.

A media mañana, Benji bajó las escaleras con su manta a cuestas. Cada uno teníamos la nuestra. Una costumbre familiar.

—¿Hay tortitas? —preguntó con voz adormilada.

—Y chocolate caliente —contesté—. Pero solo para dragones con buena ortografía.

—Tengo la mejor ortografía del mundo. —Me enseñó un dibujo arrugado.

Era otro dragón. Este tenía bufanda.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Blizzard. Nació hoy.

—¿Y qué come?

—Copos de nieve y tostadas con miel.

Lo abracé.

Su piel estaba tibia, pero la fiebre se había ido.

—Ya estás mejor.

—Los dragones se curan rápido —dijo con esa seguridad que solo tienen los niños que aún creen que el mundo es justo.

Después del desayuno, salimos al jardín. La nieve era blanda, perfecta. Papá sacó los guantes del cobertizo, mamá apareció con gorros de lana y una cámara.

—No podemos desperdiciar esta belleza —aseguró—. Hoy haremos historia.

Y la hicimos.

Benji dirigía el proyecto con la seriedad de un ingeniero.

—Primero la base —explicó—, luego el cuerpo, y al final la cabeza. No puede tener cuello, o se caerá.

—Anotado.

Pasamos la mañana rodando bolas de nieve, riendo, cayéndonos a propósito. Haciendo ángeles en el suelo.

El aire nos quemaba la cara, pero era una quemadura feliz.

Mamá gritó desde la puerta:

—¡Foto! —Y papá corrió a ponerse junto a nosotros con el gorro torcido.

El muñeco quedó encorvado, pero majestuoso: ojos de botón, bufanda roja, una zanahoria enorme y mis guantes viejos en forma de manos.

Benji lo miró satisfecho.

—Le llamaré Fred.

—¿Fred el Muñeco de Nieve? —preguntó papá.

—Fred el Invencible.

Por la tarde, hicimos chocolate caliente y vimos una película mala.

Benji insistió en dormir la siesta conmigo, y acabamos los dos en el sofá, él apoyado sobre mi brazo y su respiración acompasada a la mía.

Hay momentos que no necesitan nada más para existir. Ese fue uno.

Al despertar, ya era de noche. La casa estaba iluminada solo por las luces del árbol que mamá había terminado de adornar.

Las bolas rojas reflejaban destellos del fuego de la chimenea.

—¿Te acuerdas de este adorno? —Sostenía una estrella dorada.

—Lo hicimos en el colegio. Tú la pegaste al revés.

—Y sigue así. Las cosas que salen torcidas a veces son las más duraderas.

Benji, ya completamente repuesto, correteaba por el salón con su capa de dragón.

Papá fingía perseguirlo.

El ruido de sus risas llenaba la casa.

Yo los miraba y pensaba que, de algún modo, toda mi vida estaba contenida en esa escena: la familia, el calor, el amor sencillo de las cosas que no necesitan demostrarse.

Más tarde, cuando Benji se cansó, me pidió que subiera con él.

—¿Duermes conmigo esta noche? —susurró.

—Claro. Pero solo si me dejas el lado izquierdo de la cama.

—Te dejo el que no tiene monstruos.

Subimos con una linterna.

Su habitación seguía igual: el póster de astronautas, las estanterías llenas de libros infantiles, el móvil de estrellas colgando del techo.

Nos metimos bajo las mantas.

Él se acurrucó a mi lado, y su voz se volvió más bajita.

—Emma, ¿te acuerdas cuando me leías El Principito y llorabas?

—No lloraba.

—Sí llorabas. Decías que era por las alergias.

—Tenía muchas alergias.

—¿Todavía?

—Sí. A las despedidas.

Sonrió, medio dormido.

—Entonces no te despidas mañana. Quédate más.

No respondí.

Le acaricié el pelo hasta que se durmió mientras lo escuchaba respirar bonito.

Cerré los ojos y me prometí recordar ese sonido para siempre.

La casa estaba en silencio.

La nieve seguía cayendo fuera. Fred, el muñeco de nieve, seguía allí, con la bufanda ladeada, resistiendo al frío.

La felicidad, algo frágil que se mantiene en pie, contra todo pronóstico.

El domingo amaneció lento. Desayunamos pan de plátano y café. Benji ya corría por la casa sin tos, sin fiebre, sin rastros de enfermedad. Mamá ponía música y tarareaba sin darse cuenta. Papá intentaba arreglar la calefacción del garaje. Yo me senté en el porche, con el portátil en las rodillas, escribiendo para el Ledger: A veces la felicidad no se encuentra en los grandes gestos, sino en la quietud de un día que no duele. En el sonido de una risa conocida, en un trozo de pan compartido, en el olor a casa después del invierno.

Benji se asomó por la puerta.

—¿Qué haces?

—Trabajo.

—Otra vez.

—Es que los dragones necesitan periodistas.

—Yo quiero ser dragón y periodista.

—Entonces salvarás el mundo dos veces.

Se sentó a mi lado, tapado con su manta.

El sol brillaba en los tejados.

Los copos se derretían, pero el aire seguía limpio, lleno de algo invisible que parecía esperanza.

Pasamos el resto del día sin prisa.

Jugamos al Monopoly (ganó él, siempre gana), comimos sobras del pavo, vimos dibujos animados.

Al caer la tarde, me ayudó a preparar la maleta.

—No quiero que te vayas —lloriqueó doblando una camiseta.

—Solo voy a Columbia.

—Suena lejos.

—Entonces haré que suene cerca.

Le di uno de mis libros de notas.

—Escribe aquí tus historias de dragones. Y cuando vengas a verme, me las lees.

—¿Y si te echo de menos?

—Míralas. Estaré ahí, en alguna esquina.

Me abrazó tan fuerte que me dolieron los brazos.

—Te quiero, Emma.

—Yo más.

Esa noche dormimos juntos otra vez, porque mamá no protestó y papá hizo ver que no se enteraba.

Antes de cerrar los ojos, le susurré al oído:

—Prométeme que nunca vas a dejar de inventar dragones.

—Lo prometo —murmuró.

Y me dormí con esa promesa guardada como un talismán.

Cuando desperté, la nieve había parado.

Era lunes.

Mi tren salía a las nueve. Mientras metía la bufanda en la maleta, escuché a Benji reír desde el salón. Estaba bien. De verdad bien. Y eso me tranquilizó.

Capítulo 10
De vuelta al campus

Aidan

—Mamá… —repliqué porque me metió dos *tuppers* en la mochila.

—No discutas, Aidan, la comida universitaria no alimenta.

Henry me despidió haciendo el gesto de "llámame". Creo que pensaba que ya era un abogado de renombre en vez de un desastre de estudiante de primer año.

Mi padre me acercó en coche hasta la estación.

—¿Tienes todo? —Aparcó frente a la entrada.

—Creo que sí.

—Eso dijiste la última vez y te dejaste los guantes, el cargador y medio cerebro.

—Bueno —sonreí—, el medio cerebro nunca lo he tenido.

Se rio, me dio una palmada en el hombro y agregó:

—Pásalo bien, pero también estudia.

—Lo intentaré.

Nos chocamos las manos y salí del coche.

El tren hacia Nueva York ya había abierto puertas. Busqué mi vagón: Vagón 6. Entré. Miré los números. Segundo bloque de asientos. Pasillo a la derecha. Ventana. Asiento 23B.

Me dejé caer, respirando el calor del vagón después del frío de fuera. Frente a mí, un señor leía el periódico. Detrás, dos chicas hablaban de un ensayo de Historia del Arte. Detrás, un chico dormía con la boca ligeramente abierta.

—Oh, Dios… —Se le caía la baba.

A mi lado, por suerte, no viajaba nadie, y dejé mi mochila sobre el asiento. Y de pronto… escuché un suspiro demasiado cerca de mí,

casi en mi oído. Miré hacia el lado y no había nadie, pero olía a flores silvestres. Lavanda, no sé, no era un experto en perfume.

Saqué el móvil. Tenía un mensaje de Hannah.

Hannah: ¿Volviendo al caos?

Sonreí.

Yo:

Subido al tren. Vagón 6. 23B. Si no llego, es que me he quedado dormido. Ven y sácame de aquí antes de llegar a Albuquerque.

Tardó dos minutos en responder.

Hannah:

Albuquerque es bonito. Podrías quedarte a vivir allí. Y trae la parte del ensayo que te tocaba.

Hice una mueca.

Yo:

Aún no he llegado y ya me estás explotando. Qué feo.

Hannah:

Ajá. Estudia.

Guardé el móvil y apoyé la cabeza en la ventana. Las casas de Cedar Hill fueron quedando atrás: calles tranquilas, porches con banderas, un perro corriendo detrás de un coche.

Entramos en zona arbolada. El tren traqueteaba. Dentro: el libro subrayado de Teoría Política, los *tuppers* de mi madre, una sudadera que debía lavar desde hacía un mes, y un balón pequeño firmado

por Henry, con un mensaje escrito con rotulador negro: «Para cuando tengas un mal día.»

Me reí solo.

Había algo reconfortante en esa transición: Cedar Hill quedaba atrás, el campus se acercaba, y yo estaba en medio, como si viviera dos vidas distintas.

La familiar y la nueva.

La segura y la emocionante.

La pequeña y la inmensa.

La voz del altavoz anunció:

—Próxima parada: Nueva York —Penn Station— en quince minutos.

El señor del periódico cerró la página con elegancia.

Las chicas de Historia del Arte se pusieron en modo «organizar vida». El chico dormido empezó a roncar suavemente. Alguien abrió una bolsa de *pretzels* que olía sospechosamente bien.

Y yo pensé: *Vale. Vamos a por otra semana. Con exámenes, líos, fútbol, una cafetera poseída y Hannah sonriendo con el pelo enredado.*

El tren frenó. Me levanté, colgué la mochila al hombro y respiré hondo antes de bajar al andén lleno de ruido, prisa y promesas de algo grande. Nueva York me tragó otra vez. Y yo sonreí, porque me encantaba que lo hiciera.

El campus estaba lleno. Gente cruzando de un lado a otro, mochilas a la espalda, vasos de café en la mano, caras de lunes. Un chico tocaba la guitarra en las escaleras de la biblioteca, dos chicas discutían en voz baja delante de un panel de anuncios y un grupo de primero se hacía *selfies* en la estatua de siempre, la que todos acaban ignorando a la semana.

Apenas di diez pasos hacia el edificio de Ciencias Sociales cuando escuché mi nombre.

—¡Aidan!

Owen venía hacia mí medio corriendo, medio tropezando, con la cremallera de la sudadera abierta, la mochila descolgada y una lata de bebida energética agarrada con tres dedos. Era extraño, pero aún no hacía suficiente frío. Fue un año caluroso.

—Creía que no llegabas —comuniqué.

—He perdido un tren, el siguiente venía lleno, el otro se ha parado en mitad de la vía y un tipo ha estornudado encima de mi libro —resumió—. Estoy vivo de milagro.

—Tu vida es una tragedia moderna.

—Mi vida es una serie de bajo presupuesto. ¿Clase?

—Clase —confirmé.

Owen avanzaba hablando sin parar: que si un profesor había cambiado el temario, que si la cafetería había subido diez céntimos el café, que si había decidido dejar de ligar con chicas de primero porque luego no recordaba sus nombres. Yo asentía a ratos, dejando que su monólogo llenara el trayecto.

En Introducción a la Teoría Política, el profesor hablaba de Kant con el mismo entusiasmo que un notario leyendo una escritura. Owen tomaba apuntes serios durante exactamente tres líneas; después empezaba a dibujar caricaturas de Hobbes, Locke y Rousseau discutiendo un menú de desayuno.

—Esta es tu cara —me susurró enseñándome un dibujo de un tipo despeinado mirando un libro con pánico.

—No estoy tan mal.

—Hoy estás en modo «apruebo por intuición». —Devolvió la libreta al pupitre.

Intenté prestar atención. No lo logré demasiado, pero al menos no me quedé dormido.

Al salir, Low Plaza se había convertido en un escenario. Un grupo practicaba acrobacias, otros hacían fotos para algún trabajo, un chico repartía donuts gratis con una caja en la mano.

—Este sol no es normal. ¿Cuándo va a nevar? —Miré el cielo.

—Esto es lo más cerca que estaremos del paraíso —declaró Owen, cogió tres donuts de golpe.

—Te vas a morir con azúcar en vena.

—Me iré feliz.

Nos quedamos un rato allí, sentados en las escaleras, viendo la vida pasar. A ratos hablábamos de exámenes, a ratos del partido del sábado, a ratos de nada en concreto.

—Tengo tutoría dentro de media hora —avisó Owen, levantándose —. Si no voy, el profesor me escribe un correo de padre decepcionado.

—Ve.

—¿Tú qué haces?

—Todavía no lo sé.

—Traducción: vas a pensar en Hannah. —Se giró hacia atrás—. Avísame cuando la invites a algo que no sea estudiar.

No me dio tiempo a contestar. Ya se alejaba a zancadas, comiéndose el tercer donut.

Crucé el patio central sin prisa. Revisé el móvil. Un mensaje.

Hannah:

¿Has sobrevivido a la vuelta?

Sonreí sin querer.

Yo:

He sobrevivido a Kant y a Owen. Eso cuenta como hazaña.

Tardó poco en contestar.

Hannah:

Estoy en la biblioteca. Necesito aire. ¿Plan?

La respuesta me salió sola.

Yo:

Terraza de Filosofía. La de atrás. Con menos gente fumando y matándose poco a poco.

Guardé el móvil y eché a andar.

El edificio de Filosofía siempre olía a tiza vieja y libros usados, pero me prohíbo a mí mismo fijarme en eso porque últimamente me da por narrarlo todo. Subí las escaleras de dos en dos, esquivando a gente pegada a fotocopias y a un chico que recitaba un texto en voz alta para memorizarlo.

Al llegar a la terraza, el ruido del interior quedó detrás. Arriba, la ciudad se veía más pequeña. El campus, más manejable. Estudiantes sentados en el suelo leyendo, otros apoyados en la barandilla, un par de amigos charlando tirados sobre dos sudaderas a modo de manta.

Hannah ya estaba allí, cerca del borde, con la mochila a los pies y el pelo recogido en una cola que dejaba escapar varios mechones. Llevaba una chaqueta azul marino y unos vaqueros negros. Sencilla y perfecta.

—Has llegado rápido.

—He huido de Kant. Tenía miedo de que reapareciera por el pasillo.

Sonrió, girándose hacia la ciudad.

—Me gusta subir aquí —comentó—. El ruido baja un par de niveles. Me recuerda que todo esto que tenemos entre manos es importante, pero no lo único.

—Tu forma de pensar me da miedo y envidia a la vez.

—Tienes suerte. Tu forma de pensar me cae bien.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mirando los edificios, los árboles, el constante ir y venir de gente abajo. Un trozo de rutina, pero con un brillo distinto.

—¿Qué tal en Cedar Hill?

—Bien. Deberías de haber venido. No entiendo que prefieras quedarte aquí, sola.

—Texas está lejos y me gusta estar sola de vez en cuando.

—Mi madre ha intentado alimentarme para los próximos tres meses y Henry me ha hecho un águila del equipo que parece un superhéroe mutante.

—Lo de tu madre lo entiendo. Lo de Henry también.

—¿Mucho trabajo de periodismo?

—Anthony y yo llevamos todo el fin de semana con la maldita asignatura de ética —suspiró—. Entre él y Kant, mi cabeza ya no distingue entre culpa profesional y culpa existencial.

—Puedes cambiar de tema conmigo —ofrecí—. Puedo hablarte de Owen y su plan para grabar un podcast.

—¿Sobre qué?

—Sobre política. Lo ha llamado «Dos inútiles hablando del sistema».

Se rio, sin pose.

—Lo escucharía. Pero solo para criticaros.

—Necesitamos oyentes duros.

Hannah se apoyó en la barandilla. Se giró un poco más hacia mí. El viento movió un mechón rebelde y lo apartó de un gesto con los dedos.

—Aidan… —empezó.

—Dime.

—Cuando volviste del fin de semana —continuó—, tenías otra cara. Más… no sé… en paz.

—Es difícil estar mal en mi casa —admití—. Mi madre controla la temperatura del planeta.

—Te envidio un poco.

—¿Por qué?

—Porque sientes que tienes dos sitios a los que perteneces —respondió—. Ese y este.

La miré. No había reproche en su voz. Solo un tipo de sinceridad que te entra directo.

—Tú también tienes eso. Tu casa. Este campus. Y el lugar al que llegues con el periodismo. Son tres.

Ella bajó la vista un segundo, luego volvió a subirla hacia mí.

—Mi familia… Casi no tengo familia. Mi padre murió cuando yo era pequeña. Mi madre cambia de novio cada mes y se muda con él.

—Lo siento…

—Cuando hablo contigo —me interrumpió—, me pasa una cosa extraña.

—A ver.

—No tengo que estar midiendo todo lo que digo. No tengo que demostrar nada. Solo hablo. Y ya.

—A mí me pasa lo mismo —confesé—. Y eso no me pasa con mucha gente. Más bien con casi nadie.

La distancia entre nosotros empezó a reducirse sin que ninguno diera un paso claro. Fue más una decisión. Noté su mano rozar la mía y no la retiré. Ella tampoco.

—¿Sabías que esto iba a pasar? —preguntó en voz baja.

—Lo sospechaba —admití.

—Yo lo sabía. —Sonrió un segundo, apenas una línea en los labios. Alzó su mano y la apoyó en mi pecho, justo encima del corazón, un gesto sencillo que me cortó la respiración.

No corrimos. No hubo prisa. Fui acercando la cara, muy despacio. Podía contar cada pestaña, cada pequeña peca en su nariz, cada detalle que no había visto de cerca hasta entonces. Cuando nuestros labios se encontraron, todo lo demás se volvió irrelevante. El murmullo del resto, la ciudad al fondo, los problemas del día, el examen de teoría política, el entrenador gritón del equipo, los dos chicos que fumaban a varios metros de nosotros. Todo quedó lejos.

El beso fue claro, directo, decidido. Ni rápido ni eternamente lento. Justo el tiempo suficiente para entender que ahí había algo… pero faltaba lo demás. No hubo fuegos artificiales ni música épica.

Cuando nos separamos, Hannah se alejó un palmo.

—Tenía curiosidad —susurró.

—¿Por qué?

—Por saber qué se sentía besarte.

—¿Y?

—No me ha decepcionado —respondió, dejando escapar una leve risa en el aire.

Yo sonreí, todavía con la respiración alterada.

—Pensaba que ibas a hacer un informe sobre ello.

—Soy periodista, no robot. Algunas cosas no se analizan. Se viven.

—Y…

—Somos amigos. No vamos a estropearlo por una tontería.

—¡Eh! ¿Soy una tontería? ¡Me ofendes! —Me llevé la mano al pecho, dramatizando.

—Ya me entiendes… Tú has sentido lo mismo.

—Que no estoy decepcionado.

—Exacto, porque beso excepcionalmente bien, pero no estamos enamorados.

No hablamos más sobre ello, y después… Alguna vez pensé que, por fortuna, no se enamoró de mí.

Capítulo 11
El silencio

Emma

Volví a Columbia el lunes por la mañana, en el mismo tren que me había llevado a casa tres días antes. Vagón seis. Asiento 23 A. Puse el móvil a cargar. El enchufe estaba estropeado.

—Mierda —mascullé, aunque no era habitual en mí decir groserías.

Era extraño cómo el mismo trayecto podía sentirse tan diferente. A la ida, llevaba la ilusión del regreso. A la vuelta, sentí que dejaba atrás algo que echaría mucho de menos. Me pasé el viaje mirando por la ventana. El paisaje era el mismo (los árboles desnudos, los pueblos que parecían dormidos), pero el mundo tenía otro color. El de los lugares que uno ama y abandona a la vez. Cuando el tren se detuvo en Cedar Hill para recoger viajeros, sentí una punzada en el pecho y miré hacia la puerta. Dos hombres y una mujer de mediana edad entraron trajeados y con carpetas de cuero. Detrás un chico de pelo rubio y una bufanda de rayas de colores en la que prevalecía el amarillo. Me pareció muy original. Se acomodó unas filas más atrás. Abrí mi mochila, cogí un paquete de *pretsels* y me lo comí enterito. Qué hambre tenía. Me chupé los dedos.

En el campus, todo seguía igual. El bullicio de los lunes, las bufandas de colores, los carteles nuevos en las paredes.

Mi vida universitaria me recibió sin dramatismos: los mismos pasillos, las mismas clases, el mismo ruido en ellas. A veces pienso que la rutina tiene la amabilidad de los buenos amigos: espera en silencio hasta que vuelves.

Entré en el salón de la residencia con la maleta colgando de una mano. Grace estaba tumbada en el sofá, con auriculares. Lindsay

escribía en su portátil, rodeada de papeles.

Las dos levantaron la vista al verme.

—¡Nuestra emigrante ha vuelto! —anunció Lindsay y levantó los brazos.

—¿Sobreviviste a la sopa de tu madre? —preguntó Grace.

—Con honores. Y con tres kilos más.

—Eso significa que fue una buena visita —rio Grace—.

Me dejé caer en una esquina del sofá.

—Ha sido el fin de semana más tranquilo del mundo.

—Entonces seguro que te lo has inventado —dijo Lindsay—. En tu vida nunca pasa nada «tranquilo».

—Esta vez sí. Benji estuvo enfermo, pero ya está bien.

—¿El pequeño dragón? —preguntó Grace sonriendo.

Asentí.

—Sí. Mejor que nunca.

Pasamos la tarde entre libros y risas. Grace ensayaba una exposición sobre literatura victoriana; Lindsay preparaba un trabajo sobre la influencia del jazz en el arte contemporáneo. Yo corregía un artículo para The Ledger.

Anthony me había escrito la noche anterior:

Espero que el pavo haya sobrevivido a tu familia.
Tenemos que hablar del próximo número.
PD: Echo de menos tus metáforas excesivas.

Le respondí con una foto de la mesa del día de Acción de Gracias y una frase corta:

El pavo sobrevivió. Nosotros también.

No volví a escribirle, aunque estuve a punto un par de veces. Me gustaba, sin embargo, no lo admitía, ni a mí ni a él. Porque… tampoco era nada especial. Había crecido leyendo a Byron, estudiaba a Wordsworth, Coleridge y Blake. Era una romántica empedernida.

Esa semana el campus se llenó de luces. En las farolas colgaban coronas verdes; en el comedor pusieron chocolate con malvaviscos y música de Navidad demasiado pronto. Columbia era una postal.

Por las noches, al salir de la biblioteca, me gustaba caminar sola hasta la facultad. Respirar el aire frío. Escuchar los pasos sobre la nieve. Pensar en nada y en todo.

Benji me llamaba cada tarde por FaceTime, a las ocho y media, antes de irse a la cama.

Su voz sonaba alegre, con esa vitalidad que me tranquilizaba.

Me contaba cosas sin importancia:

—Hoy he construido una fortaleza de nieve.

—He visto un ciervo en el jardín.

—Fred el Invencible sigue vivo.

—Papá dice que soy el dragón más guapo del estado.

—¿Y tú qué crees? —le preguntaba.

—Que tiene razón.

Lo escuchaba sonreír al otro lado y el mundo volvía a tener sentido.

Mamá me decía que la fiebre había desaparecido por completo.

Que el médico tenía razón, que solo fue un resfriado.

Y yo la creía. Quería creerla.

El jueves por la tarde, Anthony me pidió que pasara por la redacción. Caminé sobre nieve nueva en un diciembre bonito.

El edificio de The Ledger estaba casi vacío; solo un par de compañeros repasaban notas. Hannah me saludó cuando me vió.

—¿Qué tal Acción de Gracias? —era muy guapa, el pelo rizado le llegaba casi a la cintura.

—Casi perfecto. ¿Y el tuyo?

—Solitario, pero no importa. Me he acostumbrado.

No supe a qué se refería.

—Soy de Texas. Me he quedado estudiando y preparando algunos proyectos —explicó sola.

—Lo lamento.

—Me he acostumbrado. —Encogió los hombros—. La gente me molesta —lo soltó normal, no sonó raro en ella.

—¿Has visto a Anthony? —cambié de tema. Yo me sentí incómoda.

—En su despacho. —Lo señaló—. Como siempre. —Se sentó y miró la pantalla de su ordenador.

—Llegas justo a tiempo —ni levantó la vista de la pantalla cuando me escuchó llegar.

—¿Para qué?

—Para salvarme del aburrimiento.

Le dejé una carpeta sobre la mesa.

—El artículo sobre bibliotecas comunitarias. Revisado y ampliado.

—Sabía que no podrías resistirte a escribir más.

Sonreí.

—No sé escribir menos.

Se recostó en la silla.

—¿Cómo está tu hermano?

—Bien. Por fin bien.

—Te cambia la cara cuando hablas de él.

—Es mi persona favorita.

—Competencia desleal.

—No sabrías ganarle —bromeé.

Se rio, pero su mirada se volvió más suave.

—Me alegra que esté mejor.

—Gracias.

Durante un instante, el silencio se llenó de cosas que ninguno dijo.

—¿Quieres un café? —preguntó al final.

—No. Si tomo otro, no dormiré hasta Navidad.

—Entonces ven el sábado. Hay un concierto en Reis B. Jazz, luces, y probablemente vino barato.

—¿Eso es una cita o una trampa?

—Ambas.

No supe qué contestar.

Me limité a sonreír.

—Lo pensaré.

—Eso suena a no.

—Suena a que no lo sé todavía.

Me fui. Y una sensación de que algo se movía despacio se instaló en mi pecho. No supe nombrarlo, casi ni lo veía, pero… lo llevaba dentro.

Esa noche, Grace me encontró escribiendo en la cocina común.

—¿Otra vez trabajando? —preguntó.

—Intentando hacerlo bien.

—O intentando distraerte.

—¿De qué?

—De lo que sea que no quieres pensar.

No respondí.

A veces las amigas ven cosas que ni una misma quiere ver.

Los días siguientes avanzaron lentos, el invierno dejaba huella en cada esquina del campus. El frío se volvió más serio. Las escaleras de *Low Library* amanecían cubiertas por una fina capa de hielo y el césped del *South Lawn* crujía bajo las suelas. A Columbia la envolvía ese silencio particular que solo existe cuando la nieve amenaza con caer.

Aquel jueves por la mañana, entré en *Philosophy Hall* con los dedos entumecidos y la cabeza llena de los subrayados que había repasado camino a clase. Grace se sentó a mi derecha; Lindsay, a mi izquierda en un aula que guardaba voces antiguas entre los pupitres. La profesora todavía no había llegado y charlábamos bajito esperándola.

El móvil vibró en mi bolsillo. Una vez. Dos. Tres.

Miré la pantalla de refilón.

Papá.

No me alarmé. Mi padre vivía con su propio horario. Seguramente querría preguntarme por el ensayo o recordarme que no me saltara el desayuno.

Lo puse boca abajo sobre la mesa.

—Guárdalo, Emma —susurró Grace—. A la señora Poppe no le gustan los móviles ni las interrupciones si no vas a dar una opinión

crítica.

—Lo siento. Aún no ha llegado. No pasa nada.

—No pasa nada hasta que pasa —intervino Lindsay, recogiendo su pelo en un moño torcido—. Luego no me digas que no te avisé.

El móvil vibró otra vez. Luego otra.

Mi pecho hizo un pequeño nudo, casi imperceptible, pero seguí copiando la fecha en el cuaderno, intentando que la caligrafía me salvara de cualquier pensamiento.

La clase transcurrió con la suavidad habitual. Comentamos un poema, la profesora hizo un par de chistes que solo entendían los que dormían con libros en la mesilla, y yo fingí normalidad mientras el teléfono permanecía inmóvil pero respirando.

Cuando terminó la hora, recogimos las cosas y salimos al pasillo. La luz entraba desde las ventanas, recortando nuestras sombras en el suelo de baldosas.

Mis amigas hablaban de Whitman e incluso citaban su *O Captain! My Captain!* y yo saqué el teléfono del bolsillo.

Marqué el número mientras caminábamos hacia las escaleras que daban al patio interior. El frío se colaba por las rendijas de las puertas y hacía que cada palabra pareciera más nítida.

Mi padre tardó en responder, y ese retraso abrió un hueco extraño dentro de mí.

—Papá —dije cuando por fin escuché el clic al otro lado—. ¿Todo bien?

No contestó enseguida. No fue un silencio largo, pero sí lo suficiente para reconocer algo que no quería reconocer.

—Em… cariño… ¿estás ocupada? —Su voz estaba tensa. Intentaba sonar normal, pero no lo conseguía.

Me detuve sin darme cuenta. El pasillo siguió moviéndose a mi alrededor, pero yo dejé de hacerlo.

Grace y Lindsay frenaron conmigo.

—Papá —repetí—. ¿Qué pasa?

Él inspiró, un sonido leve.

—Estamos en el hospital con Benji.

Nada se movió.

Ni yo.

Ni el mundo.

Ni el invierno que temblaba detrás de los cristales.

—¿Qué? —mi voz salió más baja de lo que pretendía.

—Le ha vuelto la fiebre —explicó—. Y está muy cansado. Los médicos quieren hacerle más pruebas. Solo… solo quería avisarte. No pretendo asustarte.

Me clavé en el suelo. Las rodillas me temblaron, pero fue por dentro.

Grace me agarró la muñeca. Lindsay dejó caer su carpeta.

—Emma, ¿qué ocurre? —preguntó una de ellas, aunque yo apenas las escuchaba.

—Papá… —intenté respirar—. ¿Está muy mal?

—No lo sabemos aún, cielo. De verdad. Pero prefería que te enteraras por mí. Tu madre está con él ahora mismo. Dice que te mande un beso. Bueno… dos.

Su voz se quebró justo al final. No era un llanto. Era… el borde.

Tragué saliva. El pasillo se volvió borroso. Me mareé.

—Voy para allá —indiqué.

—No hace falta, Em, todavía no…

—Voy —repetí, sin levantar la voz, pero con toda la decisión del mundo.

Porque no había otra opción. No cuando se trataba de él. De Benji. Del niño que soñaba con volar sobre un dragón.

Colgué.

Me quedé quieta, con el teléfono todavía en la mano, mientras todo mi presente se inclinaba ligeramente hacia un lado, como una casa que empieza a crujir antes de venirse abajo.

—Emma —susurró Grace—. ¿Qué ha pasado?

—Es Benji… Está en el hospital otra vez.

No lloré. No aún.

El frío del pasillo me alcanzó de golpe y juro que noté la nieve caer a cámara lenta sobre mí, aun estando dentro.

Mis amigas me abrazaban sin saber muy bien cómo hacerlo, y comprendí que algo había cambiado de dirección dentro de mí, algo profundo, inevitable, silencioso, como esas mareas que nadie ve acercarse hasta que ya lo han cubierto todo.

Capítulo 12
Lo raro empezó despacio

Aidan

No sé cuándo empezó exactamente. Quizá fue gradual, en segundo plano, escondido entre clases, entrenamientos y la emoción estúpida de gustarle a alguien. Pero ahí estaba. Una presión en el pecho que aparecía cuando corría. Una presión rara en la garganta. Una especie de nudo entre las costillas que no sabía explicar. No era ansiedad. Era físico.

Al principio pensé: *Estoy entrenando mal.*
Luego pensé: *Estoy durmiendo poco.*
Y después: *Será el frío.*
Nadie piensa en otra cosa. No cuando eres tan joven y te crees un superhéroe.

La semana después de Acción de Gracias fue un desastre.
El miércoles llegué tarde a clase porque no escuché los tres primeros avisos del despertador. Owen me miró al entrar y me señaló el pelo.
—Pareces un cactus deprimido.
—No he dormido bien.
—¿Desde cuándo no duermes bien?
—Desde… no sé. Días.
Intenté reírme, pero me dolió la garganta. No un dolor normal. Algo más profundo, más denso.

Hannah me tocó el brazo durante el descanso.
—Estás pálido —analizó—. ¿Has comido algo?
—Tengo sueño.
—Eso no es sueño.

Me encogí de hombros. No era el tipo de cosas que me gustaba admitir.

La nieve llegó sin pedir permiso. Por fin. Un manto blanco cubrió la entrada de la biblioteca y los escalones de Low Plaza. Los estudiantes resbalaban, reían, grababan vídeos. Yo me quedé mirando la nieve, intentando respirar hondo, y el aire me entró a medias. Me quedé quieto. Esperando. Aguantando. Y después de un rato volvió la normalidad. O eso creí.

En el entrenamiento no era distinto. Brown, el entrenador, gritaba mi nombre desde el otro lado del campo.

—¡¡BENNETT!! ¡Qué haces tan atrás! ¡MÍRATE! ¡VAS TROTANDO!

Yo intentaba acelerar. De verdad lo intentaba. Pero las piernas no respondían como antes. Se me nublaba un instante la vista. Me ardían los pulmones.

Owen corría a mi lado con la cara roja.

—Tío, ¿estás bien?

—Sí.

—No.

—Cállate y corre.

Terminé la sesión con las manos apoyadas en las rodillas y los latidos golpeando en las sienes.

El entrenador vino hacia mí, sin gritar.

—¿Estás enfermo?

—No lo sé.

—Pues averígualo. No quiero accidentes.

Accidentes. La palabra me dio un paletazo extraño en la espalda.

Los días siguientes fueron un borrón. Me levantaba con frío en el cuerpo, pero no era el típico frío de invierno. Era interno, pegado al hueso. Temblaba en clase. Me dolía la cabeza. Me costaba concentrarme en las frases del profesor. Las letras se movían en la página. Hannah me rozaba la mano bajo la mesa para que dejara de apretar el bolígrafo.

—Aidan… —susurraba—. Respira despacio.

Intentaba hacerlo. Me costaba. No lo decía en voz alta porque no quería sonar dramático.

El viernes por la tarde cancelé el entrenamiento por primera vez desde que entré al equipo.

Y el sábado no salí de la cama.

Ni el domingo.

Ni el lunes.

Henry habría dicho que me había convertido en una croqueta humana.

Yo simplemente estaba agotado.

Dormía.

Despertaba sudado.

Dormía más.

No quería mojar la almohada con fiebre, pero no sabía qué temperatura tenía porque no encontraba el termómetro de la residencia.

Hannah apareció el segundo día.

Entró sin avisar, dejó una bolsa sobre el escritorio y se sentó en el borde de mi cama.

—Ponte recto —ordenó. Su tono firme me hizo caso sin pensarlo —. Te traje agua, zumo, pastillas de vitamina C y algo caliente de la cafetería.

—No hacía falta.

—Sí hacía.

Me pasó la mano por la frente.

—Estás hirviendo.

—Ya…

—Esa no es respuesta —replicó.

Me dio la comida. Me obligó a beber y se quedó sentada a mi lado mientras yo me dormía otra vez.

Cuando desperté, ella seguía allí. Mirándome. Inquieta.

—Vete a la enfermería —sugirió.

—Estoy mejor.

—Eso es mentira.

—Me pasaré mañana.

—Hoy.

No lo hice y ella se enfadó. Intentó convencerme, discutimos y la eché de la habitación. Me dolía mucho la cabeza.

El martes decidí ir al entrenamiento. Estaba débil, pero quería correr. Quería sentirme yo otra vez, aunque fuera un segundo. Me puse las zapatillas, bajé al campo y el aire frío me sentó, en principio, bien.

Los demás hacían calentamientos; yo solo intentaba mantenerme firme.

Brown me miró al pasar.

—¿Seguro que deberías entrenar?

—Estoy bien. —Mentí por reflejo.

Owen me dio un codazo.

—Si te mareas, te cargo yo. Aunque peso poco, no prometo nada.

Empecé despacio. El cuerpo protestó desde el primer paso. Aguanté veinte metros. Treinta. Cincuenta. El sonido del silbato se estiró, las voces se mezclaron y las piernas se aflojaron.

Di dos pasos más. El suelo se inclinó. El cielo bajó y… las luces se doblaron.

Caí a plomo.

No recuerdo el golpe. Sólo recuerdo un pensamiento extraño, fugaz: «Esto no debería estar pasando.»

Después, nada. El mundo se apagó. Y así empezó todo lo demás.

Capítulo 13
La noche más larga

Emma

Salí de Columbia sin mirar atrás. El campus seguía allí, intacto, lo sé, pero algo en mí había cambiado de lugar. Grace me ofreció acompañarme al tren; Lindsay insistió en bajar conmigo hasta la entrada de Philosophy Hall. No quise. Me temblaba la voz incluso antes de hablar, y temía que, si pronunciaba una frase más, se me rompiera entera. Les dije que estaría bien, que les escribiría en cuanto supiera algo. Ninguna de las dos me creyó. Aun así, me dejaron ir, quizá porque entendieron que hay caminos que una necesita recorrer sola.

El aire de Nueva York estaba más frío que unas horas antes. Caminé deprisa hacia la estación, subí al metro, crucé semáforos para peatones sin mirar a los lados, sin fijarme en los coches, los escaparates, el ruido habitual que siempre llenaba la ciudad. Esta vez todo se confundía, mi cabeza se encogió para dejar espacio a una única idea: llegar. Sentía una urgencia extraña, profunda, que no sabía explicar. No era miedo todavía. Era algo previo, una advertencia en la sangre.

El tren hacia Cold Spring salió puntual. Encontré un asiento junto a la ventana, pero no recuerdo el trayecto con claridad. Recuerdo el paisaje moviéndose, los árboles desnudos, las casas dibujadas, el río Hudson extendiéndose a la derecha, gris y silencioso. Recuerdo también la sensación de estar suspendida entre lo que dejaba atrás y lo que ya me dolía antes de llegar.

La ventanilla tenía un borde de escarcha que dejaba ver solo una mitad del mundo. La otra mitad estaba dentro de mí, hecha de preguntas que no sabía formular. En algún momento del viaje, apoyé la frente contra el vidrio. Me dolía el pecho, no de un modo agudo, sino de ese modo grave que no quita el aire, pero lo roba un poco.

Pensé en Benji diciendo que los pinos eran árboles valientes. Pensé en su risa, en su forma de mirar las cosas pequeñas como si fueran grandes descubrimientos. Recordé la pizarra blanca de casa con el mensaje de «cosas que han salido bien». Intenté agarrarme a ello. No funcionó.

Me di cuenta entonces de que el miedo se parece al silencio. Hay un punto en el que ambos suenan igual, una vibración baja, constante, que no se ve, pero se siente.

El tren avanzaba y yo avanzaba con él, aunque una parte de mí hubiera preferido quedarse entre estaciones, donde nada malo puede suceder porque nada sucede en absoluto.

Llegué a media mañana. El cielo tenía un color incierto, frío, y el andén estaba casi vacío. El pueblo seguía cubierto de nieve, esa nieve nueva que borra los bordes y hace que todo parezca recién inventado. Cold Spring amanecía ajena a mi urgencia. El mundo no se detiene por las tragedias de una sola casa.

Tomé un taxi sin pensar. El conductor hablaba, creo, sobre el tiempo, pero no le respondí. Mis manos estaban heladas. No supe si por el clima o por lo que temía escuchar. Cuando el hospital apareció al final de la avenida, sentí un estremecimiento que me subió por el estómago.

Era un edificio de ladrillo claro, con un intento de calidez en la fachada. En la entrada habían colocado un árbol de Navidad, pero le faltaban luces. Dentro, unos niños con batas demasiado grandes jugaban a lanzar pelotas de papel; el sonido de sus risas era real, pero también distante; llegaban desde un lugar donde la vida seguía sin interrupciones.

Un reloj marcaba las once y doce.

Impasible.

Indiferente.

Los relojes nunca entienden estas cosas.

Encontré a mis padres en la sala de espera.

Mi madre llevaba el abrigo puesto. El pelo recogido sin cuidado y los ojos rojos.

Mi padre estaba encorvado, con las manos entrelazadas y la mirada perdida en un punto remoto del suelo.

Cuando me vieron, se levantaron al mismo tiempo.

No dijeron nada.

Yo tampoco.

Nos abrazamos los tres, y en ese abrazo había una mezcla de amor, miedo y una necesidad desesperada de agarrarnos a algo que todavía sintiéramos vivo.

—No tenías que venir tan deprisa —susurró mi padre, y su voz casi se rompió en el aire.

—No sé hacer otra cosa —respondí, porque era verdad.

Mi madre me sujetó la cara entre las manos. Sus dedos estaban fríos, quizá por las horas sin dormir, quizá por lo que había visto antes de que yo llegara.

—Estás pálida —murmuró, y la frase se quebró antes de terminar.

Tragué saliva.

—¿Dónde está?

Ella miró hacia el pasillo, sin decirlo aún.

Mi padre respondió:

—En observación.

Había algo en esa palabra que nunca había entendido del todo. Ese lugar donde se mide la gravedad de un cuerpo pequeño mientras el mundo espera afuera sin saber qué hacer con las manos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aunque ya temía la respuesta.

Papá se frotó el rostro, agotado.

—Ha pasado una semana complicada. La fiebre volvió el miércoles. Alta. Muy alta. Anoche bajó un poco, pero esta madrugada… —cerró los ojos un instante—. Se desmayó.

La palabra cayó entre nosotros con un peso que no correspondía a sus seis letras.

Desmayó.

Una acción breve.

Un terremoto dentro de todo lo que yo era.

—¿Y ahora? —pregunté, más despacio.

Mi madre respiró hondo.

—Ahora está estable. Los médicos están haciéndole pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—De todo. Vamos… Hay que esperar.

Nos sentamos. El guardia de seguridad bostezó en la puerta. Una máquina expendedora iluminaba el suelo con un resplandor blanco y desganado.

Intenté imaginar a Benji en alguna de esas habitaciones: su cuerpo pequeño bajo una sábana, su respiración, la piel caliente por la fiebre. Intenté imaginarlo riendo, recordándome que los dragones siempre vuelven a levantarse. Las imágenes se mezclaron, borrosas. No sabía si eran recuerdos reales o ilusiones inventadas para no rendirme.

Mi padre me ofreció un vaso de agua. Le temblaban las manos.

—No es nada grave, ya verás. Los niños son fuertes —dijo, y el terremoto de su sonrisa me rompió un poco más.

—Y él no es cualquier niño.

Papá asintió.

—Eso también lo saben los médicos.

Mi madre se levantó y empezó a caminar de un lado a otro. No tenía rumbo. Dejaba que sus pasos la sostuvieran.

La observé.

Cuando el amor duele, el cuerpo lo revela antes que la voz.

—Nos dijeron que esperáramos aquí —dijo al fin.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé.

El pasillo al fondo de la sala terminaba en una ventana grande. Caminé hasta allí. Afuera, Cold Spring seguía en su rutina. El humo de las chimeneas, calles casi desiertas. La vida intacta, en todas partes menos en nuestro pequeño universo.

Cerré los ojos un momento.

En mi cabeza escuché la voz de Benji: Te dejo el lado de la cama que no tiene monstruos.

Una punzada me atravesó la garganta, pero no lloré. Llorar era concederle al miedo la primera victoria.

Regresé junto a mis padres. Mi padre seguía mirando el suelo. Mi madre había vuelto a sentarse.

Nadie decía nada.

En esos silencios también se mide el amor.

—¿Qué ocurre de verdad? —pregunté, despacio.

Mi madre levantó la vista.

En sus ojos había algo más que cansancio.

Era un brillo tenso, sostenido, cargado de esa mezcla que solo aparece cuando uno necesita ser fuerte para no romperse delante de quien quiere proteger.

—Dímelo —insistí.

Ella bajó la mirada.

Mi padre dejó escapar un suspiro largo, profundo, que parecía arrastrar dentro todos los días felices que habíamos vivido sin saber que eran un tesoro.

—No lo sabemos todavía —respondió.

La última palabra se deshizo en su boca.

No lo sabía, pero lo sabía.

Ese tipo de verdad que se aprende antes de que alguien la pronuncie. La que se clava en el pecho con una precisión casi cruel.

Los nudillos de mi madre estaban blancos.

Los dedos de mi padre seguían temblando.

La luz del mediodía empezaba a colarse por las ventanas del hospital.

El edificio olía a vida que empezaba un ciclo, y a otra que no sabía si continuaría el suyo.

Sentí un pinchazo en el pecho. Respiré hondo y traté de tranquilizarme. ¿Cómo hacerlo? Respiré lento durante cuatro segundos y expulsé el aire durante seis. Pero aquello… No era intuición. No era presentimiento. Era el corazón dando su primera advertencia, ese murmullo que anuncia que nada volverá a ser igual.

Me quedé mirando el pasillo donde estaba Benji. Una enfermera pasó con una carpeta en la mano. Su paso dejó un rastro breve.

Mi madre se levantó y me tomó la mano.

No avanzó.

Solo me apretó los dedos.

El gesto dijo lo que ninguna de las dos se atrevía.

No supe cuánto tiempo pasó.

Los relojes pierden sentido en las salas de espera.

Solo sabía que nuestro mundo había cambiado sin pedir permiso.

—¿Qué ocurre? —repetí.

Mi voz salió más baja.

Mamá abrió la boca, pero no llegó a hablar.

Mi padre la miró.

Y en ese cruce silencioso, entendí la verdad antes de escucharla.

El silencio pesó más que cualquier palabra.

Un silencio definitivo, denso, imposible de ignorar.

Y comprendí que hay cosas que se rompen sin hacer ruido.

Que a veces la vida no grita: solo se detiene.

Y, en esa quietud, una parte de ti empieza a apagarse muy despacio.

Capítulo 14
Señales

Aidan

Me desperté con un temblor extraño en las piernas y el techo moviéndose en círculos. No sabía si estaba soñando o si alguien había metido dentro de un microondas encendido. Intenté incorporarme despacio, pero alguien había puesto un maldito manual de Derecho sobre mi frente, figuradamente hablando.

—Genial —murmuré—. Me estoy muriendo.

Desde al lado, Owen soltó un gruñido.

—Otra vez no, Aidan. Te juro que no pienso hacer otro funeral simbólico por ti. Ese del mes pasado fue suficiente. Todavía tengo la corona de flores secándose.

—Me he desmayado.

—Te tropezaste —corrigió—. Que no es lo mismo.

—No recuerdo tropezar.

—Porque te desmayaste antes de tropezar. Lo he visto todo. Ha sido precioso. Muy poético. Te caíste en cámara lenta, como ese en el anuncio de perfume.

Intenté respirar hondo, pero me mareé otra vez.

—Creo que… No me encuentro bien —farfullé.

—Tienes fiebre.

—¿Cómo lo sabes?

Owen se levantó, me puso la mano en la frente y chasqueó la lengua.

—Estoy estudiando periodismo deportivo, no medicina, pero no hace falta un título para saber que estás ardiendo. Tío, pareces una tostadora.

—Estoy bien.

—Aidan, si dices «estoy bien» una vez más, llamo a tu madre. Y tú sabes que ella vendría en helicóptero si hiciera falta. No me

obligues a eso.

Me tapé la cabeza con la almohada.

—Dame cinco minutos.

—Te doy diez. Y luego vamos al Centro Médico. Y si no vas por las buenas, te arrastro por los pasillos.

Suspiré.

Sabía que no estaba bien.

Desde hacía semanas, mi cuerpo daba señales raras. Una especie de agotamiento que no tenía sentido, porque yo siempre había sido energía pura. Podía jugar al fútbol, estudiar, salir de fiesta y aun así levantarme a las siete sin parecer un cadáver. Pero últimamente… no. Y lo odiaba. Odiaba sentir que algo en mi interior fallaba sin avisar.

A media mañana, ya estaba en la camilla de la enfermería del *Columbia University Medical Center* mientras una enfermera me miraba con el ceño tan fruncido que su frente era igualita a un código de barras.

—¿Has tenido mareos antes?

—Solo cuando veo mis notas de Economía.

Owen me dio un codazo. La enfermera sonrió por pura educación.

Me tomó la temperatura, la tensión, me hizo preguntas que respondí medio en broma, hasta que sacó un tubo y dijo:

—Vamos a hacerte unos análisis. La presión está baja. No me gusta tu color.

—¿Qué tiene mi color?

—Que deberías tener uno —respondió Owen.

—Estoy bien —insistí.

La enfermera dejó escapar una risa suave.

—Siempre lo dicen los chicos de tu edad. Me los conozco. Voy a mandaros a casa. Los resultados estarán listos mañana. Bebe agua. Descansa. Y si vuelve a desmayarse, traedlo directamente a urgencias. ¿De acuerdo?

Owen asintió dos veces.

—De acuerdo. Pensaba hacerlo de todas formas.

Pasaron dos días. Dos días de cansancio extremo. De un dolor extraño en las piernas. De sentir que mi cuerpo era una versión lenta de mí mismo. No habían llamado de la clínica para darme los resultados.

Hannah vino a verme cuando se enteró. Apareció en la habitación con un plato de sopa, un paquete de kleenex y cara de pocos amigos.

—Ponte los zapatos —ordenó.

—¿Por qué?

—Porque vamos al hospital. A uno de verdad. —Me señaló con el dedo—. No me hagas repetirlo.

—Estoy bien…

—Aidan Bennett, te juro por la luna, las estrellas y toda la Vía Láctea que si dices esas dos palabras otra vez te doy con la sopa en la cabeza.

—Es de pollo o de verduras. Es importante saber antes de que me golpees.

Ella negó con la cabeza y me tocó la frente con la mano.

—Sigues con fiebre. Y estás temblando.

Me miró con un gesto raro. Una preocupación distinta.

—Vamos —susurró—. Es solo un médico. No te van a cortar nada.

—Sería una pena.

—No empieces.

Cogí mi chaqueta. No tenía energía ni para bromear más.

Llegamos al *NewYork-Presbyterian Hospital* un viernes por la tarde. Había gente entrando, saliendo, luces, ruido, urgencias llenas. La típica escena que yo habría odiado… si hubiera tenido fuerza para odiar algo.

Hannah me acompañaba y me sostenía, literalmente hablando, nada de poesía. Me agarraba por la cintura y yo pesaba casi el doble que ella.

Nos sentaron en la sala de espera. Me hicieron análisis nuevos. Luego más análisis. Vino un médico, otro, y otra enfermera. Nos metieron en un cubículo.

—Esperad aquí un momento —indicó una enfermera con la mirada fija en unos papeles.

—Genial —me quejé—. Esto es estupendo. ¿Quién va a pagar la factura?

—El seguro médico de la universidad.

—¿Y los análisis?

—Yo los pagaré si dejas de hablar.

Bufé y cerré los ojos, agotado.

El «momento» duró demasiado. Cuando por fin entró un médico, Hannah se tensó a mi lado.

—Aidan Bennett, ¿verdad?

—Ese soy yo.

—Necesito que te quedes ingresado un día o dos para hacerte algunas pruebas más.

—¿Por qué?

No sonreía. No hacía bromas. No tenía esa expresión amable de «no es nada, chaval».

Tenía otra.

La que usan cuando sí es algo.

—Los análisis han salido… alterados —informó—. Y preferimos repetirlos, ampliar y asegurarnos.

Alterados.

Esa fue la palabra.

Hannah apretó mi mano.

Yo intenté no mostrar que me temblaban los dedos.

—¿Alterados cómo? —preguntó ella.

El doctor respondió con voz neutral.

—Las células blancas están disparadas. Y las rojas muy bajas. También vemos algunos marcadores fuera de rango. No vamos a adelantar nada. Solo necesitamos estudiarlo bien. Lo mejor es que te quedes.

Hannah tragó saliva. Yo también.

—¿Tengo un Covid? —pregunté, medio en broma, medio en esperanza.

El médico no sonrió.

—Vamos a averiguarlo. Voy a avisar a tus padres para que vengan.

Los visualicé y me agobié. Mi madre entrando por esa puerta con el rostro desencajado, siempre se preocupaba demasiado. Mi padre preguntando números, porcentajes, probabilidades.

Hannah soltó mi mano un segundo y luego la volvió a coger.

—No estás solo —susurró—. Estoy contigo.

Mis padres llegaron al anochecer. Mi madre me abrazó tan fuerte que casi me rompe. Mi padre tomó el informe y empezó a leer sin decir una palabra. Yo me quedé mirando el techo blanco de la habitación del hospital tratando de no pensar demasiado. Me pondría bien, pronto.

Respiré. Hice una broma suave.

Algo así como:

—¿Sabéis qué es lo peor de todo?

Mi madre me miró con lágrimas en los ojos.

—¿Qué, cariño?

—Que os voy a contagiar el Covid a todos.

Se rieron. Un poco. Lo justo.

Ese fue el principio. El día en que la vida dio un giro. El día que yo todavía quería creer que no pasaba nada. Antes de que todo cambiara. Antes del hospital. Antes del cristal. Antes de que mi corazón se llenara de amor y de odio. Antes de… todo.

Capítulo 15
El nombre del miedo

Emma

El pasillo tenía esa quietud tensa que solo surge cuando la vida se vuelve frágil. No era un silencio amable, sino uno que parecía contener algo que aún no quería revelarse. Caminé detrás de la enfermera mientras intentaba no pensar en lo que había quedado atrás ni en lo que esperaba al final del pasillo. La mujer avanzaba con seguridad, marcando un ritmo constante y sus palabras flotaban sin destino. Entendí que intentaba tranquilizarme, pero mi mente estaba centrada en un único punto: la puerta cerrada donde estaba mi hermano.

El cuarto era pequeño. La luz que entraba por la ventana era tenue, sin intención de iluminar demasiado. Había una máquina marcando un ritmo que yo no lograba acompasar con mi respiración. Y allí, en la cama baja, estaba Benji.

Me tensé al verlo. Su rostro, tan familiar, parecía otro. Tenía las mejillas sin color, los labios secos y los ojos cerrados en una calma que no pertenecía a ningún niño de ocho años. Su pecho subía y bajaba con un movimiento distinto, más corto, más delicado.

Me acerqué despacio.

—Hola, monstruo —murmuré tomándole la mano—. Ya está.

No reaccionó al principio. Su piel me recibió caliente. Me senté y dejé que mi mirada recorriera cada rasgo de su cara, intentando grabar todo. Había días en los que una no sabe qué será lo próximo que cambie, así que quería asegurarme de recordar cada detalle sin espacio para el olvido.

En el suelo estaba su mochila, desgastada en las esquinas. Dentro encontré el cuaderno que le había regalado, ese donde dibujaba criaturas imposibles. La última página tenía un dragón sin terminar;

las alas enormes, la sonrisa torcida, el trazo un poco más débil que otras veces. Abajo, escribió: Los dragones también se curan.

Me apoyé en el respaldo de la silla, sintiendo que la frase abría una grieta en mi pecho. Benji siempre había creído que la valentía se dibujaba, que las cosas importantes se plasmaban en un cuaderno para que nadie pudiera negarlas. Si él lo había escrito, entonces debía mantenerme de pie.

Mamá nos miraba en una esquina de la habitación. El cansancio le había tensado los hombros y le había restado brillo a la mirada, pero aun así sostenía una fuerza que yo reconocía. No necesitaba palabras para saber que había llorado más de lo que admitiría.

—Se pondrá bien —murmuró, ya a mi lado.

—No hay otra opción —respondí.

Su mano buscó la mía un instante y ese gesto fue suficiente para decirnos lo que ninguna sabía pronunciar.

Le hablé a Benji un buen rato. Le conté pequeñas cosas del campus, de mis amigas, del café que nos regalaban los domingos en la cafetería, del ensayo que creía haber terminado bien y del profesor que siempre tenía prisa. Le prometí que volveríamos a construir un muñeco de nieve con forma de dragón, uno enorme, con bufanda roja, que no se derritiera hasta el final del invierno. No sabía si me escuchaba, pero necesité creer que sí, porque esa era la única manera de no sentir que cada palabra se me partía.

El tiempo pasó sin dejar rastro. Las horas se quedan sin forma en estos lugares, se convierten en una masa inmóvil que se agarra al cuerpo. Estuve allí hasta que escuché la puerta abrirse de nuevo.

Papá entró.

Su expresión había mutado, no la reconocía. Algo en su manera de mirar el suelo me hizo levantarme antes de que hablara.

—Emma —me llamó—, ven un momento.

Me incliné hacia Benji.

—Ahora vuelvo, dragón —susurré, y le besé la frente.

Seguimos a papá al pasillo. El sonido lejano de un carrito metálico acompañaba nuestro paso. Todo lo demás permanecía inmóvil, incluso el aire. Nos detuvimos junto a una máquina de bebidas. Papá

respiró hondo, pero no le bastó. Repitió el gesto, buscando fuerzas en algún lugar de su pecho.

—Han traído los resultados —soltó.

Noté un leve temblor recorriéndome. No quería que hablara, aunque necesitaba que lo hiciera.

—¿Y…?

Mi voz no tenía firmeza. No podía tenerla.

Papá levantó los ojos y me miró con amor, miedo y una tristeza demasiado grande para un solo cuerpo.

—Emma… es leucemia.

La palabra no estalló. Se hundió. Y arrastró todo.

Mi mente pareció alejarse un segundo. El pasillo perdió nitidez, el suelo osciló, y la respiración se quedó atrapada en el intento de seguir siendo regular. Papá me sostuvo antes de que perdiera el equilibrio.

—No estoy entendiendo bien —logré decir, aunque sabía que sí entendía. Mi cuerpo lo había sabido mucho antes.

—Los médicos van a hacer todo lo que esté en sus manos —añadió él, intentando darme un sostén que no alcanzaba a construir —. Esta gente sabe lo que hace. No vamos a estar solos.

Apoyé la frente en su pecho, dejando que su abrazo me rodeara. Mi padre siempre había tenido esa forma particular de sostener el mundo cuando el mundo pesaba demasiado.

—No debería pasarle esto —murmuré—. No a él.

—A nadie debería —respondió, y su voz se quebró al final.

El llanto llegó sin aviso. No fue un estallido, sino una corriente que se abrió paso desde dentro. No pude detenerlo. Tampoco quise. Papá me abrazó más fuerte, y me dejé caer un momento en ese espacio donde todavía existía un recuerdo de seguridad.

Cuando mis lágrimas empezaron a aflojar, levanté la mirada. Todo seguía igual. La luz blanca. El pasillo largo. La puerta cerrada. Nada cambió afuera, pero yo ya no era la misma.

Me limpié la cara con la manga y respiré hondo.

—Quiero volver con él.

—Vamos —asintió papá.

Miré la puerta de la habitación mientras caminábamos hacia ella. Era solo un trozo de madera, pero sentí que al cruzarla también cruzaba un límite invisible entre dos vidas.

La de antes.

La de ahora.

Benji seguía allí, respirando con dificultad pero respirando. Y entendí una verdad que me agarró por dentro: no podía prometerle que todo iría bien, pero sí podía prometerle que no estaría solo. Que pelearíamos juntos. Que el miedo tendría nombre, pero no dueño. No mientras yo estuviera aquí.

Y con esa verdad; temblorosa, imperfecta, pero viva, volví a entrar en la habitación.

Capítulo 16
El día D

Aidan

Dormí fatal. Desperté varias veces en mitad de la noche, no porque me doliera nada en concreto. Estaba preocupado.

A las nueve entró una enfermera.

—El doctor quiere verle. Con la familia presente. —Ese fue su buenos días y terminó con toda mi esperanza.

Justo ahí supe que no era por un resfriado.

Mis padres llegaron diez minutos después. Mi madre con un termo de café entre las manos y la cara más ansiosa que la última vez que perdí mi cartera en el metro. Mi padre con las gafas al borde de la nariz, intentando parecer fuerte y fallando en tiempo récord.

Owen también vino. Entró con una bolsa con media máquina expendedora dentro.

—Para cuando te aburras. —La dejó sobre la silla.

Hannah llegó la última. Traía ojeras. Sabía de qué eran.

—Buenos días, imbécil —me dio un beso en la mejilla y ni sonrió. Otra señal.

Cuando el médico entró, todos se giraron a la vez. Él se aclaró la garganta. Miró la carpeta. Miró mis padres. Miró a Owen y Hannah.

—Preferiría hablar contigo a solas, Aidan.

—No —contesté al instante—. Si va a decir algo gordo, que lo escuchen todos. No voy a repetirlo cuatro veces. Soy buen estudiante, pero no tanto.

Mi madre se mordió el labio.

Mi padre me miró con una mezcla de orgullo y pánico.

Owen apretó los puños.

Hannah… bajó la mirada.

El médico asintió despacio.

—Está bien. Aidan… —abrió la carpeta—. Hemos repetido las pruebas. Todas confirman lo mismo. Tus niveles sanguíneos están alterados. Las células blast son muy elevadas, y eso apunta a una enfermedad hematológica severa.

Mi padre agarró a mi madre por el brazo cuando esta emitió un pequeño gemido.

El médico continuó.

—Lo que tenemos delante es una leucemia. Necesitamos empezar tratamiento cuanto antes.

Leucemia.

L-e-u-c-e-m-i-a.

Nunca pensé que fuera una palabra tan larga.

Owen fue el primero en reaccionar. Retrocedió medio metro, se apoyó en la pared y se pasó la mano por el pelo.

—No, no… no puede ser. Él juega al fútbol, corre maratones, siempre está bien. No puede ser.

Hannah no dijo nada. Solo empezó a llorar despacio, intentado que nadie lo oyera.

Mi madre se había llevado la mano a la boca y a mi padre no le parpadeaban los ojos.

Yo… respiré. Y solté.

—Bueno… pues nada. Tocará jugar este partido también.

El médico me miró sin entender mi idioma.

—¿Perdón?

—Que si es liga —respondí encogiéndome de hombros—, iré partido a partido. Nada de pensar en la final. Primero ganamos el primer partido, ¿no? Luego el segundo. Luego el tercero. Y cuando toque levantar la copa… lo hacemos.

Owen soltó una carcajada nerviosa.

—Tío… esto no es fútbol.

—Todo es fútbol si quieres que lo sea —respondí—. Lo importante es no dejar que me gane. Yo soy más cabezota.

Mi madre lloró más fuerte. Mi padre la abrazó sin dejar de mirarme.

El médico hizo un gesto leve de asentimiento.

—La actitud ayuda. Pero el tratamiento será intenso. Quimioterapia, transfusiones… tomará tiempo. Vamos a estar con vosotros en todo momento.

Me quedé mirando mis manos, mis piernas… las que hasta hacía dos semanas usaba para marcar goles o hacer trucos con el balón. Ahora parecían otras.

—Vale —no perdí la compostura—. Pues me quedo. Haced lo que tengáis que hacer.

El médico pidió hablar con mis padres fuera.

Mi madre me soltó un beso rápido en la frente, temblando. Mi padre me agarró la mejilla con una mano, fuerte, como si quisiera decirme algo y no pudiera.

Cuando salieron, Owen cerró la puerta.

Quedamos los tres: él, Hannah y yo.

Hannah no dejó de llorar.

Owen no dejaba de caminar de un lado a otro, como un tigre en jaula.

—No puede ser —decía—. No puede ser tú. Esto es absurdo, Aidan.

—Ya. Pero aquí estamos.

—¿No estás asustado? —Se detuvo frente a mí con los brazos en jarra.

—Acojonado —reconocí, con una honestidad que me sorprendió incluso a mí—. Pero no quiero que me veáis hecho una mierda ya el primer día. Dame tiempo para eso.

Hannah dio dos pasos y se sentó en el borde de la cama.

Tenía las mejillas empapadas.

—Vas a estar bien —susurró.

—Al menos, voy a intentarlo.

Ella agarró mi mano.

—Estaré aquí contigo. Pase lo que pase. No voy a ningún sitio.

Owen se acercó también y se sentó en una silla con las manos entre su cabello.

—Tío… —susurró—. No sé qué decir. No sé qué hacer.

—Haz lo mismo de siempre —respondí—. Hazme reír. Insúltame un poco. Dime que soy un pesado.

Owen se rio entre lágrimas.

—Eres un pesado.

—Gracias. Me hacía falta oírlo.

Hannah me apretó la mano más fuerte.

Yo tragué saliva. Porque dentro de mí, por muy Aidan que fuera, por muy luz que llevara, había algo que sabía: el partido que venía… era el más jodido de mi vida.

Capítulo 17
La primera mañana del después

Emma

El amanecer me encontró sentada junto a su cama, con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas. No recuerdo haber dormido. Tal vez cerré los ojos un instante, o tal vez no. Hay noches que no se terminan, solo se transforman en días, y este era una de esos.

Benji dormía todavía. La máquina a su lado seguía marcando el ritmo de su respiración, un pitido breve y constante que se había convertido en el compás de mi miedo. Mamá se había quedado en la sala de espera. Papá dormía en una de las sillas del pasillo, encogido, vencido por el cansancio. Y yo, sin saber muy bien por qué, no podía apartar la vista de él, de mi hermano, de su piel translúcida y su pecho subiendo y bajando con esfuerzo.

Intenté recordar cómo se sentía la vida antes de esa palabra. Antes de que el miedo tuviera nombre. Antes de que las paredes del hospital fueran el centro del mundo.

Recordé el sonido de su risa en el jardín, su voz diciendo que los dragones no se rendían, la promesa de construir uno más grande que el anterior. Recordé su mano pequeña buscando la mía cuando veía una película triste. Recordé tantas cosas que me dolieron como si me las estuvieran arrancando.

El sol, pálido y lento, se asomó sobre el borde del cristal. En su luz, Benji abrió los ojos.

Primero fue un pestañeo, una sombra de movimiento, y luego una sonrisa diminuta, frágil, que me partió por dentro.

—Hola, dragona —susurró, con voz ronca.

—Hola, monstruo —respondí, y mi voz también tembló—. Me has tenido asustada.

—No fue mi culpa. Los dragones también se cansan.

Me reí, aunque sonó más a llanto que a risa. Le pasé la mano por el pelo y le acomodé la manta.

—¿Te duele algo?

—Solo un poco las alas —murmuró y cerró los ojos otra vez.

Su inocencia me desarmó. No había que explicarle lo que estaba pasando, no todavía. Los niños tienen una manera de seguir creyendo incluso cuando el mundo se desmorona a su alrededor. Y quizá, en el fondo, necesitábamos creer con él.

Me quedé a su lado mientras dormía, observando cada detalle, quería salvarlo con solo mirarlo. Fuera, la vida seguía. Escuché los pasos de las enfermeras, el sonido de un carro, el murmullo de los médicos cambiando de turno. Todo continuaba con normalidad. Solo dentro de mí el tiempo había dejado de avanzar.

A media mañana, mamá entró con una taza de café en la mano. Sus ojos estaban hinchados, pero en su gesto había una quietud extraña; la conocía, trataba de sostenernos a todos.

—Está más tranquilo —se acercó—. Duerme bien.

Asentí.

—¿Y papá?

—Hablando con el pediatra.

—¿Qué ha dicho?

—Que esperemos. —Suspiró—. Que van a repetir algunas pruebas y empezar el tratamiento cuanto antes.

La palabra «tratamiento» se me quedó pegada en la garganta. Me parecía demasiado grande para caber en una frase tan sencilla.

—¿Qué significa cuanto antes? —pregunté, aunque ya sabía que lo que en los hospitales se llama «pronto» siempre depende del miedo de los que esperan.

—Significa que no tenemos tiempo que perder —respondió mamá, con un hilo de voz.

Se sentó en la silla junto a mí y me cogió la mano. Nos quedamos así un rato, sin hablar. Había aprendido que el amor también puede medirse por la cantidad de silencios compartidos. Afuera, el cielo se cubría de nubes, y por un momento pensé que la nieve volvería a caer. Ojalá. Siempre quise que la nieve fuera una forma de

esperanza, un recordatorio de que todo lo que cae puede volver a empezar.

A media tarde, Benji despertó de nuevo. Quiso dibujar. Le ayudé a sostener el lápiz y garabateó algo en su cuaderno. Cuando terminó, me lo mostró: era otro dragón, más pequeño esta vez, con alas rectas y una sonrisa cansada.

—Se llama Sol —anunció—. Porque no se apaga, aunque tenga miedo.

No pude decir nada. Solo lo abracé. Lo apreté contra mí con la delicadeza de quien teme romper lo que más ama.

—Te quiero —le susurré.

—Yo más —contestó, como siempre.

Pasamos el resto del día entre dibujos, canciones inventadas y promesas que intentaban parecer reales. Cuando el sol empezó a caer, papá regresó con el médico. Nos dijeron que los análisis estaban confirmados, que el tratamiento sería largo, que necesitaríamos paciencia. La palabra «paciencia» me sonó igual que «fe»: hermosa, pero inalcanzable.

Benji volvió a dormirse poco después. El cansancio le pesaba en los párpados y en los hombros. Yo me quedé mirándolo, sosteniendo su mano, y pensé en todo lo que no se dice cuando el miedo entra en una habitación.

Papá se acercó a la puerta y me hizo un gesto para que saliera un momento. Obedecí. En el pasillo, la luz del atardecer teñía las paredes de un naranja suave. El hospital tenía ese aire entre la vida y la espera, ese rumor constante de puertas abriéndose y cerrándose.

—Emma —habló despacio—, los médicos han sido claros. El diagnóstico es firme.

—Ya lo sé —respondí.

—Sé que lo sabes, pero necesitaba decírtelo.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora luchamos.

Su voz se quebró en la última palabra. Sentí que me ardían los ojos, que toda la tristeza que había estado conteniendo durante horas empezaba a encontrar una salida.

—No es justo, papá. —Las palabras salieron rotas—. No puede ser él.

—Lo sé. —Su mirada se nubló—. Pero nos tiene a nosotros. Y a veces eso basta para empezar.

Me abracé a él con toda la fuerza que me quedaba. En su hombro encontré algo de paz, pero también una verdad dura, por mucho que nos abrazáramos, no podríamos protegerlo de todo. Algunas batallas se ganan con esperanza, y otras solo con amor.

Cuando volví a la habitación, Benji dormía de nuevo. Me senté junto a él y apoyé la frente en su mano. Fuera, el cielo se había vuelto del color del plomo. Y pensé, mientras lo miraba respirar, que en realidad todos vivimos al borde del abismo, intentando creer que la luz no se apagará.

Esa noche, mientras el hospital se iba quedando en silencio, comprendí que el amor no siempre salva, pero sí enseña a quedarse.

Y me prometí que, pasara lo que pasara, yo no me movería de su lado.

Capítulo 18
El túnel interminable

Aidan

La noche después del diagnóstico no fue una noche. Sino un túnel interminable al que no le encontraba el final.

Me dejaron solo después de la guerra de silencios, miradas y lágrimas muy mal escondidas. Mis padres salieron con el médico para hablar de palabras técnicas que mi cerebro no estaba preparado para almacenar. Owen y Hannah fueron a respirar. Yo qué sé. Prometieron volver enseguida. No sé cuánto tiempo pasó hasta que la puerta se cerró del todo.

Lo único que oía era el zumbido suave del fluorescente y el pitido de algún monitor en otra habitación. El mío aún marcaba un ritmo correcto. Tic, tic, tic. Mi corazón seguía ahí, comportándose como un alumno aplicado el primer día de clase, sin darse por enterado del suspenso general.

Me miré los brazos. Las venas. Los nudillos. El pijama del hospital, abierto por detrás, digno de una alfombra roja del horror.

Leucemia.

Una palabra de ocho letras y una vida entera detrás.

Respiré hondo. El aire tenía gusto a metal, o quizá era la idea. Tragué saliva para comprobar que seguía funcionando. Sí. Todavía sabía tragar. Todavía sabía pensar. Todavía sabía hacer chistes malos.

—Qué estreno, Bennett —murmuré—. En primera fila.

Me tumbé boca arriba. Apoyé la nuca en la almohada y fijé la vista en el techo. Había pequeñas manchas en una esquina, justo encima de mi cama. Un mapa improvisado. Me inventé que era un país nuevo, una isla exótica con forma de balón. Mi cerebro decidió que necesitaba un lugar imaginario donde esconder un rato el miedo.

El ruido de la planta me llegaba apagado. Algún carrito, pasos, una voz cansada al fondo. Pensé en el campo de fútbol. En el sonido de las botas clavándose en la hierba. En el grito del entrenador. En Owen chillando cada vez que fallaba un gol para hacer el drama más grande. En los domingos en casa, mi madre preparando pasta, mi padre hablando de política y yo fingiendo que entendía más de lo que entendía.

Dos semanas atrás, mi problema era un examen de Teoría Política y un penalti mal tirado. Hoy, mi problema llevaba nombre de enfermedad grave y venía con quimio de regalo.

Noté que los ojos se me calentaban por dentro. Tardé unos segundos en aceptarlo. Yo, Aidan «siempre sonrío», con ganas de llorar en un cuarto blanco con chorrocientos cables a mi alrededor.

No estaba en el guion.

Giré la cabeza hacia la bolsa que Owen había dejado sobre la silla. Media máquina expendedora: chocolate, patatas, galletas, una bebida energética de gusto dudoso. Alargué el brazo y cogí una barrita. No tenía hambre, pero necesitaba hacer algo que no fuera quedarme inmóvil esperando a entenderlo todo.

Quité el envoltorio despacio. El plástico crujió más de la cuenta. Di un mordisco sin ganas.

Sabe igual el chocolate en un hospital, pero se nota que lo come otro tipo de persona. Antes era combustible. Ahora era… no sé. Una excusa para seguir aquí.

Llamaron a la puerta con suavidad.

—¿Se puede? —la voz de Hannah llegó antes que su figura.

Asomó la cabeza con los ojos rojos y entró.

—Pensé que me habías abandonado —intenté bromear—. Sería un gesto muy feo dejar tirado a un enfermo recién diagnosticado.

Ella dejó escapar una especie de risa que le salió rara.

—Ojalá fuera una broma, imbécil.

Se acercó a la cama, se quitó las zapatillas y subió con cuidado, sentándose a mi lado. Apoyó la cabeza en mi hombro, suave.

—Owen está con tus padres —informó—. Le han pedido que se quede un rato más, por si necesitas… no sé. Algo.

—¿Tú no necesitas nada? —pregunté.

—Te tengo a ti haciendo chistes de mierda. Ya voy surtida.

Sonreí.

Durante unos minutos no dijimos nada. Ella respiraba despacio. Yo contaba mentalmente las aspas del ventilador del techo. Una, dos, tres… Perdí la cuenta y volví a empezar. Tal vez necesitaba comprobar que todavía sabía sumar.

—Tengo miedo, Hannah —confesé de golpe. La frase se me escapó antes de poder vestirla de ironía.

Noté cómo ella tensaba un poco los hombros, aunque no se separó.

—Ya lo sé —susurró—. Yo también.

—No sé qué significa todo esto. No sé cuánto durará. No sé cómo contarlo sin que la gente me mire con cara de funeral.

—No tienes que contarlo. Hoy solo tienes que estar. Respirar. Dejar que los médicos hagan lo que tengan que hacer.

—No me gusta no mandar ni sobre mi propio cuerpo.

—Nunca has mandado del todo —replicó—. Solo creías que sí.

Lo pensé un momento.

—Qué filosófica te has levantado.

—Es que casi no he dormido.

Se quedó en silencio unos segundos. Luego añadió:

—Te prometo algo, ¿vale?

—Depende. Si es que vas a estudiar todos los apuntes por mí, acepto.

—Eso ya lo hago —bufó—. Te prometo otra cosa.

—A ver.

—Que, pase lo que pase, no vas a pasar esto solo. Aunque te pongas insoportable. Aunque te dé por hacerte el héroe. Aunque te enfades. Aunque me mandes a casa. Voy a estar aquí hasta que te echen del hospital por pesado.

Tragué saliva. Miré la línea de la pared, la esquina del techo, cualquier punto que no fuera sus ojos.

—¿Y si… —tragué otra vez— y si la cosa sale mal?

Ella guardó silencio. Sentí su mano buscar la mía bajo la manta.

—Entonces… me encargaré de que te vayas sabiendo que tuviste una buena vida, aunque haya sido corta. Y que los que te queremos

vamos a recordarte sin ponernos de rodillas. Porque tú no eres pena, Aidan. Nunca lo has sido.

Esa frase me atravesó más que el diagnóstico.

Noté que una lágrima salía disparada hacia la almohada y la limpié con el dorso de la mano, rápido, para que no desarrollara ego.

—No llores —pidió ella.

—Estoy practicando para cuando me den el Oscar a Mejor Enfermo Dramático.

—Te lo darían a Mejor Idiota Profesional.

—Eh. El título oficial es «Paciente profesional». Que conste.

Se inclinó un poco y me dio un beso en la sien. Fue breve, cálido, serio.

—Voy a por un café —murmuró—. ¿Quieres algo?

—Un cuerpo nuevo, pero en versión mejorada.

—Apuntado. Veré qué tienen en máquinas.

Bajó de la cama y se colocó las zapatillas. Antes de salir, se giró.

—Si te entra pánico estando solo… llama.

—No pienso llamarte por pánico. Solo por aburrimiento —intenté salvar la dignidad—. Y eso será dentro de… veinte minutos.

—Idiota —susurró. Y se fue.

La puerta se cerró. El cuarto volvió a quedarse en semioscuridad. Me quedé mirando el hueco donde ella había estado sentada. El colchón aún hundido. El calor de su presencia pegado a la piel.

Respiré hondo una vez más.

Vale. Había miedo. Mucho. Pero también tenía esto: gente fuera haciendo turnos para sujetar mi mundo. Padres que hablaban con médicos en un pasillo helado. Un mejor amigo que compraba media tienda de snacks. Una amiga que se acostaría tarde por quedarse conmigo en una silla.

No era poco.

Tampoco era suficiente para borrar la palabra que me habían plantado en la frente, pero ayudaba a que no me aplastara del todo.

Extendí el brazo hacia la mesita y cogí el móvil. Tenía varias notificaciones. Mensajes en el grupo del equipo: memes, dudas sobre entrenos, quejas por los exámenes. Nadie sabía aún nada. Me

quedé mirando la pantalla encendida, con el pulgar flotando sobre el teclado.

Podía escribir: «Chicos, tengo una enfermedad de la hostia, no podré jugar un tiempo». Podía enviar una foto del gotero con una frase ingeniosa. Podía contar la verdad sin adornos.

No hice ninguna de las tres cosas.

Bloqueé el móvil y lo dejé boca abajo.

—Mañana —me dije—. Mañana lo cuento.

Giré el cuerpo hacia un lado y me acurruqué un poco, tirando de la manta hasta la barbilla. El pijama era áspero. La almohada también. El hospital entero estaba diseñado para que nadie quisiera quedarse más de la cuenta. Ironías.

Cerré los ojos. No para dormir, sino para ordenar ideas.

Pensé en el fútbol. En el campus. En mis padres. En Owen. En Hannah. En mi hermano.

—Vale —susurré en la oscuridad—. Aidan uno, enfermedad cero. Empezamos así.

En el fondo, sabía que el marcador real todavía estaba en blanco. Pero necesitaba creer que podía ir ganando por la mínima, aunque fuera en intención. Esa fue mi primera decisión de paciente: no rendirme el día uno.

Abrí los ojos una última vez. Miré al techo. Al país raro en la esquina. Le puse nombre.

Territorio Aidan. Zona en reconstrucción.

Sonreí, apenas un poco.

Después, por fin, el sueño empezó a vencer al miedo. No lo borró. Solo lo empujó hacia un rincón, lo justo para que pudiera cerrar los ojos un rato y llegar despierto al siguiente día.

Capítulo 19
Adónde va la esperanza

Emma

El día después tuve más miedo. No había dormido más de un par de horas. Benji seguía dormido. Lo toqué y se removió.

Mamá entró con una bandeja de café y dos magdalenas. Llevaba el abrigo puesto, aunque dentro hacía calor.

—Los médicos han estado aquí —dejó la bandeja sobre la mesilla —. Quieren hablar con nosotros.

—¿Ha pasado algo?

—No. Pero creen que lo mejor sería trasladarlo a Nueva York. Al Presbiterian. Tienen una unidad oncológica infantil con más medios, más especialistas.

—¿A Nueva York? —repetí, como si fuera otro país.

—Sí. Cuanto antes.

La taza tembló entre mis manos. No supe si por el café o por lo que significaba esa frase. Cuanto antes. En la vida, pocas expresiones asustan tanto.

Papá apareció detrás de ella, con un montón de papeles en la mano.

—He hablado con el doctor Collins. Cree que allí estará mejor atendido. Aquí hacen lo que pueden, pero… —se interrumpió un segundo, buscando una palabra que no hiciera daño—, pero allí tienen más esperanza.

La palabra esperanza me golpeó el pecho. Bonita y cruel al mismo tiempo.

—¿Y cuándo lo trasladan?

—Esta tarde. Vendrá una ambulancia médica. Será un viaje tranquilo, solo de una hora.

—Voy con él.

Papá y mamá se miraron, y esa mirada fue un diálogo que no necesitó sonido.

—No, Emma. —Mamá se acercó a mí—. No puedes venirte ahora.

—¿Por qué no?

—Porque tienes clase mañana. Porque no puedes dejarlo todo.

—¿De verdad creéis que me importa una clase?

—No se trata de eso. —Papá se arrodilló a mi lado—. Sabemos que querrás estar aquí, pero Benji necesita verte fuerte. Si dejas la universidad, si renuncias a lo que te hace avanzar, él lo sabrá. Y no queremos que sienta culpa.

—No estoy pensando en mí.

—Precisamente por eso —mamá me acarició la mejilla—. No pienses solo en él tampoco.

Me quedé callada. No sabía cómo responder a una lógica tan dulce y tan injusta.

—No puedo seguir estudiando mientras él está en el hospital. No tiene sentido.

—Sí lo tiene. —Papá tomó mi mano—. Este tratamiento puede ser largo. No sabemos cuánto. Si te detienes ahora, todo lo demás se detendrá contigo. Y tú sabes que él no querría eso. Benji te admira más de lo que imaginas. Te observa como si fueras la prueba de que el mundo también puede ser valiente.

Miré la ventana, la nieve. Imaginé el campus esperándome. Todo me pareció ajeno e inútil.

—No sé cómo seguir como si nada.

—No tienes que fingir que no pasa nada. Solo tienes que seguir —respondió mamá, y su voz se quebró en la última palabra.

Benji se movió en la cama y abrió los ojos. Nos quedamos todos quietos.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz somnolienta que todavía sonaba a niño.

—Nada, dragón. —Me incliné para besarle la frente—. Solo estábamos planeando tu mudanza a un hospital de héroes.

—¿De héroes?

—Sí. Dicen que ahí los dragones se curan más rápido.

—Entonces quiero ir ya —sonrió con una inocencia que casi consigue desarmarme al miedo.

Papá rio, pero sus ojos seguían nublados. Mamá le arregló la manta y murmuró algo que no escuché. El amor hace lo imposible para que la realidad duela un poco menos.

Pasé el resto del día con él, contándole historias, inventando nombres de dragones nuevos, dibujando en los márgenes de su cuaderno. Intenté quedarme con todo: la forma en que movía los dedos al dibujar, el sonido leve de su respiración, el color de la luz en su mejilla. Sabía que, tarde o temprano, esos recuerdos serían todo lo que tendría para sobrevivir a los días que vendrían.

Por la tarde, los enfermeros prepararon la camilla. Le pusieron una bufanda roja y le dejaron llevar su cuaderno. Parecía más una excursión que un traslado. Le di la mano mientras lo subían a la ambulancia y me incliné para susurrarle al oído:

—Voy a estar muy cerca. No tienes que preocuparte por nada, ¿de acuerdo?

—Prometido.

—Prometido.

Cuando el coche arrancó, la nieve empezó a caer con más fuerza. Me quedé en la acera, viendo cómo las luces azules se alejaban hasta desaparecer. Mamá me abrazó por detrás.

—Ve a casa, Emma. Duerme un poco. Mañana vuelve a Columbia. Pero a clase, no al hospital.

—No sé si podré.

—Podrás. —Su tono era firme, casi maternal en el sentido más antiguo de la palabra: el de empujar al hijo hacia la vida aunque te duela—. Hazlo por él.

Asentí, aunque no me convencía. No porque no tuviera razón, sino porque la razón no siempre basta. A veces el corazón se rebela contra todo lo lógico.

En el camino de vuelta, tratando de respirar para no ahogarme, comprendí que seguir no siempre significa avanzar, sino no derrumbarte del todo.

Y comprendí que seguir no siempre significa avanzar. A veces solo significa no derrumbarte del todo.

Cuando el tren se detuvo en la estación, respiré hondo, guardé el móvil (con la foto de Benji sonriendo la última vez que lo vi) y salí al andén.

Capítulo 20
El primer día del resto de mis glóbulos blancos

Aidan

Si alguna vez escribo mi autobiografía (que ojalá no sea póstuma porque eso siempre vende más pero tiene un inconveniente obvio) empezaré con esta frase: «Mi primer día de tratamiento comenzó con una enfermera intentando convencerme de que el sillón reclinable era muy cómodo.»

¡No lo era! ¡PARA NADA!

Ese maldito estaba diseñado por alguien que odiaba la espalda humana. Aun así asentí con entusiasmo, porque me niego a ser el paciente que se queja del asiento. Quiero dejar ese papel para Owen. Él lo haría mejor.

La enfermera (una mujer con coleta alta y expresión de «sé más de ti que tú mismo») entró a mi habitación a las ocho en punto.

—Buenos días, Aidan. Mi nombre es Angie Ramirez. Me verás a menudo. Voy a encargarme de ti.

—¡Estupendo! —Di una palmada.

—Empezamos hoy la quimio. ¿Nervioso?

—¿Nervioso? No. ¿Aterrorizado? Un poquito. Pero no se lo digo a nadie para que sigan creyendo que soy un tipo duro —respondí, señalando a mis padres con la cabeza.

Mi madre se llevó una mano al corazón.

Mi padre soltó un: «Ay, hijo» sin aire.

Angie sonrió con ternura y humor.

—Tranquilo, lo hacemos despacio.

—Por mí como si lo hacéis rápido, como arrancar una tirita —solté —. Y sin sangre, que mi madre se desmaya antes que yo.

Mi madre me dio un golpecito en la pierna. Victoria moral para mí.

A los dos minutos llegaron los dos indispensables: Owen y Hannah.

Owen entró el primero con un paquete de *donettes* y una botella de agua.

—Aquí estoy. Te traigo energía y azúcar, que es lo que mantiene viva a la humanidad.

—Y a ti —añadí.

—Sobre todo a mí.

Hannah llegó detrás, con cara de haber dormido tres horas y decisión de soldado.

—He traído esto —me mostró el móvil—. *Playlist* guerrera. Empezamos con Queen. No me discutas.

—No pienso discutir a Queen. Sería motivo de expulsión inmediata del hospital.

—Y del planeta —apuntó Owen.

Ahí supe que, pasara lo que pasara, no iba solo al campo de batalla.

Nos llevaron a una sala con poca luz.

—Esto parece un after mal iluminado —comenté.

El sillón me recibió con el entusiasmo de un mueble que lleva veinte años trabajando sin convenio. Me acomodé como pude. Quise parecer tranquilo. Creo que se notó hasta en la NASA que no lo estaba.

La enfermera preparó el material. Yo, mi dignidad.

—¿Te mareas con agujas, Aidan? —preguntó ella.

—Solo si me atraviesan con una espada. Por lo demás, soy valiente.

—Bien —sonrió—. Hoy solo trabajamos con agujas estándar. Las espadas las dejamos para otro día.

—Perfecto. Me gusta que haya planificación.

Mi madre rio nerviosa.

Owen miraba fijamente el gotero.

Hannah no me quitaba los ojos de encima.

Era un payaso de circo (mis respetos a todos los payasos).

—Respira hondo —indicó la enfermera.

—Si no respiro, ¿me baja el precio?

—No se negocia —informó, divertida.

Me pinchó. El frío entró despacio, colonizando un pequeño invierno. Noté que mis dedos seguían quietos. Los de todos los demás, no. Mi madre tenía las manos juntas, templando miedo. Mi padre se había girado para mirar la pared porque es sensible y lo disimula fatal.

Owen apretaba una barrita de chocolate hasta deformarla.

Hannah… Hannah sostenía mi rodilla como queriendo sostener mi alma. Qué gran persona. No merecía estar en un hospital cuidando a alguien que había conocido hacía poco.

—Pues nada —murmuré—. Ya estoy marinando.

—¿Marinando? —preguntó Angie.

—Como un pollo antes de meterlo al horno. Pero más guapo.

Ella soltó una carcajada tan honesta que me subió la moral veinte puntos.

El líquido siguió entrando. Yo respiré, porque parecía que era lo único que me quedaba completamente bajo control.

Cuando terminó, no sentí épica. Ni alivio. Ni triunfo. Sino algo más básico: sigo aquí.

Levanté el pulgar.

—He hecho un gesto. Por si alguien quiere aplaudir —anuncié.

Nadie aplaudió, pero mi madre se echó a llorar.

Mi padre la abrazó.

Owen dijo «bro…» con voz rota.

Hannah me miró como si acabara de sobrevivir al fin del mundo.

Cuando nos quedamos un momento más tranquilos, ella se acercó más.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Tragué saliva.

Me acomodé mejor.

Busqué palabras que no sonaran ni teatrales ni resignadas.

—Ahora lucho —dije—. No porque sea valiente… sino porque aún no he terminado de vivir.

Ella cerró los ojos un instante. Los abrió. Asintió. Salí de la sala caminando despacio.

—Primer día superado. Si mañana sigo vivo, exijo croquetas.

Capítulo 21
Entre lo que pesa y lo que sostiene

Emma

Volver a la universidad después de una noche entera en el hospital me produjo una sensación extraña, como si caminara adelantada a mi propio cuerpo. La estación estaba llena, los pasillos abarrotados de gente que se movía sin pensar, y yo avanzaba entre todos ellos con esa conciencia rara de haber visto algo que los demás no conocen. No tenía fuerzas para explicarlo, así que no lo intenté. A veces, lo único sensato es seguir caminando.

El campus apareció frente a mí tan vivo como siempre. Estudiantes subiendo escaleras, otros desayunando en el césped, conversaciones rápidas justo antes de entrar a clase. Me sentí fuera de lugar, como quien regresa a una película que ha seguido sin él. Fui directa a la hermandad. La casa me recibió en silencio; a esas horas todas estarían ya en clase. El sonido de mis pasos en el pasillo me produjo un cosquilleo incómodo; venía de un sitio en el que era imposible fingir normalidad.

Entré en mi habitación, dejé la mochila en el suelo y me quedé quieta unos segundos. El desorden de mi escritorio me pareció casi reconfortante. La cama estaba sin hacer, las notas abiertas sobre la mesa, la sudadera que me había quitado antes de irme seguía enroscada en la silla. Todo intacto. Yo no.

Me metí en la ducha sin pensarlo mucho. El agua caliente me devolvió poco a poco una especie de orden interno, no una calma real, pero sí la sensación de que podía sostenerme un rato más sin venirme abajo. Me sequé deprisa y me vestí con ropa cómoda: unos vaqueros, un jersey grueso y mi abrigo largo. Me miré en el espejo

antes de salir. Había algo diferente en mis ojos, pero preferí no analizarlo.

Crucé el campus despacio, viendo pasar imágenes sueltas: un grupo practicando teatro al aire libre, dos chicas leyendo en las escaleras, un chico tocando la guitarra junto a la biblioteca. Todo tan vivo que me pareció injusto. Y a la vez, necesario. La vida tiene la mala costumbre de continuar en los momentos más inoportunos.

Cuando entré en el aula, Lindsay levantó la cabeza la primera.

—Ahí está —murmuró, dejándose caer contra el respaldo—. Ven aquí.

Grace me hizo un gesto con la mano. Tenía esa mirada dulce suya que no necesita palabras para preguntar cómo estoy.

Me senté entre ellas.

—Hola —dije.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Grace, muy suave.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Aún estoy descifrando cómo volver a estar en mi cuerpo.

Lindsay me pasó su termo.

—Bebe. Es té con miel y algo que Grace dice que es limón, pero juraría que es veneno. —Grace le dio un codazo—. Es broma. Está rico. Creo.

No pude evitar sonreírles.

—Gracias.

La profesora entró anunciando media hora libre para trabajar un comentario comparado. En cuanto dijo que podíamos ir a comer y volver antes de que sonara el timbre, Lindsay ya estaba guardando sus cosas.

—A la cafetería —declaró—. No pienso dejar que vuelvas a clase sin comer. Es una cuestión moral.

Grace asintió.

—Y de salud mental. Y física. Y de todo. Vamos.

En la cafetería no cabía un alfiler, pero conseguimos una mesa cerca de la ventana. Compramos tres ensaladas distintas, aunque

ninguna recordaba cuál había pedido. El ruido de bandejas y conversaciones me pareció lejano.

Grace clavó el tenedor en su plato, respiró hondo y me miró.

—Puedes contárnoslo. Si quieres.

—Benji está en el hospital. Ingresado —expliqué, porque empezar por lo básico era lo único que me salía.

Lindsay dejó el tenedor encima de la bandeja.

—¿Otra vez la fiebre?

Asentí.

—Ha sido peor esta vez. Mucho peor. Se desmayó. Y… —noté que mi voz se tensaba—. Los médicos están preocupados. Han hecho muchas pruebas.

Grace me tomó la mano sin avisar.

—Vas a contarnos solo lo que quieras contar. No tienes que explicarlo todo hoy.

—Pero sí puedes dejar que te acompañemos —añadió Lindsay—. Eso sí lo vamos a hacer, te guste o no.

Tragué saliva.

—Estoy un poco perdida.

—Pues te acompañamos en la pérdida —respondió ella—. Fácil.

Grace se inclinó hacia mí, bajando un poco la voz.

—No te has derrumbado. Eso ya dice mucho.

—Anoche —admití— hubo un momento en el que pensé que no podía más.

—Y aquí estás —Lindsay me señaló—. Y eso también dice mucho.

Sentí que algo dentro de mí se aflojaba, no el dolor, pero sí esa especie de rigidez que llevaba horas arrastrando.

—Gracias —murmuré, sin saber cómo decirlo mejor.

—No tienes que darlas —contestó Grace—. Para eso están las amigas.

Lindsay movió la ensalada hacia mí.

—Come. Y, cuando termines, hacemos un pacto: tú respiras, y nosotras te sostenemos el resto del día. Literal o figuradamente. Grace te hace de almohada emocional y yo de muralla defensiva por si algún profesor dice algo estúpido.

—No suelen decir cosas estúpidas —sonreí un poco, y hasta me sentí mal.

—Hoy puede ser el día —insistió Lindsay, intentando arrancarme otra sonrisa.

Lo consiguió.

Cuando terminamos de comer, nos quedamos un rato más, sin prisa. Lindsay empezó a contar una anécdota absurda sobre su compañera de habitación que se había obsesionado con un poema de Keats, y Grace añadió que a veces el dolor se hace más llevadero cuando alguien al lado se empeña en hacer reír. No sé cuánto tiempo estuvimos hablando, pero sí recuerdo la sensación: por primera vez desde el hospital, sentí que el aire entraba un poco mejor.

Al sonar el timbre, recogimos las bandejas.

—Volvemos a clase —anotó Grace.

—Y después biblioteca —añadió Lindsay—. Te aviso: hoy no pensamos soltarte.

Las seguí hacia el pasillo. Mientras caminábamos, pensé que, en medio de todo lo que se caía, ellas eran un lugar firme. No porque lo arreglaran todo, sino porque se quedaban.

La amistad, al final, era eso: dos manos que te sujetan justo cuando no sabes dónde poner las tuyas.

Y con esa sensación luminosa, regresé a clase con ellas a mi lado.

Capítulo 22
Día X del tratamiento

Aidan

Habían pasado varios días desde aquella primera sesión. Días largos, espesos, llenos de náuseas, sudores fríos y una sensación absurda: mi cuerpo ya no era mío. Había firmado un contrato sin leer la letra pequeña: «efectos secundarios incluidos, disfrútelos con moderación».

Aquel día había sido especialmente bonito para mi estómago: desperté vomitando, seguí vomitando después del desayuno que no comí y, por si quedaban dudas, terminé la tarde con más vómitos. Una sinfonía preciosa.

No tenía fuerzas ni para quejarme con gracia.

La habitación estaba a oscuras excepto por la luz del pasillo. Todo me daba vueltas, recordé estar subido a aquella noria de la feria pero en *low cost.*

Abrazaba la almohada de lado cuando escuché un crujido. La silla. Owen. Otra vez.

Lo vi apoyar la cabeza contra la pared, con las piernas estiradas y la chaqueta enrollada como almohada improvisada. Tenía la cara de quien lleva varios días vigilando una puerta invisible.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunté con voz de niño arrugado.

—Suficiente para plantearme denunciar este hospital por tortura —respondió sin abrir los ojos—. Este sillón lo diseñó un enemigo de la humanidad.

—Amén, tío. Todos los sillones aquí son asesinos en potencia. Podrías irte a dormir a tu casa.

—Nah. Me gusta sufrir aquí contigo. Es mi manera de demostrarte mi amor.

Sonreí débil.

Él abrió un ojo y me miró.

—¿Sigues mareado?

—Sí.

—¿Vomitando?

—También.

—Perfecto. Todo dentro de lo previsto. Un éxito rotundo.

Quise reír, pero sentí otra arcada y preferí priorizar el orden de supervivencia.

—Lo están haciendo fatal mis glóbulos blancos —murmuré—. Necesitan una charla.

Owen se inclinó hacia mí.

—Cuando recuperes fuerzas, les das una conferencia motivacional. Yo te hago las diapositivas.

—Trato hecho.

Respiré varias veces.

—Owen… —susurré.

—¿Mm?

—Lo cierto es que tengo un poco de miedo.

—Ya —respondió, bajito.

—Pero no por… ya sabes… —me señalé el cuerpo entero—. Eso ya lo asumí. Me da miedo otra cosa.

—¿Cuál?

—Que me traten como si ya no fuera yo. —Tragué saliva—. Como si estuviera hecho de cristal. Como si fuera… menos. Como si hubiera dejado de ser Aidan.

Owen se removió en la silla incómoda.

Lo vi tensar la mandíbula, un gesto que nunca le veía, porque él era más de hablar que de callar.

—Tío. Yo… no sé cómo hacer esto. No sé cómo estar a la altura. No sé si debo bromear, o callarme, o abrazarte hasta que te duela, o salir corriendo por miedo a romperte. No sé nada. Solo sé que seré un buen hermano y aquí estaré.

—Has dicho hermano y no bro.

—Me estoy reformando.

Era extraño verlo así.

Owen, el de las frases tontas, el de los chistes malos, el de los líos eternos… no sabía qué hacer conmigo.

Sentí un golpe en el pecho.

—Aidan… —su voz se rompía y él la disimulaba mal—. Tío, no me gusta verte así. No sé qué hacer para que no sufras tanto.

—Podrías dejar de ser tan buen amigo —fingí que bufaba—. Facilitarías mi trabajo.

Él soltó una carcajada que le salió torcida.

—Idiota.

—Pesado.

—Dramático.

—*Drama queen* profesional.

—Eso no lo elige uno. Nace con talento —se defendió.

El humor nos permitió respirar un segundo. Solo uno.

Luego él se inclinó hacia mí, apoyó los codos en las rodillas y bajó la cabeza.

—No quiero que tengas miedo —susurró.

Yo me incorporé como pude, con el cuerpo débil, tembloroso, gastado. Tardé una eternidad conseguirlo, pero me quedé sentado, con la espalda en el cabecero.

—Pero sí lo tengo —admití—. Y también tengo derecho, ¿no?

Owen levantó la cabeza. Tenía los ojos rojos.

—Claro que tienes derecho.

—Pues eso.

Lo miré directamente.

—Y tú tienes derecho a quedarte. Incluso cuando estoy vomitando como una fuente y huelo a medicación y me duele todo. Si quieres irte algún día, te vas. Pero no hagas como si te quedaras por obligación. ¿Vale?

Él negó con la cabeza de manera contundente.

—No me voy. No me pienso ir.

Me pasó algo que no esperaba:

fui yo quien lo consoló a él.

Estiré la mano y le toqué la muñeca.

Un gesto tan pequeño que cualquiera diría que no sirve para nada.

Mentira.

Sirvió para todo.

—Eh. Tranquilo. Estoy mal, sí. Pero sigo siendo yo.

—¿El mismo Aidan de siempre? —preguntó él, con la voz rota.

—El mismo. Solo que más delgado, más pálido y más sexy.

—No estoy preparado para discutir eso —se rio—. Pero vale. Te lo compro.

Volvió el silencio. Esta vez más suave.

—¿Quieres que llame a Hannah? —preguntó tras unos minutos.

Antes de responder, la puerta se abrió sin llamar.

Hannah. Ojeras. Chaqueta larga. Pelo rizado hasta la cintura.

Miró la escena: Owen en la silla de tortura, yo sentado como un espantapájaros que ha sobrevivido a una tormenta.

—¿Tengo que preguntar cómo estás? —No sonaba a reproche. Solo a hechos.

—No es mi mejor momento —anoté.

Ella se acercó a mi cama, sin prisa, sin miedo, sin esa delicadeza exagerada que tanto temor me provocaba en otros.

—Tienes derecho a estar mal.

—Ya se lo he dicho —interrumpió Owen, casi orgulloso.

—Bien. Repítelo cada día —ordenó ella—. Hasta que se lo crea.

Se sentó en el borde de la cama, muy cerca, y me miró a los ojos sin pestañear.

—Hoy ha sido un día aburrido en Columbia —contó.

—Eso es mentira, pero gracias por no crearme *fomo*.

—Es cierto. Sin ti las clases no tienen gracia.

—Solo coincidimos en dos.

—Pues eso. Imagina las demás. Me duermo.

Sabía que eso era mentira, pero la quería más por intentar hacerme sentir bien, o algo mejor.

—Os quiero, a los dos.

—Tío, a mí no me metas en líos románticos —se quejó Owen con una sonrisa.

—Nosotros también te queremos —confirmó Hannah. Este idiota también. —Lo señaló.

—Vale, te quiero, pero no pienso darte un beso.

Me rendí.

A la verdad.

A ellos.

A su amor bruto, sin filtros, sin manual de instrucciones.

Me tumbé otra vez porque el cuerpo me pidió descanso.

Hannah me pasó la mano por la sien.

Owen soltó un suspiro largo.

Y me dormí sin miedo a no despertar. No porque estuviera mejor. No porque el tratamiento fuera milagro. No porque el dolor cediera. Me dormí porque no estaba solo. Y eso, ahí, ese minuto… valió más que cualquier analítica.

Capítulo 23
Lo que ya no encaja del mismo modo

Emma

Dos días bastaron para que todo lo que había construido aquí empezara a sentirse distinto. El campus seguía lleno de estudiantes corriendo entre clases, riendo en los pasillos, debatiendo teorías absurdas en la cafetería, leyendo poemas bajo los árboles… pero yo ya no caminaba igual entre ellos. Tenía la sensación de estar avanzando pegada a un vidrio invisible que me separaba de la vida que llevé hasta hace nada.

No lo decía en voz alta, pero nada tenía el mismo color. O quizá era yo quien había perdido parte del suyo.

Intenté continuar con mis rutinas: despertarme temprano, correr un rato por Riverside Park, tomar café en la cafetería de la facultad, asistir a las clases, hacer anotaciones sobre los textos… Todo lo hacía, pero en automático. Como si una parte de mi cerebro estuviera ocupada en otra cosa, en otro lugar, con otro ritmo. Y así era. Mi mente llevaba cuarenta y ocho horas instalada en una habitación de hospital en Manhattan.

Llamaba a Benji dos o tres veces al día por FaceTime.

Mi hermano hacía un esfuerzo enorme por sostener la conversación, aunque la voz se le quebrara en medio de una frase. A veces se quedaba dormido mientras yo le hablaba; otras intentaba sonreír porque sabía que eso me sostenía más que cualquier palabra.

—Aquí está mi médico personal —decía, intentando darle un tono divertido—. Estoy comiendo gelatina roja. Sabe a nada.

—La gelatina roja siempre ha sido traicionera —respondía yo—. A ti lo que te gusta es la naranja.

—Esa sí sabe a algo… —cerraba los ojos un instante—. Me duele un poquito la cabeza.

—No hables mucho.

—Quiero hablar contigo —insistía, como si temiera que el tiempo se escapara—. Enséñame tu habitación. Otra vez.

Le mostraba la pared llena de fotos, mis libros apilados, la taza que me regaló.

Él asentía muy despacio, guardando cada detalle.

En la tercera llamada del día, su voz tembló un poco más de lo habitual.

—¿Vas a venir?

—Claro —respondí sin pensarlo—. Mañana mismo, si estás despierto.

—Estoy despierto siempre que tú quieras —musitó, antes de que mamá apareciera detrás para ayudarle a sostener el iPad.

Cuando colgué, supe que ya no podía seguir posponiéndolo. Quería estar allí. Quería verlo, tocarle la mano, sentir su respiración sin depender de una pantalla.

Se lo conté a Grace y Lindsay en cuanto salimos de clase.

—Voy a ir al hospital —dije mientras bajábamos las escaleras del Butler Hall—. Esta tarde.

—Perfecto, vamos —contestó Lindsay de inmediato.

—No —me apresuré a decir—. No hace falta. De verdad.

—No te hemos preguntado si hace falta —intervino ella—. Hemos dicho que vamos.

—Estaré bien.

Grace se colocó delante de mí, obligándome a mirarla.

—Estaremos contigo. No vamos para entrar en la habitación, ni para escuchar nada si no quieres. Solo para acompañarte en el camino. No te pedimos permiso para eso.

No supe qué responder. Era difícil discutir con personas que te quieren bien.

—¿Dónde está exactamente? —preguntó Lindsay mientras revisaba el móvil—. Dime el nombre.

—Presbyterian Hospital. Está cerca de Washington Heights —respondí—. La unidad pediátrica está en un ala nueva que tiene unos ventanales enormes, por lo visto. Él se queja de que entra demasiada luz.

—Perfecto —apuntó Lindsay—. Autobús, metro o taxi. Elige tu modo de tortura.

—Metro —respondí sin pensarlo.

Fuimos a la cafetería antes de salir.

No tenía hambre, pero ellas insistieron en que comiera algo. Un sándwich de pollo, un zumo de naranja y una galleta que Lindsay juró que era «terapéutica». A la mitad del sándwich ya no podía con más, pero hice el esfuerzo.

—¿Quieres que entremos contigo? —preguntó Grace mientras guardaba su bandeja.

—No —respondí con suavidad—. Quiero entrar sola.

—Vale —dijo—. Pero estaremos en la sala de espera. No nos iremos hasta que tú salgas.

—No hace falta…

—Emma —me interrumpió Lindsay—, llevamos dos días viendo que estás intentando sostener el mundo con los dientes. Déjanos, aunque sea, sujetar las esquinas.

No pude evitarlo. Reí un poco.

—Sois pesadas.

—Somos constantes —corrigió Lindsay—. Y listas. No subestimes a las alumnas de literatura. Sabemos identificar tramas que se derrumban.

Caminamos juntas hacia la estación de metro de 116th Street. El aire tenía un punto afilado. Cada paso que daba hacia la línea 1 me empujaba a un lugar del que aún no sabía cómo saldría.

En el vagón, Grace se sentó a mi izquierda y Lindsay a mi derecha.

—Cuando lleguemos —ordenó Grace—, tú marcas el ritmo. No vamos a presionarte.

—Y si necesitas llorar, lloras —añadió Lindsay—. Y si no quieres llorar, no lloras. Reglamentos no tenemos.

El metro avanzó entre túneles mientras yo trataba de mantener los pensamientos en orden: Benji con su manta azul, su dibujo del dragón, su esfuerzo por sonreír. Mis padres intentando sonreír

también, pero con otra clase de tensión en los ojos. Todo estaba en movimiento, salvo yo.

Bajamos en 168th Street. El hospital se veía desde la salida: enorme, moderno, con una fachada de cristal que reflejaba los edificios cercanos. El tráfico era un murmullo constante. En la entrada, la gente iba y venía con prisa, con papeles, con bolsas, con sonrisas agotadas.

Me detuve antes de cruzar la calle. Grace me puso una mano en el hombro, suave, sin invadir.

—Ve. Estamos aquí.

Lindsay añadió:

—Y cuando salgas, nos cuentas solo lo que quieras. No vamos a hacer preguntas que duelan.

Respiré hondo.

El hospital era un gigante lleno de historias, algunas con finales buenos, otras no tanto. Y en algún rincón de ese edificio estaba mi hermano de ocho años, luchando contra algo demasiado grande para su tamaño.

Cruzar la calle me costó más de lo que debería.

Pero lo hice.

Y mientras empujaba la puerta automática, pensé que, por mucho que todo hubiera cambiado, había algo que seguía en pie: la necesidad profunda de estar con él.

Detrás de mí, mis amigas se quedaron en la entrada, sentadas en un banco, esperándome sin prisa.

Y eso, de alguna manera, me ayudó a dar el siguiente paso.

Capítulo 24
El día que volví a caminar como un humano

Aidan

Esa mañana desperté sin ganas de abrazar la papelera. Un logro histórico que, si seguía ingresado mucho más tiempo, deberían incluir en el panel de logros del pasillo junto al de «hoy hemos tenido visita del payaso del hospital».

No tenía fuerza para correr una maratón, pero sí para caminar diez metros sin parecer un fantasma con estabilidad limitada. Así que decidí celebrarlo a lo grande: dar un paseo por el pasillo.

Un paseo.

Lo que antes era «bajar a por un donut» ahora era una expedición digna de National Geographic.

Me bajé de la cama despacio, me puse las zapatillas del hospital (las hechas de papel de fumar) y abrí la puerta con la épica justa para que nadie dijera nada tipo: «Aidan, quizá deberías descansar».

No.

Quería aire.

Y quería demostrarle a mis piernas que aún estaban invitadas a mi cuerpo.

Avancé con cautela. Había un carrito desplazado a un lado, bandejas vacías encima, y alguien había dejado dibujos infantiles pegados en el corcho. Un dragón, un arcoíris y una estrella gigante hecha con purpurina. Todo muy «vive, ríe, sobrevive».

Llegué al mostrador de Enfermería y allí estaba ella: Angie, mi enfermera favorita. La reina del turno de mañana. Coleta alta, uñas rojas, humor más ácido que el suero que me meten por vena.

—Pero míralo —dijo al verme aparecer—. El hijo pródigo que regresa al pasillo. ¿Tienes autorización para estar de pie?

—Ninguna —contesté—. Voy a lo loco. Vivo peligrosamente. Soy ese tipo de chico rebelde.

Angie arqueó una ceja.

—Riesgo extremo, sí.

—¿Cómo lo llevas, Angie? —pregunté apoyándome en el mostrador como si estuviera entrando en un bar—. Se acerca la Navidad, ¿no? ¿Habéis decidido ya quién hará de Papá Noel este año? Porque si os falta personal… me ofrezco voluntariamente.

Ella soltó una carcajada.

—¿Tú? ¿Papá Noel?

—Por supuesto. Ya me habéis metido en el aula pediátrica. Es cuestión de tiempo que me pongan a repartir caramelos.

—Aidan… no aparentas veintitantos.

—¿Cuánto aparento?

—Trece. Máximo catorce.

—Perfecto, encajo en la unidad infantil más que en la universidad. Dadme un traje rojo y unas botas y lo bordo.

Angie negó con la cabeza, sin dejar de reír.

—Lo que nos faltaba… un Papá Noel con gotero.

—¿Y barba falsa? —pregunté.

—Eso sí. Que la tuya tarda en salir.

—Angie, por favor, un poco de respeto por mi testosterona.

Nos reímos los dos.

Era bueno reírse.

Era mejor incluso que andar.

Mientras charlábamos, escuché voces detrás. Reconocí la de mi madre antes incluso de verla.

Ella dobló la esquina con una sonrisa que parecía hecha de amor y preocupación a partes iguales.

Mi padre venía justo detrás.

Y, entre los dos, un chico flaco, alto, con el pelo revuelto y la misma expresión que yo tenía a su edad: mezcla de chulería inocente y miedo mal disimulado.

Henry.

Mi hermano pequeño.

Trece años con actitud de dieciocho.

—¡Hermano del alma! —anunció él a voz en grito—. ¡Has sobrevivido al monstruo de la quimio!

—Henry, por favor —dijo mi madre, horrorizada.

Yo levanté las manos, teatral.

—¡He sobrevivido! Estoy vivo. Y camino. Y hago bromas. Un milagro navideño adelantado.

Henry corrió hacia mí y me abrazó como si hubiera cruzado un océano a nado.

Me agarró por el torso y me apretó fuerte. Tanto que tuve que respirar hondo para no marearme.

—Estás muy delgado —se separó—. Pareces un palo con ojos.

—Gracias, poético como siempre.

Mi padre me palmeó el hombro con delicadeza.

—Te ves mejor hoy.

—Hoy no estoy para presentación de Canva, pero sí para paseo corto —respondí—. Y para Papá Noel, según Angie.

—Ni se te ocurra —musitó mi madre.

Me reí.

Henry me miró con admiración.

—¿Estás bien? —preguntó bajito.

—Voy a estarlo —le aseguré—. Me están metiendo veneno mágico que mata cosas malas. Yo pongo el chiste, ellos ponen la ciencia. Equipo perfecto.

Lo observé un segundo.

Tenía la cara blanca.

Las manos inquietas.

Ese brillo en los ojos que indica que tu cuerpo quiere llorar, pero tu dignidad adolescente dice: «ni se te ocurra».

Me incliné un poco hacia él.

—Henry… —dije, en voz baja—. Mira, voy a contarte una cosa. Y no quiero que nadie más lo oiga.

Mi hermano se acercó.

Mi madre y mi padre agudizaron el oído, por si colaba.

No coló.

—Voy a ponerme bien —le prometí—. Pero si por alguna razón no lo consigo… puedes quedarte con mi habitación.

Henry abrió los ojos como platos.

—¿De verdad?

—Con mis esquís también.

—¿En serio?

—Y con mi bicicleta.

—¡NO! —soltó mi padre.

—Papá —le dije—, déjale soñar, por favor.

Henry sonrió por primera vez desde que había entrado. Esa sonrisa pequeña, tímida, torpe… pero sonrió.

—Vale —susurró—. Pero prefiero que te pongas bien.

—Pues entonces no te quedes con nada aún —bromeé—. Ni se te ocurra meter mis cosas en cajas. Vigilo desde el más allá. Soy muy rencoroso.

—Idiota —dijo él y se limpió disimuladamente una lágrima.

—Idolatrado —corregí.

Mi madre nos rodeó a los dos con un brazo.

Mi padre se colocó a mi lado con la mano en mi espalda.

Y, por un segundo, el hospital dejó de parecer un hospital.

Apareció Angie detrás del mostrador.

—Aidan, ¿sigues de pie?

—Angie, por favor. No subestimes a Papá Noel.

Ella se rio. Y yo también.

Porque ese día, a pesar del cansancio, del miedo, de todo… ese día había luz. Una luz pequeñita, torpe, pero suficiente. Y eso ya era mucho.

Capítulo 25
Donde empieza algo que aun no entiendo

Emma

No sabía qué esperaba encontrar al llegar a la planta pediátrica del Presbyterian, pero desde luego no era esto. El ascensor se abrió y, de pronto, me vi dentro de un pasillo amplio, iluminado por unas ventanas enormes que daban a la avenida. Las paredes estaban cubiertas con dibujos infantiles, algunos torcidos, otros llenos de colores indecisos, todos hechos por manos pequeñas intentando llenar el tiempo de hospital con algo parecido a la imaginación.

Respiré hondo y avancé despacio. No conocía el lugar, no conocía sus ritmos, ni a las personas que pasaban a mi lado empujando carros, ni a las enfermeras que caminaban con pasos seguros. Era la primera vez que entraba en este mundo y, aunque intenté no demostrarlo, me costaba mantener el control de mis manos.

Benji estaba en la habitación 308. Fui contando los números como si fueran pasos hacia un destino que no me apetecía aceptar. Mi madre abrió la puerta cuando me vio llegar. Tenía los ojos húmedos, pero me regaló una sonrisa pequeña que me atravesó de una forma distinta.

—Acaba de dormirse otra vez —susurró—. Está muy cansado a todas horas. El doctor dice que normal, un síntoma y una consecuencia de la enfermedad. —Me dio un abrazo—. Te dije que no vinieras.

—Mamá, no voy a quedarme en la universidad. Claro que vendré.

—Ya lo hablaremos.

—¿Y papá?

Dentro.

Lo encontré sentado a un lado de la cama, con la frente apoyada en una mano. Cuando me oyó, se incorporó.

—Hola, cariño. ¿Has faltado a clase?

—No, papá. Claro que no. —Se levantó y me envolvió entre sus brazos— ¿Cómo está?

—Bien. No debes preocuparte.

—Deja de decir eso.

Benji descansaba sobre dos almohadas, envuelto en una manta que le llegaba al pecho. Tenía la boca entreabierta y la respiración irregular de los niños que se esfuerzan demasiado.

Me acerqué y le acaricié el brazo con suavidad.

—Hola, mi dragón —murmuré, aunque no pudiera oírme.

Papá cerró la carpeta de informes.

—Nos han explicado el tratamiento —me indicó, sin rodeos.

Asentí, esperando lo que viniera.

—Van a empezar quimioterapia de inmediato —continuó—. No necesitará trasplante, no por ahora. Este tipo responde bien a los ciclos. Pero será duro, Emma. Habrá días complicados.

Mi madre añadió:

—Nos quedaremos aquí todos los días. Y tú vienes cuando puedas. No te vamos a exigir nada.

—Quiero estar —respondí de inmediato—. No sé cómo, pero quiero.

Benji abrió los ojos de golpe, con una lucidez que no esperaba.

—Emma.

Me incliné.

—Aquí estoy.

—Hoy no quiero sopa —susurró.

—Lo suponía —sonreí—. Esa sopa no convencería ni al presidente.

Él rio apenas, un sonido mínimo pero suficiente para sentirme más fuerte.

—¿Cómo te tratan aquí?

—Son simpáticos.

—Y si no lo son, me lo dices. Yo les regaño.

—Tengo un amigo. Viene a verme de vez en cuando.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se llama?

Encogió los hombros muy sutilmente.

—No se lo he preguntado.

Hablamos un ratito y juro que tuve que respirar mucho para no llorar delante de Benji, porque lo miraba y se me partía el corazón, más si cabía.

—Voy a salir un momento —anuncié cuando volvió a cerrarlos al rato—. No tardo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Estás bien? —cuestionó papá, que me conocía a la perfección.

—Soy adulta, papá.

—Perdón. —Sonrió de lado—. A veces se me olvida que ya no eres mi pequeña.

Salí al pasillo y miré alrededor. Lo supe enseguida: ese lugar estaba lleno de historias que nunca imaginé. En una vida perfecta no te planteas cuánta gente no la tiene ni a qué se enfrentan cada día.

A la derecha, una sala con sofás donde una mujer joven lloraba en silencio mientras abrazaba una chaqueta diminuta. Más adelante, un niño con un carrito de suero se reía de algo que le decía su padre. Y al fondo, una enfermera colocaba unas luces de navidad alrededor del mostrador para «hacerlo menos feo», según anunció sin darse cuenta de que la oía.

Di unos pasos hacia el ventanal. Necesitaba mirar la calle para no desmoronarme. Recordar que la ciudad seguía en su sitio, el mundo giraba y había vidas ajenas a aquello. Llevé una mano al cristal, sin saber muy bien qué buscaba.

—El paisaje desde aquí impresiona más el primer día —dijo una voz masculina a mi espalda.

Me giré con brusquedad.

Un chico estaba apoyado en la pared, un poco encorvado, como si llevar tiempo de pie le cansara. Tenía la bata del hospital ligeramente abierta por un lado y los calcetines asomando por debajo del pantalón fino. No tenía aspecto de paciente frágil, sino una mezcla extraña entre cansancio y chispa. Una luz propia que no era incompatible con sus ojeras.

—No te he querido asustar —sumó él, levantando una mano.

—No pasa nada —le resté importancia, aunque me había sobresaltado.

—Soy Aidan. Vivo aquí desde hace… demasiado tiempo. O a mí me lo parece. Un día aquí es un año lunar. Bueno, no vivo, pero… ya me entiendes. Este pasillo se ha convertido en algo así como mi barrio.

—Emma Hartley —me presenté yo también

—Aidan Bennet. Es tu primer día aquí, ¿verdad?

—Sí.

—Se nota en cómo caminas. La gente que ya lleva tiempo se mueve más rápido. Tú vas mirando cada detalle, procesándolo todo.

—Quizá sí lo necesito.

—Es normal. Este sitio no se entiende el primer día. Ni el segundo. Ni el quinto. —Se quedó un momento en silencio, y después añadió—: Ni el décimo.

—Estás… ¿Estás enfermo?

—No. Me visto así porque es la moda —bromeó. Alcé las cejas—. Vale. Demasiado. Eso dicen los médicos. Mis padres tratan de ocultármelo. Yo me hago el tonto para no hacerles daño. —Se acercó a mí, pero solo un paso—. Leucemia. Un asco, la verdad. Me encantaba jugar a fútbol. Me sigue gustando, pero hay días que no tengo fuerzas ni para levantarme. Hoy estoy bien. —Ahora sí, pegó su boca a mi cuello—. Las enfermeras no me dejan sacar la pelota al pasillo. Dicen que molesto.

—¿Tienes un balón aquí?

Asintió.

—Dedicado por todos mis amigos del equipo. Juego en Columbia. Jugaba, supongo.

—Yo estudio allí.

—Un buen lugar.

Lo miré despacio. No quería ser invasiva, pero tampoco sabía qué decir.

—A mi hermano se la han diagnosticado hace muy poco —admití —. Tres días. Ni siquiera sé qué pensar.

Aidan bajó los ojos, no para evitar la mirada, sino para encontrar una manera honesta de responder.

—Lo siento mucho. Y también te digo algo que ojalá me hubieran dicho antes: no tienes que entender nada ahora. Solo estar. Aunque

sea en silencio. Eso ya ayuda más de lo que imaginas.

—No quiero desmoronarme delante de él —susurré.

—Pues desmorónate aquí, en el pasillo conmigo —contestó, sin dramatismo—. Luego vuelves a entrar tranquila. Esto… funciona así. Mis padres también lo hacen.

Me quedé quieta unos segundos.

—No sabía que se podía hablar con desconocidos en hospitales tan fácilmente.

—Aquí las reglas son distintas —sonrió—. Además, no soy un desconocido. Te acabo de recomendar este ventanal para respirar. Eso nos convierte en vecinos.

Reí a pesar de mí misma.

—¿Eres siempre tan…?

—Sarcástico. Encantador. Irresistible. Sí —listó él con los dedos—. Pero también soy muy útil para orientarte. Te sé decir las máquinas que funcionan, las que devuelven el dinero y las que se lo quedan. La de galletas es una ladrona, por cierto.

Moví la cabeza entre una carcajada pequeña.

—Gracias por advertirme.

—De nada. Y si un día necesitas hablar, caminar o simplemente no pensar, suelo estar en esta planta. No salgo mucho.

—Porque estás ingresado.

—Exacto. Y porque las enfermeras me tienen controlado para que no escape.

Incliné la cabeza.

—Voy a volver con él.

—Hazlo. Y si más tarde te apetece asomarte de nuevo, estaré cerca.

—Gracias por… esto.

—¿La bienvenida? No hay de qué. En realidad lo he hecho porque estoy aburrido. Muy aburrido. Aburridísimo. Te he visto y he pensado… Esta chica me va a arreglar el día y…

—¿Lo he conseguido?

Sonrió.

—Has alegrado la mañana de un moribundo.

—Eso no hace que me sienta mejor. —Era normal hablar con él.

—A mí sí. —Dio un paso hacia atrás—. Y no tienes que dar las gracias. A veces dos personas se encuentran justo cuando lo necesitan.

No respondí. Solo asentí y regresé hacia la habitación.

Mientras caminaba, supe que algo había cambiado. Benji seguía luchando, mis padres seguían sosteniendo el mundo, y yo seguía intentando no caerme… Pero ahora había alguien más en este pasillo. Alguien que entendía sin preguntar. Alguien que podía acompañar sin cargar. Un chico de bata desabrochada y sonrisa luminosa que, sin saberlo, acababa de abrir una puerta que yo no esperaba encontrar.

Capítulo
Una semana para recordar quién era

Aidan

Había pasado una semana desde la quimio y me habían dado el alta. Iba a pasar una semana fuera del hospital para «recuperar fuerzas» y «retomar la vida normal». La vida normal… qué concepto tan gracioso. Pero allí estaba yo, bajando del coche de mis padres frente a Columbia, intentando convencer a mis piernas de que no hicieran el ridículo a mitad de camino. Había dormido más que un gato geriátrico, había tomado sopa hasta quedar documentado como parte de la dieta blanda nacional y aun así me sentía como un móvil con la batería al cinco por ciento que insiste en seguir funcionando.

El campus hervía como siempre: risas, pasos rápidos, conversaciones a gritos, cafés en manos ajenas… y yo, conformándome con caminar sin caerme al suelo.

—¡Bennett! —gritó Connor desde las escaleras de la biblioteca—. ¿Dónde te habías metido, tío?

—Vacaciones de lujo —respondí sin detenerme—. Tratamiento VIP, spa de agujas incluidas.

—Joder, qué envidia. ¿Había buffet?

—De vómitos.

Connor soltó una carcajada mientras yo seguía andando como podía, intentando que nadie notara que mi respiración estaba haciendo huelga.

Entré en la cafetería porque en teoría necesitaba un café. En la práctica, necesitaba un lugar donde apoyarme un segundo. La cola era tan larga que estuve tentado de hacer testamento.

—Mississippi no es tan largo como esta cola —murmuré.

Una chica delante se rio sin girarse.

—Tienes cero paciencia —comentó.

—Tengo cero glóbulos blancos también. Voy compensando.

Para cuando me dieron el café, mis piernas ya habían dimitido. Me encaminé a clase con mis huesos prestados. Me senté, abrí la libreta y el profesor empezó a hablar de teoría política mientras mi cerebro jugaba a mezclar palabras como si fuera un DJ deprimido.

El aula giró un poquito. Aspiré hondo. Fingí que simplemente estaba pensativo. A nadie se le ocurrió pensar que Aidan Bennett, el de las carreras infinitas, ahora se mareaba sentado.

Cuando sonó el timbre de final de clase, fui el primero en salir… más por necesidad que por entusiasmo. A mitad del pasillo, alguien me agarró del brazo.

—Hermano, ¿estás vivo? —preguntó Owen con el dramatismo de siempre.

—Semi. Como la leche.

—Estás blanco.

—Gracias, es mi tono natural.

—Te hablo en serio.

—Yo también. ¿Has visto mi cara algún día de invierno? Parezco un folio. Y llevo diez días en el hospital. Las sesiones de rayos uva allí son carísimas.

Bajamos juntos hacia el campo de fútbol, donde los chicos entrenaban. El olor a césped húmedo me atravesó el pecho. Era como volver a casa… solo que desde fuera de la ventana.

—¡Bennett! —gritó Connor después de fallar un tiro—. ¡Macho, desde que no vienes, no metemos ni en portería vacía!

—Es que mi karma goleador está en pausa —levanté una mano—. Pongo excusa médica, no acepto quejas.

Los chicos rieron, pero mientras lo hacían, me senté en la grada para descansar un segundo. Error.

El mareo vino tan rápido que ni me dio tiempo a fingir. Las luces se estrecharon, el aire pareció más pesado que el cemento, y tuve que inclinarme hacia adelante.

—Aidan —susurró Owen, arrodillándose frente a mí—. Eh. Mírame.

—Estoy bien —dije con la voz de alguien que claramente NO está bien.

—No tienes buena cara.

—Mi cara nunca es buena. Estoy siendo consistente.

—No me vaciles ahora —insistió él, tocándome el hombro—. ¿Qué pasa?

El mareo se fue igual que vino, pero dejó atrás algo peor: ese miedo silencioso que te muerde por dentro sin pedir permiso. No miedo a morir. Ese ya estaba en el contrato.

Era miedo a no estar a la altura. A que mis padres pensaran que hicieron algo mal. A no poder volver a correr como antes. A ser un recuerdo triste en las gradas.

Suspiré.

—Tenemos que volver a la residencia.

—Lo sé. Pero dame diez minutos aquí. Lo echo de menos.

—Te doy cinco.

—Qué generoso.

Owen me acompañó hasta la residencia. Insistió en cargar mi bolsa aunque pesaba menos que un estudiante de primero con ansiedad preexamen. Caminamos en silencio por el pasillo, escuchando puertas cerrarse, risas y el ruido de alguna tele. Todo sonaba demasiado vivo comparado con el ritmo lento del hospital.

—¿Seguro que puedes subir las escaleras?

—Claro. Si me desmayo, tú finges que es una performance artística y seguimos.

—Si te desmayas, te llevo al hospital a rastras.

—Qué poco espíritu creativo tienes, Owen.

Llegamos a mi habitación. Olía a mí, a libros, a ropa, a la vida que tenía antes de que mi médula decidiera ponerse interesante. Owen dejó la bolsa en el suelo.

—Bueno… Si necesitas algo, me llamas.

—Solo si es urgente. Si se me cae el móvil al suelo, por ejemplo.

—Eres un desgraciado.

—Eso está claro, tengo leucemia.

—También eres muy gilipollas.

—Por eso me quieres.

Él rodó los ojos, pero sonrió igual. Me dio un abrazo más corto de lo habitual y se marchó.

Me tumbé en la cama, escuchando el silencio. No el silencio frío del hospital, sino el doméstico, el que reconoce tus horarios y tus rarezas. Me dormí tan rápido que creo que ni terminé la frase mental que estaba construyendo.

A la mañana siguiente, el mundo olía a clase de primera hora: sueño acumulado y un número indecente de personas preguntándose por qué habían elegido una carrera con tantas asignaturas.

Hannah apareció frente a la residencia con una bufanda más grande que su cuello.

—Vaya, mírate —dijo al verme bajar—. No pareces un muerto viviente. Solo un semivivo, está bien.

—Gracias. Trabajo duro para mantener el nivel.

—¿Desayunaste?

—Sí, tostadas. Mi estómago y yo hemos firmado un acuerdo de paz.

—Pues vamos, que llegamos tarde.

Empezamos a caminar.

—Si hoy sobrevivo a dos clases seguidas, me dan un diploma, ¿no? —pregunté.

—Te doy una pegatina.

—¿Dorada?

—Con purpurina.

Ese era mi tipo de motivación académica.

En clase logré concentrarme lo justo. Tomé notas, seguí la explicación, fingí que mis piernas no se quejaban cuando cambié de postura. Cuando el profesor hizo una broma, hasta me reí. Fue un día normal. Un día corriente. De esos que antes tenía a montones y ahora eran como pequeñas reliquias.

Después de clase, nos sentamos en el césped, comimos algo rápido y hablamos de tonterías. La vida universitaria seguía su ritmo, y por un momento pensé que yo podía seguir el compás, aunque fuera un poco desincronizado.

Hannah me observó de reojo.

—¿Cansado?

—Sí. Pero del tipo de cansancio que te da después de hacer algo que te gusta. No del otro.

—Bien —murmuró—. Quédate con eso.

Y lo hice.

Los días siguientes se fueron deslizando como una cuerda que alguien tira despacio. Iba a clase cuando podía. Descansaba cuando mi cuerpo decía basta. Reía con Owen y Hannah en ratos cortos que sabían a victoria. Comía lo justo. Estudiaba a pedacitos. Caminaba sin marearme demasiado. A veces incluso olvidaba, solo por unos minutos, que tenía una enfermedad que pretendía arruinarme la vida.

Pero mi cuerpo no olvida tan fácil.

El cuarto día me desperté con un cansancio profundo que nacía en los huesos. El quinto, las escaleras de la residencia parecían el Himalaya. El sexto, el aire del campus me costaba más de lo habitual. Y el séptimo… el séptimo ya no había duda.

—Aidan —dijo mamá por teléfono, con ese tono que mezcla suavidad y urgencia—, el médico quiere que vuelvas mañana. Para continuar el tratamiento. Es lo previsto.

Me senté en el borde de la cama, respirando despacio.

—Vale.

—¿Estás bien?

—Estoy… —busqué la palabra—. Estoy siendo yo. A mi ritmo.

—Te queremos —añadió.

Y yo a ellos. Incluso cuando me dejan sin escapatoria.

Esa noche cerré la puerta de la habitación de la residencia sin prisa. Toqué el escritorio, la estantería, la esquina de la cama donde siempre dejaba la mochila. Me pareció más pequeña que antes. O yo más grande. O más frágil. O más real.

—Una semana —murmuré—. No estuvo mal.

El campus seguía fuera, iluminado, lleno de voces y pasos. Yo volvería. No sabía cuándo, ni cómo, pero volvería. Y aunque mis fuerzas no fueran las mismas, seguiría avanzando. Aunque fuera a destiempo. Aunque fuera más despacio.

Porque mientras siguiera andando, aunque fuera cansado, aunque fuera torpe, aunque fuera imperfecto, todavía era yo.

Capítulo 27
Siete días iguales

Emma

La semana se me pasó sin que pudiera medirla del todo. Por las mañanas iba a clase, pero ya no entraba en las aulas con la misma ligereza. Me sentaba con Grace y Lindsay, tomaba apuntes, subrayaba un par de frases importantes, intercambiaba comentarios sobre los textos… y aun así sentía que una parte de mí estaba en otro sitio. Era extraño vivir dos realidades al mismo tiempo: una que seguía su curso sin detenerse y otra que lo contenía todo.

Por las tardes, tomaba el metro hacia el hospital. Había memorizado el recorrido, el andén en el que me colocaba por costumbre, los pasos exactos desde la salida hasta la puerta giratoria del Presbyterian. Siempre compraba un café en el mismo puesto antes de subir a la planta pediátrica; no porque tuviera hambre, sino porque necesitaba algo entre las manos. Era mi manera de recordarme que seguía avanzando y de calentar una de ellas, sin guante. La nieve iba y venía. Aún no había colapsado la ciudad. Quedaban dos semanas para Navidad, sin embargo, había dejado de tener importancia.

Benji me recibía cada vez de manera distinta. Unos días estaba más despierto, con ganas de que le leyera un cuento o de enseñarme los dibujos que hacía en la tablet. Otros, en cambio, apenas mantenía los ojos abiertos, y aun así hacía un esfuerzo por sonreír cuando me veía entrar.

Me acostumbré a estudiar en un sillón incómodo junto a su cama. Extendía mis apuntes sobre una mesa plegable, y mientras él dormía, yo repasaba teoría literaria o analizaba fragmentos para las clases. Le leía en voz alta pasajes cortos, textos que él no entendía

pero que le arrullaban, y él se quedaba dormido con la respiración pausada, confiado en que yo estaría allí cuando despertara.

—¿Me lees lo del dragón? —me pedía algunas tardes.

—Otra vez —respondía riendo—. Te lo sabes de memoria.

—Pero tú lo lees mejor —insistía, acomodándose la manta.

A veces, en mitad de la lectura, me decía en voz baja:

—Cuando salga de aquí vamos a construir uno de verdad. Volará. Y nosotros con él.

Los médicos lo estaban preparando para su primera sesión de quimioterapia. Nos explicaron todo con una claridad que agradecí, aunque parte de mí quisiera taparse los oídos. Le midieron constantes, ajustaron dosis, revisaron análisis. Mi madre apuntaba cada detalle en una libreta. Papá mantenía la compostura todo el rato, aunque algunas noches se quedaba mirando al suelo más tiempo del necesario.

Yo intentaba acompañar sin ser estorbo. Aprendí a ayudar a sujetar cables, a cambiar la almohada, a colocar la manta en un punto exacto para que no le rozara el brazo. Cosas pequeñas que me daban un papel en este proceso.

El séptimo día, después de una tarde especialmente larga, salí de la habitación para estirar las piernas. Benji se había quedado dormido mientras yo le contaba un recuerdo absurdo de cuando tenía dos años y se escondía dentro de cajas de cartón creyendo que nadie podía verle. Mamá se quedó a su lado, y papá bajó un momento a por agua.

Deambulé por el pasillo, dejando que mis pensamientos se alinearan como pudieran. No esperaba encontrar a nadie, pero al girar la esquina, allí estaba él.

Aidan.

Apoyado en el marco de una puerta, con los brazos cruzados y la bata cerrada. Tenía ojeras profundas y el cabello más revuelto que la última vez. Se movía menos. Pensé que hoy el cansancio le había ganado el pulso.

—Vaya —alzó una ceja—. Por fin te veo.

No pude evitar una sonrisa.

—He estado con mi hermano. No he hecho turismo por los pasillos.

—Lo entiendo. Pero, oye, me debes al menos un saludo oficial. Yo he pasado siete días con un color de piel digno de un fantasma prestigioso intentando aparentar en Columbia que estaba bien. Un poco de lástima merezco.

Se acercó despacio, sin perder ese humor suave que lo acompañaba incluso en los momentos de agotamiento.

—Has estado en Columbia.

—Me dieron una tregua de una semana. En unos días, quimio de nuevo. Si la analítica está bien.

—¿Y cómo ha sido volver?

—No sabría definirlo… No estoy acostumbrado a ver entrenar desde las gradas.

—¿Cómo estás?

—Hoy mejor. Me quedaré encerrado en mi «apartamento de lujo» —hizo comillas en el aire— unos días, lo sé. Ya te enseñaré la suite si algún día te aburres del pasillo.

—Seguro que tiene mejores vistas que esta esquina —bromeé.

—Depende —sonrió—. Ahora mismo, la mejor vista eres tú entrando por aquí. Da equilibrio al sitio. No lo digas muy alto o las enfermeras me quitan puntos de paciente ejemplar. Se ponen celosas. —Me guiñó un ojo.

Rodé los ojos, aunque sentí un calor inesperado en el pecho.

—Benji empieza quimio mañana.

Aidan bajó la mirada un instante.

—Es un día difícil, sí. Pero también es un paso. Uno grande. El primero de muchos.

—Él está tranquilo. Más que nosotros.

—Los niños entienden la vida desde un sitio diferente. A veces más sabio. A veces más simple. Pero siempre más valiente. Y tú… ¿Cómo lo llevas?

Respiré antes de contestar.

—Estoy intentando no caer en pensamientos que no puedo controlar. Me mantengo ocupada. Estudio aquí. Le leo. Hablamos de

cosas pequeñas.

—Eso ayuda —asintió—. Yo sobrevivo gracias a que un amigo viene a contarme tonterías casi todos los días. Es imbécil. Habla tonterías de verdad.

—¿Te ayuda?

—Mucho. A veces no es la historia lo que cura, sino la voz que la cuenta.

Lo miré un segundo.

—Creo que me hacía falta hablar con alguien que entiende esto sin hacer preguntas.

—Y yo necesitaba levantarme de la cama —rio—. Así que estamos empatados.

Nos quedamos en silencio un momento, no un silencio incómodo, sino uno que dejaba respirar. Aidan se pasó una mano por el pelo.

—Mañana estaré por aquí —comentó—. Si te va bien, te acompaño hasta la sala de espera cuando empiece la sesión de tu hermano. No para entrar, claro. Solo… estar cerca.

—Gracias —susurré.

—No lo hago por educación —añadió con una media sonrisa—. Me caes bien. Y aquí no hay mucha gente que me aguante más de dos frases.

—Tienes más paciencia de la que finges.

—Y tú más fuerza de la que admites —reconoció.

No dije nada. Tampoco hizo falta.

Él dio un paso atrás, camino a su habitación.

—Descansa un poco, Emma. Mañana será un día largo.

—Tú también, Aidan.

Se despidió con un gesto leve, casi tímido, y cerró la puerta detrás de él.

Volví hacia la habitación de Benji con el corazón más agitado que cuando salí. No sabía qué iba a traer el día siguiente, ni cómo iba a afrontar la quimio, ni qué pasaría después.

Capítulo 28
El de antes, el de ahora, el de después

Aidan

Me quedé despierto esa noche un rato largo. No podía dormir. Cogí uno de mis cuadernos, porque me había traído algunos libros para ir adelantando trabajos. Aún tenía la intención de no perder el trimestre. Lo abrí por una página limpia. Me quedé mirando el papel un rato, hasta que mi mano decidió escribir sola. No sabía muy bien a quién le hablaba. A mí. Al de antes. Al de después. Al que soy ahora. Al que no sé si llegaré a ser.

Escribí:

Querido yo, el de antes, el de ahora, el que venga después, si viene:

No sé exactamente por qué te escribo. Supongo que porque las palabras ordenan lo que el cuerpo desordena. O porque necesito decir algo en voz alta sin asustar a nadie.

Esta semana he vuelto a caminar por el campus. Ha sido raro y bonito. En partes iguales. He visto a gente correr, reír, quejarse de exámenes, hablar de planes para el fin de semana… y he fingido que yo también podría hacerlo dentro de poco. No sé si es verdad. Pero fingir también es una forma de vivir, y yo la estoy usando sin pudor.

Quería decirte algo que no quiero olvidar luego, cuando esté cansado, cuando el mareo haga que todo parezca más pequeño, cuando el dolor me pida rendirme un rato: sigue siendo tú. Aunque vayas más lento. Aunque el cuerpo falle. Aunque la vida se te haya puesto cuesta arriba sin avisar.

No eres menos por estar enfermo. No eres menos por necesitar ayuda. No eres menos por tener miedo.

Si algún día lees esto, quiero que recuerdes quién eras antes de que la palabra "leucemia" se metiera en tu diccionario: un chico que

corría más rápido de lo que pensaba, que quería a su familia con torpeza y devoción a la vez, que tenía amigos que valen más que cualquier marcador final, que soñaba con un futuro simple y luminoso. Ese chico sigue aquí. Solo está un poco cansado.

También quería decirte algo sobre el futuro. Por si acaso llegas.

No te enfades con el cuerpo que te toca. No le pidas cuentas como si fuera un traidor. Él hace lo que puede. Te está llevando como puede. Te sostiene aunque tiemble.

Sé amable con él.

Y una cosa más: Si un día flaqueas, si un día lloras, si un día no puedes con nada, si un día te preguntas por qué te toca esto… no te castigues. No seas cruel contigo. Estás haciendo lo mejor que sabes.

Quiero escribir algo para Henry también, pero no me salen las palabras exactas. Solo esto: ojalá pueda enseñarte que la vida vale incluso cuando duele. Y que no hace falta ser un héroe para luchar; basta con seguir respirando.

No sé cuánto me queda por delante. Ni cómo será.

Pero quiero que quede escrito:

Estoy vivo ahora. Y quiero vivir. Aun cansado, aun roto, aun con miedo, quiero seguir.

Si alguien lee esto algún día, espero que sea porque gané.

Y si no… que sirva para recordar que quise vivir con todo. No todo es malo en el hospital. También hay cosas y personas bonitas.

Aidan.

Capítulo 29
La aguja, la espera y lo que ocurre entre medias

Emma

Desperté antes del amanecer, sin necesidad del móvil. Sabía qué día era. El primero. El que llevaba toda la semana sintiéndose demasiado cerca. No fui a clase. Avisé a Grace y Lindsay con un audio breve, sin explicaciones. Ellas entendieron enseguida. Me dijeron que guardara apuntes y que no me preocupara por nada, pero no respondí. No tenía cabeza para más.

Tomé el metro en dirección a Washington Heights con la garganta cerrada. Compré un café por costumbre, aunque no lo bebí. Cruzar la puerta del hospital esa mañana me provocó una presión en el pecho distinta a la de los días anteriores. Una mezcla de urgencia, miedo y algo más que no supe nombrar.

Llegué a la sala de espera de la unidad pediátrica cuando mis padres ya habían entrado con Benji. Me había despedido de él la noche anterior con un beso en la frente y una promesa absurda de que todo iría "lo mejor posible". Nunca supe si creía mis palabras, pero me las agradeció con esa mirada de niño que confía más de lo que entiende.

Me senté en una de las sillas azules de la sala. Tenía el café entre las manos y los codos pegados al cuerpo, tratando de mantenerme entera. Miré la hora varias veces. No sabía cuánto duraba exactamente la primera sesión. Tres horas, cuatro… Aquello no era un examen, ni un trámite médico más. Era algo que cambiaría el cuerpo de mi hermano, su energía, su día a día. Su vida.

Miré hacia la entrada del pasillo con la esperanza de ver a Aidan pasar por allí. Me había dicho que estaría. Y, aunque no fuera una promesa, algo en mí lo esperaba. Necesitaba ver una cara conocida, una voz que compartiera este contexto sin explicaciones.

Pero no llegó.

Volví a mirar el reloj. No quería admitirlo, pero me preocupé. Era un paciente. Un paciente con malos días. Tal vez esta mañana fuera uno de ellos. O tal vez estaba durmiendo. O vomitando. O simplemente no podía caminar hasta aquí.

Me levanté sin pensarlo demasiado. Fui a su habitación, la misma donde lo había visto entrar unos días antes. La 324. Toqué la puerta con los nudillos, suave.

Nada.

Volví a tocar, esta vez un poco más firme.

Empujé la puerta entreabierta y me asomé. Dentro no había nadie. La cama estaba hecha, con una manta doblada al fondo y un libro abierto sobre la mesa auxiliar. Una botella de agua sin abrir y una ventana medio subida. Nada más. Sentí un pinchazo en el estómago.

Salí al pasillo y caminé hacia el final, donde recordaba haber visto un cartel de «Sala de juegos». No sabía si él estaría allí, pero era el único sitio que se me ocurría. Crucé un corredor y entonces escuché risas. Risas pequeñas, de niños. Me detuve un segundo.

La sala era amplia, llena de juguetes en cajas de colores, mesas bajas, alfombras con dibujos de animales, libros dispersos y una pared enorme pintada de pizarra. Allí estaban dos niños de tres o cuatro años, cada uno con un trozo de tiza de color en la mano, haciendo garabatos sin sentido en la pared. Y entre ellos, sentado en una silla minúscula en la que casi no entraba, estaba Aidan.

Tenía una tiza verde en la mano y los pies arrastraban en el suelo porque la silla no le llegaba ni a la altura de las rodillas. Sonreía, atento a lo que aquellos niños dibujaban.

—Ese dinosaurio tiene futuro, ¿eh? —decía—. Aunque te aviso que yo soy experto. Puedo darte clases avanzadas cuando quieras. ¿Sabéis qué necesitamos? —continuó—. Un sol enorme, para darle calor a estos dos. Están muy abrigados, pero yo noto que les falta vitamina D.

Me apoyé en el marco de la puerta.

—Así que aquí estabas —interrumpí.

Él levantó la vista. Su sonrisa se amplió.

—Creí que hoy ibas a acompañarme —no fue un reproche. Me acerqué a él y a los niños.

—Iba de camino, pero mis fans me han secuestrado. —Señaló a los dos niños—. No tengo escapatoria. Mira esas caritas. No puedo decirles que no. Uno de ellos no tenía pelos en la cabeza, pero sí una sonrisa enorme.

—El de la cara de pillo y cabeza de calabaza es Xabier.

—No te metas con él. Pobrecito.

—Oh, no lo hago. Cuando se nos cae el pelo nos parecemos mucho, es para distinguirnos. ¿Eh, Calabaza? —siguió bromeando—. El de las manos demasiado grandes para su tamaño es Eduardo Manostijeras.

—No creo que ese sea su nombre.

—Se llama Víctor.

—Eso está mejor. ¿Cuál es tu sobrenombre en este lugar? Porque tú sí tienes cabello.

Se lo tocó.

—Ahora sí, antes… Uf… Tendrías que haberme visto. No me sienta nada bien la calvicie. Soy el Profesor X.

Me hizo sonreír.

—Estás pintando con tiza en la unidad infantil —observé, cruzando los brazos—. Y tú pintas canas aquí.

—Eso es un golpe bajo —rio—. Pero lo acepto. Y, para tu información, no pinto canas. Estoy en la última habitación del pasillo. Técnicamente, estoy casi fuera de la zona infantil. Casi. —Levantó un dedo—. Pero fue la única cama libre cuando llegué, así que me adoptaron temporalmente.

Xabier se giró hacia nosotros y nos pidió una tiza de color rojo. La cogí de la mesita y se la di. Comenzó a dibujar estrellas de ese color. Aidan se inclinó hacia ellos.

—Dadme un segundo, que la señorita Emma se está metiendo conmigo. Es por educación contestarle.

—¿Por educación?

—Bueno… por mantener mi nobleza —rectificó—. Además, me gustan los niños pequeños. Tengo un hermano muy pesado y ese sí que es imposible de aguantar. Una joya para el museo del ruido.

Los dos niños soltaron una carcajada sin entender nada, pero felices de participar.

—Estaba preocupada —admití—. Dijiste que me acompañarías.

—Esta mañana me costó un poco arrancar. Tuve mareos. Nada grave, pero preferí no caerme en medio del pasillo. La enfermera me dijo que me quedara por aquí y… —miró a los niños— encontré compañía.

Asentí.

—Benji está en la sesión. Mis padres están dentro con él.

—Entonces tú estás haciendo lo más difícil —me miró—. Esperar sin noticias.

Iba a responder, pero una enfermera entró en la sala, mirando alrededor hasta dar conmigo.

—Emma —me llamó—. Tu hermano ya ha terminado. Está en su habitación. Puedes entrar a verlo.

—Voy —respondí enseguida.

—Ve tranquila. Si necesitas volver a dar vueltas por el pasillo, ya sabes dónde encontrarme. O aquí, atrapado por mis fans —añadió, señalando a los niños que ahora pintaban círculos sin rumbo. Fui hasta la puerta, sin embargo, antes de abandonar la sala del todo, me di la vuelta y lo observé. Se había levantado y dibujaba una estrella en una esquina superior de la pared. Aidan era bastante algo.

—Así se hace una estrella, monstruitos. La dibujaré aquí para que no la borréis.

—Aidan. —Lo llamé y él me miró—. Gracias por todo.

Él amplió la sonrisa. Menuda sonrisa.

Salí de la sala y retomé el camino hacia la habitación de Benji.

Y aunque no lo dije en voz alta, me alegré de haber encontrado a Aidan, sentado en una silla diminuta, enseñando a dibujar con tiza a dos niños que iban a lo suyo.

Capítulo 30
Un día cualquiera

Aidan

No puedo decir este día se me empezó a caer el cabello, pero sí que fue un martes el día que entendí que aquello estaba ocurriendo de verdad. Primero fueron algunos cabellos sueltos en la almohada. Luego, mechones tímidos en la ducha. Después, una especie de nevada personal sobre la camiseta. Miré mi cabeza inmunda un rato frente al espejo del baño (qué feo son los baños de hospital), intentando decidir si era gracioso o trágico. Al final opté por la opción A. Siempre es mejor reírse de las catástrofes cuando el desastre es tuyo.

—Bueno… —murmuré, levantando un mechón con dos dedos—. Esto es nuevo.

Owen, que me acompañaba ese día y repasábamos una asignatura juntos (aún tenía la esperanza de no perder el trimestre) me miraba desde la puerta.

—Hermano… te estás deshilachando. —Puso cara de profesor decepcionado.

—Estoy en oferta. Versión reducida.

—En serio. —Dio un paso hacia mí y se quedó detrás, mirándonos en el reflejo—. Llevas días soltando pelo, tío, vas dejando un rastro que da grima. Confeti de los baratos.

—Soy muy festivo.

—Vas a parecer un kiwi en dos días.

—No insultes a los kiwis.

La enfermera Angie, que entró en la habitación para recoger el almuerzo, propuso:

—Si queréis, llamo a peluquería. Lo hacemos despacio, sin prisas. Solo cuando quieras, Aidan.

—¿Peluquería?¿Incluye masaje craneal y música suave?

—No —dijo ella.

—Entonces no lo llaméis peluquería. Llamadlo... «evento traumático supervisado».

Owen se rio tan fuerte que Angie negó con la cabeza y salió tan rápido como había entrado.

Una hora después, mamá llegó con un *tupper* de comida que yo, evidentemente, no podía comer. Se detuvo al verme. No por la bolsa de suero. Ni por las ojeras. Sino por el mechón que tenía en la mano.

—Ay… —susurró, intentando sonreír—. ¿Eso es…?

—Mi adiós a cualquier tipo de champú. Ahora me lavaré la cabeza con gel de baño —respondí.

Ella dejó el *tupper* en la mesa y se acercó despacio. Papá entró detrás. Henry también, intentando esconderse detrás de él.

—¿Y si…? —empezó mamá.

—Sí —interrumpí—. Creo que ha llegado la hora de darle vacaciones a mi pelo. Está cansado. Yo también.

Owen aplaudió.

—¡Por fin! Llevaba días esperando este momento. Te vas a ver guapísimo.

—¿Quieres cortar tú?

—¿Yo? ¡Sí! Tengo mucho talento.

—No tiene ninguno —dijo Henry en voz baja.

—Eh, chaval —respondió Owen—, respétame. Soy un artista incomprendido.

—No quiero terminar con un mapa de carreteras en la cabeza —observé.

—No terminarás así —aseguró Owen. —Hizo una pausa dramática —. Bueno… quizá un poco.

Mamá se llevó la mano a la boca para aguantar la risa. Le temblaban los dedos. Papá se puso detrás de ella, apoyando la mano en su espalda. Henry se acercó un poco más, pero sin mirarme directamente.

Angie volvió con una máquina eléctrica, guantes y una silla especial.

—¿Listo?

—No, pero dale igual. Cuando te tiras de un trampolín, no piensas en la caída, piensas en el agua.

—Profundo —murmuró Owen.

—Voy a ser calvo. Creí que eso ocurriría a partir de los cincuenta.

Me senté en la silla. Owen dio un salto y se colocó a mi lado como un entrenador personal antes de un combate.

—Vale, Aidan, escucha —arengó—. Si te quedas sin pelo, ganarás velocidad aerodinámica. Podrás correr más rápido. Serás una bala humana.

—Estoy conectado a un gotero —recordé—. La bala humana va a paso de tortuga.

—Detalles —respondió él.

Angie encendió la máquina. El sonido me provocó un escalofrío inesperado.

Henry se escondió un poco más detrás de papá.

La primera pasada fue suave. El mechón cayó al suelo como una despedida silenciosa. Owen se mordía el labio para no decir ningún chiste demasiado inapropiado.

El segundo mechón cayó.

El tercero.

La nuca quedó libre.

Mi cabeza se sentía ligera de una forma rara.

Henry tragó saliva.

Mamá sonrió sin poder mantener la sonrisa fija.

Papá inspiró hondo.

—Bueno… —dije cuando Angie apagó la máquina—. Ahora sí parezco listo. El pelo me retenía neuronas.

Owen se llevó la mano al pecho.

—Impresionante. Eres como Vin Diesel, pero sin músculos. O como The Rock, pero sin rock.

—Eres un idiota —respondí.

—Y tú estás guapo —contestó él.

Henry, que llevaba demasiado rato mirando al suelo, levantó los ojos. Tenía las pestañas húmedas.

—Te queda… bien —susurró.

—Claro que me queda bien —sonreí—. Soy yo. Aunque esté en versión… minimalista.

Mamá soltó un suspiro que llevaba guardado desde que entró. Se acercó, apoyó una mano en mi mejilla y me miró.

—Mi niño…

—Mamá, no llores —pedí—. O al menos espera a que Owen se vaya. Este tío no merece ver mis momentos dramáticos.

—Eh, respeto —protestó Owen, aunque se reía.

Me levanté despacio. Angie me ofreció un espejo pequeño. Dudé un segundo antes de cogerlo. Lo acerqué a mi cara. Mi reflejo me observó sin pestañear: pálido, delgado, ojeroso… y sin pelo.

—Soy el Profesor X.

Capítulo 31
Lo que duele en los cuerpos pequeños

Emma

La primera noche después de la quimioterapia fue un laberinto. Nada en los folletos informativos, ni en las explicaciones de los médicos, ni en las conversaciones con mis padres me preparó para verlo así.

Benji empezó vomitando a los pocos minutos de que retiraran el suero. Al principio pensé que sería puntual, un mal rato pasajero, algo manejable. Pero vino otro. Y luego otro, más brusco, más doloroso. Su cuerpo cedía al esfuerzo, se encogía, se tensaba, se rendía. Le temblaban las manos. Le lloraban los ojos. Intentaba respirar entre arcadas, buscando aire donde no lo encontraba.

Mi madre le sostenía la frente, y mi padre trataba de hablarle, decirle que pasaría pronto, que era normal, que lo estaban

controlando. Pero ningún niño de ocho años entiende esa clase de normalidad. Ningún niño debería hacerlo.

Yo estaba a su lado, sujetando la palangana con una mano y su espalda con la otra. Su piel ardía. Su voz, cuando conseguía decir algo, salía rota, hecha pedazos.

—No puedo, Em…

—Sí puedes —contesté, sintiendo que lo mío tampoco podía sostenerse—. Estoy aquí. No sueltes mi mano.

—¿Por qué me pasa esto?

—No… No lo sé…

Hubo un momento en el que me pidió que lo abrazara, pero no podía moverse sin dolor. Me incliné lo justo para que mi frente tocara la suya. Le acaricié la mejilla con el dorso de los dedos, buscando un modo de aliviar que no encontraba.

La enfermera entró varias veces a revisar constantes, cambiar medicación, colocar compresas frías. Hablaba con suavidad, incluso cuando la situación se desbordaba. Admiré esa calma más de lo que pude expresar.

Cuando por fin dejó de vomitar, se quedó recostado, exhausto, incapaz de mantener los ojos abiertos. Intentó sonreírme y… No lo consiguió.

Aquello… me destrozó.

No era la quimio en sí. Era la injusticia de verla dentro de él. En su cuerpo pequeño, templado siempre por la risa, por la inocencia, por el optimismo más puro que conozco. Ese cuerpo ahora gemía, y yo quería arrancar la aguja, el dolor, la enfermedad, todo lo que lo atravesaba.

Me quedé un rato allí, sin moverme, hasta que mi madre levantó la mano y me susurró:

—Ve a tomar aire. Yo me quedo con él.

No quería dejarlo. Pero ella insistió con los ojos.

Salí al pasillo con la sensación de que el mundo se me había comprimido dentro del pecho. Una señora joven, de unos treinta años se tropezó conmigo, o yo con ella. Rubia, de ojos muy azules y piel blanca, como la de mi hermano.

—Buenas noches, disculpe.

—Oh, no te preocupes. Eres Emma, ¿verdad? La hermana de Benji. Yo soy Clarissa, la madre de Xabier. Nuestras habitaciones colindan.

—Xabier… Lo he conocido hoy. Dibuja estrellas muy bien.

—Le encantan. Además de color rojo.

—Rojo —dijimos a la vez—. Me ha pedido tiza roja. Es un chico muy simpático y… activo.

—Revoltoso, sí, y eso que la enfermedad lo deja sin fuerzas. Imagina en casa. Es un terremoto. Ya lo era cuando estaba en mi barriga. No paraba de moverse —sonrió con tristeza—. Voy a por un café. ¿Te traigo algo?

—No, gracias. Voy a dar una vuelta. Estirar las piernas.

Caminé sin un destino claro hasta llegar al ventanal del fondo, aquel al que siempre terminaba volviendo. La ciudad seguía moviéndose. Los coches avanzaban. La vida trazaba su ritmo.

Y aun así, el mío estaba detenido.

Había alguien allí.

Aidan estaba sentado en el alféizar, las piernas colgando, el pijama del hospital arrugado y el pelo aún húmedo.

—Te estaba esperando —dijo, sin sorpresa.

—No sabía que iba a venir.

—Yo sí.

No dije nada. Me quedé de pie frente al cristal, respirando para no llorar, aunque ya sentía el temblor al borde de la garganta.

—¿Ha ido mal? —preguntó con una cautela que me derritió.

—Ha ido… —mi voz se quebró—. Ha ido como tendría que estar prohibido que vaya. Esa es la palabra. Prohibido.

Aidan no me tocó; solo se movió un poco hacia un lado, dejando espacio a algo que no sabía que necesitaba: compañía sin prisa.

Me apoyé en la barandilla del ventanal con las dos manos.

—Es un niño. Solo un niño —murmuré—. ¿Cómo puede aguantar algo así? ¿Cómo puede tener que aguantarlo? No lo entiendo. No lo entiendo en absoluto.

—Nadie lo entiende —respondió él—. Y, aun así, los niños lo hacen. No sé cómo, pero lo hacen. Deberíamos copiarlos más.

—Tú también lo aguantas…

—Qué va… Solo disimulo muy bien.

Me reí a medias, como una carcajada que se rompe antes de empezar.

—Tengo ganas de gritar. De tirar algo. De pedirle cuentas al universo. Todo a la vez.

—Pues hazlo. Al universo no le importa que le griten. Créeme. Yo he tenido conversaciones muy intensas con él desde esta planta.

Un silencio se instaló entre los dos. Un silencio amable, que no exigía nada.

—Da miedo —suspiré—. Mucho.

Aidan bajó la cabeza un instante.

—Emma… hay una cosa que he aprendido a la fuerza —comenzó —. Y te la digo porque ojalá alguien me la hubiera dicho a mí antes.

—¿Cuál?

—Que no puedes ser fuerte todos los días. No es humano. Hay días que solo puedes acompañar. Y otros en los que tú necesitas que alguien te acompañe a ti. Y eso también está bien.

Respiré hondo, y fue entonces cuando las lágrimas decidieron caer. No de golpe, sino despacio.

—Lo estás haciendo bien —añadió él—. Mucho mejor de lo que crees.

Me limpié la cara con la manga, sin elegancia alguna.

—No me siento así.

—Lo sé. Pero yo te lo digo igual. —Hizo una pausa—. Y te prometo algo.

Lo miré, sorprendida.

—¿Qué?

—Te prometo que haré todo lo posible para que no cargues sola con esto. No pienso dejarte desmoronarte sin alguien al lado. Aunque tenga que escaparme de mi habitación y esconderme por esta planta.

—¿Y las enfermeras? —pregunté, con un nudo que no se deshacía.

—Que me busquen —sonrió—. Soy escurridizo cuando quiero.

Me eché a reír entre lágrimas, incapaz de evitarlo.

Y él también sonrió, como si ese gesto hubiera valido la pena el esfuerzo.

Nos quedamos así unos minutos, mirando la ciudad desde arriba, el cielo, las estrellas, los destellos, sin decir nada más, dejando que la noche y la luz de los coches nos envolvieran. No sabía qué iba a pasar mañana, ni cómo iba a sobrellevar la siguiente sesión, ni qué haríamos cuando la enfermedad decidiera imponer su propio ritmo.

Pero en ese momento, con Aidan allí, apoyado en el ventanal, cumpliendo una promesa que acababa de inventarse, sentí algo parecido a un respiro.

Un respiro pequeño.

Suficiente para seguir caminando.

—Lo siento

—¿Por qué? —frunció el ceño.

—Porque tú estás aquí, apoyándome, aguantándome… Cuando soy yo la que debería cuidarte. Estás…

—Enfermo. Al borde de la muerte, más allá que acá…

—No tiene gracia.

—No la tiene, pero es que estoy harto de tomármelo en serio. —Me hizo sonreír—. Eres mi pasatiempo, ¿recuerdas?

—Vaya… Es en serio. Soy eso.

—Mi pasatiempo favorito. —Nos miramos y sonreímos. Aidan era muy guapo. Con ojos color avellana, pelo semilargo, por encima de las orejas, y unos hoyuelos que se le acentuaban cuando sonreía, que solía ser a menudo.

Capítulo 32
Días que pesan, días que sostienen

Emma

Dos días después de la primera sesión, Benji estaba más estable. Seguía cansado, con las mejillas apagadas y movimientos lentos, pero ya no vomitaba cada media hora ni lloraba por el ardor. Le habían cambiado la medicación y por fin podía dormir sin que su cuerpo se rebelara contra todos los sistemas posibles. Eso me dio un espacio mínimo para volver a la universidad, aunque solo fuera para recordar quién era yo antes de esta nueva vida.

El campus de Columbia había entrado ya en modo Navidad por completo. Las luces blancas colgaban de los árboles del *College Walk* y los estudiantes caminaban entre exámenes finales, abrigos enormes y cafés calientes. En otro año, habría estado entusiasmada. Este diciembre, en cambio, todo ese brillo me parecía un decorado que no terminaba de pertenecerme.

Grace y Lindsay me esperaban en las escaleras de *Low Library*. Llevaban ensaladas, aunque hacía un frío que no invitaba a comer nada frío. Me senté entre ellas, con los guantes aún puestos. Esta ocasión llevaba los dos.

—Hoy tienes otra cara —dijo Grace, examinándome como si fuera un caso clínico.

—¿Mejor o peor? —pregunté.

—Mejor —respondió ella—. Sigue siendo cara de «odio el mundo», pero menos.

—Traducción: estás reventada, pero viva —añadió Lindsay, siempre práctica.

Solté una risa pequeña.

—Benji está un poco mejor —expliqué—. No del todo, pero… respiré más tranquila esta mañana.

—Menos mal —Grace llevó una mano a mi brazo—. Pensaba en él anoche. Y en ti. Debe ser durísimo.

No dije nada. Aun decir Sí me dolía en la garganta.

—¿Hoy vas al hospital? —preguntó Lindsay.

—Iré después de clase. Me llevo los apuntes. Ya sabéis…

—¿Pero vuelves hoy a la fraternidad? —Siguió Grace, e intercambiaron una mirada de esas que dicen más de lo que expresan.

—No lo sé.

—Emma —susurró Grace—. Esto es mucho para una persona. ¿Seguro que no quieres que vayamos contigo un día?

—No tenéis que preocuparos. De verdad.

—Claro que sí tenemos —insistió—. Eres nuestra amiga. Y estás sosteniendo demasiado.

Guardé silencio. Y entonces fue Lindsay quien cambió de tema… o creyó cambiarlo.

—Por cierto —dijo, como quien lanza un dardo al aire—, ¿has conocido a alguien interesante allí?

—¿Cómo? —me atraganté con el agua.

—No sé, Emma, pasas horas en un hospital lleno de personas con historias. A veces esas cosas ocurren.

Grace abrió muchísimo los ojos.

—¡¿Has conocido a alguien?! ¡¿En serio?! ¡Dime que sí! ¡Lo sabía! ¡Se te ve en la cara!

—¿Qué cara? —Me alarmé

—La cara de «intento fingir que no me acuerdo de una conversación muy concreta con un chico muy concreto». Esa —dijo Lindsay, señalándome sin pudor.

Me tapé la cara con una mano.

—No es nada. Nada. Os lo juro.

Grace casi se cae hacia adelante.

—¿Cómo se llama?

—No…

—¿Cómo. Se. Llama?

—Aidan —murmuré, derrotada.

Las dos gritaron un ¡Ahá! sincronizado que me dio vergüenza ajena.

—¿Y qué? ¿De dónde ha salido? —preguntó Grace.

—¿Estudia allí? ¿Es enfermero? ¿Doctor precoz? —Lindsay ya estaba creando teorías.

—Es… paciente —admití.

Las dos se quedaron quietas un segundo. No en plan dramático. Más bien sorprendidas por no haber imaginado esa posibilidad.

—¿Paciente de tu edad? —preguntó Grace.

—Sí.

—¿Guapo? —preguntó Lindsay.

—No lo sé.

Las dos me miraron como si acabara de mentir sobre haber robado el diamante de la corona inglesa.

—Emma —dijo Lindsay, despacio—. Cuando una mujer dice «no lo sé», quiere decir «sí, y encima me desconcentra».

—No es así. —Pero mis mejillas ardieron.

Grace apretó mi rodilla.

—Solo prométenos que no te encerrarás en el hospital como si no existieras fuera de él. Puedes querer a tu hermano y a la vez vivir. No son cosas opuestas.

Me mordí el labio.

—Intento no desaparecer del mundo, lo juro. Pero ahora mismo… solo quiero que Benji se recupere. Ese es mi único deseo de Navidad.

Las dos me abrazaron al instante. Sin palabras. Sin ruido. Con firmeza.

Tenía una reunión por videollamada con Anthony en la biblioteca. Él ya sabía por lo que pasaba mi familia; se lo había contado porque confío en él más de lo que admito normalmente. Cuando abrí el portátil, apareció en la pantalla con su sudadera gris y su pelo despeinado.

—Estás en la biblioteca de Butler, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Estoy en un rincón, intentando adelantar el artículo del domingo.

Él enlazó los dedos sobre la mesa.

—Emma… he estado pensando. Creo que deberías tomarte unos días libres. Hasta después de Navidad, incluso.

—No puedo —respondí sin pensarlo—. Escribir es lo único que me mantiene centrada.

Anthony frunció el ceño con preocupación.

—No quiero que te quemes. No quiero que sientas que tienes que rendir igual que antes mientras cuidas de tu hermano. No es justo para ti.

—No se trata de rendir —contesté—. Es… mi refugio mental.

Él me miró más tiempo del necesario.

—¿Y no hay nadie allí que te ayude un poco? ¿Tus padres? ¿Algún amigo? —Y después, bajando la voz—: ¿Alguien del hospital?

El comentario me pilló tan desprevenida que parpadeé varias veces.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te conozco. Y no estás tan sola como crees, aunque quieras aparentarlo.

Me quedé callada. Él interpretó mi silencio como confirmación.

—Hay un chico, ¿verdad? —preguntó en susurro.

Me mordí la mejilla.

—Anthony…

Él tragó saliva.

—No es asunto mío, lo sé. Es solo que… —desvió la mirada un segundo— a veces pienso que ojalá no te gustara nadie en absoluto.

Suspiré.

—Anthony…

—Olvídalo —sonrió con esfuerzo—. No he dicho nada. Solo prométeme que me pedirás ayuda si la necesitas. No tienes que cargar con todo tú sola.

Asentí.

—Lo prometo.

Terminamos la reunión en un tono suave, casi tierno. Como siempre que Anthony intenta cuidar de mí sin invadir.

Cuando salí del campus hacia el metro, la nieve empezaba a caer en copos pequeños. Los estudiantes corrían a sus residencias, las

luces parpadeaban en los árboles y una banda universitaria tocaba villancicos desafinados cerca de la biblioteca. Todo era normal. Hermoso. Y lejano.

Yo solo quería llegar al hospital.

A Benji.

A mi hermano.

A su respiración tranquila.

A su risa cansada.

Y, aunque no lo reconociera en voz alta, una parte muy silenciosa de mí también esperaba cruzarse con Aidan en algún pasillo estrecho donde el mundo siempre se detenía un poco.

Capítulo 33
La visita y la terraza

Aidan

El hospital tenía la extraordinaria habilidad de convertir cualquier día en un bucle aburrido: despertar, náuseas, medicación, luces blancas, más medicación y un silencio tan puntual que parecía funcionar con reloj propio. Después de mi rapada épica, lo único emocionante que había hecho era perder una partida de cartas con un niño de ocho años que jugaba como si tuviera acciones en un casino de Las Vegas.

Estaba tumbado viendo el techo —otra vez— cuando alguien llamó a la puerta con energía de anuncio motivacional.

—¡Bennett! —rugió una voz conocida.

Owen entró primero. Detrás de él aparecieron dos figuras que me hicieron incorporarme un poco: el entrenador y Connor, el capitán del equipo y el dueño de la risa más ruidosa del estado.

—¿Pero qué tenemos aquí? —habló Brown, entrando con su paso militar—. ¿Un jugador lesionado o un despojo humano?

—Perdón por no controlar mis células, míster. Estoy en mejora de versión.

Connor soltó una carcajada.

—Tío, estás calvo. No te queda mal, eh.

—Lo sé. Soy un huevo.

El entrenador dejó una bolsa sobre mi cama.

Connor sacó un balón. No un balón cualquiera. Uno firmado. Por todos.

—Esto es para ti —dijo Connor, dándomelo con cuidado—. Lo firmamos ayer. Incluso lo firmó Adams, aunque pone su nombre con letra de niño de cinco años.

—Es por el trauma de su infancia —dijo Owen desde la silla—. Su profesor de primaria le tenía manía.

El entrenador negó con la cabeza sin poder ocultar la sonrisa.

—Bennett, el equipo te echa de menos. No metemos un gol desde que dejaste de venir. Estoy pensando seriamente en ponerte de motivador espiritual. Aunque no sé si el hospital permite teletrabajo.

—Podría enviar notas de voz. O apariciones en sueños. Soy muy versátil últimamente.

Connor se rio, dejó el balón en mis manos y me dio una palmada suave en el hombro.

—Cuando vuelvas, te dejo tirar todos los penaltis.

—Eso lo dices porque piensas que voy a morirme.

—Eso también.

Nos sentamos todos. Ellos hablaron del equipo, de exámenes, de un partido frustrante contra otra universidad. Yo los escuché pretendiendo que mi cuerpo no intentaba convencerme de que era hora de dormir otra vez. Pero era bonito estar ahí, entre risas familiares, sin médicos ni agujas.

—Bueno —Brown se levantó al cabo de un rato—, no queremos cansarte más. Pórtate bien. Come algo. Haz lo que te digan.

—No puedo comer nada sólido, míster —recordé.

—Entonces mastica aire —resopló—. Algo harás.

Connor me dio otro abrazo, más torpe que antes, más cuidado, y se marcharon detrás del entrenador, dejando un rastro de energía que me duró tres minutos.

Owen se dejó caer en la silla con exageración dramática.

—¿Ves? Yo también tengo amigos. Pero ninguno tan calvo.

—Gilipollas.

—Con cariño —respondió, subiendo los pies a la barra de la cama como si fuera suya—. Estás reventado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quieres que me vaya?

—No. —Silencio. De esos buenos—. Pero… necesito respirar —susurré y cogí aire.

—Tengo una idea —destacó mi amigo.

—Oh, no, tus ideas no.

—Dame un poco de tregua, tío. A veces ideo cosas impresionantes.

—La última vez casi sale volando toda la residencia.

—Minucias. —Se agachó y me agarró por la cintura—. Vamos. Yo te llevo.

—¿A dónde?

—Confía en mí, Luis Mera.

—¿Quién demonios es Luis Mera?

—Un poeta ecuatoriano. Suena inspirador. No me cuestiones.

—Puedo solo.

Me desconecté del enchufe mental del aburrimiento, me puse las zapatillas y lo seguí por el pasillo, agarrado a su brazo. Tomamos el ascensor. Subimos. El aire se volvió frío incluso antes de abrir la puerta.

Llegamos a la terraza.

El cielo estaba claro, la ciudad se movía abajo como un mapa vivo: coches, sirenas, gaviotas sobrevolando, aire que no sabía a hospital.

Caminé hasta la barandilla. Respiré la primera bocanada en semanas.

—¿Cómo conoces este sitio? —pregunté sin apartar la vista de los edificios.

Owen se apoyó en la barandilla conmigo.

—Mi hermana estuvo ingresada aquí cuando nació —dijo tranquilo —. Yo estaba en primaria. Mis padres vivían en el hospital. Yo venía después del cole y… me aburría. Mucho. Así que me puse a explorar. Encontré esta terraza. Era mi escondite secreto. Pensé que te vendría bien. —Su voz era simple. No buscaba hacerme llorar. Esa era la razón por la que casi me hizo llorar.

—Gracias —murmuré.

—De nada. Aunque si te caes, no pienso bajar a recogerte.

—Eres un apoyo emocional maravilloso.

—Ya lo sé.

Miramos la ciudad un rato. Era de día. El viento me movía la ropa. Por un momento, no sentí el cansancio ni la enfermedad. Solo estaba allí, con mi mejor amigo, respirando.

—Por cierto —dijo Owen, con tono casual—. Hannah te manda recuerdos.

—¿Ah, sí?

—Tiene gripe. De la chunga. No quiere venir hasta que esté bien. Dice que no va a arriesgarse a contagiarte, que ya tienes suficiente por tu cuenta.

—Qué considerada —murmuré.

—Te echa de menos, pero no te lo dirá porque es terca.

—Ya lo sé.

Volví a mirar la ciudad.

—¿Owen?

—¿Mm?

—Gracias por traerme.

—Aidan… —puso una mano en mi hombro—. Cuando necesites respirar, yo te traigo aquí. —Me miró—. O a donde sea.

Nos quedamos allí un rato, mirando el mundo moverse, sintiendo que aún quedaba un lugar que no me exigía fuerza ni salud ni victorias, solo… respirar, y lo demás, ya vendría.

Capítulo 34
Lo que empieza en un pasillo

Emma

Caminé hacia la habitación de Benji con los guantes aún en la mano. Me hizo feliz ver a Xabier jugando con él sobre la cama. Benji le enseñaba a colorear y le explicaba cómo tenía que hacerlo para no salirse de los bordes. Mi madre tejía una manta con los colores rojo, verde y blanco, como cada año en estas fechas; después se la regalaba a alguna amiga.

—Esto no va a terminar con las tradiciones —me explicó cuando le di un beso en la mejilla—. ¿Qué tal las clases?

—No ha estado mal. —Observé a mi padre, que se había quedado dormido en la silla, con la cabeza ladeada y el abrigo puesto.

—Has llegado —Benji sonrió.

—¿He llegado tarde? ¿Has pasado lista y me has puesto falta? —También le di un beso, a él en la frente—. Hola, Xabier. —Le revolví el pelo—. ¿Qué dibujáis?

—No dibujamos, coloreamos —indicó Benji.

—Coloreamos —repitió el vecinito con un lápiz de cera rojo en la mano—. Después saldremos a correr por el pasillo.

—Yo no tengo ganas de correr, Em. Y no pasa nada, ¿a que no?

—Claro que no. —Me senté y estuve un rato jugando con ellos.

Clarissa recogió a su hijo algo más tarde. Habló con mi madre un minuto y observaron a mi padre dormir y dar cabezazos. Rieron por este hecho poco inusual, la verdad. Solía hacerlo hasta en casa.

—Vamos, Xabi, papá quiere darte un beso antes de irse. —Clarissa lo cogió en brazos y se despidieron de nosotros.

Benji estaba agotado. Le di un poco de agua, le pedí que se recostara y le coloqué la tablet en un ángulo cómodo. Me contó que había comido un yogur a medias.

—Estoy orgullosa de ti —le aseguré.

—Yo de ti también —respondió sin darse cuenta de la importancia de sus palabras para mí.

Cuando se durmió, salí para evitar que se me agarrotaran los músculos. Estiré los brazos, tratando de tocar el techo. Me alejé despacio, también para ordenar mis pensamientos. Las palabras de Grace y Lindsay seguían conmigo. También la forma en que Anthony había desviado la mirada al escuchar que había alguien más en este escenario.

Me apoyé un momento en el ventanal del fondo. Quise entrar en su habitación, pero la puerta estaba cerrada a cal y canto y no quise molestar. Sin embargo… El destino (esto no lo entendí hasta mucho después) siguió haciendo de las suyas.

—No deberías estar sola aquí —reconocí la voz al instante—. Este es oficialmente el rincón para las grandes crisis existenciales. Tengo el turno de hoy reservado.

Di un pequeño salto por el susto.

—No te he oído llegar.

Aidan sonrió, apareciendo desde un lado del pasillo. Tenía una sudadera gris encima de la bata.

—Es que ando con sigilo. Un talento que adquirí en mis días de paciente profesional.

—¿Paciente profesional?

—Ya sabes… Tengo un máster en esquivar enfermeras y un doctorado en escaparme de mi habitación. No suelen darme diplomas, pero yo sé que los merezco.

Me reí en silencio.

—Pensé que estabas descansando.

—Pensé lo mismo de ti —respondió—. Pero te he visto caminar de un lado a otro con cara de tener demasiadas cosas dentro. Y esas cosas necesitan salir por algún sitio que no sea tu corazón.

Notó que mis ojos estaban irritados, pero no lo mencionó. Nunca lo hacía directamente.

—¿Cómo está tu hermano hoy? —preguntó.

—Cansado. Pero mejor que el lunes. Ha jugado con Xabier y ha comido un poco. Y me ha pedido un cuento. Eso… eso me ha dado

un respiro.

Aidan asintió despacio, mirándome sin prisas.

—Los cuentos ayudan mucho más de lo que creemos.

—Y tú, ¿cómo estás hoy?

—Aceptable. Ha sido un día largo. Pero he sobrevivido a otra clase intensiva de tiza con los artistas expertos de tres años. Estoy agotado psicológicamente.

Reí de nuevo, porque él tenía esa habilidad absurda de hacerme reír incluso cuando no quería.

Aidan se apoyó en la pared, a mi lado, dejando unos centímetros entre nosotros.

—Te estuve buscando ayer —comentó—. Pero te fuiste antes de que saliera de mi habitación.

—Benji estaba muy mal —expliqué—. No tenía cabeza para nada más.

—No tienes que explicarte conmigo. Estoy donde me necesites, no donde me cuentes.

Sentí un pequeño impacto en el pecho.

—Hoy en clase… —empecé a decir, sin saber muy bien por qué— les conté a mis amigas que había conocido a alguien aquí.

Él ladeó la cabeza, divertido.

—¿Alguien? Vaya. ¿Interesante?

—Demasiado bocazas para su propio bien —respondí.

—Debe de ser encantador. O completamente insoportable. A veces se confunden.

—Creo que una mezcla peligrosa —añadí.

Aidan sonrió. No una sonrisa enorme. Una pequeñita, de esas que se deslizan por la boca como quien deja caer una verdad sin mostrarse demasiado.

—¿Y qué dijeron?

—Que se alegraban por mí.

—¿Y tú te alegras?

No contesté inmediatamente. Miré las luces de la avenida, la transparencia del cristal, mis manos retorcidas en el abrigo.

—Creo que sí —susurré—. Y creo que me da miedo también.

—Es normal —dijo él, inclinándose un poquito hacia mí—. Cuando te estás enfrentando a algo tan grande como lo de tu hermano, cualquier cosa que implique sentir… asusta. Aunque sea una nueva amistad —concretó, ante mi cara de susto—. Pero el miedo no significa que tengas que salir corriendo. A veces significa que vale la pena quedarse un rato más.

Me quedé callada. Y él respetó ese silencio.

—¿Quieres que te cuente algo? —preguntó después, sin quitar la vista de la ventana.

—Dímelo.

—Hay una cosa que hago cada noche desde que me ingresaron. Mi madre se ríe de mí, pero a mí me sirve.

—¿Qué cosa?

—Cierro los ojos y pienso una sola frase. Solo una. Y todas las noches cambio la frase. Hoy… creo que ya la tengo.

—¿Cuál es? —susurré.

Él respiró despacio, casi como si eligiera las palabras con cuidado.

—Hoy mi frase eres tú.

Sentí algo extraño, cálido, inesperado. No era una confesión. Ni una declaración. Ni un intento torpe de decir algo romántico. Era otra cosa. Una manera de abrir una puerta sin empujarla. Una forma de decir «estoy aquí» sin pedir nada a cambio.

—Aidan… —no supe seguir.

—No tienes que decir nada —respondió enseguida—. Solo… no te asustes. No tengo prisa. Solo quiero acompañarte. ¿Te parece bien?

Asentí.

No solo estuvo bien, sino estupendo. En ese pasillo blanco, con las luces reflejadas en el suelo y el hospital respirando alrededor, fue más suficiente.

—Aidan… —Nos miramos—. Espero que tú también te pongas bien.

—Lo estaré. Pronto, volveré a jugar al fútbol y las chicas se morirán por mí.

—¿No puedes hablar en serio por una vez? —Me hizo sonreír.

—Hablo muy en serio —trató de constreñir el rostro pero no pudo.

Y allí, detrás de un cristal, apartados del mundo, empezamos a construir nuestro pequeño universo, uno infinito y con destellos muy densos; en un rincón de una galaxia infinita, sin embargo… yo ya lo sentía eterno.

Capítulo 35
Un diciembre distinto

Emma

Volví al hospital después de clase, cargando la mochila con los apuntes, el portátil y un libro que sabía que no iba a leer, ya no, hasta Love Story había quedado relegado a todo lo demás. En el trayecto hacia la planta pediátrica, noté cómo la decoración navideña había empezado a expandirse por todos los pasillos: un árbol pequeño en la recepción, guirnaldas sencillas alrededor de las mesas, incluso un muñeco de nieve de cartón cerca del ascensor. Todo colocado con intención, como si el personal quisiera recordar a las familias que el mundo seguía siendo un lugar amable, incluso allí.

Pero yo no encontraba esa amabilidad. Me costaba. La Navidad era una fecha que siempre había significado hogar, galletas, películas malas y Benji pidiendo abrir un regalo el día 24 «por si acaso algo explotaba durante la noche». Ahora, en cambio, mi cuerpo se tensaba con solo ver una luz roja.

Hoy había algunas personas frente a un tablón en el que colgaban fotos, folios con párrafos escritos a mano y alguna postal navideña con chinchetas. Lo pasé de largo, como siempre, porque sospechaba que no todos los que salían retratados seguían con nosotros, y eso… Eso me quebraba más todavía. No quería ser consciente de que Benji, Aidan, Victor o Xabier, entre otros, podían marcharse de repente.

Mi pequeño dragón dormía cuando entré en su habitación. Mi madre me hizo un gesto para que hablara bajito.

—¿Cómo ha ido el día?

—Ya lo sabes, te lo he dicho por teléfono dos veces. —Ladeó la cabeza.

—Mamá…

—La fiebre ha bajado, pero sigue débil. Dicen que es normal por la quimio. —Suspiró y soltó la manta te tejía sobre la mesita.

Verlo así me golpeaba directo al estómago.

—¿Y papá? —Tomé asiento en la orilla de la especie de cama maltrecha para los familiares.

—Ha bajado a la cafetería. Llámale si quieres que te suba algo. —Se frotó la frente—. Pero fuera. Benji necesita descansar.

—¿Ha vomitado?

—Solo una vez. —Le acarició el brazo y sonrió con tristeza—. Esto solo acaba de empezar, peque… —le hablaba a él.

—¿No ha jugado con Xabier?

—Hoy Xabier tampoco se encuentra muy bien. Clarissa está… preocupada. Pero… ¿quién no lo está? —Chasqueó con la lengua—. Es… complicado.

—Es injusto. Mucho —susurré. Me eché hacia atrás y apoyé la espalda en la pared. Cerré los ojos y deseé que aquello terminara. Me dolía el corazón y el alma, sentía abrirse grietas hasta en lugares que desconocía.

Respiré y me incorporé.

—Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas?

—A dar una vuelta.

—Está bien. Si ves a tu padre, dile que hoy no traiga albóndigas. No tengo hambre.

—Deberías enviarle un mensaje.

—Hazlo tú, por favor. Así no suelto… —Me enseñó las agujas de tejer.

Cerré la puerta con cuidado al salir para no hacer ruido. Saqué el teléfono del bolsillo de mis vaqueros y envié el mensaje a papá. La puerta de al lado se abrió de repente.

—Emma… ¿cómo está Benji? —Clarissa tenía las mejillas sonrosadas.

—Bueno… Ya sabes… ¿Y Xabier?

—Bueno… Ya sabes… —Me parafraseó y sonreímos, cansadas mentalmente, agotadas de luchar con pensamientos como el de la

muerte.

Su puerta volvió a abrirse.

—Cariño, Xabier quiere golosinas —indicó Arthur, su marido—. Hola, Emma.

—Hola, señor Martin.

—Está bien. Voy. Hasta luego, Emma. —Se metieron dentro y fui en busca del chico que me hacía olvidar durante un rato lo feo que era el mundo visto desde allí.

Seguí el impulso hasta el ventanal sin intención de disimular. Llevaba dos días sin verlo y, aunque mi cabeza lo negara, mi cuerpo lo buscaba.

—Emma, ¿puedo hacer algo por ti? —Evelyn, una de las enfermeras, levantó el mentón tras el mostrador cuando pasé por el puesto general.

—Estoy dando un paseo. Quizá vea a un amigo.

—Ten cuidado. Acaban de pasar la fregona más adelante y el suelo está resbaladizo.

Asentí y di las gracias. Evelyn era casi tan joven como yo. Cinco o seis años mayor. Tenía la voz dulce, el pelo castaño claro, siempre olía a fresas y, aunque Benji no lo decía en voz alta, la prefería por encima del resto de la plantilla.

Rodeé las baldosas húmedas, reconocibles porque esa parte brillaba más que el resto. Olía a detergente y desinfectante. Me pregunté si era verdad aquello de que el suelo de los hospitales está tan limpio que se puede comer en ellos. No iba a averiguarlo. La calefacción hacía un zumbido que escuchaba más alto conforme me acercaba al ventanal. Deseé que desapareciera, sin embargo, no lo hizo. Al fondo, en una esquina, a alguien se le había olvidado un par de bandejas del almuerzo sobre un carrito de metal. Todo formaba parte del paisaje del hospital, ese que ya era mi segundo hogar.

Allí estaba él. Aidan ocupaba el alféizar como si hubiera nacido para encajar en ese hueco estrecho: piernas recogidas, jersey ancho cayéndole por un hombro y una bolsa de galletas a medio abrir que no parecía tener demasiado interés en terminar. Miraba al exterior con una quietud extraña. Lo supe, el mundo se le queda muy lejos a

un chico inteligente y rey de las fiestas cuando lo mira desde este inhóspito lugar.

—Eh, chico malo —lo llamé. No tardé en percatarme de que hoy no era un buen día.

Aidan no apartó la vista del cristal. Respiró hondo antes de contestarme.

—Hola, chica buena —contestó.

Me apoyé a su lado. El vidrio del ventanal estaba helado. Sentí cómo el aire frío filtrado desde fuera me recorría los dedos y pensé en lo mucho que había cambiado mi vida en tan poco tiempo.

—Tu hermano está durmiendo —comentó Aidan—. Lo he visto hace un rato. Tiene un gesto más tranquilo que ayer. Eso es buena señal.

Me giré hacia él, sorprendida por el detalle.

—¿Has ido a verlo?

—A veces paso por las puertas para comprobar cómo están todos —explicó sin darse importancia—. No entro. Solo observo un instante. Me ayuda a sentir que hago algo útil aquí dentro.

La gratitud se me instaló en la garganta. No sabía por qué alguien tendría interés en mirar por mi hermano, pero él lo hacía con una naturalidad que desarmaba.

—Gracias.

Aidan encogió los hombros y volvió a mirar al pasillo.

—Han puesto un miniárbol de Navidad en la entrada de la planta —comentó—. Y un reno diminuto con luces brillantes que parecen a punto de explotar. A mí me parece un acto de valentía plantarlo en un lugar así.

Me sorprendió su elección de palabra.

—¿Valentía?

—Claro —soltó con naturalidad y simpatía, y fue la primera vez que vi el destello en sus ojos—. Imagínate: todo el mundo cargando tristeza, incertidumbre y horas de espera, y ellos deciden encender lucecitas como declaración de guerra al desánimo. Es un gesto audaz.

Intenté reír. Lo logré a medias.

—Tienes razón.

—Es que es de ser muy valiente o estar muy loco. —Volvimos a reír durante unos segundos que fueron vitamina.

—Este año la Navidad me sobra —admití.

Aidan me miró entonces concentrado.

—¿Por Benji?

—Por Benji, por mis padres, por el tiempo que se está escurriendo entre mis manos, por ti —aseguré—. Antes esperaba siempre estas fechas. Ahora no encuentro nada que celebrar.

Aidan no replicó enseguida. Se recolocó el jersey, se apoyó mejor en la pared y respiró como quien quiere decir algo sin que duela.

—La Navidad aquí dentro funciona con otras reglas. No es la de fuera. No tiene que ver con las luces ni con los villancicos ni con las cenas interminables. Aquí se celebra cuando alguien es capaz de sonreír después de una noche difícil. Cuando un niño come media cucharada más que ayer. Cuando un padre se queda dormido en la silla y nadie viene a despertarlo. Cuando el miedo afloja durante un minuto. Cuando alguien recupera un poco de color. Cuando suena la campana. —Guardó silencio un instante—. Esta Navidad no es grande, Emma. Es pequeña. Pero es real. Y a veces la realidad supera a la tradición.

Lo escuché con atención, dejando que su visión desplazara la mía aunque fuera un centímetro.

—Suena bonito —murmuré.

—Lo es. Y hay algo más. Las personas que creen que no tienen nada que celebrar suelen ser las que más lo necesitan.

El impacto emocional me subió sin permiso. No quería llorar, pero tampoco tenía fuerzas para sostener todas las paredes interiores.

—No sé por dónde empezar —confesé.

—Podemos empezar por algo pequeño —propuso—. Un trato.

Lo miré, intrigada.

—¿Qué trato?

—Regalarnos algo —respondió—. Pero nada material. Nada que se estropee. Algo que tenga un significado. Tú me das un recuerdo que quieras guardar aquí —tocó su pecho—. Uno que merezca quedarse aunque este lugar lo oscurezca todo. Y yo te doy algo que puedas utilizar cuando el miedo te suba demasiado. Una frase, una

razón, una idea. Algo que te acompañe incluso cuando no tengas fuerzas para buscar consuelo en ningún sitio.

Sentí un ligero temblor en el estómago. No era miedo. Tampoco vértigo. Era esa sensación que aparece cuando alguien abre una puerta inesperada y el aire que entra no asusta, sino que calma.

—Vale —respondí—. Lo acepto.

Aidan sonrió despacio, con un gesto que no necesitaba ruido para hacer efecto.

—Cuando quieras darme tu regalo, estaré aquí.

—Y tú me darás el tuyo cuando lo necesites —añadí.

—Eso es. Somos un equipo, aunque no hayamos firmado ningún contrato.

Esta vez la risa me salió entera, breve pero completa. Él la recibió con una mirada luminosa, la segunda del día. Juro que vi estrellas en su iris.

A continuación bajó la voz.

—Hay algo que deberías tener en cuenta.

—Dime.

—El hecho de que ahora no veas motivos para celebrar no significa que no vayan a aparecer. A veces llegan tarde. A veces toman formas inesperadas. A veces aparecen en personas que irrumpen sin pedir permiso. Y no pasa nada si, por ahora, lo único que puedes agradecer es que Benji sigue aquí.

Mis ojos ardieron. No intenté esconderlo. Me acerqué un poco más al cristal del ventanal y dejé que la emoción se abriera paso sin derrumbarme por completo. No lloré, pero cedí lo suficiente para respirar.

Aidan no dijo nada más. No intentó tocarme ni consolarme de forma torpe. Solo permaneció allí, conmigo, soportando el espacio, dejando que el silencio también tuviera su sitio. Y no me sentí sola.

Capítulo 36
El peor día

Aidan

Ese día empezó mal y siguió cuesta abajo sin intención de frenar. No dormí, no comí, no dejé de sudar. La fiebre me subía y bajaba a su antojo. Las náuseas venían en olas. Estaba agotado, y ni siquiera era un cansancio normal; sino uno de esos que se te mete en la sangre, que te roba la fuerza incluso para pensar.

A mitad de la mañana, vomité por tercera vez.

—Si vomito otra vez, quiero premio —murmuré, tirándome hacia atrás—. Un diploma. Una placa. Algo.

Angie asomó la cabeza desde la puerta con su humor habitual.

—Te pongo una estrella dorada si sobrevives a la próxima ronda.

—Perfecto. Siempre quise ser alumno destacado de esta guardería infernal.

Ella sonrió, pero se le escapó un gesto de preocupación cuando me vio apoyando la frente en las manos. Me ardía la piel. Me dolían los huesos. Y, para rematar, me picaba la cicatriz del catéter.

—Voy a avisar a tu madre. —Angie salió de la habitación.

—Genial. Me encanta arruinarle el día —balbucí.

Me tumbé de lado, intentando respirar despacio. Mi estómago protestó otra vez. Si hubiera tenido humor, me habría reído. Pero no tenía humor. Ni ganas. Ni nada.

Pasó un rato hasta que escuché unos pasos.

—Cariño… —susurró mamá, entrando con la cara ya rota—. ¿Otra vez?

—El festival sigue abierto. Pase por taquilla.

Ella dejó el bolso en la silla y se acercó a la cama. Apoyó la mano en mi frente. Estaba caliente. Eso ya lo sabía.

—Aidan, cariño, no puedo verte así…

—Pues no mires —contesté, más brusco de lo que pretendía.

Mamá retiró la mano despacio.

Yo cerré los ojos.

—No sé cuánto más puedo —admití, con un hilo de voz—. Pero voy a seguir. No sé cómo, pero voy a seguir.

Ella tragó saliva. Me acarició la mejilla con cuidado, como si mi piel fuera papel.

—Claro que sí, cariño. Claro que sí.

Quise creerla. Ese día costaba.

Por la tarde, alguien llamó a la puerta sin esperar respuesta.

—¡Buenas! —anunció una voz demasiado alegre para ese lugar.

Abrí los ojos despacio.

Hannah llegaba el día perfecto para verla: mi peor versión del mundo.

—¿Qué tal? —preguntó, entrando con una sonrisa que se desmoronó en cuanto me vio—. Joder, Aidan…

—Gracias —respondí—. Es exactamente el cumplido que necesitaba hoy.

Se acercó a la cama, pero yo la detuve con la mano.

—No te acerques.

Frunció el ceño.

—¿Perdona?

—Hoy no. No vengas.

—¿Qué estás diciendo?

Me incorporé un poco, apoyado en los codos.

—No quiero que me veas así.

—Pues lo siento —contestó—, ya te estoy viendo.

—Hannah, no.

Ella dejó el bolso en la silla con brusquedad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hablas así?

—Porque estoy hecho una mierda —perdía la paciencia por segundos—. Porque no tengo pelo, porque estoy delgado como un espagueti, porque huelo a suero y desinfectante y porque si respiro fuerte vomito. Y no quiero que estés aquí para verlo.

—¿Ah, no? —avanzó un paso—. Pues yo sí quiero estar.

—No lo entiendes —solté, apretando los dientes—. No quiero que me veas así. No quiero ser… esto delante de ti.

—Aidan, pero si…

—Hoy estoy peor. Hoy estoy… —me quedé callado, respirando hondo—. Débil.

Hannah se detuvo y puso los brazos en jarra.

—¿Y te crees que voy a salir huyendo porque estás débil?

—Quiero que lo hagas. Vete. No vuelvas hoy. No vuelvas mañana. No quiero que me veas en este estado.

Ella parpadeó. Varias veces.

Y entonces su voz se quebró, pero no de tristeza: de enfado.

—¿Sabes lo que eres? Un completo idiota.

—Perfecto. Entonces no te costará irte.

—Aidan… —dio un paso hacia atrás, dolida—. Estoy aquí porque te quiero. Porque eres mi amigo. Porque me importas. Y tú… me echas.

—Sí. Te estoy echando.

Se quedó quieta unos segundos. Respiró hondo.

Y luego agarró su bolso de golpe.

—Vale. Me voy. Pero escucha una cosa: volveré. Aunque no quieras. Aunque me digas estas estupideces. Aunque estés insoportable. Volveré. Porque así funciona esto. Porque no pienso dejarte solo.

—No te dejaré entrar —murmuré.

Ella soltó una risa rota.

—Pues ya veremos quién gana, imbécil.

Se giró y caminó hacia la puerta. Antes de salir, cuando ya no podía verme, se llevó una mano a la cara. Seguro que empezó a llorar, porque yo me había convertido en un gilipollas insoportable. Maldije y miré un punto en la pared. La habitación se me quedaba grande, no chica, que era un usual, sino grande, demasiado.

Vomité otra vez esa noche. Angie entró y me dio un premio: una pegatina con forma de estrella.

—Qué graciosa eres —farfullé.

—Tengo el título de la enfermera más simpática de la planta. Mañana te presentaré a la nueva. Se llama Evelyn. Un poco mayor que tú, muy guapa. —Frunció la nariz.

—Perfecto, voy a conocer a una chica guapa convertido en una mierda. Estoy cumpliendo el sueño de mi vida. ¿Cuándo salen las cámaras a anunciarme que esto es una broma de muy mal gusto?

—Para lo malo que estás, hablas demasiado.

Tras esa pequeña charla y lo ocurrido aquella tarde, comprendí por qué lo llaman EL PEOR DÍA. No es por la fiebre, ni por el dolor, ni las náuseas, ni los vómitos, ni el encierro, ni el miedo. Es por lo que destruye alrededor, por lo que te arranca sin querer, por lo que alejas sin querer, por la gente a la que echas de tu vida, por la persona en la que te conviertes casi sin darte cuenta.

Capítulo 37
Cuando el miedo entra sin llamar

Emma

La tarde había empezado en calma, tras una mañana revuelta en la que la alarma de una habitación sonó y los enfermeros salieron del puesto corriendo. Fue solo un susto, pero nos cogió a todos desprevenidos. Allí nunca descansabas, me refiero a que tu cuerpo estaba en alerta, así como tu mente, un estrés que nos pasaba factura a todos. Mis padres no sabían ya qué hacer. No sé podía hacer nada. Varias semanas ya y aún no nos habíamos dado cuenta.

—¿Por qué no os vais a casa? Necesitáis descansar de verdad, mamá —les ofrecí—. Yo me quedo hoy con Benji.

—No sé… —fue mi padre el que respondió desde la butaca gris oscura. Cada vez odiaba más ese color. Con lo que me gustaba el tono plomizo del cielo antes de nevar.

Yo estaba en una esquina del camastro que utilizábamos para dormir de vez en cuando, con los apuntes de Literatura Universal sobre el regazo. Llevaba un chándal rojo y una camiseta blanca con un corazón rojo roto dibujado en el pecho. Menuda metáfora. No lo había hecho a conciencia. Leía por encima y las palabras no se fijaban en mi memoria.

—Quizá sea buena idea —intervino mi madre, con los ojos hundidos—. Tengo que coger algo de ropa. Y un abrigo limpio de Benji. Cuando mejore, habrá que ponérselo para que salga a la terraza a que le dé el aire.

Al final los convencí. Clarissa me ayudó cuando entró a darnos un trozo de tarta que le había traído un familiar que había visitado a Xabier, repuesto y corriendo por el pasillo. Me alegraba por él.

—Vamos, tenéis que recordar que el mundo sigue girando ahí fuera —argumenté.

—Mi mundo está aquí, en estas cuatro paredes —confesó mi madre, mirándonos a ambos.

—Está bien. —Papá se levantó—. Nos vamos. Confiamos en ti, Emma. Nos llamas si pasa algo.

Mi madre lloró un poco, era la primera vez que se alejaba de Benji desde el diagnóstico. Mi padre soltó una frase práctica y se marcharon, después de darnos algunos besos y abrazos.

Yo seguí estudiando un par de horas, hasta que mi hermano se removió en la cama y me levanté a comprobar si seguía dormido.

—Ahora estamos tú y yo, pequeño gran dragón —advertí a Benji, dormido como un tronco—. ¿Quieres que te lea? Seguro que te interesa la literatura española.

—Em… —Abrió los ojos.

—Estoy aquí. ¿Quieres agua?

—Quiero ir al baño —murmuró.

Lo ayudé a incorporarse. Era como levantar una figura hecha de vidrio: frágil, fría, quebradiza en sus bordes. Su piel estaba muy pálida, casi transparente bajo la luz blanca del hospital. Le puse sus zapatillas de cabeza de dragón y lo sostuve del antebrazo, cargando el equilibrio que él había perdido desde hacía semanas.

—Despacito.

—¿Puedo yo solo? —calculó en la puerta del baño.

—¿Estás seguro?

—Sí, pesada.

—Me alegra que sí tengas fuerza para insultarme —forcé una sonrisa y le di un beso en la mejilla—. Venga, te espero aquí. No cierro del todo.

—Pero no mires.

Su respiración se oía entrecortada, irregular, cada inhalación suya era un esfuerzo que pesaba más de lo que su cuerpo podía soportar. Estaba lista para sujetarlo si se mareaba. Ya había pasado antes, pero aquella noche… algo era distinto.

Entonces llegó el golpe.

Uno seco. Directo. Contra el suelo.

—¿Benji? —Entré sin pensarlo.

Lo encontré desplomado sobre las baldosas, la cabeza apoyada contra los azulejos fríos, las manos abiertas, los ojos a medio cerrar. Una imagen que jamás conseguiré olvidar, por mucho que pasen los años.

—¡Benji! ¡Benji, mírame! —me arrodillé a su lado, intentando incorporarlo.

No reaccionó. Ni un gesto. Ni un parpadeo.

—¡Ayuda! ¡Por favor, ayuda! ¡¡Socorro!!—Mi voz salió desgarrada, sin control.

El pasillo respondió antes que el hospital. Pasos rápidos, voces urgentes, instrucciones que no entendí. Dos enfermeros irrumpieron en el baño, deslizaron sus manos bajo los brazos de mi hermano y me pidieron que me apartara.

—Tranquila —dijo uno—. Lo tenemos.

Pero yo no estaba tranquila. Me temblaban las manos, los antebrazos, el pecho. Todo mi cuerpo parecía un animal pequeño intentando escapar de sí mismo. Una enfermera habló por un *walkie*. Otro enfermero levantó a Benji y lo llevó a la cama, donde lo conectaron a cables y sensores con una rapidez que me dejó sin aire.

—¿Qué le pasa? —pregunté sin reconocer mi propia voz—. ¿Qué tiene? ¿Por qué se ha desmayado? ¿Respira?

—Necesitamos espacio —respondió alguien—. Te avisaremos en cuanto podamos.

—¡Es mi hermano! ¡No puedo dejarlo solo!

Evelyn me puso una mano firme en el hombro. Ese toque fue una cuerda que me mantenía de pie y, al mismo tiempo, la orden más cruel.

—Emma. Déjanos trabajar. Está en buenas manos.

Retrocedí porque no tenía otra opción. Me quedé en el pasillo, con las piernas agarrotadas y el corazón golpeándome la garganta. Sentí un temblor en la espalda, un miedo afilado que no gritaba: rasgaba. Desordenaba todo lo que yo era.

Saqué el móvil con dedos torpes. Llamé a Grace sin pensar.

—¿Emma? —contestó al primer tono—. ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—En el hospital —logré decir—. Benji… se ha desmayado. No abre los ojos. Mis padres no están. No sé qué hacer. No sé qué hacer.

—Voy para allá —respondió sin titubeos—. No te muevas. Salgo ya.

Colgué. Me quedé mirando la puerta cerrada, sintiendo que al otro lado se libraba una batalla que yo no podía pelear.

Los minutos se volvieron viscosos, interminables. Me senté en la silla del pasillo, recogiendo las rodillas contra el pecho. No quería llorar, pero las lágrimas no pidieron permiso.

Escuché pasos acelerados. Grace apareció casi corriendo, con el abrigo sin abrochar y el pelo despeinado y húmedo.

—Em… —se agachó frente a mí—. Estoy aquí.

Su abrazo fue un ancla. Me pegué a ella y dejé que la angustia saliera sin filtros.

—Ha perdido la conciencia —susurré entre lágrimas—. Estaba bien. Estaba conmigo. Y de repente…

Grace me sostuvo con fuerza, acariciándome la espalda.

—Va a estar bien, Em, va a estar bien. No hay otra opción, no la hay… —Ella también lloraba.

Me derretí contra su chaqueta.

—No quiero que se muera. No puedo. No quiero. No puede morirse.

—No va a morirse —respondió con una convicción que me obligó a creerla—. No esta noche. No mientras tú estés aquí.

La puerta se abrió de golpe y nos pusimos de pie. Ella me sujetaba de la mano. Grace no me soltaría jamás, ni yo a ella. De eso va la amistad.

Reconocí al doctor Alan Klein, el hematólogo de Benji, de la planta entera, suponía. Un hombre de cincuenta años sereno y compasivo. No podía ser de otra forma para trabajar allí.

—Emma. ¿Puedes venir un momento?

Grace y yo dimos dos pasos a la vez.

—Tu hermano está consciente —explicó—. Está muy débil, pero estable.

Sentí un mareo breve, que Grace evitó sujetándome también del brazo.

—¿Qué ha pasado?

—Sus defensas han bajado de golpe. Es un efecto común al inicio del tratamiento. No es culpa tuya. Ni de nadie. Es su cuerpo reaccionando a todo lo que está recibiendo. Ocurrirá más veces.

Me tragué la respuesta. Me ardían los ojos.

—A partir de ahora debemos mantenerlo aislado. No podrá recibir visitas. El riesgo de infección es muy alto. Cualquier bacteria podría complicarlo todo.

—Mis padres… no están.

—Entonces te toca a ti dar el primer paso hoy —dijo con una calma que contenía un respeto profundo—. Cuando entres, ponte mascarilla. En el mostrador te darán una. ¿Lo has entendido? —No respondí. Lo hizo Grace por mí.

—Sí, doctor. Nada de visitas. Mascarillas.

—Eso es. Estaré toda la noche de guardia. —Miró su reloj—. Pasaré a verlo más tarde.

—Gracias, doctor —se despidió también Grace.

Grace no quiso marcharse cuando el médico se hubo ido. Le dije que podía volver a la hermandad, que debía ir a clase al día siguiente, que no tenía sentido que se quedara sin dormir en una silla dura y con la calefacción puesta demasiado alta. No escuchó ninguna de mis razones. Encontró una manta en uno de los carros de enfermería y se la echó por encima de los hombros.

—No te dejo sola ni loca —puntualizó.

Se ajustó una mascarilla nueva y entró conmigo en la habitación. Benji dormía otra vez, agotado después de toda la intervención. Su respiración seguía siendo irregular, pero estaba consciente, y ese detalle bastaba para sostenernos durante horas. Me acerqué al cristal de la ventana y apoyé la palma de la mano. El frío del vidrio me recorrió el brazo. Grace se sentó en la silla que había pegada a la pared y se envolvió mejor en la manta.

—¿Por qué no llamas a tus padres para…?

—Han ido a descansar y… está todo bien. —Está todo bien, eso me repetía una y otra vez.

Mi amiga intentó leer un rato en el móvil, pero acabó doblando la cabeza hacia un lado, con el cuello en una postura imposible.

Pasó la noche a mi lado de una forma torpe y tierna. A ratos se dormía. A ratos despertaba sobresaltada. En uno de esos sueños breves, ladeó la cabeza y terminó babeando sobre el jersey. No se veía la saliva caer de su boca con la mascarilla, pero sí resbalando por su barbilla. Me habría reído en cualquier otro momento, pero aquella madrugada solo sentí un agradecimiento tan profundo que me dolió. No todo el mundo se queda cuando la oscuridad se vuelve tan pesada que te ahoga. Grace se quedaba. Con sus sueños a medias, su boca entreabierta y un hilo de saliva que se caía sin que nadie lo advirtiera. Era mi forma preferida de querer: la que no necesita palabras, porque la presencia lo dice todo.

Miré el reloj una de tantas veces. Suspiré. Las cuatro de la mañana. No lograba dormir más de dos minutos, me desvelaba un poco, a ratos cortos, cortísimos. Aquí no existía el verdadero descanso. El miedo te aleja de relajarte.

El sonido suave de unas pisadas me hizo levantar la vista. Al principio pensé que era un enfermero, pero no, era Aidan, apoyado en el marco de la puerta, con la sudadera arrugada y el cabello enredado, como si también hubiera pasado una noche difícil.

—¿Cómo sabías que esta noche estaba aquí? ¿O has venido a ver a Benji? —pregunté en voz muy baja.

—Escuché a las enfermeras. Por cierto, ¿las conoces? Deben ser nuevas. Puedo engañarlas… —torció el cuello.

Me levanté y salí al pasillo sin alejarme demasiado, con la mascarilla bien ajustada. Él me miró y entendió sin preguntar que la distancia era necesaria. Me apoyé en la pared de enfrente. Él hizo lo mismo, reflejando mi postura.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con un gesto que tenía más preocupación que curiosidad.

Sentí que el relato aún me temblaba por dentro. Respiré despacio.

—Se desmayó. De repente. Sin aviso. Parecía que se había apagado. No respondía. Le han tenido que estabilizar. Ha sido… —busqué una palabra, pero no la encontré—. Ha sido una de las peores noches de mi vida.

—Lo siento. Sé que duele aunque no quieras decirlo.

No mencioné que había gritado, que había llorado sin respiración, que había sentido un miedo tan físico que me había dejado con náuseas durante horas. Pero él lo vio igual, en mis ojos, en mis manos, en el temblor que intentaba controlar.

—Está estable —continué—. Pero ahora tiene que estar aislado. No puedo entrar sin mascarilla. Mis padres no estaban. He tenido que… he tenido que ser yo.

Aidan asintió, sin prisa.

—La vida no avisa cuando te entrega un papel que no pediste —respondió—. Y aun así lo haces. Eso también es una forma de amor.

Mi pecho se aflojó un poco.

Fue entonces cuando miró hacia la pared y la puerta acristalada. Podía verse la figura de Grace medio tumbada en la silla, envuelta en la manta, dormida de una forma bastante poco elegante, con el pelo pegado a la mejilla y una pequeña mancha de baba sobre el jersey.

—¿Y esa maravilla humana? —preguntó Aidan, con una mezcla de sorpresa y ternura sincera—. ¿Quién es la chica que duerme y babea sin pudor en tu guardia nocturna?

Me giré hacia él. Sonreí unos milímetros.

—Esa maravilla humana es Grace. Mi mejor amiga. Mi brújula. La persona que me conoce desde que llegué a la universidad. Si alguna vez aparece alguien que me entiende antes de que yo hable, es ella. Somos… almas literarias gemelas, supongo. Ella lee las cosas que yo no sé decir todavía.

Aidan observó la imagen con un gesto lento, sereno.

—Tiene buena pinta. De las que valen la pena.

—Lo es —confirmé—. Ha venido sin pensarlo. Ni me preguntó si necesitaba algo. Simplemente vino. Se sienta a mi lado, se duerme, babea, y, aun así, no me siento sola.

—Es el tipo de gente que uno debería conservar —añadió Aidan, como quien reconoce el valor de algo que ha visto pocas veces—. Aunque ronque, babeé y ocupe medio pasillo con una manta prestada.

—Robada.

—Mmm… Una delincuente. Ahora me gusta más.

Reí muy bajito, intentando no despertarla.

—Ella no ronca.

—Pues ha estado a punto. Mira… —La señaló, y escuchamos un suspiro.

—Está respirando fuerte. Le cuesta con la mascarilla.

—En mi barrio eso es un ronquido.

—Este es tu barrio ahora, ¿no?

—Qué tiempos aquellos, cuando vivía en Cedar Hill o en Columbia y no aquí.

—¿Eres de Cedar? Yo soy de Cold Spring.

—¡Pero si somos vecinos de siempre! Y tenemos que conocernos aquí. Vaya cagada. —Se removió el pelo.

—El destino, supongo —bromeé.

—El destino me podía haber enviado un millón de dólares, no una enfermedad mortal en muchos casos.

—Por pedir, pide más.

—¿Cómo qué?

—No sé… Dos millones. —Nos reímos. Y por un segundo, la madrugada dejó de oprimirnos. Era extraño cómo la presencia de Aidan tenía ese efecto: no eliminaba el dolor, pero le hacía sitio para que respirara sin desbordarlo todo.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó después—. Es tarde. Y tú tienes suficiente encima.

—No más que tú. ¿Qué haces despierto?

—Me cuesta dormir. Algunos días —especificó—. Mucha medicación que me deja tonto por las tardes.

—Ah… Pensé que lo de tonto era genética, de nacimiento.

—Emma, si ya bromeas y todo. Estoy orgulloso de ti.

—No es broma. Hablo muy en serio.

Me dio un golpe en el hombro y se sentó en el suelo. Me invitó a que hiciera lo mismo y lo imité. Apoyamos la espalda en la pared.

—¿La campana suena a menudo? —curioseé, no la había escuchado desde que estaba allí.

—Menos de lo que debería. Cuando alguien lo supera y sana, todos vamos a acompañarle. Tiran confeti y bebemos refrescos.

—Tiene que ser una pasada.

—Lo es. —Me miró—. Cuando yo la toque, van a enterarse hasta en Canadá. Y mi amigo Owen va a traer champán. Dice que sabe cómo introducirlo sin que lo pillen. —Amplió la sonrisa y ese destello suyo, propio del chico que no dormía por las noches, cruzó sus ojos dándole más vida.

—Me gustaría conocer a ese Owen. Parece… particular.

—Es un gran tío. Jugamos juntos a fútbol. No mete un gol desde que ingresé. No es nadie sin mí.

—¿Viene a visitarte?

—Cuando puede. Antes venía más. Tiene mucho… lío. La vida se detiene para nosotros, no para el resto. Y está bien que sea así. ¿Te imaginas un mundo donde solo existiera esto? —Hizo un círculo en dirección al techo con un dedo—. No me gustaría vivir en un mundo así. No si el tiempo se detiene para siempre.

—¿Y si se detiene en una isla paradisiaca?

—Ahí, sí, chica de la nariz pequeña. —Le dio un golpe con el dedo. Un latigazo de electricidad me recorrió entera.

Quizá por eso… me levanté.

—Debería entrar. Grace va a caerse si no la ayudo y Benji… Si no compruebo que respira cada poco tiempo, me pongo muy nerviosa.

Él también se levantó de un salto enérgico, más sano que yo a vista de los demás.

—Me alegra que solo haya sido un susto.

—Gracias por acompañarme. —Fue un segundo en el que a los dos nos faltó elegancia y sentido. Él dio un paso hacia delante, yo hacia él y tratamos de darnos un abrazo que quedó en nada.

—Perdona —musitó.

—Hasta mañana. —Me recoloqué la mascarilla, que se había movido. Abrí la puerta y su voz me detuvo una vez más esa noche.

—La única forma de que el dolor no te devore… es compartirlo, Emma. No te quedes con nada dentro.

Asentí y me encerré en un cuadrado de pocos metros con mi hermano pequeño luchando contra la leucemia y Grace luchando contra la gravedad.

Capítulo 38
Los dragones vuelan

Emma

Grace despertó cuando la mañana aún no había terminado de formarse. Abrió un ojo primero, luego el otro, desorientada, con la manta enredada alrededor de la cintura. Tenía la marca de la mascarilla dibujada en la mejilla y el pelo aplastado en un ángulo que la convertía en un troll. Parpadeó varias veces antes de recordar dónde estaba.

—¿Qué hora es? —murmuró y se incorporó con una lentitud que daba ternura.

—Casi las siete —respondí desde el camastro, sin haberme movido en toda la noche—. Dormiste un rato.

—Dormí fatal —se quejó—. Creo que he perdido la dignidad dormida sobre una silla. Dime que no he babeado.

—Un poco —admití—. Pero te queda bien.

Se rio sin energía, pero se rio. Ese sonido fue un alivio, aunque fuera pequeño.

En ese instante, el enfermero entró en la habitación acompañado de un técnico. Traían el carro con bandejas y uno de los vasos térmicos de los que ya conocía el olor antes de que lo colocaran. El técnico revisó cables y constantes. El enfermero dejó la bandeja en la mesita abatible.

—Buenos días, campeón —saludó a Benji que también abría los ojos—. Hoy toca desayuno estrella: avena con canela.

Benji frunció el ceño sin disimular.

—No quiero —volvió la cara.

El enfermero suspiró, pero no insistió. Sabía que había batallas que solo podían pelear quienes amaban de cerca.

Grace, sin embargo, enderezó la espalda, se puso bien la mascarilla y se acercó a él con una autoridad que nunca habría

imaginado en ella.

—Oye, peque. Te voy a contar un secreto: los dragones no vuelan si el piloto no desayuna. Y tú eres el piloto, ¿no?

Benji la miró con desgana.

—No vuelan —respondió.

—Claro que vuelan —insistió Grace—. Pero solo si tú les das combustible. Un dragón sin combustible es un lagarto triste. ¿Quieres un lagarto triste o un dragón echando fuego y quemando la selva?

Benji negó despacito, con esa seriedad dramática tan suya.

—No quiero que quemen nada.

—Pues que sobrevuelen el mar, Benji, contigo encima, gritando, notando el viento en la cara. ¿No quieres eso? —Mi chico asintió con el ceño fruncido—. Pues come dos cucharadas. Solo dos. Y el dragón despega.

No sé por qué, pero obedeció. Tomó la cuchara con una solemnidad casi ritual y tragó dos bocados. Grace levantó el pulgar, orgullosa.

—Así me gusta. Dragoncito listo para volar.

Cuando volví a mirarla, estaba sonriendo bajo la mascarilla. Yo también.

Pasaron unos minutos en los que revisamos medicación y constantes. Después, cuando el técnico se fue, me giré hacia ella.

—Grace, vete. De verdad. Tienes clase. Has pasado la noche aquí y yo… yo puedo con esto.

Me observó con atención, intentando asegurarse de que no lo decía solo para sonar fuerte.

—¿Segura?

—Sí —respiré—. Estoy bien. O lo estaré.

Se quitó la manta, se colgó el bolso del hombro y se alisó el jersey.

—Oyo… ante de irme… —Tenía un brillo travieso—. ¿Vas a decirme la habitación del chico misterioso? Puedo obligarlo a comer también.

Me congelé un segundo. No esperaba que lo soltara así.

—No es mi chico misterioso.

—Ya —alargó la palabra con descaro—. Entonces… ¿qué es?

—Un buen amigo. Anoche estuvo aquí. Pasó a preguntar —contesté, intentando sonar indiferente—. Escuchó algo de las enfermeras. Hablamos un rato.

Grace se cruzó de brazos.

—Perfecto. Voy a pasar a darle las gracias.

—¿Qué? No. Ni se te ocurra.

—Solo quiero conocer al que te hace sonreír en mitad del apocalipsis.

—Grace. Vete antes de que te expulse el personal del hospital.

Se rio y me dio un abrazo por encima de la mascarilla.

—Me alegra que hayas tenido compañía anoche. Pero… dime una cosa, para irme tranquila. Aunque babee, sigo siendo tu favorita.

—Siempre —cercioré. Y era verdad.

La vi marcharse por el pasillo, todavía medio dormida. Saludó a alguien que estaba dentro de una habitación dándole los buenos días.

Unos minutos después, el ascensor se abrió. Mis padres salieron con el mismo gesto que tenían cuando yo me caía de pequeña: ese miedo antiguo que no se trata, solo se reconoce. Mi madre llevaba el abrigo sin cerrar. Mi padre tenía las llaves aún apretadas en la mano.

—¿Dónde está? —preguntó ella, en un hilo de voz.

—Dentro —respondí—. Está despierto. Cansado. Pero despierto.

Ella no esperó más. Entró sin quitarse el abrigo.

Mi padre me abrazó rápido, fuerte, dejándome sin respiración.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No —contesté con sinceridad—. Pero estoy aquí.

Asintió, como quien entiende lo que no hace falta explicar.

Entramos juntos. Benji estaba recostado, muy pálido, muy pequeño dentro de la cama. Mi madre se sentó a su lado y le cogió la mano como si quisiera cerrarle el mundo con los dedos. Él abrió los ojos y le dedicó una sonrisa mínima que valía más que todo.

—Me he comido medio yogur y un vaso de leche —les contó.

Yo respiré despacio. No podía llorar. No aún. Les entregué mascarillas, esperando a que se las colocaran bien.

—Tenéis que ponérosla —expliqué, y con la voz más estable que pude reunir, resumí todo lo que había ocurrido.

Mi madre me escuchó con los labios hundidos hacia dentro. Mi padre apretaba la mandíbula.

Y cuando terminé, pasó lo inevitable.

—¿Por qué no nos llamaste? —fue la primera frase. No un reproche, sino un desgarro.

—Porque era tarde —contesté—. Y porque yo… porque tenía que hacerlo. Soy mayor. Y no fue para tanto. —Mentí, jamás había tenido tanto miedo.

Mi madre negó con la cabeza, con la desesperación de alguien que no sabe dónde colocar tanto miedo.

—Emma… eres una niña.

—Anoche tuve que dejar de serlo —respondí—. No había otra opción.

Nadie dijo nada después. No hacía falta.

A media mañana llegó el médico. Nos pidió que saliéramos al pasillo.

—Ha sido un bajón de defensas muy brusco —explicó—. Puede volver a pasar. Tenemos que evitar cualquier riesgo de infección, por pequeño que sea. Lo puede matar —fue crudo—. A partir de hoy deberá estar aislado. Nada de visitas. Solo uno de los padres dentro. Durante… no puedo dar una fecha exacta. Semanas, probablemente.

Mi madre no dudó ni un segundo.

—Me quedo yo.

—Y yo vendré a traerte lo que necesites —dijo papá, con un gesto firme.

Yo asentí, aunque dentro sentí un nudo tan grande que apenas podía tragar.

El médico me miró con una suavidad que no había visto antes.

—Emma… —se dirigió solo a mí—. Sé que lo de anoche fue muy duro. Y sé que estabas sola. Hiciste lo correcto. Todo lo que tenías que hacer, lo hiciste bien. No te culpes de nada.

No respondí. No pude.

Cuando volvimos a entrar, mamá ya estaba metiendo sus cosas en la habitación. Papá ordenaba la mochila de Benji. Yo los observaba desde la puerta, sintiéndome fuera de lugar y dentro al mismo tiempo.

De repente, no podía respirar bien. El pasillo se alargaba. El ruido de las máquinas se amplificaba. Tenía los dedos fríos, la garganta cerrada, las piernas flojas. El corazón golpeaba demasiado rápido, demasiado fuerte, como si quisiera salirse de sitio.

Cerré la puerta con cuidado y me apoyé en la pared.

Y ahí empezó.

La ansiedad entró como una ola.

Un golpe silencioso, brutal.

Intenté inspirar, pero el aire no entraba.

Intenté hablar, pero las palabras no salían.

Sentí un vértigo extraño, un temblor en los brazos.

No era tristeza.

Era miedo puro.

El miedo más primario que he sentido en mi vida.

Me agaché, apoyando los codos en las rodillas, intentando no derrumbarme en el suelo.

Y entonces escuché mi nombre.

—Emma.

Levanté la cabeza con esfuerzo y lo vi.

Aidan estaba en mitad del pasillo, mirándome.

—¿Qué…? —logré decir.

No me dejó terminar.

Caminó hacia mí sin apartar los ojos ni un segundo.

—¿Qué te pasa?

—No puedo respirar… Me… —Tiré de mi camiseta—. Me ahogo…

—Está bien. Mírame a los ojos. Respira conmigo. Vamos a respirar juntos. —Me costó encontrarlo, pero al final nuestras pupilas se miraron—. Respira… Suéltalo ahora… —Soplaba.

Me relajé lo justo.

Su boca estaba demasiado cerca de la mía. Sentía su aliento envolviéndose con el mío.

—Ven… Tengo la solución definitiva. —Me agarró de la mano y caminé a su lado. Hubo un segundo que me frené en seco. No quería alejarme de Benji—. ¿Confías en mí? —Lo pensé un suspiro y… asentí.

Fuimos por un pasillo lateral que yo no conocía. Subimos unas escaleras y nos detuvimos delante de una puerta gris de metal, abierta por una hoja.

—Vamos —susurró.

Llegamos a otra escalera, la de servicio. Aidan subía lento delante de mí, pero seguro, deteniéndose cada vez que notaba que mi respiración se rompía.

Llegamos a la última puerta y él intentó abrirla. Empujó la manilla. Una vez. Otra. Nada.

Se apoyó en la puerta, cerró un momento los ojos y respiró hondo.

—No puedo —casi se disculpaba—. Hoy… hoy no me quedan fuerzas. Lo siento. ¿Puedes abrirla tú? —Fue honesto, valentía pura.

Puse la mano en la manilla helada, empujé y cedió.

El aire frío de una azotea nos golpeó la cara. No esperaba aquello.

La nieve caía en copos suaves, redondos, silenciosos.

Salí primero. Aidan detrás.

La ciudad entera respiraba bajo nosotros. Las luces, los coches diminutos, el murmullo lejano, la noche en movimiento. Y nosotros allí arriba, helados, cansados, rotos… y de alguna manera, vivos.

Me apoyé en la barandilla y respiré hondo, pero aún me costaba.

—Mírame —volvió a ponerse frente a mí.

Lo hice.

—Respira conmigo —pidió—. No rápido. No perfecto. Solo… respira.

Inhaló despacio.

Yo intenté imitarle.

—Así, bien —susurró—. Otra. No te fuerces.

Volví a intentarlo. Y otra vez. Y otra. El pecho se me descomprimió. El ataque de ansiedad bajó de intensidad y el mundo se alineaba mínimamente. Las lágrimas cayeron sin que las atajase.

—Tengo miedo —tartamudeé—. Un miedo que me atraviesa. No sé qué hacer. No sé si voy a poder llegar a mañana.

Aidan dio un paso hacia mí.

—Claro que puedes —respondió—. No porque seas fuerte. Sino porque quieres a tu hermano. Y esa clase de amor… te levanta incluso cuando jurarías que no puedes.

Negué con la cabeza.

—No me siento fuerte.

—No tienes por qué sentirlo —replicó él—. Yo tampoco me siento fuerte la mayoría de los días. Pero mírame. Estoy aquí. No desaparecí. Tú tampoco lo harás.

La nieve se acumulaba en su pelo, en mi abrigo, en nuestros hombros.

—Emma… —su voz bajó—. No estás sola. ¿Me oyes? No lo estás. Y no voy a dejar que te hundas.

Algo dentro de mí se rompió.

Y a la vez, algo se abrió.

—Aidan…

—Sí.

—No sé qué eres en mi vida. No sé qué está pasando. No sé nada.

Él sonrió con una dulzura que no había visto en él hasta entonces.

—Eso está bien. No hace falta saberlo hoy.

Lo miré.

Él me miró.

Y el mundo se quedó quieto entre nosotros.

No planeé acercarme.

Fue mi cuerpo.

Mi miedo.

Mi necesidad.

Di un paso.

Él acercó el suyo.

Nuestras respiraciones se mezclaron en el frío.

Los labios se tocaron primero en un roce tímido, como un secreto.

Luego, más firme.

Después, más profundo.

Un beso lento, suave, sin urgencias.

Un beso lleno de dolor y alivio, de vértigo y hogar, de luz en medio de un hospital que me había robado tanto.

Cuando nos separamos apenas unos centímetros, él apoyó su frente en la mía.

—Cuando no puedas respirar —susurró—, prométeme algo.

—¿Qué?

—Que me buscarás antes de caer. No después. Antes.

Asentí, con el corazón demasiado grande para mi cuerpo.

—Lo prometo.

Aidan sonrió despacio.

—Bien. Porque yo también te necesito para seguir vivo.

La nieve seguía cayendo alrededor. Y sentí que respirar… era posible. Que había algo más allá del miedo.

Algo que empezaba a crecer, tímido, en las manos de un chico que no tenía fuerzas para abrir una puerta, pero sí para salvarme. Porque esa noche, en la azotea del hospital, descubrí que a veces el amor llega así: cuando no hay nada más que dolor y, aun así, te encuentras un lugar donde respirar.

Capítulo 39
Para ti, que me quieres, que te quiero

Aidan

Henry, no sé si algún día vas a leer esto.
Probablemente no.
En realidad espero que no tengas que hacerlo nunca.
Sé que estás asustado aunque digas que no. Lo veo en cómo aprietas los puños cuando entras en la habitación. En cómo me preguntas si estoy cansado aunque lo estoy siempre. En cómo te muerdes el labio cuando te hago reír, como si reír fuera traicionar algo.
Quiero decirte una cosa importante:
no necesitas ser valiente para mí.
No necesitas comportarte como si nada pasara.
No necesitas hacerte mayor de golpe.
No necesitas protegerme.
Ese no es tu trabajo.
Tú solo tienes que ser tú.
Y eso ya es suficiente.
Más que suficiente.
No sé si voy a recuperar todo lo que quiero recuperar.
No sé si jugaré contigo en el jardín cuando crezcas un poco más.
No sé si podré enseñarte a esquiar o si seguiré siendo tu excusa favorita para evitar hacer los deberes.
No sé muchas cosas.
Pero sé esta:
Te quiero tal y como eres.
Incluso cuando te escondes detrás de papá.
Incluso cuando finges que no estás llorando.
Incluso cuando te enfadas conmigo por no estar en casa.
Incluso cuando te da miedo acercarte.

Y si alguna vez, dentro de muchos años, sientes que el mundo te pesa demasiado… acuérdate de que tienes permiso para caer, para llorar, para pedir ayuda, para empezar de nuevo.
No quiero que seas fuerte todo el tiempo.
Solo quiero que seas honesto contigo.
Y que sigas creciendo sin prisa, a tu forma, a tu ritmo, con tus rarezas, tus chistes malos y tu manera torpe de ser bueno.
Si un día lees esto, ojalá sea porque gané.
Y si no… ojalá te sirva para saber que incluso en mis peores días, tú eras una de mis mejores razones.

Aidan.

Doblé la hoja con calma, la guardé en el cajón de la mesilla de noche, entre el cargador del móvil y un paquete de pañuelos. No la entregaría nunca, o sí. Pero no estaba escrita para llegar a sus manos, sino a las mías.

Capítulo 40
El cristal y los barquitos

Emma

Toda las mañanas, todas, me despertaba soñando, teniendo pesadillas, de verdad creía que aquello era una mala pesadilla y que un día me despertaría y me daría cuenta de ello. Estaríamos en casa, comprando regalos, preparando dulces y panecillos y viendo películas de dragones con la chimenea encendida. Pero no. Algo lejos de la realidad están los sueños.

Rutina. El hospital se había convertido en un pequeño universo, triste, muy triste la mayoría de las veces. Papá decía que olía a esperanza. Yo solo olía el miedo.

Benji estaba aislado. La puerta de su habitación tenía un cartel amarillo que no me atrevía a mirar demasiado. Dentro estaban él y mamá, los dos separados del resto, encerrados en un mundo donde cualquier bacteria podía ser una amenaza.

Yo pasaba las tardes en un sofá gris que Evelyn había buscado para nosotros frente al cristal que separaba su habitación del pasillo. Había un telefonillo, como esos de las antiguas cabinas, que usábamos para hablar. Era absurdo, casi cómico, pero también lo más cercano a un abrazo que podíamos tener.

—Emma —decía Benji, con una voz suavecita—, hoy dibujé un dragón blanco. Pero me salió más como… un pollo.

—Quiero verlo —respondía—. Un dragón-pollo puede ser una especie única. Igual descubrimos algo.

Él reía, y escuchar esa risa (aunque fuera pequeñita) me devolvía algo de oxígeno.

Mi madre hablaba conmigo cada cierto rato, siempre intentando parecer más tranquila de lo que estaba.

—Está mejor —me decía—. Ha comido un poquito. Y ha preguntado tres veces por ti.

Mi padre venía todas las noches, dejaba comida, ropa, alguna tontería que compraba en la tienda de la esquina, algún juguete nuevo para que Benji no se aburriera demasiado en aquellos días interminables e iguales. Yo intentaba llevar orden en mis estudios y escribir para el periódico, pero la mayor parte del tiempo me dedicaba simplemente a estar ahí, sentada, con el teléfono en una mano y una libreta en la otra.

Faltaba una semana para Navidad. El hospital tenía guirnaldas en los pasillos, pero yo las ignoraba, o trataba de hacerlo. Seguía sin entender nada.

Por las noches bajaba a cenar algo a la cafetería, y casi siempre encontraba a Aidan en algún punto del hospital. A veces en la sala de juegos, otras en el ventanal del pasillo. Cada encuentro era distinto, pero había algo que no cambiaba: la sensación de que él se estaba convirtiendo en lugar y en una de mis personas favoritas a la vez.

Aquella tarde, después de hablar un rato con Benji por el telefonillo, decidí ir a buscarlo. No sé si porque necesitaba distraerme, o porque necesitaba a Aidan concretamente. Tal vez ambas cosas.

Caminé hacia su habitación: la 324

Antes de llegar, una mujer salió de ella. Llevaba una bandeja vacía y tenía la pulsera azul de los familiares visitantes. Quise preguntarle si Aidan estaba despierto, sin embargo, no me dio tiempo, se alejó deprisa.

Empujé la puerta con suavidad, por si lo encontraba dormido o haciendo algo inoportuno.

Aidan estaba sentado en la cama, con las piernas cruzadas y completamente concentrado en un trocito de papel blanco que doblaba con precisión… o al menos con la intención de ella. Tenía varios en la mesa auxiliar: unos veinte barquitos de distintos tamaños, algunos torcidos, otros perfectos, otros a medio camino.

Se sobresaltó un poco al verme.

—Ah —sonrió—. Has venido.

—Solo si no te molesto.

—A mí siempre me molesta la soledad, así que eres un regalo.

Me acerqué.

—¿Qué haces?

—Arte avanzado —respondió, con una seriedad absurda—. Papiroflexia nivel experto. Este es mi barco número… —miró los papeles— treinta y dos, creo.

—¿Treinta y dos?

—No quería decírtelo, pero soy torpérrimo con las manos. De verdad. Nací con talento en los pies, no en los dedos.

—¿Y eso qué significa?

—Que juego al fútbol bien y hago barcos fatal. Solo sé hacer esto. Barquitos. Nada más. Ni cisnes, ni estrellas, ni flores. Solo barcos. Soy un hombre de habilidades limitadas.

Reí, porque él tenía esa habilidad extraña de arrancarme risas incluso cuando llevaba horas sin poder hacerlo.

—Pues te salen bonitos.

—Mentira —respondió enseguida—. Pero aprecio tu apoyo a un tullido.

—Al Profesor X tullido. ¿Puedo sentarme? Sé que estás acompañado.

—Por favor, siéntate. Te lo ruego —siempre bromeaba.

Me senté a su lado, en la silla.

—Tienes una pequeña flota. —Encogió los hombros—. ¿Y por qué barcos?

—No lo sé. Tal vez porque siempre están en movimiento. Incluso cuando están quietos. Me gusta pensar que pueden llevar cosas. Pensamientos. Deseos. Personas. No pesan. Me gusta el mar. Mis abuelos tienen una casa en Los Hamptons. Pequeña, no somos ricos, pero suficiente para pasar los veranos. Algunas Navidades también.

—¿Ese es el balón firmado? —Lo vi dentro del armario que tenía una puerta medio abierta.

—Está escondido para que no me lo confisquen.

—Estás bien hoy. —Observé sus ojos.

—Decente. Un poco mareado, pero decente. ¿Y tú?

Miré el suelo un instante.

—Mi hermano está aislado. Ya no puedo entrar. Solo lo veo detrás del cristal. Y… —me humedecieron los ojos— lo echo de menos incluso estando aquí. Está a unos metros y lo echo de menos. No puedo abrazarlo.

Aidan dejó el barco y me miró, serio pero cálido.

—Claro que lo echas de menos. Es tu persona. Tu trocito de mundo. Estar lejos aunque esté cerca duele diferente.

—Me siento inútil —susurré.

—No lo eres. Para él eres un ancla. Y todo el mundo necesita una.

Lo miré. Él sostuvo mi mirada.

Un segundo.

Dos.

Cinco.

Aidan respiró hondo.

—¿Quieres que te enseñe a hacer un barco? —propuso—. Pero aviso: soy un maestro terrible. Puede que salga un extraterrestre en vez de un barco. No puedo prometer nada.

—Quiero.

Cogió un papel. Me pasó otro.

—Paso uno: doblarlo a la mitad. Paso dos: dudar de tu existencia. Paso tres: rendirte. Paso cuatro: seguir igual. Paso cinco: barco.

Reí tanto que tuve que cubrirme la boca para no llorar al mismo tiempo.

—Se te da bien hacerme reír.

—Me esfuerzo a diario. Tengo talento para lo desastroso —agregó, guiñándome un ojo.

Nos quedamos así un rato, doblando papeles, hablando de cosas pequeñas, dejando que el mundo se detuviera un poco.

La Navidad estaba a siete días y ahora veía un punto de luz, alguien había encendido las luces del árbol imaginario que deseaba quemar en mi cabeza. Y sus ojos destelleaban cuando me miraba. Y cuando eso ocurría, se inflaba mi esperanza.

Capítulo 41
Exámenes, fiestas y cosas que no se dicen

Emma

El examen de Literatura Comparada cayó sobre la mesa como un ladrillo disfrazado de cuadernillo. Lo miré unos segundos antes de atreverme a pasar la primera página. El aula estaba llena, todos con la misma cara de «quiero irme a mi casa pero necesito este aprobado para seguir fingiendo que controlo mi vida». El reloj del fondo marcaba las nueve en punto. Teníamos dos horas. Dos horas para demostrar que todo lo que habíamos leído no se había quedado solo subrayado en un margen.

Respiré hondo, coloqué el bolígrafo en la esquina del folio y leí la primera pregunta. Un análisis comparado de dos textos que conocía bien. En otro momento habría disfrutado ese tema. Hoy, en cambio, sentí que mi cabeza funcionaba en dos velocidades distintas: una que hablaba de estructuras narrativas, otra que seguía sentada en un sofá gris delante de un cristal en el Presbyterian, contándole chistes malos a un niño de ocho años.

—Vale, Emma, concéntrate —susurré. No porque fuera lo importante, sino porque, de algún modo, seguir estudiando era una forma de agarrarme a la parte de mi vida que aún no se había hundido.

Escribí el nombre y empecé a ordenar ideas. Párrafo a párrafo, como he hecho siempre. La mano se me soltó al cabo de unos minutos. Cuando entraba en ese ritmo, el cuerpo recordaba lo que sabía hacer: pensar en historias, en voces, en símbolos, en personajes que sufrían en páginas que no eran las mías. Me sentí un poco traidora por disfrutar a ratos del examen, pero no pude evitarlo. Era un descanso momentáneo de mí misma.

A mitad del tiempo levanté la vista. Grace estaba tres filas delante, inclinada sobre el papel, con el ceño fruncido de concentración máxima. Lindsay, al otro lado del aula, giró el bolígrafo un segundo entre los dedos, como siempre que ya había decidido la estructura de su respuesta. Volví al mío. Seguí escribiendo. Corregí una frase. Taché otra. Añadí una cita que no sabía ni de dónde había sacado. Cuando el profesor dijo "diez minutos", cerré el razonamiento del último apartado con la sensación de que había hecho lo que podía, ni más ni menos.

Entregué el examen con el corazón un poco más ligero. Tener algo terminado, aunque fuera un final provisional, ayudaba más de lo que habría imaginado.

Nos reunimos los tres en el pasillo, justo al salir.

—Bueno —Grace se colocó la bufanda—. ¿Escala del uno al quiero llorar y cambiar de carrera?

—Yo diría un seis —contestó Lindsay—. Ha sido intenso, pero no mortal.

—Tres y medio —barrunté—. Había dos preguntas hechas para mí, y una que me ha mirado mal desde el principio. Creo que he salvado los muebles.

—De ti esperaba un comentario tipo «he hecho una tesis en dos horas» —bromeó Grace—. Me preocupa verte tan modesta.

—Es que estoy evolucionando —respondí—. La vida te rebaja la soberbia.

Lindsay se quedó observándome un poquito más de la cuenta.

—¿Has podido concentrarte? —preguntó, esta vez en serio.

—A ratos. Al principio tenía la cabeza en el hospital, luego me he metido en la historia y he respirado un poco. No ha sido un desastre, al menos.

—Tu hermano estaría orgulloso de ti —dijo Grace, sin adornos.

—Lo está. Me lo dijo. —Tragué saliva—. Quiero que esté orgulloso de él mismo. De cómo está aguantando. Lo mío no tiene mérito.

—Lo tiene —insistió Lindsay—. Aunque no lo veas.

Empezaron a comentar una de las preguntas del examen, la de los dos poemas. Me sumé a la conversación a medias. La universidad seguía su curso, igual que siempre, con estudiantes cruzándose por el pasillo, profesores que hablaban de calificaciones, anuncios de actividades pegados en las paredes. Un mundo entero que no sabía nada del miedo que yo llevaba puesto por dentro.

Grace soltó la bomba del día con absoluta naturalidad:

—Esta noche hay fiesta de despedida en la fraternidad, ya lo sabéis. Última antes de Navidad. Emma, vas a venir.

—No —respondí tan rápido que ni lo pensé—. Esta noche no. Ni ninguna. Estoy agotada. Solo quiero volver a la hermandad, ducharme y, si se alinean los planetas, dormir dos horas seguidas.

—Precisamente por eso tienes que venir —replicó Grace—. Te hace falta una noche en la que nadie diga la palabra "leucemia".

—La has dicho —le recriminó Lindsay.

—Lo siento.

—No me apetece —exhorté.

Lindsay intervino en modo árbitro.

—No te estamos pidiendo que bailes sobre la mesa ni que te desnudes. Solo que bajes un rato, tomes algo, hables con gente que te quiere y recuerdes que sigues teniendo veinte años. Luego, cuando quieras, te vas. Pero esconderte en la habitación no va a ayudarte.

—¿Te han contratado como terapeuta? —arqueé una ceja.

—No. Pero soy buena amiga. Y hoy me toca ser pesada.

Me metieron el brazo por dentro del abrigo, una a cada lado, y supe que estaba perdida.

—Lo hablamos luego —concedí—. Voy a pasar por el hospital primero, no voy a saltarme eso.

—Por supuesto —dijo Grace—. Pero esta noche, después, te quiero ver con un vaso en la mano y ojeras de persona socialmente activa.

—Agua —añadí.

—Ya veremos —sonrió Lindsay.

Pasé por el hospital antes de que oscureciera. El cartel amarillo seguía en la puerta. Mi madre me saludó desde dentro, con mascarilla, y Benji se acercó al cristal arrastrando los pies, como un astronauta de dibujos animados.

Cogí el telefonillo.

—Buenas tardes, dragón oficial de la planta.

—Buenas tardes, hermana que suspendía matemáticas en tercero —respondió él.

—Ey, eso es información confidencial.

—Mamá me lo contó —sonrió—. Dice que ahora eres muy lista, pero que de pequeña no sabías dividir.

—Tu madre habla demasiado —murmuré.

Le conté que había hecho un examen importante, que me había salido decentemente y que luego tocaría seguir con el resto.

—Los números me odian, pero las letras no.

—Yo quiero dibujar, Em. ¿Crees que podré trabajar dibujando dragones? —Se le iluminó la mirada. Durante un segundo un pensamiento horroroso me cruzó la mente. Su ausencia, su final. ¿Y si no sobrevivía? Él hablaba de hacerse mayor, del futuro, de lo que quería ser entonces, y yo… Yo tuve que recomponerme para contestarle.

—Claro que sí, Benji. Podrás ser y hacer lo que quieras.

—¿Qué vas a hacer tú?

—¿Cuándo sea mayor?

—Esta noche. A mí me gustaría ir al cine, pero… no puedo salir de aquí. Estoy aburrido, Em. Quiero jugar con mis amigos. Hacer guerras en el parque con la nieve.

Miré a mi madre, que nos observaba desde la silla.

No supe qué contestarle a la última pregunta, así que asistí la primera.

—Hay una fiesta en la fraternidad, la de despedida antes de Navidad. Grace y Lindsay quieren que vaya un rato.

—Deberías ir —dijo mi madre desde el fondo.

Benji asintió.

—Te pones algo bonito, te ríes y luego me cuentas todo. Pero no beses a nadie sin mi permiso.

Reí por primera vez en todo el día.

—Trato hecho. Tú te dedicas a ponerte más fuerte, yo intento reírme un rato y luego te lo cuento como un podcast privado.

—¿Habrá villancicos?

—Seguro —mentí. Habían contratado un DJ con total seguridad.

—Pues canta uno por mí.

—Hecho.

Nos despedimos con un beso lanzado al aire, uno de esos que impactan en el cristal y se quedan pegados un momento en la imaginación. Al girar en el pasillo, escuché:

—Eh, chica de los labios bonitos —Aidan me llamó—. ¿Te marchas? Es temprano.

—Hoy… Eh… Tengo una cita.

—¿Con un chico? —Alzó las cejas.

—Oh, no, no. En la universidad. Una fiesta. Con amigos. Y amigas. Sí, eso, todos juntos.

—Echo de menos esas fiestas —por primera vez desde que lo conocía lo vi realmente triste, apagado.

—¿Tus amigos no vienen a visitarte?

—Al principio sí, pero… —Se rascó el cuello—. Cuando llevas aquí tanto tiempo… No les culpo. Columbia es dura.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Me di cuenta de que no me lo había concretado.

—En Acción de Gracias hizo un año. Bueno una semana después, más o menos. He perdido la noción del tiempo. Pero siguen viniendo de vez en cuando. Columbia es dura. Aunque para ti no, tú apruebas y estás todos los días aquí. Eres increíble.

—No sé si aprobaré… —musité, preocupándome por la beca y la posibilidad de perderla—. ¿Necesitas algo antes de que me marche? No puedo perder el último metro.

—Necesito que te lo pases bien.

—Benji me ha dicho lo mismo, más o menos.

—Pues tendrás que hacernos caso. —Miró a ambos lados, se aseguró que no había nadie observándonos, y me dio un beso en la mejilla—. Te lo hubiera dado en esa fiesta. Bailando, tomando ponche y pidiéndote que salieras conmigo una noche.

—Me habría negado.

—Eso sospecho.

—¿Qué sospechas?

—Que en realidad no te gusto, solo me utilizas para entretenerte. Y además te doy pena, porque estoy muy enfermo —puso cara de cachorro abandonado.

—No vas a conseguir que te diga que me gustas.

—¿No? Una mala estrategia —chasqueó con la lengua—. Tú me gustas mucho. —Dio un paso hacia mí y me rozó los dedos con sus dedos—. Y si no estuviera enfermo, te llevaría a casa a Los Hamptons. ¿Alguna vez has visto nevar en la playa? —Negué—. Es alucinante.

Alucinante eran sus ojos, grandes y con una vida que deseaba volar hasta las estrellas. No se lo dije. Me despedí de él y fui corriendo hasta el metro. Nevaba y me puse el gorro del abrigo mientras cruzaba la calle. Y no, no encontraba uno de los guantes.

La hermandad olía a laca, del pelo y de las uñas, a maquillaje y a perfume. Las chicas se arreglaban con sus mejores galas para una fiesta que se atisbaba grande.
Las puertas estaban abiertas, sonaba música desde dos cuartos distintos, alguien reía a carcajadas en la esquina.

Entré en mi habitación y me apoyé un segundo en la puerta cerrada.

Me habría quedado ahí, en leggins y sudadera, todo el tiempo. Pero Grace irrumpió sin llamar, seguida de Lindsay, como si hubieran ensayado la coreografía.

—Vale, tenemos treinta minutos —anunció Grace—. Es tiempo suficiente para convertirte en versión mejorada de ti misma.

—Estoy exhausta —protesté—. De verdad.

—Lo sabemos —respondió Lindsay—. Por eso vamos a elegir algo que no te dé trabajo.

Acabaron convenciéndome de ponerme unos vaqueros negros, un jersey de cuello vuelto color crema y unos botines. Nada exagerado. Un pintalabios suave. Un poco de máscara de pestañas. El tipo de esfuerzo mínimo que te recuerda que sigues siendo una persona y no solo una acompañante de hospital.

Me miré al espejo.

No estaba «guapa» en el sentido perfecto de revista, pero estaba yo. Con ojeras, con una expresión cansada y con algo de luz en los ojos que llevaba días sin encontrar.

Grace me miró por detrás.

—Estás preciosa —atajó—. Y no te voy a permitir que digas lo contrario.

—Yo solo estoy orgullosa de que lleves algo que no incluya manchas de café —aportó Lindsay.

Bajamos juntas a la fiesta.

La fraternidad había decorado el salón con luces, un árbol algo torcido y una mesa llena de comida: pizza, patatas, galletas, cosas que probablemente no aguantarían el análisis de ningún nutricionista. Sonaba música alta. La gente hablaba en corro, reía y algunos ya bailaban.

Me serví un vaso de refresco. No estaba para alcohol. Grace se puso a mi lado con una copa de algo más fuerte. Lindsay se enganchó de nuestro otro lado.

—Puedes estar diez minutos en modo observadora —me dijo Grace—. Después te quiero con media sonrisa, al menos.

—Estoy trabajando en ello.

En medio de la conversación, vi a Anthony entrar. Llevaba una camisa remangada y el pelo un poco más despeinado de lo habitual. Habló con dos personas del periódico, miró alrededor… y me encontró.

Se acercó enseguida.

—No esperaba verte aquí —sonrió—. En el buen sentido. Pensé que estarías en el hospital.

—He pasado la tarde allí. Me han obligado a salir un rato.

—Bien por ellas —añadió mirando a Grace y Lindsay—. ¿Puedo robarte un momento?

Me llevé el vaso conmigo y nos apartamos un poco, cerca de una ventana desde la que se veía parte del campus iluminado.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó, sin máscaras.

—Cansada. Asustada. A veces un poco ausente. Pero… aquí.

—Eso ya es muchísimo. Yo no sé si habría sacado un examen en tus circunstancias.

—No sé ni qué nota sacaré. Pero al menos lo he terminado.

Anthony hizo un gesto orgulloso.

—He leído tu último artículo. El del cierre de semestre. Está muy bien. Se nota que has escrito con el corazón.

—Ahora todo sale desde ahí. Desde el mismo sitio al que le duele todo.

Se quedó mirándome un segundo más, como si quisiera decir otra cosa y se la guardara.

—Me alegro de que estés aquí esta noche —confesó—. No me malinterpretes: entiendo que tu lugar está con tu hermano. Pero también me gusta verte en lugares donde no haya batas ni sueros.

—A mí también me gusta recordarme que tengo otra vida —admití—. Aunque a ratos me sienta un poco impostora.

—No lo eres —aseguró—. Eres una chica que está haciendo lo que puede en dos frentes a la vez. Y, por cierto, lo estás haciendo muy bien.

Sentí su mirada dejar algo más en el aire, una especie de «si las cosas fueran distintas» que preferí no abrir. Él lo sabía. Yo también.

Volví con las chicas. Anthony se quedó hablando con otros amigos del periódico. A ratos cruzábamos la mirada, pero ninguno se acercó de nuevo. Era un equilibrio raro entre cuidado y distancia.

En medio del ruido, me descubrí pensando en Aidan. En cómo habría descrito esta fiesta: «demasiadas personas por metro cuadrado y cero máquinas de suero, un milagro científico». Imaginé su broma sobre los villancicos, su mirada cuando me había dicho que esta Navidad podía celebrarse en cosas pequeñitas.

Saqué el móvil del bolsillo. Abrí la cámara. Me hice una foto sonriendo, con el árbol de la fraternidad de fondo. Una sonrisa real, no perfecta, pero verdadera.

La miré un rato.

Me apetecía enviársela. Decirle: «Mira, lo estoy intentando. Estoy cumpliendo el trato. Me estoy riendo un poco por ti y por Benji». Pero ni siquiera teníamos nuestros números. No habíamos pasado de los pasillos, la azotea y los barquitos de papel.

Guardé la foto en la galería, cerrando la pantalla despacio.

«Mañana se lo pido», pensé.

Mañana, cuando vuelva al hospital, le pediré su número.

No para invadirle, no para escribirle a todas horas, sino para poder mandarle cosas así. Fracciones de vida fuera del hospital. Pruebas de que sigo siendo persona, de que hay algo más que miedo en mi día.

Grace me dio un codazo suave.

—¿En qué piensas?

—En que tengo que pedir un número de teléfono.

—Ah —sonrió—. Entonces sí que vamos por buen camino.

Lindsay levantó su vaso.

—Brindo por eso. Porque Emma vuelva a guardar cosas para ella, además de todo lo que está sosteniendo de los demás.

Brindamos.

La música siguió.

La noche avanzó. Sentí que tenía derecho a estar en dos lugares a la vez: aquí, en una fiesta universitaria mediocre con amigas que me quieren… y allí, en un hospital, con el dolor, con Benji luchando contra esos dragones que tango le gustan, con una persona que se

estaba convirtiendo en algo más que un chico que hace barquitos de papel.

Esa noche, al regresar a la habitación y quitarme los botines a oscuras, miré otra vez la foto que me había hecho. No la subí a ninguna parte. No la edité. No la borré. La dejé ahí, esperando. Igual que yo.

Capítulo 42
El día que conocí a Jonas

Aidan

La sala común del hospital era el único sitio que conseguía parecer medio normal si entornabas los ojos y fingías que la televisión no estaba siempre puesta en un canal de cocina. Yo estaba sentado en uno de los sofás, con una manta ridícula sobre las piernas y un gorro de lana que me tapaba media cabeza. El pelo empezaba a crecerme torcido.

Ahí estaba, sobreviviendo a otro documental sobre tartas imposibles, cuando escuché un ruido seco detrás de mí.

Me giré.

Un chico de mi edad, quizá un poco menor, estaba intentando arrastrar al interior de la sala una mochila absolutamente desproporcionada. Gigante. Monstruosa. Una mochila que tendría dentro un kayak, dos tiendas de campaña, un hornillo portátil y quizá un oso disecado. En una mano agarraba un mural del sistema solar o algo parecido. Delgado, pálido, con ojos enormes y el tipo de sonrisa que nace rápido, sin pensarlo demasiado. Se quedó quieto al verme mirarlo fijamente.

—Eh —saludó, agitando la mano—. No soy un ladrón, ¿eh? La mochila es mía.

—Ya, ya. Pero ¿qué llevas ahí? ¿El equipaje de toda la humanidad?

—Casi —contestó él, soltándola en el suelo con un gemido—. Libros, ropa, una manta, un termo, una linterna… y un par de cosas por si tengo que escapar. No estoy muy familiarizado con la logística de los hospitales.

—¿Escapar? —me reí—. Vale, primer dato importante: no eres el primer fugitivo que pasa por aquí. Pero con esa mochila no llegas ni al ascensor.

—Ya me parecía —bufó—. Pero es que mi madre ha decidido que necesito traer la casa entera. —Se señaló el pecho—. Jonas.

—Aidan.

Jonas levantó una ceja, miró mi gorro de lana y sonrió.

—No te ofendas, pero pareces un boy… boyscut… *boyscout*… ¿cómo se dice? Da igual. De los que se pierden en el bosque buscando una ardilla.

—Gracias —respondí—. Mi pelo está en un periodo de transición. Ahora mismo parece la alfombra de un perro mojado. Este gorro es un acto de caridad para la humanidad.

Jonas dejó escapar una risa.

—¿Cuánto tiempo llevas en esta cárcel? —preguntó y señaló la sala como si estuviera analizando una fortaleza medieval.

—Meses —dije, encogiéndome de hombros—. Y te digo una cosa. Si ya te parece una cárcel hoy… espera. Dale tiempo —apoyé la cabeza en el respaldo del sillón—. Cuando lleves un mes aquí, vas a querer tirarte por la terraza.

—¿Tan mal?

—Sí. Pero no lo hagas —añadí—. Te arrepentirías mientras caes. Y eso ya no tiene vuelta atrás.

Jonas abrió la boca, escandalizado. Luego se rio tan fuerte que Angie y Evelyn, la nueva, asomaron la cabeza desde el pasillo para chistarle.

—Tío… —susurró Jonas cubriéndose la boca—, tienes un humor peligrosísimo.

—Es mi mecanismo de defensa.

—¿Y siempre es así de…? —hizo un gesto con la mano, como si buscara la palabra exacta.

—Desagradable, brillante, inapropiado… elige —respondí.

—Voy a elegir «brillante».

—Gracias. También acepto».

Jonas dejó la mochila en el suelo, se subió las mangas del jersey y suspiró mirando alrededor.

—Bueno… no está tan mal. Hay sofás, hay ventanas… hay televisión.

—Pero la televisión solo pone programas que te deprimen, las ventanas no se abren y los sofás son más incómodos que mi conciencia cuando falto a clase.

—Pinta bien.

—Es un sitio mágico —ironicé.

Nos quedamos un rato en silencio. Jonas movía las piernas nervioso. Yo me estiraba la lana del gorro para ocultar un mechón rebelde. Él fue el primero en romper el silencio.

—¿Tienes dolores? —preguntó en voz baja.

—A veces.

—¿Da miedo?

—A veces también.

—Pero te has rapado y sigues haciendo bromas —dijo.

—No tengo otro talento destacable.

—Yo sí —levantó la barbilla con orgullo—. Sé jugar al ajedrez. Y al uno. También sé hacer pan. Creo. Bueno… más o menos.

—Eres un superviviente nato.

—Tú también.

Nos miramos un segundo.

Jonas soltó aire.

—¿Quieres jugar una partida?

—¿De ajedrez? —pregunté.

—Del que quieras.

—¿Uno?

—Venga.

—Te aviso: soy competitivo.

—Yo también.

—Perfecto —sonreí—. Vamos a llevarnos bien.

Jonas abrió su mochila gigante, sacó una baraja y la dejó sobre la mesa.

Mientras barajaba, pensé en lo raro que era esto: sentir que alguien nuevo entrara en mi vida en un sitio donde todo parecía detenerse. Y aun así, ahí estaba. Con una mochila monstruosa. Y una sonrisa real.

Cuando gané la primera partida (porque obviamente gané) me apoyé en el respaldo y solté:

—Bienvenido a la cárcel, Jonas.

Él se rio.

—Gracias, Aidan. Creo que… este sitio no va a estar tan mal como cuentan.

Y de forma muy extraña, a mí también me gustó que él hubiera llegado.

Capítulo 43
El despertar

Emma

No recuerdo en qué momento exacto dejé de reír anoche. Solo sé que abrí los ojos con la sensación de haber vivido dos vidas en un solo día: la de la universidad, con luces cálidas, ruido, música y gente bailando sin pensar en mañana; y la otra, la mía de verdad, la que me esperaba al otro lado del cristal de un hospital.

Me quedé unos segundos boca arriba, observando el techo de mi habitación y dejando que el cerebro volviera a ensamblarse. El móvil vibraba bajo la almohada. Una notificación tras otra. Fotos del grupo, memes estúpidos, algún comentario sobre Anthony, dos vídeos borrosos que nunca debieron grabarse. Lo cogí. Y al deslizar la galería apareció la foto. La que me hice sonriendo, obligándome a aparentar una chica de diecinueve años que tiene derecho a divertirse.

La amplié con los dedos.

Era yo. Pero no del todo.

Sonreía, sí, aunque había algo detrás de esa sonrisa que no recordaba haber puesto.

—Por favor, dime que estás viva. —La voz de Grace llegó desde la puerta abierta, arrastrada y dormida—. Anoche desapareciste y pensé que lo mismo te habías fugado con el *quarterback*.

—Con Brent no me fugo ni aunque me regalen matrícula gratis. —Me incorporé despacio.

Grace me miraba con los ojos entrecerrados y cara de resurrección lenta.

—Eso lo dices ahora, pero ayer estabas muy entretenida. —Vino hasta mí y se tumbó a mi lado.

—Estaba siendo educada.

—Educada es sostener una puerta, no reírle todas las gracias.

Rodé los ojos mientras buscaba unos vaqueros.

—Solo intentaba pasármelo bien un rato. Ya sabes… ser normal. Con Anthony hice lo mismo.

—Tú eres normal —no ironizó—. Solo que tienes más cosas en la cabeza que las demás.

Apareció Lindsay después, secándose el pelo con una toalla pequeña que usaba para absolutamente todo.

—Tenemos que hablar —anunció y me señaló con la barbilla—. Anoche estabas guapísima. Eso para empezar. Y segundo: Anthony preguntó por ti cuando te fuiste.

—Le caigo bien porque le ayudé a no caerse encima de una mesa llena de ponche. Punto.

—No seas así —protestó Lindsay dejando la toalla en la cama—. ¿Le vas a escribir?

—No. —Ambas me miraron como si acabara de confesar que odiaba la Navidad—. ¡Oye, no soy el Grinch!

—¿Por qué no le escribes? —insistió Grace.

Me quedé con el móvil entre las manos un momento, sin saber si quería o no decirlo.

—Porque tengo la cabeza en otra parte.

—¿Benji? —preguntó Lindsay en un tono bajo.

Asentí. No hacía falta añadir más. Sabían de sobra dónde estaba mi corazón.

—Hoy voy temprano —anuncié mientras me ataba los cordones de las zapatillas—. Quiero pasar más tiempo con él.

—¿Y con el chico del hospital? —No era burla. Tampoco curiosidad superficial. Más bien… una intuición.

—Aidan —susurré. No sé por qué lo dije en voz tan baja—. Ojalá esté bien para hablar un rato.

Lindsay cruzó los brazos.

—Ese suspiro te delata.

—No tengo cabeza para tonterías.

—Ya —murmuró Grace—. Pero tener un respiro no es ninguna tontería.

Cogí ropa limpia y me dirigí al baño.

—Si necesitáis algo, me escribís. Voy a darme una ducha y me marcho.

—Emma —me llamó Grace antes de que saliera—. No dejes que te duela todo. Un día vas a romperte si no te das un descanso.

—Me romperé cuando tenga tiempo —respondí intentando sonreír.

Durante el trayecto en metro tuve una sensación clara y concisa: cada parada me arrancaba un pedazo del mundo universitario y me empujaba al único sitio en el que de verdad estaba viva ahora.

Al salir a la calle, el aire helado me golpeó la cara y un grupo de niños pasó corriendo delante de mí, agitando bolsitas de caramelos navideños. Uno llevaba un gorro rojo tan grande que casi no podía ver. Pensé en Benji. En lo mucho que quería que volviera a correr así.

El hospital apareció al doblar la esquina, enorme, serio, con ese movimiento constante que nunca se detiene. Crucé las puertas automáticas y el cambio fue inmediato: voces apagadas, pasos rápidos, luces blancas que se filtraban desde el techo.

Un universo fuera, otro dentro.

Compré un chocolate caliente en la máquina del hall (uno de esos que siempre saben a cualquier cosa menos a chocolate) y subí a la planta de Pediatría, allí ya me conocían lo suficiente como para no pedirme que me identificara.

Benji estaba despierto. Vi el dibujo en su bandeja: un dragón con cara de pocos amigos y un gorrito de Navidad torcido.

—Te está saliendo un artista dentro —dije por el telefonillo cuando mi madre me hizo un gesto de saludo.

Benji levantó la vista y sonrió, esa sonrisa pequeña pero sincera que me recompone aunque venga hecha trizas.

—He hecho este para papá. —Señaló un dibujo aparte, otro dragón, este con alas enormes—. ¿Crees que le gustará?

—Le encantará —contesté—. ¿Dónde está? —Miré a mamá.

—Trabajando. Se le han agotado los días. Ya sabes… Esto es caro. —Puso una sonrisa triste.

Hablamos un rato más, cosas pequeñas: si había dormido bien, si los villancicos de la tele le estaban empezando a cansar, si todavía quería que le trajera el libro ese de astronautas. Dejó caer la cabeza sobre la almohada un instante y mi madre, desde dentro, me explicó por gestos que aún estaba algo flojo. No fue una mala mañana, pero tampoco una de las buenas.

Cuando salí al pasillo, el chocolate ya se había quedado frío. Eso me ayudó a decidir que necesitaba aire, aunque fuera el aire artificial de la sala común. Y ahí, como si hubiera estado esperándome, estaba él; apoyado en el alféizar, con la pierna izquierda doblada, la derecha estirada y moviendo el pie al ritmo de algo que solo sonaba en su cabeza.

—Hola —dije acercándome.

Alzó la vista despacio y sonrió.

—Has madrugado —comentó.

—No tenía sueño. Y… —me encogí de hombros— necesitaba venir.

—¿Tu hermano?

—Ha pasado una noche regular. Se ha despertado varias veces. Pero está ahí. Luchando como siempre. ¿Y tú?

—No ha estado mal.

Me apoyé a su lado en el alféizar. Desde allí se veía una parte del patio interior del hospital donde habían colocado otro árbol decorado con luces blancas que parpadeaban incluso de día.

—¿Otro árbol? ¿Es una broma? —fingí indignarme.

—Nos obligan a vivir la Navidad. Son unos impresentables.

Saqué el móvil sin pensarlo y lo dejé sobre mis piernas.

Aidan miró de reojo.

—¿Te lo pasaste bien anoche?

—Digamos que… hice un esfuerzo. —Sonreí—. Ya sabes, intentar ser una universitaria normal.

—¿Lo lograste?

—Durante unos minutos —admití—. Hasta que pensé en Benji. Y en que quería contarte algo.

Aidan giró un poco el rostro, los ojos atentos.

—¿El qué?

—Que bailé. Y que intenté no sentirme culpable por hacerlo.

Él no dijo nada al principio, pero su mirada habló sola.

—Hay que moverse un poco por fuera para no quedarse quieta por dentro. No te castigues por sobrevivir a ratos.

Me mojé los labios, porque no sabía qué responder y no quería decir algo torpe. Dejé que pasaran unos segundos.

—¿Has estado aquí todo el rato? —cambié de tema.

—Más o menos —respondió él y lo noté encogerse dentro del jersey—. He ido y venido. Nada emocionante.

Quise decirle algo más, algo que empujara esa conversación hacia donde llevaba días queriendo ir, pero me faltó impulso. En lugar de eso, solté un suspiro silencioso y busqué con la mirada a la enfermera que pasaba por allí.

—Perdona, Evenly —la llamé—, ¿sabes si han pasado ronda por…? —me detuve, porque no sabía cómo explicarlo—. Por esta zona.

La mujer sonrió.

—Sí, cariño, ya han pasado. Si necesitas algo para tu hermano, pregúntame. Estoy por aquí.

—Gracias.

Aidan bajó la vista con una media sonrisa divertida.

—Es simpática.

—A Benji le cae muy bien. Diría que incluso la quiere. Supongo que es normal. Aquí llegas a querer a las personas.

Un mutismo nos recorrió, como si un ángel se hubiera posado entre nosotros.

—¿Puedo…? ¿Puedo hacerte una pregunta? —me aventuré.

—¿La chica de los ojos bonitos se interesa por mí?

—¿Eso es un sí? —Asintió—. Tus padres… No los veo mucho por aquí… —Por no decir que no los había visto nunca, y si lo había hecho, no sabía que eran ellos.

—Tienen mucho trabajo. Estar aquí es caro, el tratamiento es caro.

—Algo así ha dicho mi madre hace un rato.

—Es cierto. Injusto y cierto. —Respiramos, los dos—. Anoche cenaron conmigo. Trajeron hamburguesas. Me comí todas las

patatas. Henry se enfadó conmigo.

—Nunca me has dicho su nombre. —Sonreímos—. Benji ha estado dibujando. Un dragón enorme.

—Los he visto, colgados en la pared de su habitación. Lo hace bien.

—Quiere dibujar cuando sea mayor. Dedicarse a eso. ¿Qué estudias tú? O… ¿estudiabas? —Moví las manos—. Perdona, soy retrasada mental para algunas cosas.

—Ciencias políticas.

—Vaya… ¿Presidente del gobierno?

—Eso le gustaría a Owen, para que legalizara la marihuana. —Sonrió—. Iba a entrar en la escuela de abogados. Lo haré, espero no morirme y comportarme como un adulto funcional.

—Esto es…

—Un asco. Sí, pero es lo que hay. —Se levantó.

Se quedó de pie unos segundos, con las manos en los bolsillos del jersey que tenía sobre la ropa de hospital. Yo me moví un poco para mirarlo mejor. Aidan era muy consciente de lo delicado de su estado y entendía cosas que yo todavía estaba aprendiendo a mirar de frente.

—A veces pienso en todo esto —señaló con la barbilla el pasillo, la sala, el hospital entero— y me pregunto cuánto de lo que vivimos aquí se queda grabado. ¿Tú piensas en ello

—¿En qué exactamente?

—En la muerte.

No lo preguntó como quien busca dramatismo. Lo dijo como quien pide la hora. Natural, suave.

—Antes no. —Fui sincera—. No como ahora. Desde que Benji enfermó es parte de mi día a día. Está delante siempre. Y… estudiar literatura no me ayuda a olvidarla.

—¿Por qué?

—Porque los escritores tienen la manía de hablar de la muerte como si fuera una habitación más de la casa. Dickinson decía que increíblemente modesto«no se para para nadie increíblemente modesto», y a veces creo que tenía razón. Que no espera, no avisa, no negocia. Simplemente entra.

Aidan apoyó el hombro en la pared.

—¿Te da miedo?

—Muchísimo —admití sin pensarlo—. Pero no por mí. Por Benji. Por mis padres. Por la idea de que en cualquier momento todo pueda… —Hice un gesto que no terminaba de describirlo— desaparecer.

—No desaparece —musitó—. Cambia de sitio. Eso es todo.

Me lo quedé mirando.

—Eso suena a libro.

—A veces leo cosas —respondió con los hombros encogidos—. No todas las entiendo, pero me gusta cómo suenan.

—¿Conoces Love Story?

—He oído el título. ¿Es triste?

—Es… —tragué saliva— Es hermoso. Te rompe, pero te enseña cosas que no sabías que necesitabas aprender. Es de esas historias que te dejan una frase en la cabeza durante años.

—¿Qué frase?

Le sonreí sin querer.

—«El amor significa no tener que decir nunca lo siento.»

Aidan me sostuvo la mirada, archivando cada palabra.

—Eso suena a verdad, aunque sea mentira.

—Tal vez por eso funciona —contesté—. Porque no intenta ser realista. Intenta ser humana.

El silencio que siguió fue profundo. Una pausa que sabía a confesión sin pronunciarse.

—¿Me lo traerías? —preguntó, con curiosidad—. El libro, digo. Quiero leerlo.

Mi corazón dio un pequeño golpe contra las costillas. De esos que no duelen, pero te obligan a respirar más despacio.

—Claro que sí. Mañana te lo traigo. Te encantará.

—Si lloro, será tu culpa —bromeó.

—Si lloras, me debes un chocolate de máquina —levanté el vaso frío—. Uno caliente.

Rio y el sonido de su sonrisa volvió a colocarme algunas piezas de dentro.

Aidan volvió al alféizar, doblando ligeramente las rodillas para apoyarse de nuevo.

—¿Sabes? Creo que la muerte no es lo que más duele. Sino lo que deja sin terminar. Las cosas que no dijiste. Lo que no hiciste a tiempo. Lo que no pudiste arreglar. Los besos que no pudiste dar.

Sentí un nudo en la garganta.

—O lo que no puedes salvar —susurré.

Él levantó la vista.

—O lo que sí puedes, Emma. Y no lo ves todavía.

No supe qué contestar. Me limité a observar cómo una luz del árbol del patio parpadeaba justo cuando él hablaba, como si alguien encendiera y apagara el mundo a su ritmo.

—Mañana traigo el libro —repetí, más para mí que para él.

—Y yo lo leeré —prometió—. Todo lo que puedas darme, lo leeré. —Alargó la mano y me rozó la mejilla con la yema de los dedos—. Tienes chocolate… —Noté su piel cálida, más fría de lo normal, pero me estremecí por dentro, los vellos se erizaron y durante un segundo cerré los ojos. Se abrió algo entre nosotros. Una caja de música que sonaba al compás de nuestras charlas, sonrisas y tiempo entre esas paredes. No supe entonces si era amor, no todavía, pero sentía que lo conocía desde antes de conocernos.

Capítulo 44
El sofá gris frente al cristal

Emma

Me pasé la mañana entera moviéndome de un lado a otro del mismo metro cuadrado: el sofá gris frente al cristal. Me levantaba, me sentaba, me volvía a levantar. Apoyaba la frente en el vidrio, respiraba hondo, daba un par de pasos y volvía al sitio. Era mi coreografía particular desde que aislaron a Benji. Una rutina involuntaria que ni siquiera me molestaba ya. Era mi forma de estar con él sin poder estar con él.

Benji tenía una buena tarde. O una casi buena, que en este sitio cuenta como milagro. Había pintado otro dragón, esta vez azul, con alas enormes y una mirada feroz. Mi madre lo colocó en la pared.

—Le ha puesto fuego verde —me contó ella por el telefonillo, con una sonrisa cansada pero real—. Dice que este es más poderoso que los demás.

—Tiene razón —respondí sentándome en el sillón sin apartar los ojos del dibujo—. Este está listo para quemar montañas enteras.

Benji, recostado con una manta de estrellas alrededor de los hombros, giró la cabeza hacia el cristal y levantó el pulgar. Su forma de decir «aquí sigo».

Yo lo levanté también, y ese movimiento acortaba unos milímetros la distancia entre nosotros.

Pasamos así horas. A ratos jugábamos a adivinar dibujos que Benji hacía con un rotulador sobre una pizarra pequeña. Otras veces él dormía y mi madre cosía un gorrito nuevo; sí, otro. Mi padre leía informes médicos sentado a mi lado.

A la hora de comer, papá salió para traerme un bocadillo de la cafetería del hospital.

—Ve con él, Emma. Llevas aquí desde temprano.

—Estoy bien.

—Ve —insistió mamá—. Que tu hermano no va a escaparse.

—Mamá… —le regañé por la broma y accedí. No me encontré a nadie en el pasillo. Entré en el baño y me lavé las manos para distraerme y despejarme.

Cuando salí, se oyó una voz conocida a mi derecha, detrás de la puerta entreabierta de la salita privada en la que los familiares descansaban por la noche.

Era mi padre.

Hablaba por teléfono.

Y no tenía ese tono templado suyo que había aguantado todos los terremotos de nuestra familia.

Tenía otro. Uno quebrado en las esquinas.

Me quedé quieta, sin querer escuchar, pero sin poder avanzar.

—Lo sé. Sí… sí, lo sé —decía él—. Pero no pueden subirme la prima ahora. No… No, no podemos afrontar eso. No mientras… —Hubo un silencio largo—. Entiendo que es el protocolo, pero estamos hablando de mi hijo. No puedo dejar que se interrumpa el tratamiento.

Sentí un cosquilleo en el estómago. Uno de esos que no avisan, solo muerden.

Mi padre hundió la mano en el puente de la nariz.

—Haré lo que haga falta. Si tengo que pedir otro préstamo, lo haré. No voy a permitir que falte nada.

No pude seguir ahí escuchando.

Empujé la puerta con suavidad.

—Papá.

Se sobresaltó. Tardó un instante en recomponerse, en ponerse la máscara de siempre.

—Emma… no te había oído.

—¿Qué ocurre?

—Nada que deba preocuparte —respondió demasiado rápido.

—He escuchado parte —avancé un paso—. Estabas hablando del seguro. Y de pagos. Y de… —tragué saliva— préstamos.

Mi padre se removió, incómodo.

—Estamos bien —insistió.

—No, no estamos bien —contesté, porque ya no tenía fuerzas para mentirnos—. Papá, si hay un problema, dímelo. Si se necesita dinero, trabajaré más. Dejaré la universidad. Haré lo que haga falta.

Él negó. No con brusquedad, sino con una firmeza tranquila que siempre me desarmaba.

—Tu hermano te necesita donde estás. Benji necesita creer que su hermana sigue estudiando, que su mundo no se ha derrumbado del todo. No voy a permitir que abandones la universidad por esto. Ni por nada.

—No se trata de mi futuro. Se trata de él.

—Emma —susurró, acercándose—. Déjame a mí esta parte. Es mi trabajo cuidar de vosotros.

—Y el mío es ayudarte —se me humedecían los ojos—. No puedo quedarme sentada mirando cómo todo se complica. Busco otro trabajo. Uno a tiempo completo si hace falta. Haré turnos dobles. Lo que sea.

Mi padre me tomó las manos y las apretó entre las suyas.

—No. Escúchame bien. No. Ni un turno doble, ni dejar la universidad, ni sacrificar tu vida. Ya hemos perdido suficiente. Tu madre y yo nos encargaremos.

—¿Cómo? —pregunté en un susurro casi roto.

—Como pueda. Pero tú no vas a cargar con esto. No voy a permitir que el miedo te robe más de lo que te ha robado ya.

Y en ese instante entendí que lo decía por Benji, sí, pero también por mí. Porque conocía mejor que nadie esa tendencia mía a sacrificarlo todo cuando quería salvar algo. Y porque él, que siempre había sido el pilar de la familia, empezaba a mostrar grietas que solo podía permitirse delante de mí.

Me abracé a él sin pensarlo, apoyando la frente en su hombro.

Mi padre me rodeó con los brazos, fuerte.

—Vamos a salir adelante —murmuró—. Pero no a costa de ti, Emma. Nunca a costa de ti.

Me quedé así un instante, respirando despacio, intentando contener el temblor de mis dedos. Cuando nos separamos, él me dedicó una sonrisa cansada que dolía más que cualquier palabra.

—Vamos a comer. Te vendrá bien dar una vuelta. Y después volvemos con tu hermano. Hoy está teniendo un buen día. No te lo pierdas.

El cristal, un lugar donde había aprendido a medir el mundo por latidos y por silencios.

Me volví a sentar en el sofá gris, ese que ya tenía mi forma marcada se había convertido en una prolongación de mí. Dentro de la habitación, mi madre dormía en la butaca, la cabeza apoyada en el borde de la cama. Benji estaba dormido también, boca arriba, arrugando la manta de estrellas con las manos. La máquina a su lado latía en un ritmo constante que me relajaba más de lo que debería.

Mi padre se había marchado hacía un rato.

—Vuelvo después —manifestó, aunque ambos sabíamos que iba a pelear con papeles, firmas, números y decisiones imposibles. No insistí. Seguí leyendo unos apuntes durante un rato, allí el tiempo no contaba.

Me dejé caer hacia atrás, exhalando despacio. Solté el subrayador sobre las páginas en mi regazo y cerré los ojos. No llevaba ni un minuto así cuando sentí que alguien se sentaba a mi lado.

Aidan.

No hizo ruido. Solo se dejó caer en el sofá. Apoyó los antebrazos en las rodillas y observó el cristal.

—Están dormidos —observó.

—Sí… —murmuré—. Ha sido una mañana larga.

Nos quedamos así unos segundos. Los dos mirando a Benji, que respiraba despacio, sin enterarse del volcán que ardía dentro de mí.

Aidan entrelazó los dedos, apoyándolos sobre la frente un instante.

—He visto los dragones nuevos —comentó ladeando la cabeza—. El azul es una pasada.

—Ese lo ha hecho hoy —respondí—. Dice que es el más fuerte. El que puede con todo.

—A mí me gusta el verde —replicó él—. Ese tiene pinta de no rendirse nunca.

—No se rinde.

—No nos rendiremos.

Me mordí el labio. No sabía qué contestar a eso, así que decidí no contestar nada. A veces las cosas importantes se dicen sin hablar.

Aidan siguió mirando al otro lado del cristal, como si la historia de los dragones colgados en la pared fuese una parte esencial de nuestras vidas. Tal vez lo era.

—¿Sabes qué pienso cuando veo esos dibujos? —soltó de repente.

—¿Qué?

—Que es una injusticia enorme que un niño tenga que vivir aquí dentro. Que tenga que inventarse monstruos para sentir que controla algo. Que el mundo siga girando ahí fuera mientras él se queda aquí esperando a ver si… —se detuvo, como si la frase se rompiera en su garganta— si vuelve a tener la oportunidad de pisarlo.

Sentí un nudo caliente bajo la piel.

No era dolor. Era otra cosa. Algo que me obligaba a respirar hondo.

—Pienso lo mismo —confesé—. Que el hospital no debería ser un lugar para crecer. Ni para esperar. Ni para aprender a ser fuerte. Benji debería estar en clase, peleándose por el color de un lápiz, no por la cifra de una analítica.

Aidan asintió muy despacio.

—Estar aislado es… —buscó las palabras, como si tuviera varias y ninguna encajara del todo— es vivir detrás de un cristal y ver cómo todo ocurre sin ti. Vale, es literalmente eso. —Sonrió y yo lo miré.

—¿Has estado aislado?

—Sí —respondió tras un breve silencio—. Dos veces. Cuando las defensas se me desplomaron.

—¿Y cómo fue?

—Raro, agobiante, agotador —apoyó la nuca en el respaldo—. Te sientes encerrado en un sitio que ya de por sí es pequeño. No puedes tocar a nadie. No puedes abrazar a nadie. No puedes ver nada sin ese cristal en medio. Es como… —frunció el ceño,

intentando explicarlo— como si el mundo estuviera ocurriendo en otra habitación y tú solo fueras un espectador.

Me quedé con esa imagen en la cabeza.

Un espectador.

Justo lo que yo era con Benji. Justo lo que todos éramos aquí dentro.

—¿Te daba miedo? —pregunté.

Aidan negó muy despacio.

—No miedo. Otra cosa. Esa sensación de estar perdiéndote cosas que no sabes si vas a recuperar. Cumpleaños. Risas. Paseos. Gente. Vida. —Apoyó los codos en las rodillas—. Lo que más duele no es estar enfermo, sino dudar de si volverás a tener tiempo.

El corazón se me encogió de una manera que no había previsto.

—No debería ser así —susurré.

—No —coincidió él—. Pero lo es. El hospital es como una cárcel. No por las paredes. Sino por lo que te roba sin que te des cuenta.

Lo miré de reojo.

No triste.

No derrotado.

Solo honesto.

Y eso dolía más.

—Benji me dijo que lo iba a conseguir «aunque los dragones del hospital fueran más grandes que él».

Aidan sonrió, una sonrisa lenta, suave.

—Los dragones de Benji tienen algo que nosotros no —comentó.

—¿Qué?

—Nada que perder.

Esa frase se me clavó en la piel.

—Aidan… ¿estás… derrotado? —Se me pusieron los vellos de punta y tuve que aguantar las lágrimas.

—No exactamente. Pero conozco mi pronóstico y hace mucho que no mejoro.

Dos lágrimas cayeron por mis mejillas.

—No te pongas triste. Tampoco voy a rendirme. Puede que me quede algo por pelear. O por entender.

Nos quedamos en silencio. Un silencio lleno de cosas que ninguno sabía cómo decir.

Dentro de la habitación, Benji se movió un poco en sueños y mi madre se acomodó en la butaca sin abrir los ojos. Aidan y yo observamos esa escena como si fuese una película en blanco y negro que solo nosotros pudiéramos ver.

—Te quedarás un rato, ¿verdad?

—Sí. —Se recostó a mi lado—. Me gusta estar aquí.

Y no sé explicar por qué, pero esa frase me sostuvo el resto de la tarde.

Le pedí el número de teléfono antes de que se marchara a descansar un rato. Le dolía la espalda y necesitaba estirarla en la cama. Eso dijo. Eso y que su teléfono estaba casi siempre sin batería. Lo que me dejó sin respiración fue la razón:

—Odio leer conversaciones de grupos haciendo planes a los que no puedo asistir. Odio entrar en las redes y comprobar que la gente viaja, nada, vuela en parapente, hace surf, esquía o… simplemente se toma un café en una plaza frente a una bandada de pájaros mientras yo estoy encerrado aquí. —Respiró—. Perdona, ha sonado muy mal.

—Suena a pura verdad.

De todas formas me lo dio.

—Cinco, cinco, cinco, cuatro, tres, siete, seis, seis, seis.

—El número del diablo.

—Sería un ángel, ¿no crees?

—No te conozco lo suficiente como para catalogarte.

—Tú serías el ángel más bonito del cielo, o del firmamento, no sé, dónde vivan. —Encogió los hombros.

—No viven, están muertos.

—Serías una muerta muy guapa. —Reí—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Que contigo puedo aceptar bromear hasta de la muerte.

—Son increíbles también, ¿no crees? —dramatizó.

—Eres un creído. Me encantará conocerte en tu hábitat natural. En Columbia. Pasando de mí y paseándote con chicas altas, rubias y espectaculares. —Su sonrisa se desdibujó.

—Me encantará hacer eso, pero… contigo.

—¿Me darías la mano?

—Ni los buenos días.

—Solo hablas conmigo por ser un tullido. —Se dio un golpe en el corazón—. Seguiré intentando que veas la persona que soy detrás de esta fachada. —Se fue sin dejar de mirarme hasta que giró en la esquina.

Aidan y yo de paseo, fuera de aquí, en la universidad, besándonos en los pasillos de la biblioteca, al sol sobre el césped en primavera, buscando uno de mis guantes bajo la cama, a carrera abierta por los pasillos para no llegar tarde a clase porque nos hemos entretenido metiéndonos mano bajo la escalera, animándolo en un partido de fútbol mientras me carcomen los celos por las animadoras, conociendo a sus amigos, dulce despertar a besos por las mañanas, antes de darnos una ducha juntos y desayunar cereales si hacía falta.

Cerré los ojos y pedí dos deseos. No hacía falta especificar cuáles eran ni los quise decir en voz alta, porque si lo hacía… no se cumplirían. Papá Noel no me defraudaría.

Capítulo 45
Era un idiota

Aidan

El día estaba siendo soportable. Lo cual, en lenguaje hospitalario, significaba que había vomitado solo una vez, la fiebre se aguantaba y mi cuerpo no intentaba sabotearme con cada respiración.

—Son mejoras pequeñas —argumentaba Angie.

—En realidad es muy buena señal —señalaba Evelyn.

—La mejoría antes de la muerte —bromeaba yo.

Estaba a punto de dormirme cuando el móvil vibró sobre la mesa. Lo miré. Hannah.

Me quedé quieto unos segundos.

Yo había sido quien la había echado. Quien le dijo que no volviera. Y ella había respetado mi decisión.

Habían pasado días sin verla.

Días que se me habían hecho más largos que algunos tratamientos.

Apreté el botón verde.

—¿Sí?

Su voz llegó suave, sin reproches, sin ironía. Solo… ella.

—Hola, idiota.

Eso ya me hizo sonreír.

—Vaya, no sabía que estabas viva. Pensaba que habías muerto de una segunda gripe, o algo así.

—Estuve a punto. Pero creo que el virus decidió que prefería no enfrentarse a mi mala leche.

—Sabia decisión.

Silencio breve. Cómodo. Extraño.

—Solo llamaba para… bueno, saludar.

—¿Saludar? ¿Tú? ¿Sin dar lecciones? ¿Sin gritarme? ¿Seguro que eres tú?

—Cállate, Aidan.

—Ahí estás —sonreí.

Ella soltó una risa pequeña.

—Bueno… ¿qué tal la universidad? —pregunté y me acomodé un poco, fingiendo que aquello no me hacía daño y bien al mismo tiempo.

—Una locura —empezó—. El profesor de Sociología nos ha puesto un trabajo absurdo, Owen ha intentado colarte en el grupo para que no te baje la nota, Connor ha gritado por los pasillos que te rapaste y ahora todos quieren ver fotos…

—Que no las envíen al grupo. No quiero ser meme.

—Demasiado tarde. Owen ya lo hizo.

—¿Qué foto?

—Una en la que pareces un calcetín triste con ojos.

—Perfecto. Justo la imagen que quería proyectar.

Escuché cómo se movía. Probablemente estaba tumbada en su cama, con esa manta horrorosa que siempre tenía a los pies.

—También fuimos al comedor nuevo —contó—. Han puesto una máquina que hace burritos. Horribles, por cierto. Pero Owen se comió dos porque dijo que era por ti.

—Eso es amistad verdadera.

—No, eso es estupidez. Pero te habría gustado ver cómo casi vomita.

—Tengo experiencia en eso —murmuré—. Puedo darle clases.

Ella rio otra vez.

Yo cerré los ojos.

Me imaginé el campus, las mesas llenas de apuntes, la cafetería, el ruido, el estrés, todo eso que a veces odiaba y que ahora echaba de menos.

—Aidan… Aquí todo sigue igual, ¿sabes? Todo sigue. Nosotros seguimos. Te estamos esperando. Cuando vuelvas… no tendrás que recuperar nada. Solo sentarte otra vez a nuestro lado.

Sentí algo en la garganta. No dolor físico.

El otro dolor.

—Gracias —susurré.

—Solo te digo la verdad.

El silencio se expandió.

Ella respiró. Yo también, aunque cada vez más despacio.

—¿Estás cansado?

—Un poco.

—Entonces cuelga. Puedo seguir poniéndome pesada mañana.

—Promesa tentadora.

—Aidan…

—¿Sí?

—No hace falta que hables mucho. Si quieres, puedo llamarte y contarte cosas y ya está. Aunque no digas nada.

Esa frase me atravesó.

Porque lo entendí mejor que cualquier otra cosa que hubiera dicho antes.

—Me gustaría eso.

—Vale. Pues mañana te llamo y te cuento lo mal que cocina Owen.

—Me gustaría mucho.

Ella sonrió. Lo supe por cómo respiró, por cómo se quedó callada un momento más de lo normal.

—Descansa, imbécil.

—Descansa tú.

—No te copies.

Sonreí.

—Hannah…

—¿Mm?

—Gracias por llamar.

—Siempre.

Fui yo quien colgó. No porque quisiera. Sino porque mis manos ya no daban para más. Dejé el móvil sobre el pecho y me quedé quieto, escuchando el pitido suave del monitor. La vida seguía allí fuera. Ella seguía. Owen seguía. Las clases seguían. El mundo seguía.

Y pensé: VOY A VOLVER. QUIERO VOLVER. PODRÉ VOLVER. LO LOGARÉ.

Me dormí justo al terminar la frase.

CAPÍTULO 46
La Navidad a la vuelta de la esquina

Emma

El campus estaba más ruidoso de lo habitual cuando regresé. No ruidoso de verdad, sino en ese modo prenavideño en el que todos hablan un poco más alto, ríen un poco más fuerte y corren de una clase a otra con bufandas rojas y cafés humeantes como en las películas.

Caminé por el pasillo central de la facultad con la mochila colgando del hombro y la cabeza en otro sitio. Llevaba horas sin quitarme la imagen de Benji dormido, con la manta de estrellas subiéndole y bajándole al ritmo de su respiración. El contraste entre esa imagen y la gente haciéndose fotos con guirnaldas detrás de mí me dolió en un lugar que ni sabía que existía.

Subí las escaleras hacia la sala de estudio. Me faltaba aire. O quizá era que me sobraba mundo.

Cuando empujé la puerta, lo vi. Anthony estaba sentado en una mesa larga, rodeado de libros abiertos y subrayadores. Alzó la mano en cuanto me vio entrar.

—Hey —saludó con sonrisa encantadora de universitario que le asemejaba a un personaje de Salinger—. Te estaba buscando.

—¿A mí? —dejé la mochila en una silla frente a él.

—Sí. —Movió un par de papeles—. Necesito pedirte un favor.

Me senté con poca fe.

—¿Qué favor?

Anthony respiró hondo, como quien está a punto de hacer una confesión importante.

—Hay que preparar un artículo para la revista. Lo ha pedido el rector. Un especial de Navidad. Y pensé que tú podrías escribirlo.

Parpadeé.

—¿Un artículo?

—Sobre la alegría de la Navidad —explicó, entusiasmado—. Ya sabes: la magia, los reencuentros familiares, los deseos, las segundas oportunidades, la luz, el espíritu navideño, todo eso…

Me quedé mirándolo en silencio. Él debió notarlo, porque bajó la voz.

—¿Emma?

—No puedo escribir eso. No ahora mismo. Pídeselo a Hannah.

Anthony se irguió en la silla.

—¿Por qué no?

—Porque la Navidad me parece una broma pesada —respondí, con esa sinceridad que solo me suele salir cuando estoy demasiado cansada para mentir—. No puedo escribir sobre magia cuando mi hermano está luchando por respirar tras un cristal. No puedo escribir sobre felicidad sabiendo que en el hospital nadie habla de reencuentros. Y… —pasé una mano por la frente— …ahora mismo odio a Santa Claus. Mucho. Más de lo que es sano.

Anthony dejó caer el bolígrafo sobre la mesa.

No se rio. No intentó suavizarlo. No dijo nada tipo «venga, no es para tanto». Porque sí lo era.

Solo me miró bien.

—Emma —empezó, despacio—. ¿Sabes por qué celebramos la Navidad?

—Porque alguien decidió que había que colgar luces y fingir que todo está bien una vez al año —solté.

—No —negó él, con suavidad, apoyando los brazos en la mesa—. Celebramos porque no sabemos cuánto tiempo tenemos para hacerlo. Y porque, incluso cuando las cosas están mal… especialmente cuando están mal… necesitamos un motivo para seguir encendidos por dentro.

Me mordí la mejilla.

Anthony continuó.

—Mira, tú y yo estudiamos lo mismo. ¿Recuerdas lo que decía Dickens? «En todo corazón humano hay una primavera que nunca muere. »

Es una de las frases más humanas que he leído nunca. Y lo dijo un hombre que sabía perfectamente lo que era perder.

—No estoy en primavera, Anthony —susurré—. Estoy… en otra parte.

—Ya lo sé —admitió—. Pero precisamente por eso importa. Porque tú ves cada día lo que yo solo leo en los libros. Tú estás mirando la verdad de frente. Y aun así vienes aquí. Sigues estudiando. Sigues viviendo. ¿Sabes la fuerza que hace falta para eso?

No dije nada.

—Emma —sumó—, no te estoy pidiendo que escribas un artículo precioso sobre renos y familia perfecta. Te pido que escribas lo que quieras. Lo que sientas. Aunque duela. Aunque sea oscuro. Aunque contradiga todo lo que la gente cree que es la Navidad.

—No es lo que ellos quieren leer.

—Pero es lo que alguien necesita leer —corrigió él—. Y tú tienes algo que decir. Siempre lo has tenido.

Me quedé mirando la mesa, sin hablar. Él esperó. No se impacientó.

—No puedo prometerte que salga algo bonito —dije al final.

—No te lo estoy pidiendo —sonrió él ladeando la cabeza—. Te pido que salga algo tuyo.

Solté un suspiro que llevaba horas reteniendo.

Anthony recogió los papeles, los juntó despacio y añadió:

—Y Emma… —me miró a los ojos—. No estás sola en esto. Aunque a veces lo sientas así. La vida muerde. Pero da treguas para que veamos las cosas que valen la pena. La Navidad sirve para recordar ambas. Es luz y oscuridad, las dos cosas al mismo tiempo.

Me quedé quieta, con esa frase resonando dentro de mí.

—Lo pensaré —me levanté.

—Eso basta.

Salí de la sala con el corazón hecho un ovillo y la extraña certeza de que, quizá, Anthony tenía razón en algo que todavía no sabía poner en palabras.

Capítulo 47
El artículo imposible

Emma

Me quedé en la biblioteca de Columbia. Las lámparas de lectura proyectaban círculos dorados sobre las mesas y el silencio era tan absoluto que casi dolía. Abrí el portátil y parpadeé frente al documento en blanco.

Título del artículo: La alegría de la Navidad.

Bueno. Estupendo. Maravilloso.

Tecleé tres palabras. Las borré. Tecleé una frase entera. La borré también. Pasé una mano por la frente. Miré el techo. Me metí en Google. Leí dos líneas de Dickens. Nada servía. Nada encajaba.

Intenté escribir sobre la luz. Sobre los copos de nieve cayendo en Broadway. Sobre la ilusión de la gente al comprar regalos.

Nada.

Ni una sola frase sonaba honesta.

Probé con algo más profundo.

La Navidad es la memoria de lo que hemos amado.

Lo borré.

Demasiado pretencioso.

La Navidad es una tregua.

También lo borré.

Demasiado falso.

Empecé a sentir un enfado caliente, creciente, clavándose bajo la piel. Un enfado que no sabía si iba dirigido al artículo, a las luces que parpadeaban por toda la ciudad, o a un Dios que parecía estar siempre mirando hacia otra parte.

Apagué el portátil.

—¿Qué clase de broma es esta? —susurré en voz baja, apretando los puños—. ¿Qué se supone que tengo que escribir? ¿Que todo es

bonito? ¿Que todo tiene sentido? ¿Que la Navidad es magia incluso cuando no lo es?

Me quedé un segundo mirando la pantalla negra del ordenador, esperando que el universo me respondiera. No lo hizo.

—¿Dónde estás cuando la gente se rompe, eh? —murmuré, aunque ni yo sabía a quién se lo decía—. ¿Dónde estás cuando los niños cuentan dragones porque no pueden contar estrellas? ¿Dónde estás cuando mi hermano duerme conectado a máquinas?

Cerré los ojos. Respiré hondo. No sirvió de nada.

Guardé el portátil en la mochila, me levanté y salí de la biblioteca como quien huye de un incendio invisible. Me detuve sobre la escalinata y saqué el teléfono de mi bolsillo. Marqué el número de Aidan por primera vez. Tras varios tonos, sonó su mensaje: "Hey, dime, qué necesitas. Vale, no te puedo coger el teléfono porque estoy estudiando, saliendo con una chica o jugando al fútbol. Deja tu mensaje después de la señal y ya veré si te contesto".

Sonreí y colgué.

El cielo se volvía violeta cuando llegué al hospital. Esa hora en la que la ciudad baja el volumen y respira despacio. Las luces de Navidad estaban encendidas en el hall.

—¿Intentan alegrar a quien entra? No funciona conmigo. ¿Funciona con alguien? —farfullé a punto de perder la paciencia.

Subí directamente a Pediatría. Habían bajado la intensidad de las luces y muchos niños ya dormían. El pasillo estaba tranquilo, casi silencioso. Mi madre hablaba con una enfermera dentro de la habitación y mi padre ya se había marchado.

Benji dormía profundamente. Tenía un gorro rojo con borla blanca ladeado y la manta recogida hasta la barbilla. Respiraba despacio. Muy despacio.

Me senté en el sofá gris. No tenía intención de irme.

—Voy a quedarme a dormir aquí —avisé a mi madre cuando cogió el telefonillo.

—Emma, no tienes por qué…

—Sí que tengo —respondí—. No hoy. Hoy no.

Mi madre me miró un segundo con los ojos cansados, pero sin oponerse. Sabía que no me movería de allí ni aunque quisiera.

Cuando se metió en el baño a ducharse, me quedé sola frente al cristal. Afuera, la nieve caía con interrupciones, pero caía. Sentí un hilo de algo extraño recorrerme el estómago. No era miedo. Era anticipación. Algo se tambaleaba justo detrás de una puerta que todavía no se había abierto.

—Quédate conmigo, Benji —susurré—. Quédate fuerte. Quédate aquí.

No sé cuánto tiempo pasé mirando el cristal fijo, sin parpadear apenas.

Hasta que escuché una voz detrás de mí.

—Creí que ya no vendrías.

Me giré.

Aidan estaba apoyado en la pared con las manos en los bolsillos y ese jersey demasiado grande que se colocaba cuando hacía mucho frío.

—No podía estar en otra parte —admití.

Se sentó dejando su hombro a unos centímetros del mío.

—¿Ha sido un mal día? —preguntó.

—No lo suficiente como para llamarlo así, pero tampoco lo contrario. Ha sido… raro. Te he llamado. Tienes el móvil apagado.

—Vaya novedad. Dime, ¿qué pasa?

El chico del destello brillante en los ojos sabía escuchar como nadie.

—El editor jefe quiere que escriba un artículo sobre la Navidad. Sobre la alegría, la magia, las luces, las familias perfectas, los deseos que se cumplen… todo eso.

—Ah. Fácil. —Ironizó.

—No lo es —repliqué—. No ahora. No puedo escribir sobre algo que no siento. Sería como mentir en voz alta.

Aidan bajó la cabeza un segundo.

—¿Y qué sientes?

—Rabia —confesé—. Rabia con el mundo. Rabia con todo lo que sigue funcionando ahí fuera mientras aquí dentro el tiempo se detiene. Rabia con la gente que corre a comprar regalos sin saber

que hay niños que no pueden ni salir a ver las luces. Y… —me tembló la voz— rabia con Dios. Mucha.

Aidan se quedó callado, mirando el cristal.

—Quizá eso es precisamente lo que hace falta. No un artículo feliz. Un artículo verdadero.

—¿Y qué escribo? —pregunté, frustrada—. ¿Que la Navidad es injusta? ¿Que no entiendo nada? ¿Que a veces siento que el mundo es un lugar demasiado cruel para celebraciones?

—Escribe que estás viva —se giró hacia mí—. Y que tu hermano también. Y que aunque el mundo se resquebraje, tú sigues aquí. Escribe que la Navidad no es un decorado. Es una pregunta. Y que tú estás respondiendo como puedes.

Tragué saliva.

—¿Tú escribirías eso?

—Yo escribiría la verdad, si supiera escribir como tú —bromeó—. Aunque duela. Aunque sea incómoda. Aunque nadie quiera leerla. Escríbela para ti, no para ellos.

Lo miré despacio.

—Aidan… —susurré—. No sé si puedo.

—Claro que puedes. —Se levantó—. Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Arriba.

Subimos por las escaleras de servicio hasta la terraza del hospital. Hacía mucho frío, pero el cielo estaba despejado y lleno de estrellas temblando sobre Manhattan, iluminando ese trocito de mundo solo para nosotros. Había una manta. No pregunté de dónde la había sacado.

Él la abrió y me la colocó sobre los hombros antes de cubrirse también.

Nos sentamos en el borde del muro, muy cerca, respirando el mismo aire helado.

—Es curioso, pero… este lugar es espectacular, casi mágico. No parece el hospital, sino un mirador cualquiera de la ciudad —comenté.

—Exactamente por eso subo aquí. Empecé a venir cuando salí de mi primer aislamiento. Se me olvidaba que esto era un hospital. Es mi forma de creer que el mundo no se ha ido sin mí.

Me quedé mirándolo.

—¿Dos veces, verdad?

Asintió.

—Dos. Y las dos pensé lo mismo: que la vida es esto —señaló las luces de la ciudad—. Un instante que pasa demasiado rápido. Un libro que no sabes si vas a poder leer entero. Y aun así, sigues pasando hojas.

No sé qué me conmovió más: lo que dijo o cómo lo dijo.

—Siento que todo se me escapa —admití—. Que no controlo nada.

—Nadie controla nada. —Aidan sonrió de lado—. Pero tú sigues. Y eso importa más que cualquier teoría literaria del mundo.

Reí bajito.

—Tú y tus filosóficos de hospital.

—Tú y tus tragedias románticas. —Me tocó el brazo con suavidad —. Love Story va de eso, ¿verdad? De seguir amando aunque todo se desmorone.

—Lo descubrirás pronto. —Saqué un bolígrafo de mi bolso y escribí Love en el dorso de mi mano izquierda—. Para que no se me pase. Lamento haberme olvidado de traerte el libro.

—Tienes demasiadas cosas en la cabeza. —Acarició la palabra pintada en azul sobre mi piel.

—No sé qué hago queriendo algo —admití.

—No hace falta entenderlo. Basta con sentirlo.

Aidan se acercó despacio. Yo no me moví. No podía. Tenía la sensación de que si respiraba demasiado fuerte podría romper la quietud que nos rodeaba. Él levantó la mano y me rozó la mejilla con los dedos, una caricia breve, suave, hecha con una delicadeza que me encogió el estómago. Me sostuvo la mirada un segundo y me inclinó despacio hacia él. No había prisa ni torpeza, tampoco ese impulso irracional que a veces estropea las cosas; era otra clase de momento, uno que se forma cuando dos personas llevan días caminando hacia el mismo lugar sin admitirlo. El beso llegó así, con

calma. Sus labios tocaron los míos primero con una timidez que me desarmó, y después con una firmeza tranquila que me obligó a cerrar los ojos y dejarme llevar. Era el segundo beso, pero tenía la profundidad de algo que ya conocíamos y que esta vez entendíamos mejor. Mis dedos se aferraron al borde de su jersey, buscando un punto de apoyo que lo mantuviera cerca, mientras su mano en mi cuello me sostuvo con una precisión casi íntima. El frío de la terraza desapareció durante unos segundos, absorbido por la calidez de su boca, por la respiración que compartíamos. Cuando nos separamos, lo hicimos apenas unos centímetros. Él apoyó la frente en la mía, respirando cerca, con la voz más baja que le había escuchado nunca:

—A veces lo único que podemos hacer es esto, besarnos antes de que la vida se nos vaya de las manos.

Y yo, con los ojos cerrados y el corazón latiendo en un ritmo que no sabía controlar, supe que llevaba mucho tiempo esperando algo así sin atreverme a admitirlo.

Capítulo 48
La piscina que nunca existió

Adian

Era verano, y el hospital tenía la climatización de un horno industrial con aspiraciones. Fuera hacía calor, pero dentro más: pegajoso, cansado, ese que se te mete bajo la piel y te convierte en un trozo de pan mal tostado.

Yo aguantaba un helado que se derretía antes de llegar a mi boca. Acababa de salir de un aislamiento obligado por bajada de defensas y estaba harto de estar allí. Jonas se resoplaba sentado en un puff que había sobrevivido a la guerra Civil Española. Owen se abanicaba con una revista que había robado del mostrador, sudando más que los oncólogos cuando tenían que dar una mala noticia.

—Tío, necesito aire —se quejó Owen—. Aire de verdad. Aire que no huela a hospital ni a vida contemplativa.

—¿Quieres que te abanique? —pregunté—. Tengo experiencia. Puedo hacerlo con estilo.

—Quiero una piscina —respondió Jonas, tirando la cabeza hacia atrás—. Pero una piscina DE VERDAD. De esas grandes. Con tías buenas. Y agua que no tenga sabor a suero.

—Vaya, qué exigente —chupé lo que quedaba del helado—. No quieres cáncer, pero quieres socorristas de catálogo. Te estás viniendo arriba.

—Me niego a morir sin haber visto una piscina este verano —añadió Jonas, dramático como siempre.

—¿Morir? —repitió Owen—. Jonas, por favor, dramatiza con estilo. Di: «sin haber tenido la experiencia acuática adecuada».

—Vale —aceptó Jonas—. Me niego a morir sin haber tenido la experiencia acuática adecuada.

—Mucho mejor —aseguré—. Ahora pareces un crítico de hoteles de lujo.

Hubo un silencio breve, roto por el sonido estridente del ventilador de la sala común. Estábamos los tres tirados allí como tres criaturas deshidratadas. El calor nos derretía el cerebro, el ánimo y la poca energía que nos quedaba.

Y entonces Owen levantó la cabeza, muy despacio, con una expresión conspiradora que me dio miedo.

—Chicos —susurró—. Tengo una idea.

—Dios —murmuré—. Eso nunca es bueno.

—Escaparnos —añadió Jonas.

—Peor idea —sospeché.

—A ver, no a una piscina —continuó Owen—. Pero sí… al tejado. A la terraza. A sentir aire de verdad.

—Allí tiene que dar el sol de golpe —le recordé.

—Buscamos sombra —destacó, y sacó del bolsillo un paquetito muy, muy sospechoso.

Jonas se incorporó de golpe.

—¿Qué es ESO?

Owen lo levantó con orgullo.

—Marihuana. De la buena.

—¿Cómo la has metido aquí? —pregunté incrédulo.

—Soy un narcotraficante profesional, Aidan. No lo sabías porque siempre he ocultado mi doble vida.

—O porque eres idiota.

—Ignoraré ese comentario. Escuchad: esto puede ayudarnos a relajarnos, a que os duela menos, a no pensar tanto. Es terapéutico. Lo googleé anoche, así que es casi ciencia.

Jonas abrió los ojos como platos.

—¿Nos vamos a fumar un porro en el tejado del hospital?

—Sí —confirmó Owen—. A ver si nos detienen. Sería un giro divertido en nuestras biografías.

—Estoy débil, pero no tanto como para negarme a algo así —apostillé.

—Me apunto. —Jonas levantó una mano.

—Por supuesto que sí —sonrió Owen—. Venga, vámonos antes de que aparezca Angie y nos haga terapia, o peor, nos registre.

Caminamos por el pasillo como fugitivos de serie mala. Owen iba delante, moviéndose como un narcotraficante de poca monta con un cargamento de cocaína en los calcetines. Jonas iba detrás, arrastrando su gotero como un compañero de crimen. Yo caminaba lento, pero firme. Subimos en el ascensor tres pisos. El último tramo solo cabía la opción de escaleras.

—Sois unos genios. Yo no puedo ni conmigo mismo, voy a poder con el gotero —advirtió Jonas.

Owen, sin decir ni una palabra, lo cargó en brazos y yo aguanté el gotero sacando todas mis fuerzas, pocas, muy pocas.

Llegar a la terraza fue todo un hito.

—Esto sí que es verano —respiró Jonas cuando Owen lo dejó en el suelo.

—Falta la piscina —agregué.

—Y una socorrista buenorra —recordó él.

—Deja de soñar, Jonas —Owen ya liaba el porro—. Estamos en un hospital, no en un resort. Y vosotros tenéis cáncer.

—Siempre arruinando mis fantasías —bufó Jonas.

Nos sentamos los tres en el suelo, donde daba sombra. Owen encendió su obra maestra y dio una calada digna de documental. Luego me pasó el porro.

—¿Aidan? ¿Primera vez?

—Por increíble que parezca, sí —contesté—. Yo era de esos niños buenos que preferían el deporte. Y mira cómo me ha salido la jugada.

—Pues ahora te toca ser el chico malo —dijo Owen.

Le di una calada suave.

Supo… a libertad. A rebeldía. A «no tengo nada que perder, pero sí ganas de vivir un rato».

Jonas dio otra. Luego Owen.

Y los tres nos quedamos mirando el cielo como tres filósofos baratos.

—¿Sabéis cuál es la mejor parte de todo esto? —murmuró Jonas —. Que aún estamos aquí.

—Sí —respondió Owen—. Aún estamos.

Yo apoyé la cabeza en la pared.

—Tú tienes más probabilidades de estar más tiempo, Webster —le recalqué, llamándole por su apellido.

—Brother, me puede atropellar un autobús cuando salga de aquí más tarde. Tú serás el responsable. Vengo a este lugar de mierda por ti.

—De nada.

Dimos unas caladas más.

—A veces me pregunto si volveré algún día a tener una vida normal —pensé en voz alta.

—Claro que sí —respondió Owen sin dudar.

—¿Y tú, Jonas? —le cuestioné.

Jonas sonrió mirando el cielo.

—Yo solo quiero ver una piscina antes de morir.

—Pues habrá que conseguirlo.

Nos quedamos en silencio, compartiendo calor, humo, cansancio y paz, esa que solo aparece cuando aceptas que la vida es frágil… y aun así sigue siendo vida.

Y sentí (aun estando medio muerto por un canuto que no debería haber fumado) que estaba vivo en ese segundo. Imperiosamente vivo. Desesperadamente vivo. Maravillosamente vivo. Los tres lo estábamos.

Capítulo 49
Una noche incómoda

Emma

Dormí en el sofá gris. Me acomodé como pude, con la manta áspera del hospital cubriéndome hasta los hombros y el cuello apoyado en un cojín que había sobrevivido a demasiados turnos de madrugada. No recuerdo en qué momento exacto se me cerraron los ojos, solo sé que desperté varias veces durante la noche para comprobar que Benji seguía respirando tranquilo y que nada dentro de su habitación había cambiado. El tic constante de las máquinas se mezclaba con la luz tenue que los enfermeros regulaban cada pocas horas, y aunque ese ambiente no ayudaba a descansar, sí me daba una sensación extraña de control.

La primera vez que amanecí eran las cuatro y pico. Me levanté medio sonámbula, acerqué la frente al cristal y lo vi dormir boca arriba, con la manta de estrellas bajándole por la cintura y un brazo fuera. Regresé al sofá, me acurruqué y el sueño volvió a arrastrarme unos minutos más. La segunda vez que desperté el pasillo ya estaba más iluminado. Podía oír ruedas de carros, conversaciones bajas, pasos. Era la señal de que el hospital empezaba un día nuevo, aunque en ese sitio los días nunca empezaban ni acababan del todo.

Me incorporé despacio, estirando el cuello y frotándome los ojos. A través del cristal vi a mi madre colocando una bandeja con pañuelos, crema y una botella de agua en la mesita de Benji. Él ya estaba despierto. Cuando me vio, sonrió con esa media luna que a mí me sostiene más que todas las pastillas del mundo juntas. Agarré el telefonillo y lo llevé a la oreja.

—Buenos días, mapache —le dije sin dar opción a réplica—. Hoy tengo unas ojeras que dan miedo.

Benji soltó una risa suave, casi ronca de recién despertado.

—No es verdad. Pareces normal. Más o menos.

Mi madre negó divertida desde detrás de él, haciéndome gestos cariñosos.

—¿Has dormido? —pregunté.

—Sí. He soñado con mi dragón azul. Ha crecido —respondió y señaló un dibujo nuevo que mi madre había pegado en la pared—. Ahora tiene alas gigantes.

Me levanté del sofá, me acerqué al cristal y me fijé en el dibujo. Tenía razón. El dragón era enorme, con la boca abierta y escamas trazadas con una precisión que se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Cuándo lo has pintado?

—Se ha hecho grande solo, Emma, son mágicos. —Me hizo sonreír. Qué bonito ser niño y creer en la magia.

—Va a necesitar un nombre.

—Lo estoy pensando —contestó él, tomándose muy en serio esa responsabilidad—. Quiero uno que suene fuerte.

—Puede esperar. Primero desayuna —ordenó mi madre mientras le colocaba el zumo y las tostadas en la bandeja.

Yo tenía un café en un vaso de plástico y un bollo que alguien me había dejado en la mesa de acompañantes. No era gran cosa, pero sí suficiente. Me senté frente al cristal y desayuné con él como si estuviéramos en la misma habitación, todo fuera normal, el cristal fuese un detalle sin importancia en lugar de una barrera que me partía por dentro.

—Hoy tengo clase —bebí medio vaso de café de un trago—. Pero volveré temprano. Lo prometo.

—No tienes por qué venir todos los días —contestó Benji, con esa madurez que se le había colado sin permiso en la voz—. Mamá y papá están conmigo.

—Ya, pero no son tan graciosos como yo —respondí para que no viera lo que me estaba costando.

Mi madre sonrió con un brillo en los ojos que reconocí: un agradecimiento silencioso, uno que decía «gracias por no romperte delante de él».

Me levanté cuando terminé el café. Toqué el cristal con la mano abierta. Benji colocó la suya justo enfrente, imitando el gesto. Ese

contacto imposible era lo más parecido a un abrazo que podíamos darnos sin que las normas del aislamiento nos cayeran encima.

—Espérame esta tarde.

—Trae cosas para dibujar —respondió él.

—Las traeré.

Mi madre cogió el telefonillo.

—Ve tranquila —murmuró—. Si cambia algo, te llamo.

—Espero que no cambie nada —respondí, sintiendo esa punzada que venía siempre con la posibilidad de que todo pudiera torcerse en cuestión de minutos.

Caminé hacia el metro con las manos en los bolsillos, sintiendo esa sensación que ya se había vuelto familiar: un trozo grande de mí se quedó allí, vigilando a Benji.

El trayecto hacia la universidad fue automático. Bajé la escalera mecánica sin mirar a nadie, crucé pasillos que olían a prisas y a desayunos a medias, y me subí al vagón justo cuando las puertas estaban cerrándose. Me apoyé en la barra metálica y respiré hondo. Tenía que cambiar el chip. O intentarlo. Las clases no me iban a esperar por muy roto que estuviera mi mundo.

Mientras el metro avanzaba bajo la ciudad, yo solo podía pensar en un dragón azul de alas gigantes que esperaba que le pusiera nombre y en una promesa que tenía que cumplir esa tarde.

En cuanto llegué al edificio de Literatura, vi a Grace y Lindsay sentadas en los escalones, esperándome como dos fiscales listos para un interrogatorio. Las dos me hicieron un gesto exagerado para que me diera prisa.

—¡Por fin! —exclamó Grace nada más verme—. Creíamos que te habías muerto, desaparecido o fugado con un profesor adjunto.

—Con lo que les gusta a algunos eso… —añadió Lindsay, rodando los ojos.

—Buenos días para vosotras también —saludé demasiado risueña dadas las circunstancias y mi historial del último mes. Y esto hizo que fruncieran el ceño. Una reacción normal de dos amigas a las que les saltan las alarmas románticas.

—A ver —Grace se adelantó—. Esa cara no es de sueño. Esa cara es de «tengo algo que contar y no sé cómo empezar».

—Confiesa —apuntó Lindsay, cruzándose de brazos—. Tenemos tiempo antes de clase.

Me apoyé en la barandilla. En realidad no quería contarlo así, pero llevaba desde que salí del hospital intentando ponerle nombre a lo que había pasado en la terraza. Y cuando una experiencia te supera, a veces necesitas que alguien escuche, aunque no llegue a comprender del todo.

Respiré despacio y dije:

—Anoche me besé con Aidan otra vez. Fue… distinto. Mejor incluso que la primera.

Las dos se quedaron inmóviles un segundo. Luego, como si alguien hubiera pulsado un botón, hablaron a la vez, sin control:

—¿QUÉ?

—¡EMMA!

—¿CUÁNDO?

—¿DÓNDE?

—¡¿OTRO BESO?!

—¿ESTÁS BROMEANDO?

—Segunda —aclaré, intentando mantener algo de dignidad—. Es el segundo.

Hubo un silencio, pero fue más una explosión.

Grace se llevó una mano al pecho.

—Ay, Dios… esto es serio entonces.

—Muy serio —confirmó Lindsay.

—No es un romance universitario —advertí, subiendo las manos para detener el tsunami que veía venir—. No es algo para hacer chistes. No es… nada de eso.

Grace entornó los ojos.

—Pues dime qué es.

Abrí la boca, pero no sabía cómo definirlo. Lo había sentido tan claro anoche, tan puro, tan inesperado, que ahora ponerlo en palabras se me hacía imposible.

—Es Aidan —dije al final—. Y eso… ya lo cambia todo.

Lindsay dejó caer la mochila a sus pies.

—Vale, pues ahora quiero conocerlo más todavía.

—Ni hablar —respondí de inmediato, casi antes de que terminara la frase.

—Emma —insistió—. Solo queremos verlo. No vamos a hacerle una entrevista, ni preguntarle su signo del zodíaco, ni nada raro.

—No —repetí—. Él está en otro sitio. Y no me refiero al hospital. Me refiero a… —me quedé pensando unos segundos— a que lo que está viviendo no es para convertirlo en una anécdota entre amigas.

Grace suavizó la expresión.

A veces sabía leerme mejor que yo a mí misma.

—Estás protegiéndolo.

—Sí —admití—. Y protegiéndome a mí también.

Lindsay suspiró con resignación.

—Vale. No iremos —concedió—. Pero tendrás que contarnos todo. No puedes besarte con un chico en la terraza de un hospital y venir aquí como si hubieras comprado un café.

—Eso sí —añadió Grace—. Merecemos la crónica.

Me reí, porque sabía que no iban a soltarlo tan fácil, pero también porque sentirme rodeada por ellas me alivió sin que me pesara.

Caminamos por el pasillo entre estudiantes que no tenían ni idea de que mi vida había cambiado por completo. Y mientras buscaba mi asiento, pensé que había una parte de mí que todavía no sabía cómo gestionar lo que estaba ocurriendo, pero otra (una más pequeña, más escondida) sabía que Aidan había entrado en mi historia de una forma que ya no tenía vuelta atrás.

Después de clase necesitaba despejarme. No tenía fuerzas para volver de inmediato al hospital, pero tampoco quería quedarme en el campus fingiendo que podía concentrarme en algún texto de teoría literaria. Notaba las emociones de la mañana adheridas a los brazos, el cansancio de la noche en el sofá gris, la preocupación que nunca se iba del todo, el beso con Aidan que seguía latiéndome en la boca a ratos y haciéndome tambalear por dentro. Era demasiado para procesarlo a la carrera.

Así que caminé.

Dejé que las avenidas me marcaran el ritmo, que los pasos me llevaran sin rumbo fijo. Crucé semáforos sin prisa, evitando las zonas donde los escaparates brillaban con luces navideñas que ahora mismo solo me recordaban lo lejos que estaba mi vida de cualquier celebración. Luego giré en una esquina al azar y vi algo que me detuvo.

Una librería pequeña.

De esas que parecen colocadas en mitad de la ciudad por capricho del destino. El cartel estaba desgastado, con letras que en algún momento debieron ser doradas pero que ahora apenas brillaban. El escaparate, lleno de libros apilados de cualquier manera, tenía un encanto vintage que me llamó antes incluso de que lo procesara. Un rincón detenido en el tiempo, un sitio que no necesitaba atraer miradas porque sabía que quienes entraran lo harían por instinto.

Empujé la puerta. Se abrió con un sonido leve y antiguo.

Por dentro era todavía más especial. Las estanterías ocupaban cada pared, formando pasillos estrechos que te obligaban a avanzar despacio. Había pilas de novelas en el suelo, montones de clásicos desordenados, ediciones que habían pasado por tantas manos que casi era posible imaginar las historias paralelas que habían vivido fuera de sus páginas. Una lámpara de tela, colgada a media altura, iluminaba un mostrador abarrotado de cuadernos, tarjetas, fotografías olvidadas entre libros que quizá alguien vendió por necesidad o por impulso.

Avancé despacio, tocando algunos lomos con los dedos. Los libros tienen ese poder, esa forma de acompañarte sin pedir nada a cambio, de sostener partes de ti que no sabías que estaban en peligro. A veces pienso que, si el mundo se acabara, los libros serían de las pocas cosas capaces de salvar algo de lo que fuimos.

Me detuve en una sección baja de la tercera estantería, empujada por una intuición que no supe explicar. Y entonces lo vi.

Love Story.

Una edición antigua, tapa blanda, de las primeras. La portada estaba un poco doblada por las esquinas y el título se había

desvanecido lo suficiente como para parecer más íntimo. Costaba casi nada. Era una joya olvidada, de esas que pasan desapercibidas para quien no sabe mirar, pero que para quien sí lo hace se convierte en un tesoro.

Lo cogí con cuidado, temiendo que se deshiciera en mis manos. Lo abrí por la mitad. Las páginas estaban amarillentas, con ese color propio de los libros que han vivido, no de los que solo han estado almacenados. En el centro había una dedicatoria escrita con tinta azul, una frase breve que parecía encerrar un mundo entero.

Para quien todavía crea en las historias que no deberían existir y aun así existen.

Sentí una punzada en el pecho. Era perfecto para Aidan. Para ese chico que hablaba de la vida como si supiera demasiado sobre ella, para alguien que había aprendido demasiado rápido lo que significaba perder tiempo y aun así buscaba forma de llenarlo de algo bonito.

Cerré el libro con ambas manos, sosteniéndolo contra el pecho.

Sí.

Este era el que tenía que llevarle.

El dueño de la librería apareció desde el fondo, un hombre mayor con un chaleco de lana y una barba blanca que parecía salida de una novela victoriana.

—Buena elección. Ese libro siempre encuentra a quien tiene que encontrar.

—Eso espero —respondí, porque lo sentí real.

Pagué y me guardé el libro en la mochila, pero no pude evitar dejar una mano apoyada encima mientras salía de la librería. Tenía la sensación de estar llevando conmigo algo más que papel. Una especie de puente. Una promesa. Un gesto pequeño pero importante en este universo diminuto que Aidan y yo estábamos construyendo sin darnos cuenta.

Al salir a la calle, la luz del final de la tarde se colaba entre los edificios con un tono suave, muy distinto al de la mañana. Respiré hondo, no para llenarme de aire, sino para ordenar el corazón antes de volver al hospital.

Capítulo 49
Con la punta de los dedos

Emma

Avancé sin detenerme entre los pasillos del hospital, con el libro en la mochila y el corazón en el mismo punto exacto donde lo había dejado por la mañana: al otro lado del cristal.

Me acerqué a la habitación de Benji y, antes de verlo, vi a mi padre. Estaba sentado en el sofá gris, inclinado hacia adelante, con las manos entrelazadas y la mirada fija en el suelo. Sin duda, más cansado que ayer. Más derrotado. Más padre.

Me acerqué despacio.

—¿Papá?

Levantó la cabeza y me dedicó una sonrisa que intentó ser tranquila, pero no lo consiguió del todo.

—Hola, cielo. Has venido rápido.

—He salido en cuanto terminé todo —dejé la mochila en la mesita de siempre—. ¿Cómo está?

Mi padre miró a través del cristal antes de contestar. Benji estaba medio dormido, con la respiración profunda y la manta subida hasta el pecho. Mi madre le acariciaba el cabello con la punta de los dedos, tratando de no despertarlo.

—Ha pasado buena tarde. Algo cansado, pero dentro de lo esperado.

Me senté a su lado. No nos tocamos, pero sentí su cansancio.

—Mañana empieza otra sesión —añadió, bajando la voz.

Sentí ese pequeño hundimiento en el estómago que me acompañaba cada vez que mencionaban la quimio. Nunca me acostumbraba. No sabía si se podía.

—¿Están seguros de que es mañana? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—A primera hora. Lo han adelantado porque… —dudó un segundo, buscando cómo decirlo— porque quieren dejarle margen para descansar antes del fin de semana.

Parpadeé despacio.

—El sábado —murmuré.

—El sábado —repitió él, sin sonar convencido de nada.

Ambos nos quedamos en silencio un momento. Un silencio largo, pesado, que tenía más significado que cualquier palabra.

La Navidad estaba a tres días. Y fuera, la ciudad llevaba semanas empeñada en recordarlo con luces, villancicos, escaparates brillantes y gente cargada de bolsas rojas que avanzaba como si nada malo pudiera ocurrirle jamás. Pero aquí, en esta habitación, la Navidad era otra cosa. Un recordatorio incómodo de lo que no teníamos. De lo que quizá no podríamos celebrar nunca igual.

Me pasé una mano por la frente.

—No tengo ninguna gana de Navidad —admití, sin tapujos—. No me sale. No puedo fingir. Me siento… fuera de lugar.

Mi padre asintió, con ese gesto suyo que significa que entiende más de lo que dice.

—A mí tampoco me apetece demasiado —confesó—. Pero intentaremos hacer lo que podamos. Aunque sea pequeño. Aunque solo sea un momento bonito entre tanta tormenta.

—No sé si me sale lo bonito ahora mismo —susurré—. De verdad que no.

Mi padre apoyó una mano en mi hombro. Un gesto sencillo. Pero me sostuvo más que cien discursos.

—Hija, la Navidad no es obligación. Nadie nos pide que seamos felices porque el calendario lo indique. Si no te apetece celebrar, no pasa nada. Pero sí te pediría una cosa.

—¿Cuál?

—No le quites a Benji la ilusión de intentarlo.

Me quedé callada.

Era verdad.

Aunque doliera admitirlo.

—No tienes que poner sonrisas de mentira —continuó—. Solo estar. Estar con él. Eso ya es suficiente.

Me mordí el interior de la mejilla, porque esa petición me tocó en un lugar vulnerable. Él no lo sabía, pero llevaba días sintiendo que no estaba dando lo suficiente, que siempre me faltaba algo, que no alcanzaba a sostener todo lo que iba cayendo sobre nosotros.

—Lo intentaré —alcancé a decir.

Mi padre me miró como si saber que lo intentaría fuera más de lo que esperaba, o más de lo que se permitía pedir.

—Eso vale.

Volvimos a mirar a Benji a través del cristal. Maldito cristal, y a la vez poderoso, porque lo salvaba del mal del mundo, de eso que lo podía matar en cualquier momento.

Respiraba despacio, con el gesto relajado, ajeno a todas las decisiones difíciles que se estaban tomando por él.

—¿Y tú? —pregunté, girándome hacia mi padre—. ¿Estás bien?

—Estoy cansado —respondió con una sinceridad desarmante—. Pero seguimos. No hay otra.

Asentí. No había mucho más que decir.

Me quedé allí sentada, a su lado, mientras fuera el día terminaba de apagarse y dentro el hospital seguía en su rutina incansable. Intenté no pensar en mañana, ni en la quimio, ni en lo que podría salir mal. Solo quería respirar un poco antes de enfrentar las siguientes horas.

Y aun así, debajo de toda esa preocupación, sentía una presencia en algún lugar del pasillo. Una intuición suave, conocida. Aidan.

Cuando mi padre se fue a buscar un café, aproveché para asomarme al pasillo. No sabía por qué, pero necesitaba verlo. Quería contarle lo de la librería, lo del libro, lo del día en general. Y, en el fondo, también quería que él me contara algo, lo que fuera, aunque solo fuese una de esas frases suyas que me reordenaban el pecho. Fui directamente a su habitación, pero no estaba. Al salir, me encontré con una enfermera que solía ver por allí.

—¿Sabe dónde está Aidan?

—Creo que lo he visto en la sala común.

Tampoco lo encontré. Había un adolescente de unos quince años en una de las mesas del fondo, con los auriculares puestos y la

mirada perdida en la pantalla del móvil, moviendo el pie al ritmo de una canción que solo él escuchaba. Los sillones estaban desocupados y la tele de la pared emitía un programa en voz muy baja.

No había rastro de Aidan.

Dudé unos segundos y sentí una punzada pequeña de inquietud.

Volví al pasillo y me acerqué al mostrador de enfermería a preguntar otra vez por él. Había una mujer de mediana edad revisando unas carpetas.

—Perdone —hablé con cautela—, ¿sabe si Aidan está bien?

Ella levantó la vista y pareció reconocer de quién hablaba.

—Sí, cariño. Está aquí —respondió, con un gesto amable—. Ha pasado buena tarde. Lo vi hace un rato en la sala común.

La miré, confusa.

—No estaba.

—Seguramente habrá vuelto a su habitación —comentó, ya reorganizando papeles—. A veces sube y baja sin que nos demos cuenta.

Asentí, aunque la duda seguía zumbando dentro de mí, pequeña pero insistente.

Di media vuelta y caminé hacia su habitación. No sabía qué esperaba encontrar. Tal vez una cama vacía. Tal vez a una enfermera ajustando su medicación. Tal vez nada. Pero cuando entré, antes incluso de decir su nombre, lo vi.

Estaba sentado en el alféizar, con una pierna doblada, la otra estirada, exactamente en la misma postura en la que lo había visto la primera vez. Tenía un montón de papeles blancos a su alrededor y doblaba uno con precisión. El movimiento era lento, cuidadoso, casi ritual. Cuando levantó la cabeza y me vio, sonrió con la misma suavidad de siempre, como si hubiera estado esperándome.

—Hola, chica de pelo bonito.

—Hola —respondí y sentí que algo dentro de mí volvía a su sitio sin explicaciones—. ¿Puedo pasar?

—Mi casa es tu casa. —Fue una broma, pero me dolió.

Atravesé la habitación hasta ponerme a su lado. Había al menos una docena de barquitos alrededor, algunos pequeños, otros más

grandes, todos blancos salvo uno que tenía marcas azules.

—Fábrica nueva —comenté, señalándolos.

—La producción va bien —bromeó—. Aunque aún no tengo claro qué hacer con ellos.

—Puedes regalarlos —sugerí— ¿Y esa mancha azul? —señalé el diferente.

—Aquí el papel brilla por su ausencia. Pillo lo que puedo. Es del comedor. —Lo deshizo—. El menú del día. —Me hizo sonreír.

Saqué el libro de la mochila. No sé si fue el gesto o mi expresión, pero él se enderezó un poco.

—¿Qué es eso?

—Tu regalo.

—Vaya… —murmuró—. Es precioso.

—Lo encontré esta tarde —expliqué—. En una librería preciosa. Estaba esperándome. Lo sé. Llegué a él enseguida.

—¿Esperándote?

—Sí, sí. Fue amor instantáneo. Mira la dedicatoria. Está hecha para nosotros. Para todos. Sobre todo para ti. —Abrí la página y le puse el libro delante.

—Historias que no deberían existir… —leyó.

—Pero existen igual y… ¿Te leo un rato?

—Eso me parece perfecto, chica de la voz bonita. Hoy me duele un poco la cabeza y prefiero escucharlo.

—Claro.

Me senté a su lado, tan cerca que nuestras rodillas casi se rozaban, y abrí el libro por la primera página. Aidan se recostó contra la pared, relajó los hombros y me miró.

Leí.

—«¿Qué se puede decir de una muchacha de veinticinco años que murió? Que era hermosa. Y terriblemente inteligente. Que adoraba a Mozart y a Bach. Y a los Beatles. Y a mí.»

Sentí que Aidan respiraba más lento.

Continué.

—«Un día en que la chica me metía en el mismo saco con esos tipos del ramo de la música, le pregunté en qué orden me adoraba, y la chica contestó, sonriendo: ‘Alfabético.’»

Aidan soltó una risa baja. Suave.

—Vaya humor tenía —comentó.

—El mejor. Esa mezcla de ironía y verdad… Me encanta.

Se quedó mirando y las palabras se quedaron flotando en el aire entre los dos.

—Siempre he pensado que el primer párrafo de una novela es una declaración de intenciones —dijo de repente—. Como si el autor te dijera: «Prepárate. Esto va a doler, pero merece la pena.»

—Exacto —sonreí—. Es una advertencia y una caricia al mismo tiempo.

Aidan inclinó un poco la cabeza.

—¿Tú crees… que una historia puede empezar anunciando un final y aun así ser bonita?

Me quedé mirándolo unos segundos.

No sabía si hablaba del libro.

O de él.

O de nosotros.

—Sí —aseguré—. A veces las historias son bonitas precisamente porque sabes que no duran para siempre. Te obligan a mirar de verdad lo que tienes delante.

Él me sostuvo la mirada de un modo que me hizo sentir que el tiempo dentro de aquella habitación tenía otro ritmo distinto al del resto del hospital.

—Entonces quiero que sigas leyéndomelo —pidió, bajito.

Y yo continué.

Leí las siguientes líneas, despacio, dándole a cada palabra un significado nuevo porque él estaba escuchándolas.

Mientras leía, él doblaba otro barco, esta vez más pequeño.

Por un instante, sentí que nada malo iba a ocurrir mientras él me escuchara. O mientras yo siguiera leyéndole. Aunque ambos supiéramos, en el fondo, que las historias más hermosas también tienen finales que nadie quiere enfrentar.

Seguí leyendo unos minutos más, dejando que la voz llenara los huecos de la habitación. A Aidan parecía relajarle; cerraba los ojos a ratos, inclinaba un poco la cabeza hacia mi lado y dejaba que las

palabras hicieran su trabajo en silencio. Cuando terminé el primer capítulo, bajé el libro despacio y él parpadeó, como despertando de un lugar más tranquilo que aquel hospital.

—Es increíble cómo puede doler una frase tan sencilla —murmuró.

—Eso es lo que hace grande a un libro —respondí—. Que una frase de tres líneas pueda cambiarte un día entero.

Aidan apoyó el hombro en la pared y se giró hacia mí.

—¿A ti te ha cambiado algún libro una vida entera? —preguntó.

La forma en la que lo dijo… no era curiosidad. Era otra cosa. Alguna especie de necesidad por entender qué partes de mí estaban hechas de historias y cuáles no.

Me tomé unos segundos antes de contestar.

—Más de uno. —Sonreí sin pensarlo—. *Matadero Cinco. El guardián entre el centeno. La campana de cristal.* Y este. *Love Story*. No porque sea perfecto, sino porque, cuando lo leí, entendí algo importante.

—¿Qué? —preguntó él, atento.

—Que hay historias que se quedan contigo aunque no quieras. Y que el amor no es una garantía. No lo protege todo. No cura todo. A veces solo te acompaña. Y cuando termina, sigues llevando pedazos de él por todas partes.

Aidan me observó en silencio.

Tenía esa forma de mirarme que hacía que me costara mantener el aire dentro del pecho. No era intensa ni invasiva. Era… honesta.

—¿Eso te asusta?

—Un poco —admití—. Creo que todos tenemos miedo a querer algo que podemos perder.

Él bajó la mirada hacia los barquitos y tomó uno entre los dedos, el más pequeño.

Lo giró un par de veces antes de decir:

—Yo creo que querer algo es lo único que da sentido a todo lo demás. Si evitamos el miedo, evitamos también lo que importa.

—Dicho así suena fácil —contesté, apoyando el libro en mis rodillas.

—No lo es —sonrió—. Pero funciona. A mí me funciona.

No le dije nada, pero lo pensé.

A Aidan le funcionaba porque había aprendido a vivir en esa franja donde la vida se vuelve más frágil. Había encontrado una forma de existir sin huir de la verdad. Yo todavía estaba intentando llegar ahí.

—Emma —dijo entonces, con un tono que no le había escuchado nunca. Más bajo. Más íntimo—. Lo que leíste antes… lo del principio. Cuando el narrador dice que ella adoraba a Mozart y a Bach y a los Beatles… y a él.

—Sí.

—¿A ti te han amado así alguna vez?

Me quedé quieta.

La pregunta me atravesó como un rayo silencioso. No por lo que decía, sino por lo que implicaba.

—No lo sé —respondí—. Nunca he sentido que fuera suficiente.

Aidan ladeó la cabeza.

—Quizá nunca fue la persona adecuada —dijo con una calma que me descolocó—. O quizá tú no eras la misma que eres ahora. A veces el problema no es la historia. Es el momento de la historia.

No supe qué decir.

Y él, al verme callada, bajó un poco la voz.

—Pero tú mereces que alguien te quiera en mayúsculas. No solo en ratos buenos, ni cuando todo es fácil. Sino siempre. Incluso cuando no tienes fuerzas para sostenerte.

Sentí cómo se me encogía algo dentro. No tenía nada que ver con romanticismo barato. Era otra cosa. Algo que iba directo al lugar donde guardaba lo que nunca decía en voz alta.

—¿Y tú? —pregunté, antes de pensarlo—. ¿Has querido así?

Aidan me miró largo rato. Tanto, que pensé que no iba a contestar.

—Sí. Y tengo miedo. Mucho. Pero he aprendido algo.

—¿Qué?

—Que querer nunca es una pérdida. Ni siquiera cuando duele. Lo único que se pierde es lo que no se intenta.

—Has dicho que tienes miedo. En presente…

—Emma… Yo…

En ese instante la puerta se abrió suavemente.

Una enfermera asomó la cabeza.

—Perdón, cariño. Te están buscando.

—¿A mí? —pregunté, confusa.

—Sí. Tu padre.

Miré a Aidan.

Él me devolvió la mirada con una expresión tranquila.

—Debo irme.

Él asintió y giró el barquito pequeño entre los dedos.

—Te espero mañana, o pasado, o al día siguiente.

Dejé el libro en la mesita de noche y salí con el corazón bombeando fuerte. ¿Me había dicho de alguna forma que me quería, en mayúsculas?

Encontré a mi padre en el pasillo, apoyado en la pared junto a la máquina de bebidas. Tenía las llaves del coche en la mano y la chaqueta a medio cerrar, como si hubiera salido con prisa.

—¿Todo bien? —pregunté en cuanto me vio.

—Sí, tranquila —respondió—. Solo venía a decirte que me marcho. He traído el coche porque hoy tocaba recargar el frigorífico de la habitación del pequeño dragón. —Asentí— ¿Quieres que te lleve a Columbia? Así no tienes que ir sola en metro esta noche.

Lo pensé un segundo. No quería irme del hospital, pero ya era tarde y mañana nos esperaba un día complicado. Además, él tenía razón: el trayecto en coche sería más rápido.

—Vale.

Me despedí de Benji y de mamá y fuimos hasta el ascensor.

Mi padre abrió el coche y subimos sin hablar durante los primeros metros. Las luces navideñas iluminaban cada esquina y la gente caminaba cargada de bolsas, ajena a todo lo que pasaba dentro de los hospitales.

Atravesamos una avenida donde habían colgado guirnaldas que formaban un túnel luminoso.

—Parece que el mundo tiene más prisa por celebrar que por entender —dije sin mirar a mi padre.

Él soltó un suspiro breve.

—La Navidad saca a la gente a la calle —respondió—. No siempre porque estén felices, sino porque necesitan agarrarse a algo. A una excusa, a una tradición, a un motivo cualquiera para no pensar demasiado.

Miré por la ventana. Un grupo de niños corría hacia un puesto de chocolate caliente; una pareja se hacía fotos junto a un árbol gigante; varias personas se abrazaban al reencontrarse.

—A veces siento que vivo en paralelo. Como si todo esto ocurriera en otra ciudad, en otro universo.

Mi padre apoyó brevemente una mano en mi rodilla.

—Es normal sentirse así. Pero recuerda una cosa: no estamos obligados a celebrar como los demás. Y si este año la Navidad se limita a estar juntos unos minutos, ya será suficiente.

No respondí, pero agradecí esa frase.

Seguimos avanzando entre luces, villancicos lejanos y coches que tocaban el claxon sin demasiada convicción. La ciudad parecía vestida para una fiesta a la que yo no estaba invitada. Incluso los taxis amarillos estaban decorados con luces de colores.

Cuando llegamos cerca del campus, mi padre frenó junto a la acera.

—Llama si necesitas algo.

—Lo haré. Gracias por traerme.

Sonrió, cansado pero cálido, y esperó a que yo bajara para asegurarse de que entraba en la residencia sin problema. Le devolví el gesto con la mano antes de verlo alejarse por la avenida iluminada. Dentro se celebraba algo, yo solo quería seguir sosteniéndome en pie para que Benji no viera cómo su hermana se hundía y no podía darle la mano.

Capítulo 50
La campana

Aidan

Jonas mezclaba las cartas del Uno con una seriedad que no se daba ni para ponerse calcetines iguales. Yo lo miraba desde mi sillón, envuelto en la manta que Angie me había traído con demasiado entusiasmo, esa que picaba en los brazos pero calentaba lo justo para no tirarla por la ventana.

—Eso no es barajar. Eso es maltrato.

—Esto es arte, Aidan. Tú no lo entiendes porque tu talento se limita a doblar papel.

—Mejor doblar papel que llevar esa camiseta —señalé el dibujo descolorido de un astronauta que le cruzaba el pecho—. Debe ser patrimonio histórico.

—Cállate y coge cartas.

Me pasó siete.

Me tocó una mano terrible. Horrible. Un insulto de la vida.

—No pienso jugar así —protesté.

—Ah, ¿vienes a quejarte? Pues toma. —Puso un +2 encima de la mesa—. De bienvenida.

—Eres el enemigo público número uno.

—Tranquilo, luego me lo agradecerás.

—¿Por qué iba a agradecerte esto?

—Porque perder contra mí te mantiene humilde.

Juraría que estaba a punto de tirarle una zapatilla cuando el sonido quebró la sala.

La campana.

Un timbre redondo, brillante. No era un ruido. Tenía intención. Una vibración que siempre detenía el mundo durante un segundo.

Jonas levantó la vista igual que yo. Ninguno habló, no hacía falta.

Ese timbre significaba VIDA.

—¿Vamos? —murmuré.

Jonas asintió.

Se incorporó despacio, agarró la pértiga del suero y la arrastró con el ruido metálico que la acompañaba a todas partes. Salimos al pasillo.

La luz de la tarde se mezclaba con el murmullo del personal.

Y allí estaba.

Una niña con un pijama rosa lleno de unicornios. Doce años. Ojos grandes. Trenzas mal hechas. Tenía media sonrisa y temblaba. Su madre sostenía la campana para que pudiera tocarla sin apoyarse demasiado. El padre intentaba contener el llanto.

—Martha —murmuró Jonas, reconocí la ternura exacta de su voz —. Qué crack.

Me acerqué unos pasos. Ella nos vio y agitó la mano.

—Hola —susurró—. Esto… pasó.

—Menuda frase —sonreí—. ¡Qué grande eres!

Ella rio con un sonido pequeño pero claro.

Jonas soltó su pértiga y se arrodilló un poco, lo justo para quedar a su altura.

—¿Puedo darte un abrazo, campeona?

Fue ella la que lo rodeó con los brazos sin dudarlo y él pasó la mano por la espalda, como quien teme romper aquello que acaba de salvarse del fuego.

Martha sonreía tanto que iluminaba la sala.

—Gracias —dijo ella—. Tú siempre me saludabas cuando me dejaban salir al pasillo. Incluso cuando estaba muy fea.

—Nunca estuviste fea —negó Jonas—. Estabas cansada. Que es distinto.

Ella giró la cabeza hacia mí.

—Y tú me trajiste barquitos.

—Tenía excedente. La producción estaba disparada esa semana.

Ella sonrió más.

—Me quedé con uno azul. El de la estrella. Me dio suerte.

No supe qué decir.

Cuando alguien te dice algo así, cualquier palabra sobra.

La enfermera se acercó para llevarla al panel de fotografías, donde colgarían una imagen de ese instante.

Pero Martha volvió a girarse hacia nosotros dos.

—Quiero que estéis en la foto —pidió—. Sois parte de esto.

Jonas parpadeó dos veces. Yo tragué lentamente.

Nos colocamos detrás de ella. Martha sujetó la cuerda. Tocó la campana muy suave, demasiado.

—¡Dale fuerte, Martha! ¡Que lo escuchen en Brooklyn! —chillé.

¡Tolón, tolón, tolón!

Un sonido limpio, pequeño. Un recordatorio de lo que puede ganarse en un sitio donde casi todo se pierde.

—¡Pásalo bien en clase!

—¡No vengas a visitarnos!

Cuando la enfermera se la llevó, Jonas se quedó quieto un instante, con una expresión que no le había visto nunca. Ni miedo. Ni envidia. Algo distinto. Una mezcla de alivio y punzada.

—Aidan ¿escuchas eso?

—La campana.

—No.

—¿Entonces?

—Esperanza —susurró, sin apartar la vista del pasillo—. Suena distinto.

No respondí. Sabía que no esperaba que dijera nada.

Volvimos a la sala común en silencio. Él se dejó caer en el sillón, respirando despacio.

—Algún día la tocaremos nosotros —aseguró.

—A ver quién gana a eso. De momento voy perdiendo al uno.

Agarró las cartas.

—Por tres partidas.

—Mentira —repliqué—. Ganabas de dos.

—Ahora de tres. —Me lanzó un +4 sin vergüenza—. Cambio de color a azul, por el barquito de Martha.

—Eres cruel.

—Soy eficiente.

Cogí mis cartas nuevas.

—Jonas.

—¿Qué?

—No voy a dejarte ganar por pena.

—Ni falta que hace —sonrió—. No me vas a ganar de ninguna manera.

Y ahí estaba otra vez. Esa risa leve. Ese cansancio que él disimulaba para protegernos a todos.

Esa forma de aferrarse a la vida cada vez que alguien tocaba la campana.

Me incliné hacia la mesa.

—Si pierdo, me rapo.

—Pero si tienes tres pelos y medio.

—Por eso.

Soltamos unas carcajadas.

El sonido llenó el hueco que Martha había dejado al irse. Reímos hasta quedarnos sin aire, con la cabeza inclinada y los ojos brillantes.

Reímos vivos.

Aquel instante era la prueba.

Perdimos tantas cosas aquí dentro, pero de vez en cuando, la vida devolvía algo.

A veces una niña de doce años.

A veces una carcajada que desafiaba a la enfermedad.

A veces una partida de Uno que no acababa nunca.

Y seguí jugando con él, porque no sabía cuántas campanas quedaban por sonar.

Y tampoco quería pensarlo.

Solo quería estar ahí.

Con él.

Con su risa.

Con ese instante.

Vivo.

Capítulo 51
La explosión

Emma

La casa de la hermandad estaba encendida. Dentro celebraban un cumpleaños, un ascenso y el fin del mundo a la vez. Nada más abrir la puerta escuché música alta, risas y voces mezcladas que no tenían nada que ver con el día que yo traía encima. Era como cruzar a otro planeta. No uno mejor. Solo uno completamente ajeno a mí.

—¡Em! —me saludó Lindsay con un vaso de, con total seguridad, ponche en una mano.

Pasé de ella. Subí las escaleras, me metí en mi habitación y cerré la puerta detrás de mí con un suspiro largo. Solo deseaba meterme en la cama y dejar que el día se disolviera en algún rincón sin pedirme explicaciones. Pero la música llegaba hasta la última planta, atravesaba las paredes y vibraba en el suelo.

Me dejé caer en la cama, convencida de que, si cerraba los ojos con fuerza, el ruido se apagaría. No lo hizo. Intenté taparme con la almohada. Tampoco funcionó. Cada risa de abajo me golpeaba como si fuera una falta de respeto al hospital, a Benji, a mis padres, a Aidan. A mí.

—No puedo más… —murmuré, sin reconocer mi propia voz.

Me levanté de golpe y abrí la puerta con una determinación que no sabía de dónde venía. Bajé las escaleras sin pensar, empujada por un enfado que no se parecía a mí, que no sabía manejar y que, aun así, se abría paso dentro del pecho como una oleada inesperada.

Cuando llegué al salón, vi a doce personas que no eran de la hermandad, cerveza en mano, con los abrigos tirados por cualquier sitio y la música tan alta que costaba escuchar los pensamientos. Grace y Lindsay estaban en la cocina intentando servir unos snacks

mientras Maya discutía con alguien sobre quién había puesto reguetón a esas horas.

—¡Bajad eso! —grité.

Nadie me oyó.

O no quisieron oírme.

Respiré hondo y avancé hasta la mesa del altavoz. Lo apagué. De golpe. La música murió y las conversaciones se quedaron flotando un segundo antes de romperse.

—Fuera —dije, con una calma que no sentía—. Todos. Ahora.

Varias cabezas se giraron. Algunas sorprendidas. Otras molestas. Pero nadie habló.

—Emma… —empezó Grace, desde la cocina.

—No quiero discutir —continué y me tragué el temblor de la voz —. De verdad. Solo… necesito silencio. Y sueño. Y que os vayáis.

Hubo un murmullo general. Una chica se levantó sin hacer ruido. Un chico recogió su chaqueta del respaldo del sofá. Alguien más abrió la puerta. En menos de un minuto, el salón quedó vacío. Solo quedaban mis amigas.

Cuando la última persona salió, sentí cómo se me aflojaban las piernas. Subí las escaleras más deprisa de lo que pensaba, entré en mi habitación y cerré la puerta con fuerza. Me senté en el suelo, apoyé la espalda en la cama y me llevé las manos a la cara.

Lloré.

No como quien derrama dos lágrimas silenciosas.

Lloré como quien se ha pasado semanas aguantando la respiración sin permiso para soltarla. Lloré por Benji, por mis padres, por Aidan, por mí. Por la culpa. Por el cansancio. Por la impotencia. Por todo ese peso que no sabía cómo sostener.

No sé cuánto tiempo estuve así. Minutos. Quizá más.

Hasta que escuché pasos suaves subiendo la escalera. Luego un golpe tímido en la puerta.

—Emma —receló Grace, bajito—. ¿Podemos entrar?

No respondí con palabras, pero abrí la puerta.

Las tres entraron. Grace se sentó a mi izquierda, Lindsay a mi derecha, y Maya frente a mí, cruzada de piernas.

—¿Quieres hablar? —preguntó Maya.

Negué con la cabeza.

—Pues hablamos nosotras —habló Lindsay, acercándose para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja—. Si te apetece escuchar, bien. Si no, nos quedamos en silencio. El silencio también sirve.

Grace me miró con ternura.

—Estás agotada. Y no pasa nada por decirlo.

—No es solo cansancio —logré hablar, con la voz quebrada—. Es… demasiadas cosas a la vez. Me siento fuera de todo. Incluso de mí.

Lindsay tomó mi mano y la apretó.

—Cariño, llevas semanas cargando con algo que no debería cargar nadie sola. No tienes que disculparte por explotar un día. Eres humana. Y estás sufriendo. Mucho.

Maya asintió.

—Y sigues viniendo a clase, y sigues entregando trabajos, y sigues yendo al hospital, y sigues respirando —añadió—. Eso ya es un milagro. No te exijas más.

Me limpié las lágrimas con la manga.

Sentí que el aire me volvía a entrar un poco mejor.

—Lo siento —susurré—. No quería gritar ni echar a nadie. Solo… no puedo más.

—No tienes que disculparte —aseguró Grace—. Ni hoy, ni mañana, ni la semana que viene. No estás malhumorada. No estás siendo injusta. Estás viviendo algo que ninguna de nosotras ha conocido. Estás haciendo lo imposible.

Lindsay apoyó la frente en la mía.

—Estamos contigo —susurró—. No para solucionarlo todo, pero sí para que no te sientas sola un día más.

Maya añadió:

—Cuando no puedas más, nosotras podemos un poco por ti. Para eso estamos.

Y ahí, rodeada de mis amigas, con la respiración entrecortada y las manos temblando, sentí algo parecido a un descanso. No una solución. No una alegría repentina.

Solo descanso. Un sitio donde dejar caer el peso aunque fuera un rato.

No tuve que pedirlo, no, no hizo falta. Grace fue la primera en proponerlo y Lindsay y Maya apoyaron la propuesta. Ni siquiera se pusieron el pijama. Grace se levantó y cerró la puerta. Lindsay apagó la luz principal y encendió la lámpara de mi mesita, que dejaba la habitación en una penumbra cálida, más amable que cualquier abrazo. Maya abrió mi armario sin preguntar y sacó mantas, almohadas, un par de sudaderas grandes y un edredón que hacía siglos que no usaba, pero que ahora parecía perfecto.

—No te vamos a dejar sola —advirtió Lindsay, adelantándose a cualquier protesta.

—Literalmente —declaró Grace, señalando el suelo—. Vamos a invadir este cuarto hasta nueva orden.

Maya extendió una manta gruesa sobre la alfombra y empezó a colocar cojines alrededor, construyendo una especie de nido improvisado.

—A ver. Si vamos a hacer terapia de madrugada, al menos que no acabemos con dolor de cervicales. Aún no puedo expedir recetas.

—Yo quiero la esquina —anunció Lindsay mientras tiraba un cojín al suelo para reclamar territorio.

—Estás en tu casa —respondió Grace.

Yo me dejé caer en la cama. Ellas ocuparon el resto del espacio creando un mapa invisible que ya habían dividido. Grace se tumbó boca arriba a mi lado, compartiendo mi almohada. Lindsay y Maya se acomodaron en el suelo, sobre la alfombra y la cama improvisada, acurrucadas con el edredón y una expresión práctica y serena.

—Lind, no me quites el cojín.

—Hay dos, señora futura doctora —rieron.

Recordé que a Aidan le dolía la cabeza, me pregunté cómo estaría.

—¿Todo bien? —musitó Grace.

—Un poco mejor. —Me escocían los ojos y el alma. Ella me agarró de la mano por debajo de las sábanas y miró al techo.

—Creo… —Suspiró—. Creo que la vida es una especie de ensayo general. Que nunca terminamos de entender qué se supone que

tenemos que hacer, pero aun así seguimos adelante porque ese es el trato —desglosó, cristiana convencida.

—¿Hablas del cielo? —cuestionó Lindsay.

—Supongo… Sí.

—Eso es muy tú. Poético, dramático y… nunca sabremos si cierto. Me encanta.

—Pues yo no estoy de acuerdo —contradijo Maya desde el suelo, con la voz tranquila—. La vida no es un ensayo. Es el acontecimiento en sí. Y no se repite. Cada decisión tiene consecuencias reales. Cada pérdida también. No hay versión alternativa.

—Qué fría eres —protestó Grace, aunque se notaba que lo decía con cariño.

—No es frialdad —corrigió Maya—. Es perspectiva. En medicina ves cosas que te obligan a aceptar la realidad sin decoración. Gente buena muriendo. Niños enfermos sin explicaciones. Familias destrozadas. El cuerpo es frágil. La vida es frágil. Es lo que hay. Y aun así hay belleza. Incluso en eso.

Me quedé escuchándolas. Era como oír tres maneras distintas de sostener el mundo. Durante unos segundos discutieron entre sonrisas sobre lo que significa vivir.

—Creo que vivir es… estar presente —las interrumpí—. Incluso cuando duele. Incluso cuando te parte. Estar para quienes te necesitan. Estar para uno mismo aunque no siempre sepas cómo. Y comprender que no hay garantías. Que nada dura para siempre, pero que eso no le quita valor. Al revés. Se lo da.

Maya levantó la vista desde la manta.

—Eso sí te lo compro. En medicina lo vemos cada día. La muerte no invalida la vida. La destaca.

Grace se giró hacia mí.

—¿Y la muerte? ¿Qué sentido tiene para ti ahora que estás tan cerca de ella en cierto modo?

Respiré hondo.

—Creo que la muerte nos obliga a mirar. —Me quedé un momento buscando las palabras—. A apreciar lo que respiramos sin pensar. Lo que damos por hecho. A las personas que no nos imaginamos perdiendo. A los instantes pequeños. Creo que la muerte es la forma

que tiene el mundo de recordarnos que lo que importa nunca es el tiempo, sino cómo lo llenamos.

Lindsay alzó la mano y agarró la mía desde el suelo.

—No sé cómo consigues explicarlo tan bien con lo que estás pasando —susurró.

—Porque estoy rota —sonreí con un temblor involuntario—. Y a veces las grietas dejan pasar cosas que antes no veías.

Maya asintió.

—La gente cree que la fortaleza es seguir sin quebrarse —añadió —. Pero no. Es quebrarte y seguir. Eso es fuerza.

Grace se giró hacia mí y me abrazó por los hombros.

—Estamos aquí —repitió—. Y vamos a seguir aquí. No tienes que sostener el mundo sola. No eres una isla.

Lindsay apoyó la cabeza mejor contra mis piernas, buscando mayor comodidad.

—Y si mañana necesitas llorar otra vez, lloras. Y si necesitas gritar, gritas. Y si quieres silencio, lo hacemos. Pero no te vamos a dejar sola un solo día más.

Sentí que el peso del día empezaba a desplazarse un poco, no porque desapareciera, sino porque se repartía entre nosotras.

Nos quedamos así, hablándolo todo y nada durante un rato más. Hicimos hueco a ideas sobre la vida, el miedo, los sueños que habían cambiado y los que todavía estaban intactos. Maya habló de algunos pacientes que le enseñaron que la ciencia no sirve de nada sin humanidad. Grace recordó un poema que decía que el alma es un mapa lleno de tachones. Lindsay confesó que a veces tenía miedo de no ser suficiente para nadie. Y yo les dije que las necesitaba más de lo que sabía decir.

Cuando el sueño empezó a vencernos, la habitación quedó convertida en un pequeño campamento improvisado. Grace dormía a mi lado, con medio brazo encima de mí. Lindsay estaba hecha un ovillo en el suelo, abrazada a un cojín. Maya dormía con una mano bajo la mejilla y la otra sosteniendo un libro abierto.

Me quedé despierta un minuto más con la mirada en aquel cuadro imperfecto y hermoso.

Mis amigas dormían conmigo para no dejarme caer.

La noche nos sostenía.

El mundo entero afuera celebraba algo que no entendía.

Pero aquí dentro había una verdad mucho más simple y más valiosa: no estaba sola.

Capítulo 52
Las amigas, medicina

Emma

Desperté con una presión familiar en el brazo. Grace abrazaba mi codo con la boca entreabierta. Lindsay se había movido a mitad de la noche y ahora dormía medio encima de la alfombra, medio encima de mis piernas, en una postura que desafiaría cualquier lógica anatómica. Maya seguía en el suelo, envuelta en el edredón hasta la nariz, con un mechón de pelo cayéndole sobre la frente y un bolígrafo todavía sujeto en la mano, como si hubiese estudiado hasta que el sueño la venció.

Me quedé un momento observándolas.

Habían dormido aquí para que no amaneciera sola.

Y ese gesto era tan valioso como cualquier medicina que conociera.

Me levanté despacio. Ellas fueron despertando una a una entre bostezos, quejas por dolor de cuello y risas flojas. Nos disfrazamos de normalidad como pudimos: café rápido, poco maquillaje, abrigos, gorros, bufandas, guantes, ojos hinchados pero funcionando.

—Hoy tienes clase a primera hora —recordó Maya mientras se peinaba con los dedos.

—Sí —respondí—. Luego iré al hospital.

Las tres asintieron sin hacer preguntas.

Sabían que cada día empezaba de una forma, pero todos terminaban en el mismo lugar: junto a Benji.

Salimos juntas hacia la facultad. Había nevado, los estudiantes cruzaban de un edificio a otro, cargados de apuntes y prisas. A mí la normalidad me dolía un poco.

Cuando entré en el aula de Literatura Universal, Anthony ya estaba allí, sentado en su sitio, con un libro subrayado y un café

entre las manos. Me vio en cuanto crucé la puerta.

—Emma —se levantó un poco e hizo un gesto para que me acercara—. ¿Tienes un minuto?

Fui hasta él sin demasiada gana, no por él, sino por mí. No me apetecía hablar con nadie ni tener que fingir sonrisas.

—¿Cómo está Benji? —preguntó en cuanto estuve cerca.

Ese tipo de preguntas siempre me recorrían como una corriente fría y suave a la vez. No sabía explicar por qué.

—Estable —respondí—. Luego voy al hospital.

Anthony asintió, como si lo entendiera perfectamente.

—Me alegro de que hayas venido. Y… por cierto, anoche… —Lo miré con una ceja levantada—. No estaba —se adelantó—, pero me lo han contado.

—¿El qué? —Sabía de qué hablaba.

Anthony sonrió con una mezcla de ternura y sorpresa.

—Que echaste a media casa de la hermandad.

Rodé los ojos.

—No fue exactamente así. —Suspiré sin ganas de justificarme—. Fue un mal día, Anthony.

—Lo sé —respondió, y no había ni una gota de juicio en su tono —. Y lo del artículo… —añadió— no tienes que forzarte. Escríbelo cuando estés lista. Aunque lo escribas dentro de un año. Aunque sea distinto a lo que esperaba.

—Gracias —murmuré porque necesitaba oír exactamente eso.

En ese momento entró el profesor. Un hombre mayor, barba impecable, gafas finas y el aura de quien lleva media vida viviendo dentro de los libros. Dejó su maletín en la mesa y nos miró a todos con solemnidad.

—Hoy vamos a hablar de la fragilidad —anunció—. Y de la belleza que hay en ella. La encontré ayer en un párrafo que quiero leerles.

Sacó un libro viejo, de cubierta desgastada, y empezó a leer:

—«Perdemos cosas. Personas. Momentos. Y aun así seguimos adelante. No porque seamos fuertes, sino porque avanzar es lo único que nos permite recordar sin quedarnos atrapados.» Anthony se giró hacia mí como si el profesor hubiera leído algo directamente sacado de mis pensamientos.

El profesor continuó:

—La literatura universal no es la historia de héroes invencibles. Es la historia de gente como nosotros. Gente que ama, que pierde, que se rompe y que sigue. Por eso leemos. Para no sentirnos solos en esa fragilidad.

No lo dijo mirando a nadie en concreto. Pero yo sentí que la frase me atravesó de lleno.

Anthony se inclinó hacia mí y susurró:

—Esto deberías guardarlo para tu artículo.

No respondí.

Porque tenía la sensación de que si hablaba en ese momento, se me rompería un pedazo del alma en mitad del aula.

Cuando terminó la clase, recogí mis cosas con prisas. Quería llegar al hospital cuanto antes. Anthony me tocó el brazo muy suavemente antes de que me marchara.

—Emma. Eres más fuerte de lo que crees.

No supe qué contestarle. Bueno, sí. Que estaba harta de que todos me dijeran lo mismo, sin embargo… solo me fui.

Llegué al hospital más rápido de lo que esperaba. Caminé por el pasillo de Pediatría intentando no mirar demasiado a los lados; algunas puertas estaban entreabiertas, otras cerradas, y cada una guardaba una historia que nunca conocería. Aun así, el ambiente lo decía todo: familias agotadas, enfermeras moviéndose con precisión milimétrica, médicos revisando informes como si estuvieran sosteniendo el mundo con los dedos. Aquí dentro la Navidad no tenía luces. Era un día más de supervivencia.

Frené al llegar a la sala de quimioterapia.

La puerta estaba cerrada.

La sesión debía estar terminando.

Saqué el móvil solo para mirar la hora, no para distraerme. Quedaban dos días para Navidad. Nunca un número me había resultado tan vacío. Dos días para que el mundo se llenara de villancicos y comida y promesas de felicidad. Dos días para que mi hermano volviera a pasar una noche entera ingresado, con

medicación clavándole el sueño, con su cuerpo pequeño luchando contra algo que parecía demasiado grande para él.

Me apoyé en la pared, intentando respirar de forma lenta y constante. La sala estaba tan silenciosa que podía escuchar los pasos lejanos de una enfermera en el pasillo perpendicular. Me crucé de brazos, no por frío, sino por necesidad de contener algo que no sabía cómo ni qué era.

La puerta se abrió de golpe.

Mi madre salió primero, sujetando una mochila pequeña y una mantita azul enrollada. Detrás, Benji venía en la silla de ruedas, empujado por una enfermera rubia que conocíamos bien. Tenía la cabeza apoyada en un lado, los ojos entrecerrados y un gesto de agotamiento que me partió por dentro. Pero cuando me vio, levantó la mano en un saludo débil.

—Hola, Em —susurró con la voz gastada y una mascarilla. Las defensas habían subido mucho y por eso le habían dado la quimio, pero había que seguir teniendo cuidado.

Me agaché a su altura, sin pensar.

—Hola, dragón. ¿Cómo ha ido?

—Estoy cansado.

—Lo sé.

Mi madre me miró por encima de él con preocupación.

—Ha sido larga. Pero la ha tolerado mejor que la anterior.

Eso debería haberme tranquilizado. Y supongo que lo consiguió en parte, pero ver a Benji tan flojito me deshizo la garganta. Aun así, le sonreí.

—¿Quieres que te lleve las cosas? —pregunté.

Benji negó apenas moviendo la cabeza.

—Solo quiero estar en la cama —respondió—. Y que me leas algo luego.

Mi madre apoyó una mano en su hombro.

—Vamos a llevarlo a la habitación —informó la enfermera—. Está deseando tumbarse. Y tendrá que seguir aislado. Es lo mejor.

Seguimos a la enfermera hasta la sala de aislamiento. Benji dejó caer la cabeza hacia un lado mientras avanzábamos. Mi madre le

acarició la nuca despacio, igual que hacía cuando era pequeño y se dormía en el coche.

Antes de entrar, la enfermera me puso una mano suave en el brazo.

—Hoy va a estar muy débil, Emma. No te asustes. Es normal después de una sesión tan completa.

Asentí, aunque el instinto me gritaba lo contrario.

Tomé asiento en el sofá gris y vi a mi madre acomodando almohadas, la enfermera dando indicaciones, Benji cerrando los ojos sin abrirlos del todo mientras intentaba encontrar una postura que no le doliera. Me sentí inútil, otra vez.

—Papá llegará más tarde —indicó mamá por el teléfono, sin apartar la vista de Benji—. Tiene una reunión que no podía posponer.

—Lo esperaré. —Volví a sentarme y abrí un libro del que tenía que hacer un comentario de texto. Me puse a leer, pero antes pensé en cómo una sola habitación podía contener tanto amor, miedo y esperanza al mismo tiempo.

Benji abrió los ojos apenas un milímetro.

Me levanté a las dos horas a estirar las piernas. No quería dejarlos solos, pero allí no podía ayudar en nada. Benji necesitaba descanso, no estímulos. Y yo… yo necesitaba verlo a él.

Caminé hacia la habitación de Aidan sin pensarlo demasiado. No sabía si estaba despierto, si había tenido un día bueno o uno terrible, si estaba en la sala común o simplemente quería estar solo. Pero mis pasos me llevaron allí en una acción automática.

Empujé la puerta con suavidad.

Aidan estaba tumbado en la cama, boca arriba, los ojos cerrados y una expresión que no le había visto nunca: una mezcla de agotamiento profundo y dolor contenido. Tenía una manta hasta el pecho y un pequeño montón de barquitos ordenados en la mesita de noche, junto al libro que le había regalado.

Me quedé un instante inmóvil en el umbral y… di un paso atrás para marcharme.

—¿Emma? —musitó.

—Lo siento —susurré—. Pensé que estabas despierto.

—No te vayas.

Me acerqué sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—Estás cansado. No quería molestarte.

—No molestas. —Alargó un poco la mano, apenas unos centímetros—. Quédate. Hoy no… —buscó aire— hoy no es un buen día.

Me coloqué a su lado.

—¿Quieres que llame a una enfermera? ¿Necesitas algo?

—Solo que estés aquí —cerró un poco los ojos mientras su respiración se acompasaba—. Y si puedes… —señaló con un gesto leve hacia la mesita—. Léeme un poco.

Love Story estaba donde lo dejé, con el lomo hacia arriba. Lo cogí con cuidado y me senté en el borde de la cama.

—¿Por dónde íbamos?

—Repite el principio —susurró—. Me gusta cómo lo lees.

Abrí el libro y volví al inicio, sabiendo que él ya se sabía esas líneas, pero también entendiendo que no era el texto lo que buscaba, sino mi voz.

—«¿Qué se puede decir de una muchacha de veinticinco años que murió? Que era hermosa. Y terriblemente inteligente. Que adoraba a Mozart y a Bach. Y a los Beatles. Y a mí.»

Aidan cerró los ojos otra vez.

Leí un rato.

No mucho.

El tiempo suficiente para que su respiración se volviera más profunda y para que mi propia voz empezara a aflojarme los músculos tensos del día.

Cuando levanté la vista, él no estaba dormido, pero el cansancio seguía ahí, pesado.

—No te vayas —suplicó.

—No voy a irme a ninguna parte. —Le agarré la mano.

No me lo pidió ni yo pregunté. Algo tiró de mí.

Me moví despacio, con ese cuidado que se tiene cuando todo parece frágil. Me tumbé a su lado, por encima de la manta, y él

levantó un brazo para rodearme sin apretarme. Apoyé la cabeza en su hombro. Él apoyó la suya contra mi frente.

Su respiración era cálida, suave, casi un susurro.

—Emma —susurró después de un silencio largo—. Yo nunca he querido morirme.

Sentí el corazón dar un vuelco lento.

Él continuó, bajito, como si confesara algo que llevaba demasiado tiempo guardado:

—Nunca. Ni cuando me asustaba todo esto. Ni cuando pensaba que estaba preparado. Nunca. Pero desde que te conocí… —dio un pequeño respiro— desde que te conocí me da más miedo. Porque ahora… ahora quiero más tiempo.

No pude evitar que se me cerrara la garganta.

—Aidan…

—Es la primera vez que deseo cosas que están fuera de mi alcance. —Me apartó un mechón de pelo con una delicadeza que casi dolió—. Y tú eres una de ellas.

Sentí un pinchazo cálido justo debajo de las costillas.

—Aidan… —Se me empaparon los ojos—. Yo… te quiero —musité.

—Lo sé —apoyó su frente en la mía—. Yo también te quiero. Mucho más de lo que debería. Mucho más de lo que creí que se podía querer a alguien.

No respondí.

No hizo falta.

Él me abrazó despacio. Yo bajé una mano hasta su cintura y lo acerqué un poco más. No había prisa ni deseo de llenar el silencio con palabras. Solo dos cuerpos cansados encontrando un sitio donde encajar durante un instante que parecía suspendido en el aire.

Nos quedamos así, respirando al mismo ritmo, con el libro abierto sobre la colcha.

Fue un abrazo tranquilo, uno de verdad, ese que busca amor puro en un día difícil. Nos quedamos dormidos en una habitación pequeña que para nosotros se había convertido en todo en un universo. Y juro que el techo se llenó de estrellas y esperanza, al menos, soñé con ello.

Capítulo 53
Los astronautas que esperan médula

Aidan

Jonas leía su libro sobre el universo preguntándose cómo la raza humana no se había extinguido. Yo hacía barquitos de papel porque ya no me quedaban suficientes fuerzas para poder fingir que estudiaba, ni energía para dormir, ni paciencia para contar azulejos. Los dos estábamos agotados. Del tipo de agotamiento que no se pasa con dormir ocho horas. El agotamiento de los que esperan una llamada: la llamada. La del trasplante de médula.

—¿Sabes qué pienso? —dijo Jonas sin levantar la vista del libro.

—Que las estrellas son bolas de gas calientes y nosotros también, pero menos estéticos —respondí.

—Literalmente sí. Pero no era eso. Estaba pensando que si nos trasplantan la médula pronto… podríamos celebrarlo.

—Con un barquito —respondí—. O con una fuga del hospital.

—Mejor una fuga —declaró él.

—Apoyo la moción.

Jonas pasó la página. Yo dejé otro barquito sobre la mesa.

—Tienes cien ya.

—Quiero que cuando me trasplanten, me entreguen la médula en uno de estos.

—Querrás vomitarla igual.

—Ese es mi superpoder. Vomitar hasta mis sentimientos.

Jonas sonrió, una sonrisa fina, transparente. Cuando sonreía así era porque no tenía fuerzas para una de verdad, pero aun así intentaba regalársela al mundo.

Yo estaba igual. Los dos flotábamos, de alguna forma, entre la vida y la luz de los pasillos.

Después de un rato, Jonas cerró el libro.

—Necesito moverme.

—Yo también. Sentirme inútil sentado es volverme inútil sentado.

Agarramos las sillas de ruedas que estaban aparcadas a un lado. Las ruedas chirriaron como nuestros planes. Jonas llevaba su libro en el regazo. Yo mi colección de barquitos.

—¿Estamos listos para dar la vuelta al mundo? —pregunté.

—Soy paciente trasplantable. Estoy listo para lo que quieras.

—Eso me preocupa un poco.

Empujamos las ruedas despacio por el pasillo. El hospital estaba lleno de olor a verano encerrado: aire caliente, lejía y ganas de salir corriendo. Pasamos delante de una ventana enorme. Jonas señaló hacia fuera.

—¿Te imaginas cuando podamos ver esto sin estar enchufados? —susurró.

—Lo veremos.

Nos quedamos un segundo callados.

Los dos sabíamos lo que significaba estar en lista de espera.

Los dos sabíamos lo que no se decía.

Yo rompí el silencio.

—¿Sabes qué pasará cuando me trasplanten?

—Que vomitarás —repitió.

—También. Pero quería decir otra cosa —sonreí—. Que cuando me trasplanten, te voy a ganar a UNO siempre.

—Estás flipando. Serás un recién trasplantado. Estarás débil.

—Mi espíritu competitivo no.

Nos reímos. Porque era eso o llorar.

En la esquina del pasillo apareció Angie, con los brazos cruzados y cara de «por qué me toca siempre la guardería difícil».

—¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó.

—Ejercicio —explicó Jonas.

—Activación cardiovascular —añadí.

Angie se pinchó el puente de la nariz.

—Necesitáis descansar. Los dos. Estáis esperando un trasplante. No podéis ir por ahí haciendo rallies de sillas.

—Angie —respondió Jonas—. Si me muero, no quiero que sea viendo la televisión.

—Ni yo. Prefiero morir dando vueltas por la planta.

—No vais a moriros —aseguró ella.

—Bueno… —respondí—. Esperemos.

—Aidan.

—Voy a vivir —sonreí—. Pero de momento déjame hacer un pequeño tour terapéutico.

Ella suspiró.

—Cinco minutos —concedió—. Y luego a descansar.

—Sí, mamá —manifesté.

—Te juro que te pincho otra vez —amenazó.

—Retiro lo dicho —respondí rápido.

Cuando doblamos la esquina, apareció Evelyn con un carrito de medicación.

—¿Otra vez vosotros?

—Estamos haciendo cardio —anuncié, de nuevo.

—Cardio profesional. De aquí a las olimpiadas —amplió mi amigo tullido.

Evelyn miró los barquitos en mis piernas.

—Eso no es cardio.

—Es mi legado. Cuando me muera, quiero dejar algo útil.

—¿Barquitos?

—Sí. ¿No me recordarán por eso?

—Te recordaremos por lo pesado que eres.

Seguimos avanzando por el pasillo, cada uno empujando sus ruedas con más fuerza de la que teníamos. No porque pudiéramos. Porque queríamos. Aunque fuera un metro más.

—Oye, Aidan. —Jonas se detuvo de pronto.

—¿Qué?

—¿Sabes qué es lo peor de Acción de Gracias en un hospital?

—Todo.

—El pavo.

—El pavo, sí —asentí—. Es como comer una esponja masticada por un perro.

—Voy a vomitar hasta la sopa.

—Yo también.

—Es tradición.

—La tradición es sufrir.

—Exacto.

—Falta un mes y medio. A lo mejor tenemos médula nueva y lo celebramos en casa. Hasta nos dejan beber un poco de ponche.

—Tengo dieciséis años. No me van a dejar.

—A mí tampoco, pero nos escapamos y celebramos juntos.

—¿Seremos amigos cuando salgamos de aquí?

—Tío, claro que sí. Te voy a llevar a las mejores fiestas de Columbia. Lo que vas a faldar en clase.

—Eso molaría mucho.

Nos miramos y… aunque sonreímos, nos dolió, pero reímos más, porque la realidad era cruel, porque los cuerpos se desgastaban más rápido que la esperanza. Porque la médula no llegaba. Porque las sillas chirriaban. Porque nuestros pulmones ardían. Porque la vida era eso: dolor y broma, mezcla absurda. Y aun así, ahí estábamos. Dando vueltas a un pasillo que ya nos conocía los pasos. Como astronautas varados en un planeta extraño, esperando una señal. Esperando la llamada. Y aunque el mundo no lo supiera, en ese pequeño pasillo, bajo un aire caliente y rancio… seguíamos respirando, que no era poco.

Capítulo 54
El cielo está repleto de ángeles

Emma

Me desperté porque un ruido brusco atravesó la habitación como una sacudida. Abrí los ojos de golpe. Solo vi el techo el primer segundo. Después giré el rostro hacia Aidan, que seguía dormido a mi lado, respirando con calma, agotado por dentro. Su mano aún descansaba sobre mi cintura y me calentaba la piel.

Otro ruido.

Más fuerte.

Un grito ahogado.

Luego un pitido.

Después, pasos rápidos.

Me incorporé con rapidez, con el corazón acelerado antes incluso de entender qué estaba pasando. Miré a Aidan. No se movió. No quise despertarlo, pero tampoco supe si debía quedarme o salir. El ruido volvió, más claro esta vez: una alarma corta, urgente, seguida del chirrido metálico de una camilla moviéndose rápido. O de un carrito.

Me levanté sin pensarlo y abrí la puerta.

En el pasillo había estallado la revolución: médicos saliendo de distintas habitaciones, enfermeras corriendo hacia la zona de aislamiento, el sonido de un monitor descontrolado repitiéndose una y otra vez como una orden desesperada. El hospital tenía un ruido particular cuando algo iba mal. Un ruido que había aprendido a identificar desde que Benji estaba aquí. Pero eso… Eso era nuevo para mí.

Avancé unos pasos.

Cada vez más asustada. Con los puños apretados y el pecho hundido.

Cada vez más consciente de que el corazón me latía como si quisiera escapar.

—¡Se está parando! —gritó una voz al final del pasillo.

Me quedé helada.

No.

No.

No.

Eché a andar sin sentir las piernas, empujada por un instinto irracional que me decía que algo no iba bien, que el mundo estaba a punto de romperse. Pasé junto al carrito de medicación que alguien había dejado abandonado en medio del pasillo, evitando chocar con él de milagro.

—¡Adrenalina, ya! —ordenó alguien.

La palabra me atravesó como un cuchillo.

El sonido del pasillo cambió. La energía cambió. Algo había cruzado una línea invisible. Los pasos eran más bruscos. Las voces más bajas. El pitido más irregular.

Y entonces lo escuché.

Frío.

Definitivo.

—No responde.

—Llevan doce minutos.

—No han podido hacer nada. Se le ha parado el corazón.

Frené en seco.

Sentí cómo el suelo se inclinaba bajo mis pies.

No.

No puede ser.

No puede ser él.

No hoy.

No así.

Eché a correr.

No recuerdo haber decidido correr.

Sólo lo hice.

Corrí hacia la habitación de mi pequeño y frágil hermano. Pasé junto a dos enfermeras que hablaban en voz baja. Pasé junto a una camilla vacía. Pasé junto a paredes que conocía de memoria. Todo se volvió borroso, la realidad se movía demasiado deprisa para mí.

LA VIDA SE DESDIBUJÓ.

Cuando llegué, me estampé contra el cristal. Mi pecho chocó con él. Mis manos también. Y vi la habitación. Vi el número.

No era la de mi hermano.

Era la de al lado.

La 307.

La de Xabier.

Cuatro años.

Leucemia agresiva.

Ojos enormes.

Sonrisa tímida.

El niño que dibujaba estrellas con ceras rojas.

El niño que hacía carreras por el pasillo cuando tenía fuerzas.

El niño que ya no verá más amanecer.

Me quedé paralizada, con la frente apoyada en el cristal. El corazón rugiendo en las sienes, pero el cuerpo se quedó quieto, sin lograr procesar lo que estaba viendo.

Dentro había cinco personas.

Un médico guardaba el desfibrilador.

Una enfermera recogía jeringas vacías de la cama.

Otra cerraba una carpeta con lentitud.

Y los padres.

Dios.

Los padres.

Clarissa cayó de rodillas al suelo, las manos en la cara, un llanto desgarrado que ni siquiera salía del todo. El padre estaba de pie, con una mano en la pared para no caerse y con el rostro descompuesto en una mezcla insoportable de incredulidad y dolor absoluto. Se escuchaban gritos. O yo gritaba por dentro.

Xabier estaba en la cama.

Pequeño.

Demasiado quieto.

Demasiado blanco.

Demasiado real.

Yo no era parte de esa familia. Pero ese dolor… ese dolor es universal. No necesita nombre.

Sentí un nudo en la garganta tan duro que casi no pude respirar. Y entonces me di cuenta de que estaba llorando. El llanto me nacía desde un lugar tan profundo que llevaba días intentando no mirar.

Mi madre apareció dentro de la habitación de Benji y me vio desde el otro lado del cristal. Se acercó despacio, con una expresión que no olvidaré jamás. Sabía lo que yo creía que había pasado. Sabía lo que yo había sentido al escuchar ese «no han podido hacer nada». Sabía que mi corazón se había roto en un segundo en mil pedazos. Sabía el cariño que le tenía a ese niño. Ella se lo tenía igual.

Me miró y negó con la cabeza. Despacio. Muy despacio.

Benji estaba bien.

Benji estaba vivo.

Benji dormía.

Y esa verdad me desarmó por dentro.

Las piernas me fallaron y apoyé ambas manos sobre una mesa para no caer.

Mi madre cogió el intercomunicador. Hablaba, pero yo solo veía sus labios moverse y las lágrimas rodar por sus mejillas.

Di dos pasos, o tres, o cuatro… y cogí el telefonillo.

—Emma —susurró, con una voz que temblaba tanto como la mía —. Cariño… no es Benji. No es nuestro niño. —Lloraba. Cómo no hacerlo.

No pude contestar.

No pude hablar.

Me quedé ahí, llorando en silencio, mientras el dolor de otra familia atravesaba el pasillo entero y viajaba por el universo. Un dolor que conocíamos. Un dolor que temíamos. Un dolor que, en el fondo, podía ser el nuestro en cualquier momento.

Xabier no volvió a abrir los ojos.

Ningún médico pudo cambiar eso.

La Navidad llegaría sin él.

Y el hospital siguió adelante.

Porque este lugar no se detiene para llorar.

Aquí se aprende a hacerlo mientras se sigue viviendo.

No recuerdo cómo llegué a la escalera que subía a la terraza del hospital. Solo sé que, cuando quise darme cuenta, estaba empujando la puerta metálica y el aire frío abrazó mi piel. Me recordó que yo seguía viva. Xabier no, pero yo y Benji sí. Y Aidan. Seguíamos vivos.

La nieve caía despacio, en copos anchos, casi perezosos. No cubría del todo el suelo, pero dejaba un brillo blanco sobre la barandilla, los bancos y los bordes del tejado. Caminé hasta la parte más alejada, donde el viento era más fuerte y se oía el rumor lejano de las sirenas de ambulancia mezclado con el silbido del invierno.

Y allí… allí me dejé caer de rodillas.

Primero lloré para mí, después… Después ya no fui capaz de contener nada. Lloré para el mundo entero, ese que seguía girando.

El llanto salió como un desgarro que llevaba días empujando, como una grieta que había aguantado demasiado. Lloré por Xabier, por su madre rota contra el suelo, por ese padre que había envejecido diez años en diez minutos. Lloré por Benji, por lo cerca que estamos siempre de ese borde invisible. Y lloré por mí, por este miedo que no se va ni cuando duermo, por esta vida al borde del abismo que nadie te enseña a sostener.

Me cubrí la boca con la mano, intentando que el sonido no saliera, pero no tenía dónde contenerlo. El cuerpo decidió por mí.

Nunca había entendido tan bien la frase de Tolstói: «Todas las familias felices se parecen; las infelices lo son cada una a su manera.»

Ahora sí.

La desgracia tiene demasiadas formas, cada una más incomprensible que la anterior.

Me limpié la cara con la manga del abrigo, aunque sirvió de poco: las lágrimas seguían cayendo al ritmo de la nieve.

Había algo terrible, monstruoso incluso, en lo que estaba sintiendo. Y aun así, era humano. Porque entre el dolor por Xabier y el miedo que me aplastaba el pecho, había algo más. Un hilo finísimo de alivio. Una punzada cálida y culpable. No era Benji. No era mi hermano. Hoy no era él. Y esa idea me golpeó con tanta fuerza que me dejó sin aire.

¿Cómo se puede llorar por un niño que no es tuyo y al mismo tiempo agradecer al universo que no fuera el tuyo?

¿Cómo puede convivir el amor y el alivio con el mismo peso?

¿Qué tipo de ser humano era yo por sentir las dos cosas al mismo tiempo?

Recordé una frase que había leído en un ensayo de Camus, una nota al margen casi escondida: «El corazón humano es un animal contradictorio. Ama, teme y se contradice sin descanso.»

Sí. Ahí estaba la verdad. La contradicción. El dolor doble. La culpa inevitable.

Me tapé la cara de nuevo.

Lloré hasta que la garganta me ardió, hasta que no pude distinguir si el agua en mis mejillas era nieve derretida o lágrimas nuevas.

La terraza estaba desierta.

El cielo, gris oscuro.

La ciudad, diminuta desde allí arriba.

Y yo, sola con un pensamiento que me rompía por dentro:

—No sé cómo se vive con esto…

No le hablaba a nadie.

Ni al cielo.

Ni a Dios.

Ni al hospital entero.

Era solo un susurro desesperado para no caer al suelo.

La nieve seguía su trayectoria habitual y deseé, irracional, que retrocediera, que subiera, que algo mágico hiciera retroceder el tiempo y Xabier siguiera vivo, que me hubiera dejado darle un último abrazo si su final iba a ser el mismo.

Y yo me quedé allí, arrodillada, temblando entre dos verdades imposibles de conciliar: Estoy destrozada. Estoy aliviada. Y las dos cosas, por cruel que suene, eran verdad.

La nieve casi me cubrió, pero ni ella borraba lo que acababa de ver, de sentir, de vivir. Solo cuando una sombra se detuvo a mi lado levanté la cabeza, todavía temblando.

Aidan estaba allí.

No debía estar.

No en ese estado.

No con lo cansado que estaba.

Pero allí estaba.

Tenía los ojos un poco hundidos, la piel más pálida de lo habitual y el jersey le quedaba demasiado grande. Respiraba demasiado lento, le costaba… Y aun así, llevaba una manta en los brazos.

Sin decir una palabra, la desplegó y la dejó caer sobre mis hombros.

Las manos le temblaron un segundo.

No por el frío.

Por el cansancio.

—Aidan… —murmuré, con la voz rota—. ¿Qué haces aquí?

No respondió.

Se limitó a arrodillarse delante de mí con una lentitud que delataba lo que le costaba moverse. Sus rodillas tocaron el suelo, la nieve, el frío, y aun así no se quejó. Solo me miró y me cubrió la cara con las manos. Sus dedos estaban helados.

—No llores sola —susurró.

Eso me quebró de nuevo.

El llanto volvió con más fuerza.

Él me abrazó con cuidado, sin apretarme demasiado. Pero aun así, su abrazo era firme. Caliente. Necesario.

Apoyé la frente en su cuello.

Sentí su respiración irregular contra mi piel.

Respiraciones demasiado cortas.

Demasiado débiles.

—Aidan… —jadeé entre sollozos—. No deberías estar aquí. Hace frío. Te vas a helar. No te conviene… no así… Hoy menos que nunca.

Él apoyó la mejilla en mi sien y cerró los ojos un instante.

—Me da igual —susurró, y fue una verdad desnuda—. Estaré donde estés tú.

Eso me hizo llorar aún más, de otra forma, de un modo más profundo. Me apreté a él sin pensar, consciente de que cada gesto suyo tenía un precio alto para su cuerpo.

—Estás agotado —intenté separarme para mirarlo.

Él negó muy despacio.

Tenía los labios ligeramente azulados.

El pelo húmedo por la nieve.

Los hombros tensos por el esfuerzo.

—Estoy contigo —respondió, y en su voz había algo de orgullo, algo de terquedad y mucho amor—. Eso es lo único que importa ahora.

Me tembló la barbilla.

—No quiero que te pase nada…

Aidan esbozó una sonrisa mínima, cansada, pero real.

—Emma, lo que me pasa o me dejará de pasar… no va a cambiar porque suba o no suba una escalera. Pero estar contigo sí cambia algo. Todo —levantó una mano y me acarició la mejilla, aunque ese gesto parecía robarle un poco de fuerza—. No me prives de eso. No hoy. Yo también quería a Xabier.

Lo abracé con más ternura. Él me envolvió con la manta y me acercó a su pecho, donde podía sentir cómo su corazón hacía un esfuerzo extra por seguir el ritmo del mío.

—Tengo miedo.

—Yo también —respondió él, sin ocultarlo—. Pero hoy… hoy no quiero esconderlo.

La nieve seguía cayendo alrededor de nosotros, dibujando un cuadro blanco y silencioso.

—No sé cómo se vive con esta culpa —confesé.

Aidan apoyó su frente en la mía.

—Se vive. Lento. Torpe. Con contradicciones. Pero se vive. Y yo… —respiró despacio, casi con esfuerzo— yo quiero vivir mientras pueda. Y si puedo elegir dónde pasar ese rato, elijo aquí. Contigo.

Me apreté contra él, sintiendo su calor, su debilidad, su voluntad.

—Te quiero —susurré entre lágrimas.

—Y yo a ti —respondió, sin dudar, aun con la voz cansada—. Más de lo que puedo explicar hoy. Más de lo que debería. Pero no sé hacerlo de otra manera.

Nos quedamos abrazados en la terraza, bajo la manta, con la nieve cayendo y la ciudad distante bajo nuestros pies. Él apoyó su cabeza sobre la mía. Yo rodeé su cintura con cuidado.

Y entre el frío y el cansancio, entre la culpa y el alivio, entre la vida y lo imprevisible, los dos cerramos los ojos. Y nos quedamos dormidos.

Capítulo 55
El trasplante

Aidan

El día que nos dijeron que había un donante para Jonas, el hospital me parecía igual de mierda pero no olía como tal. Yo estaba en la sala común, doblando otro barquito para mi flota interminable, cuando Jonas llegó rodando en su silla con una sonrisa tan grande que pensé que le habían metido algo en el suero.

—Aidan —frenó a mi lado—. Tengo noticias.

—Si me dices que van a cambiar el menú del hospital, no me lo creo.

—Me han encontrado donante.

El mundo hizo un ruido raro por dentro, como un golpe en una pared hueca. Lo miré, esperando ver la broma en su cara, pero no había broma. Estaban sus ojos de siempre: enormes, asustados y brillantes.

—¿En serio? —Alcé las cejas.

—Cien por cien compatible. Un chico de dieciocho años. Austriaco. Lo han dicho así, ficha: masculino, dieciocho, Austria. Y ya. Nadie sabe el nombre.

—¿Un austriaco? ¡Igual te trasplantan y empiezas a hablar alemán!

—Con mi suerte, lo único que voy a hacer es pronunciar fatal «Wiener schnitzel».

Me reí. No podía evitarlo. Jonas estaba tan feliz que contagiaba incluso con el catéter puesto.

—Quiero saber quién es —continuó—. Quiero darle las gracias. No sé… escribirle una carta a la familia, mandarles algo.

—Podemos mandarles barquitos. En plan: «Eh, gracias por la médula, aquí va mi proyecto artístico».

—No es tan mala idea.

—Es malísima. Pero podemos pensar en algo igual de horrible.

Él apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y suspiró.

—Si la analítica está bien, me trasplantan en cuatro días. En un mes estaré en casa. Aislado, pero en casa. Comiendo pavo seco en el sofá.

—El sueño americano.

—Exacto.

Lo vi apretar las manos contra los reposabrazos.

Tenía miedo. Se le notaba. Aun así sonreía.

—Te da pánico.

—Mucho. Pero más miedo me da no tener esta oportunidad.

Y ahí, de repente, no supe qué decir. Así que hice lo que mejor se me daba.

—Si sobrevives al trasplante, hago el pino puente.

—Me estás presionando demasiado para vivir —respondió.

—Estrategias motivacionales. —Ambos sonreímos y chocamos las manos.

Había posibilidades.

Un día después empezó el protocolo: más pruebas, más medicamentos, más advertencias. Jonas desapareció poco a poco del pasillo y se fue encerrando en esa zona de aislamiento que siempre me había parecido un decorado de película de ciencia ficción. Habitaciones con cristal, puertas dobles, trajes especiales, mascarillas, gel desinfectante por todas partes. Un mes allí dentro, dijeron. Treinta días. Treinta noches. Cuarentena de verdad. Cuerpo al límite, defensas por los suelos, médula nueva intentando hacerse amiga del resto.

La primera vez que lo vi ya dentro estaba en una cama blanca, rodeado de máquinas, con una mascarilla enorme tapándole media cara y un gorro quirúrgico que le hacía la competencia al mío. Su madre me saludó desde lejos cuando me acerqué al cristal.

—Jonas —llamé, apoyando la frente en el panel frío y llevándome el telefonillo a la oreja.

Él me vio y levantó la mano y la madre le dio el de dentro para que pudiéramos hablar.

—Eh, astronauta. Bienvenido a mi nave.

—Tiene poca decoración. Y demasiados cables.

—Es el pack completo.

—¿Qué tal con parte del austriaco? —pregunté.

—Ha sido… raro. No es muy espectacular, ¿sabes? Yo esperaba luces, música épica, algo. Y al final ha sido una bolsa colgando y un médico diciéndome que era buen momento para pensar cosas bonitas.

—¿Y qué has pensado?

—En la piscina —respondió—. Y en la socorrista. —Soltamos unas carcajadas—. Y en que quiero vivir. Quiero vivir mucho. Tiene que salir bien.

Tragué saliva.

—Bien pensado. Saldrá bien. Pronto estarás fuera de aquí.

—¿Tú qué habrías pensado?

—En Hannah gritándome por teléfono, en Owen haciendo el idiota, en Henry llorando sin querer que lo vea… —hice una pausa—. Y en ti. En que tenemos que jugar otra partida.

Jonas sonrió por debajo de la mascarilla.

—Pues entonces me lo he puesto por los dos.

Los días siguientes se parecieron demasiado entre sí. El tiempo se midió en analíticas, picos de fiebre, subidas y bajadas de ánimo. Jonas tenía días relativamente buenos, en los que estaba sentado, hablaba, leía un rato. Y días malos, en los que apenas podía mantener los ojos abiertos, el estómago le declaraba la guerra y el cuerpo no sabía qué hacer con las células nuevas.

Yo iba todos los días. Sin fallar uno. Era mi rutina: tratamiento, médicos, cansancio, y luego Jonas. Me plantaba frente al cristal, hablábamos un rato, él hacía chistes sobre lo bien que le sentaba el estilo alienígena, yo le contaba historias del pasillo, cotilleos de los residentes, rumores sobre el menú de Acción de Gracias.

—Dicen que este año el pavo será mejor —comenté un día.

—Mentira.

—Totalmente.

Me reí.

Sus defensas reptaban por el subsuelo, su cuerpo peleaba contra células nuevas que no sabían aún si querían quedarse, su piel estaba más sensible, sus manos temblaban a ratos. Pero seguía allí, luchando. Con miedo. Con humor. Agarrándose a la vida.

Capítulo 56
El frío no era de invierno

Emma

El frío fue lo primero que sentí. Un frío que ya no pertenecía al invierno, sino al cuerpo que empieza a rendirse al sueño en un lugar donde no debería dormir.

—¿Señorita? —escuché una voz ronca, algo lejana—. Oiga… despierte. No puede estar aquí.

Abrí los ojos. Una luz blanca me cegó durante un segundo. No sabía muy bien dónde me encontraba. Olía a nieve pero no la veía, aunque la sentía hasta encima de mis pestañas.

Frente a mí, inclinado, estaba un chico joven con una cazadora oscura y un cigarrillo apagado entre los dedos. El olor a tabaco era inconfundible.

—Va a morirse helada —apuntó, sin brusquedad—. ¿Qué hace aquí?

Me incorporé despacio, con el cuerpo entumecido.

—Yo… —miré alrededor, buscando a Aidan, tocando su manta, recordando su abrazo y su cansancio. Vi un pasillo, la escalera que sube a la terraza, los últimos escalones. No recordaba haber llegado hasta allí—. No debería haberme quedado dormida.

—No —confirmó él—. Definitivamente, no. —Observé la bata de enfermero que asomaba por debajo de su chaqueta.

Me cubrí el pecho con la manta.

—¿Ha visto a un chico? —pregunté, con voz temblorosa por el frío —. Estaba conmigo. Aidan.

El enfermero alzó las cejas en reconocimiento inmediato.

—Estaba agotado y mareado. Lo llevaron a su habitación.

«Está en su habitación».

«Estaba mareado».

Cada palabra me abría un agujero en la garganta.

Me levanté con el cuerpo rígido y la cabeza todavía nublada. El enfermero me sostuvo el codo un segundo para que no resbalara.

—Debería bajar. Y calentarse. ¿Quiere que la acompañe?

Negué.

—Puedo sola.

Él dudó un instante, luego apagó definitivamente el cigarrillo contra la barandilla y dijo:

—No suba sola de noche. Nadie debería.

Asentí sin prometer nada y bajé las escaleras.

El hospital hasta olía a silencio, ese que suena a tensión contenida después de la tragedia. No había risas en Pediatría. No había voces. Solo pasos y una nada que parecía más triste que la de otras noches.

Caminé hasta el sofá gris por inercia, sabiendo que no quería irme, sabiendo que necesitaba tierra firme. Y la encontré allí.

Mi padre estaba sentado con el abrigo abierto, los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas. Tenía los ojos rojos, no sé si del cansancio o de haber llorado. O de las dos cosas. Cuando me vio llegar, se puso de pie sin decir palabra.

Me acerqué. Y cuando estuve a menos de un metro, dio un paso hacia mí y desplegó los brazos como los dragones sus alas. Yo me lancé hacia ellos.

Me abrazó fuerte, pegándome de nuevo al mundo. Como si temiera que el viento pudiera arrastrarme si me soltaba.

—Papá… —mi voz se quebró sola—. Xabier… Xabier ha… —Lloré —. Yo… lo he visto… he pensado que… he creído que…

—Lo sé —apoyó la barbilla en mi cabeza—. Me lo ha dicho mamá. Me ha contado cómo te ha encontrado.

—No era Benji —solté entre sollozos—. No era Benji, papá. Y he sentido… he sentido alivio. Y ahora no sé qué hacer con esa sensación. Me siento… me siento horrible.

Mi padre me apretó más.

—No eres horrible. Eres humana. Y estás viviendo algo que ningún padre, ningún hermano, ningún ser querido debería vivir. El corazón no distingue bien entre el miedo y la gratitud. Se mezclan. Duelen juntos.

Me quedé ahí, hundida en su abrazo, temblando.

—No quiero que Benji muera —lloré.

—Yo tampoco —su voz también tembló.

—Y no quiero… no quiero que otros niños mueran —seguí, llorando—. No sé cómo procesarlo. No sé qué hacer con todo esto.

Mi padre me acarició el pelo como cuando era pequeña y me despertaba con pesadillas.

—No hay una forma correcta de vivir algo así. No hay manual. No hay respuestas. Lo único que podemos hacer es estar. Estar con él. Estar contigo. Estar presentes mientras todo esto pasa, aunque no entendamos nada.

Le agarré la camisa con fuerza.

—Tengo miedo.

—Yo también —no lo escondió—. El miedo no nos hace menos valientes. Nos hace más conscientes. Y nos obliga a amar más fuerte.

Levanté la cabeza.

Sus ojos estaban húmedos.

Los míos, completamente nublados.

—¿Todo esto es normal? —pregunté.

—No —respondió él, sin titubeos—. No es normal. Pero es real. Y no estás sola para llevarlo.

Me estrechó de nuevo, fuerte, sólido.

Así, abrazada a mi padre, supe que había un tipo de amor que también salvaba. No curaba. No borraba. Pero salvaba. Aunque fuera solo un poco.

Después de abrazarme a mi padre hasta que pude respirar sin que cada bocanada me doliera, me separé despacio. Él me pasó la mano por la mejilla, secó las lágrimas que aún caían y me dio un gesto leve con la cabeza.

—Ve a limpiarte la cara. —Metió la mano en el bolsillo y me dio unos dólares—. Compra algo de cenar. Para los dos. Hoy invito yo —trató de sonreír.

Guardé los billetes en el bolsillo de mi abrigo y giré para enfrentarme al pasillo. La habitación de Xabier ya estaba cerrada y

las persianas echadas. Allí ya no había rastro del niño que dibujaba estrellas rojas.

Mismos pasos. Pasé por al lado del ventanal, ese desde el que se veía la ciudad. Todo seguía su curso aunque un pequeño corazón había dejado de latir y una familia esperaba rota despedirse por completo de su ser querido, uno que no había vivido demasiado.

Tuve que limpiarme otra lágrima. Hasta las paredes guardaban luto sin decirle. Alguna luz se había fundido, varias, o estaban mucho más baja que otras noches.

Me detuve frente a la habitación de Aidan antes de entrar. Respiré. No por valentía, sino necesidad.

Empujé la puerta con suavidad.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por la luz del monitor cardíaco y una lámpara pequeña encendida junto a la cama. Aidan estaba tumbado de lado, encogido bajo la manta, con la respiración entrecortada. Tosió en ese momento, una tos seca, profunda, que no sonaba a malestar pasajero. Sonaba a cansancio. A debilidad. A algo que llevaba días anunciándose sin que yo quisiera verlo.

Al escucharme entrar, abrió los ojos.

Tardó un poco en enfocar.

Demasiado.

—Emma… —su voz era apenas un susurro áspero.

Me acerqué a la cama sin pensarlo. Me arrodillé a su altura y apoyé las manos en el colchón.

—¿Qué te pasa? —pregunté, aunque la respuesta ya colgaba en el aire.

Aidan tragó saliva con dificultad.

—Estoy… peor —admitió, sin adornos.

Intentó incorporarse un poco, pero el gesto le provocó otra tos, más fuerte. Me apresuré a ayudarlo, sosteniéndole la espalda para que se apoyara en mí.

—Deberías estar en cama, no vagando por terrazas heladas —intenté bromear, con una sonrisa rota.

Él sonrió apenas.

—No me arrepiento.

Lo miré.

Tenía la piel más pálida que antes.

Los labios un poco secos.

Los ojos hundidos.

—Aidan… —susurré, sin saber cómo seguir.

Él bajó la mirada un segundo, como si le costara sostener la mía.

—Han llamado a mis padres.

Sentí cómo el corazón se me apretaba despacio.

—¿Esta noche? —pregunté, aunque la respuesta era evidente.

Asintió, despacio.

—Van a venir ahora. Les han dicho que sería bueno… que pasaran la noche conmigo.

Esa frase cayó entre nosotros como una piedra pesada.

No un anuncio dramático.

No una sentencia.

Solo una verdad que dolía sin necesidad de explicarla.

Me senté en el borde de la cama y tomé su mano con cuidado. Aidan entrelazó sus dedos con los míos, con la poca fuerza que tenía.

—No quiero asustarte —murmuró—. Solo… solo no estoy bien hoy. Nada más.

—No me asustas. Me asusta que intentes fingir que no te duele.

Él apretó mi mano con un gesto pequeño, casi invisible.

—No quiero que me veas así —susurró, con la voz quebrada por primera vez—. Preferiría que te quedaras con lo de antes… conmigo contigo en la terraza, contigo leyendo, contigo abrazándome. No… esto.

Me incliné y apoyé mi frente en la suya.

—Aidan, yo estoy aquí por todo. No solo por los momentos bonitos.

Una lágrima resbaló por su mejilla.

La mía cayó al mismo ritmo.

—Emma… si esta noche no puedo… —hizo una pausa porque la voz se le rompió—. Si esta noche no estoy tan consciente como quisiera… no te vayas enfadada conmigo. ¿Vale?

Lo abracé, despacio, sosteniendo su espalda.

Su cuerpo delgado, frágil, demasiado tibio.

—No voy a enfadarme contigo jamás —susurré—. Lo único que me enfada es que tengas que pasar por esto.

Aidan apoyó la cabeza en mi hombro, respirando con dificultad, pero con intención.

—Me alegra que estés aquí. Aunque me duela. Aunque esté hecho polvo. Me alegra.

Le acaricié el pelo con cuidado.

—No me voy a ir.

—Sé que no. —Cerró los ojos un momento—. Por eso… por eso no tengo tanto miedo ahora.

El silencio que siguió no fue vacío. Estaba cargado de verdad. De ese tipo de verdad que solo se dice en una habitación de hospital a las tantas de la madrugada.

Me quedé a su lado. Sosteniéndole la mano. Escuchando su respiración irregular. Esperando con él.

La respiración de Aidan empezó a volverse más irregular a medida que el cansancio le pesaba los párpados. Me había tumbado junto a él, con su mano entre las mías, intentando enviarle con el tacto toda la fuerza que yo misma no tenía. Se había quedado callado, demasiado.

—Quédate un poco más —murmuró antes de cerrar los ojos del todo—. No quiero irme… No todavía… —desvarió.

—No voy a irme —le aseguré, en el mismo tono y sin dar importancia a sus últimas palabras.

Pero apenas habían pasado unos minutos cuando la puerta se abrió despacio. Evelyn entró con paso ligero, sin hacer ruido, pero con una expresión profesional, de esas que no admiten demasiadas negociaciones.

—Emma… —dijo en voz baja al verme—. No deberías estar aquí a estas horas.

Me giré sin soltar la mano de Aidan.

—Solo un momento más.

—Lo siento —contuvo un suspiro—. Pero los pacientes necesitan descansar. Ahora más que nunca. Y tú también deberías hacerlo.

Negué, con la garganta cerrada.

—No puedo irme.

La enfermera avanzó un poco más. No levantó la voz, pero había algo firme en ella, algo innegociable.

—Emma, el médico de guardia está terminando su ronda y pasará por esta planta en cualquier momento. Si te encuentra aquí, nos tocará llamar a Seguridad, y no quiero hacer eso. De verdad. Tienes que marcharte.

Miré a Aidan.

Dormía… o algo parecido a dormir.

Respiraba despacio, con los labios entreabiertos y el cuerpo hundido en la cama.

—No…

—Lo entiendo —repitió la enfermera, y esta vez su voz se quebró una pizca—. Créeme que lo entiendo más de lo que imaginas. Pero tienes que irte. Solo por unas horas.

Yo no quería escucharla.

No quería moverme.

No quería soltar su mano.

La enfermera dio un paso atrás, dejándome un último instante a solas.

—Tienes tres minutos. Pero luego sal, ¿vale? Por favor. —Cerró la puerta con cuidado.

Me giré de nuevo hacia Aidan. Escuchaba su pulso, su corazón bonito, ese del que me había enamorado. Mi primer amor, la primera vez que ardía con solo pensar en su nombre.

Me incliné sobre él. Sus pestañas descansaban inmóviles sobre sus mejillas. Tenía la frente húmeda.

—Volveré mañana —le susurré—. Antes de que amanezca. No pienses que voy a alejarme. No podría.

Me acerqué más, hasta que mi nariz rozó la suya.

Le besé despacio.

Un beso suave, cálido, que intenté cargar de algo que se pareciera a un descanso.

Él no reaccionó.

Ni un movimiento.

Ni una presión de vuelta.

Pero estaba dormido.

Deslicé mis dedos por su mejilla y apoyé mi frente en la suya un segundo más, memorizando la forma exacta en la que encajábamos.

—Te quiero —murmuré, tan bajo que apenas fue aire.

Me levanté con el corazón encogido.

Guardé sus barquitos con la mirada, le coloqué bien la manta y apagué la lámpara pequeña.

Salí justo cuando la enfermera regresaba. No dijo nada más, solo me tocó muy ligeramente el brazo, en un gesto de comprensión silenciosa.

Mientras caminaba por el pasillo, sentí que dejaba detrás de mí un pedazo del pecho, una parte que no sabía cómo recuperar. Pero no miré atrás. No quería que Aidan viera que me estaba rompiendo al marcharme. Aunque él ya dormía.

Cuando doblé el pasillo y vi el sofá gris, sentí un pequeño alivio irracional. Era el único lugar del hospital que parecía no juzgarme. Un trozo de rutina en medio de un mundo que se desmoronaba un poco cada día.

Mi padre estaba sentado en él, con la espalda hundida en el respaldo y la cabeza inclinada hacia atrás. El abrigo abierto, el café frío en el suelo y los brazos cruzados.

Cuando me vio llegar, despertó del sueño ligero en el que estaba atrapado.

—¿Dónde has estado? Te he estado buscando. —No había ni rastro de juicio ni regañina, solo preocupación sincera.

Encogí los hombros y me senté a su lado.

Me quité los zapatos y me recogí las piernas contra el pecho. Mi padre pasó el brazo por encima de mis hombros, acercándome a él de manera automática.

Apoyé la cabeza en su hombro. El cansancio acumulado me cayó encima como una oleada que ya no podía detener.

—¿Quieres que vayamos a casa? —preguntó muy despacio—. Hoy podrías dormir en tu cama.

Negué contra su hombro.

—No quiero irme —susurré—. Hoy menos que nunca.

Mi padre me abrazó más fuerte.

—Entonces nos quedamos.

No discutió ni intentó convencerme ni mencionó que mañana sería un día agotador, o que él tenía trabajo, o que yo tenía clase.

Nada.

Solo aceptó mi miedo como si fuera suyo. Porque lo era.

Nos colocamos mejor para poder dormir. O algo cercano a dormir. Él se deslizó hacia un lado del sofá, yo hacia el otro, y luego volvió a pasarme el brazo por encima, formando un pequeño hogar improvisado entre su cuerpo y el respaldo.

No era cómodo.

El sofá era estrecho, duro, y cada postura era peor que la anterior. Pero aun así… había algo reconfortante en estar allí, juntos, sosteniéndonos mutuamente en un silencio que no necesitaba explicaciones.

Las luces del pasillo parpadeaban cada cierto tiempo. Una enfermera pasó con un carrito de madrugada y bajó el volumen de su radio interna para no despertarnos. El hospital respiraba alrededor.

Yo cerré los ojos. Sentí el pulso de mi padre contra mi sien. El olor a detergente del sofá. El murmullo lejano de una máquina. El peso de la manta que me había puesto encima sin que me diera cuenta.

—Papá… —susurré, ya casi dormida.

—Dime.

—¿Crees…? ¿Crees que Benji estará bien?

Mi padre tardó un momento en contestar.

Un momento largo.

—No lo sé. Pero sé que está en buenas manos.

No pude evitar llorar un poco más, despacio, sin ruido. Mi padre apretó mi hombro con suavidad. Y allí, entre la incomodidad del sofá gris, el frío que se colaba por las ventanas y el cansancio que me adormecía, me entregué por fin al sueño.

Capítulo 57
El amanecer te encuentra de mil formas

Emma

El amanecer me encontró medio doblada sobre el sofá gris, con la manta hecha un ovillo en el suelo y la nuca protestando a gritos. El hospital tenía esa habilidad brutal de convertir cualquier superficie en una prueba de resistencia. Me incorporé despacio; un crujido mínimo salió de mi espalda. Mi padre seguía dormido a medias, su brazo seguía sobre mis hombros.

La luz que entraba desde el final del pasillo no era exactamente luz. Más bien una insinuación, un intento de mañana colándose entre las ventanas y dejando la planta suspendida en un tono insólito: ni noche ni día. Ese territorio intermedio donde todo es más frágil. Donde las máquinas suenan más fuerte. Donde la gente respira con cautela.

Me froté los ojos. No había dormido de verdad. Había cerrado los párpados por horas, sí, pero sin descanso. La noche había sido una sucesión de sonidos, pinchazos de miedo y esa vigilancia frenética que se instala cuando sabes que algo puede cambiar en cuestión de segundos. Cada vez que Benji se movía detrás del cristal, yo me enderezaba. Cada vez que un monitor pitaba en otra habitación, el pulso se me descontrolaba antes de recordar que no era él.

Mi móvil sonó en alguna parte y vibró en mi cintura. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y lo saqué. La pantalla parpadeó mostrando un 1% de batería.

—Genial —murmuré.

Deslicé el dedo para contestar la llamada sin mirar quién era. No tenía fuerzas para filtros.

—¿Emma? —La voz de Anthony llegó limpia, rápida, tan cercana que por un momento me vi sentada en un banco de la universidad

en vez de en este sofá incómodo—. Por fin. He estado llamándote sin parar.

Intenté incorporarme sin despertar a mi padre. Hizo un chasquido con la boca cuando me moví.

—Lo siento —susurré—. Estoy en el hospital. No he pasado la noche en casa.

Al otro lado hubo un silencio breve, de esos que no exigen explicaciones.

—¿Benji está bien?

Me mordí el interior de la mejilla. No quería abrir la puerta a lo que había pasado horas antes. No quería nombrar el fallecimiento de Xabier, ni la angustia del pasillo, ni la sensación de fragilidad que todavía llevaba bajo la piel.

—Está estable —logré decir—. Ha sido una noche complicada. Para todos.

No añadí más. La palabra «complicada» era insuficiente, pero cualquier intento de detallar lo ocurrido me haría temblar otra vez. No quería romperme al amanecer.

Anthony esperó unos segundos antes de hablar.

—Emma… solo quería preguntarte si podrás entregar el artículo esta mañana. El departamento lo necesita antes del mediodía. Si no te es posible, dímelo sin preocuparte.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo ojeras que debían llegarme hasta Boston.

—No puedo —admití—. No puedo escribir sobre la Navidad hoy. No puedo hablar de magia, ni de milagros, ni de esperanza. No… no me sale. Lo siento.

No pedí perdón por educación; lo hice porque me dolía decirle que no. Anthony siempre esperaba algo luminoso de mí. Y yo estaba hecha de sombras esa mañana.

El silencio volvió, un poco más denso.

—No te disculpes —respondió al fin—. Lo supe en cuanto escuché tu voz. Y lo entiendo. Nadie puede pedirte brillo en un día así.

Miré el pasillo vacío, las luces cálidas, los cubos de limpieza alineados contra la pared. A veces me parecía que el hospital estaba construido con los restos de cientos de noches como esta.

—La Navidad no es solo luces y canciones bonitas —añadió él—. También es la manera que tiene la gente de sobrevivir a diciembre como puede. No quería que escribieras el artículo por obligación. Quería que te ayudara, tal vez, a encontrar algo de consuelo. Un respiro.

No supe qué responder. Me quedé mirando el suelo.

—No hay consuelo aquí, Anthony. Y no lo digo enfadada. Lo digo porque es lo que siento. La vida es injusta. Y ahora mismo no encuentro nada que me haga pensar lo contrario.

Escuché su respiración al otro lado, tranquila y cuidadosa. Era un gesto pequeño, pero agradecí que no me contradijera.

—Lo sé. Por eso escribí yo uno. El artículo. Hace días. Por si lo necesitabas.

Me quedé quieta. No lo esperaba. No esa muestra tan simple y tan enorme de cuidado.

—¿Lo escribiste tú?

—Sí. Pero no para sustituirte. Solo para que no te sintieras presionada. Para que tuvieras algo que te cubriera la espalda cuando la vida no te dejara escribir. Era una forma de decirte… aquí tienes un respaldo. No estás sola.

Tragué saliva. Sentí un nudo pequeño en el pecho, no doloroso, pero sí intenso.

—Gracias —susurré—. No sé qué más decir.

—No hace falta que digas nada. Cuando alguien que quieres está pasando por algo así, todo lo demás pierde importancia. Yo solo quería ayudar.

La pantalla del móvil empezó a parpadear. El uno por ciento titiló una última vez antes de apagarse.

Me quedé con el aparato muerto entre las manos. El amanecer avanzaba despacio por el pasillo, tiñéndolo todo de un dorado suave que no tenía nada de alegre.

Mi padre abrió los ojos en ese momento, desorientado.

—¿Todo bien? —preguntó, con la voz tomada por el sueño.

Lo miré. Ni siquiera intenté fingir.

—No… nada está bien.

Al día siguiente era Nochebuena y sabía que absolutamente nada iba a sentirse como antes.

Papá se incorporó, estiró la espalda con un gesto cansado y me dijo:

—Vamos a desayunar. Aunque sea un café malo de máquina. Te vendrá bien comer algo.

Benji y mamá seguían dormidos, así que lo seguí sin protestar.

Todos, por desgracia, reconocemos el olor de una cafetería de hospital a kilómetros de distancia. A mí hasta me mareaba. Pedimos dos cafés cargados y dos bollos que al menos servían para engañar al estómago y darle la mínima estructura para seguir en pie.

Nos sentamos en una mesa apartada. Mi padre envolvía el vaso con las dos manos, buscando un calor que no sabía si era físico o espiritual. Yo iba desgarrando el bollo en pequeños trozos, sin apetito real, más por llenar el silencio que por hambre.

—No tienes buena cara. —No había crítica, solo preocupación atravesada por una madrugada demasiado larga.

—No he dormido casi nada —respondí y removí el café aunque ya estaba mezclado.

—Yo tampoco —admitió—. Pero estamos aquí. Y eso cuenta.

Me tomó la mano por encima de la mesa, con un gesto sencillo y a la vez inmenso. No me apretó fuerte. No necesitaba fuerza. Solo presencia. Y esa presencia me sostuvo más que la cafeína amarga que intentaba despertarme.

Bebimos en silencio unos minutos mientras escuchamos el murmullo sordo de otras familias, de médicos de guardia, de la televisión encendida sin volumen.

—Un niño tan pequeño, papá —susurré con una mano a la frente —. No debería ocurrir nada así. Nunca.

—Lo sé —contestó, y respiró hondo—. Y aun así pasa.

—Aquí pasa más de lo que uno imagina. Antes de vivir esto, pensaba que la muerte era algo lejano, algo que llegaría a su tiempo. Pero en este lugar el tiempo no funciona igual. Todo puede cambiar en un minuto.

Mi padre dejó el vaso sobre la mesa con un golpe leve.

—Pienso en sus padres —su voz era un hilo—. Pienso en lo que deben de estar sintiendo. Y me aterra.

Asentí mirando la superficie oscura del café que empezaba a enfriarse.

—A mí también —confesé—. Y no sé si está bien, pero una parte de mí… —me costaba decirlo—. Una parte de mí sintió alivio de que no fuera Benji. Y otra parte me odió por sentirlo.

Mi padre alzó la mirada. Sus ojos estaban llenos de un cansancio viejo.

—Eso no es egoísmo, Emma. Es miedo. El miedo no se elige. Viene. Y nos golpea. No te castigues por sentir. Las personas que aman, sienten así.

Guardamos silencio unos segundos, así dejamos reposar la conversación entre el ruido de platos y el zumbido de la cafetera.

Finalmente nos levantamos. Mi padre tiró los vasos a la papelera y me pasó un brazo por los hombros durante unos pasos, como hacía cuando era pequeña. Ese gesto siempre me había dado una sensación de hogar. Hoy dolía un poco más, porque el hogar entero residía en una habitación aislada de Pediatría.

Cuando bajamos del ascensor, escuché algo distinto: un murmullo bajo, un sonido conjunto de respiraciones contenidas, pasos que no eran los del personal sanitario. Una vibración en el aire que no pertenecía al día anterior ni al habitual bullicio del hospital.

Algo estaba ocurriendo en el pasillo principal.

Algo que todavía no entendía, pero que tenía ese peso extraño que prepara el alma antes de recibir un golpe.

Mi padre y yo intercambiamos una mirada silenciosa. Y avanzamos hacia la planta.

Lo vimos cuando doblamos la esquina. Un grupo de personas (familiares, enfermeras, algún médico con la bata doblada hasta la muñeca) estaba reunido alrededor del mural de fotografías que yo nunca había mirado de verdad. Siempre solo lo había rodeado.

Esquivado. Ignorado. Porque sabía lo que significaba sin querer saberlo. Hoy no podía evitarlo.

Había velas encendidas alrededor del panel, pequeñas luces blancas dentro de vasos de cristal. Las llamas temblaban al ritmo del aire que corría por el pasillo. Entre las fotos, no reconocí a nadie excepto a… Xabier.

Xabier sonriendo con timidez, sosteniendo su dibujo favorito: una estrella roja. Las mismas que decoraban su habitación. Las mismas que había visto a través del cristal antes de que su pequeño corazón se apagara.

Me acerqué despacio.

—¿Qué… qué están haciendo? —pregunté sin poder evitar que mi voz se quebrara.

Una doctora mayor, de pelo canoso recogido en un moño bajo, se acercó con suavidad. Había estado allí las veces suficientes como para llevar la tristeza con una dignidad impresionante.

—Es nuestro mural de despedida —explicó—. Cuando un niño se va, su familia puede dejar aquí una foto, una carta, un dibujo… lo que quieran. Algo que mantenga vivo su recuerdo entre nosotros. Todos los que trabajamos aquí los conocemos, los acompañamos durante meses, a veces años… se convierten en parte de nosotros. Este mural es nuestra forma de honrarlos. Y de sostener a quienes se quedan.

Tragué saliva.

Mi padre me puso una mano en la espalda.

—Cada vez que alguien fallece —continuó la doctora— hacemos una pequeña oración, si la familia lo quiere. Hoy… ellos lo han pedido.

Dos enfermeras colocaron la fotografía de Xabier en el centro del panel. Una de ellas tenía los ojos hinchados. La otra sostenía la vela mientras temblaba ligeramente, aunque no era por el frío.

La madre de Xabier estaba allí, agarrada al brazo de su marido, con el rostro completamente desbordado.

No era un llanto ruidoso.

Era uno de esos llantos silenciosos que duelen más que cualquier grito.

Una enfermera tomó la mano de la mujer.

Alguien murmuró:

—¿Estáis listos?

Y entonces empezaron a rezar al unísono.

—Padre nuestro, que estás en el cielo…

Me quedé quieta. Primero pensaba que no podría rezar. Que no sabía si quería. Que estaba demasiado rota para pronunciar algo que sonara a esperanza. Que un Dios bueno no hubiera permitido que un niño muriera. Pero la voz de mi padre me llegó por encima del estremecimiento.

Su mano se deslizó desde mi espalda hasta mi hombro y, sin mirarme, dijo en voz baja:

—No tienes que decir nada. Solo quédate.

Pero sí dije algo.

No sé cómo.

O por qué.

O si fue fe, necesidad o puro instinto humano buscando consuelo.

—…santificado sea tu nombre… —Mis labios se movieron solos. La oración avanzó. Las voces se unieron. Algunas firmes. Otras quebradas. Otras sin sonido, solo con intención.

Cuando colgaron la foto de Xabier en el panel, Clarissa la acarició con la punta de los dedos.

Ahí perdí la mínima contención que me quedaba.

Las lágrimas me cayeron sin control.

Mi padre me abrazó por los hombros y me atrajo hacia él.

Yo apoyé la frente en su pecho y dejé que mi cuerpo temblara un poco más.

—Es demasiado… —susurré, con la voz hecha pedazos.

Mi padre me abrazó con más fuerza.

—Lo sé —contestó—. Pero es lo único que podemos hacer.

La vela seguía ardiendo frente a la foto de Xabier. Una llama pequeña que se mantenía firme. Entendí algo, no sé cómo ni por qué: Y es que el dolor no desaparece cuando alguien se va. Pero el amor tampoco lo hace.

Cuando el rezo terminó, la gente empezó a dispersarse despacio. Algunas personas abrazaban a los padres de Xabier; otros se alejaban en silencio, respetando el dolor ajeno. El panel quedó iluminado por la luz de las velas, con la fotografía de Xabier en el centro, rodeada de otras vidas que también habían pasado por allí.

Mi padre se acercó a Clarissa y su marido.

Yo me quedé donde estaba. No porque quisiera, sino porque el cuerpo no respondió a la orden de moverse.

—Lo siento muchísimo —escuché decir a mi padre—. Cualquier cosa que necesiten, de verdad…

—Gracias —dijo el padre de Xabier, con la voz rota—. El sepelio será la próxima semana, en New Jersey. Nuestra familia está allí. No queremos… no queremos hacerle pasar por más hospitales.

Mi padre asintió en silencio. La conversación siguió unos segundos más, pero mis oídos ya no estaban allí.

Algo en el panel llamó mi atención. Una carta, colgada con una chincheta encima de algunas fotografías. Con tinta azul más oscura que el resto y… un nombre.

Firmaba: Aidan.

Mi corazón se detuvo. No de miedo. De intuición.

Me acerqué lentamente.

Deslicé los dedos por el borde del papel y la levanté con cuidado para leerla.

Era breve.

Pero había tanta verdad en cada línea que me atravesó como un hilo de luz triste.

La carta decía:

Para Jonas.
De Aidan.

No sé si se puede escribir una despedida cuando no quieres despedirte.

Tampoco sé si estas palabras llegarán a alguna parte.

Pero si existe un lugar donde todo lo bueno continúa, estoy seguro de que tú estás ahí.

No voy a decir que eras fuerte.

Eso ya lo decía todo el mundo.

Yo prefiero decir que eras valiente.

Que mirabas al miedo de frente aunque te temblaran las manos.

Que te reías de cosas que daban ganas de llorar.

Y que me enseñaste que la amistad también cabe en un hospital, incluso entre dos chicos que se conocieron por casualidad en la peor de las salas.

No quiero olvidarte, Jonas.

No voy a hacerlo.

Voy a recordarte diciendo que querías ser astronauta solo para poder ver el mundo sin agujas ni batas blancas.

Te prometí que si tú no podías mirar las estrellas, yo lo haría por los dos.

Así que eso haré. Subiré a la terraza solo, sin ti, y pediré varios deseos. Uno de ellos ya no se cumplirá. Pero me da igual. Lo haré por ti. Rezaré por tu familia. Miraré hacia arriba y pensaré en ti.

Gracias por enseñarme a no tener miedo por un rato.

Gracias por quedarte conmigo cuando yo estaba cansado.

Gracias por hacerme reír cuando pensé que no podría volver a hacerlo.

Hasta que nos volvamos a ver, amigo mío.

Te dejo estas palabras para que sigas aquí, con los demás.

Con quienes te quieren.

Y conmigo, de alguna forma.

Aidan.

Cuando terminé de leer, tuve que cerrar los ojos. No para contener el llanto, sino para respirar. Algo me aplastó el pecho. Caliente y frío a la vez. Una emoción que no sabía nombrar. Porque había algo hermoso en esa amistad. Y algo devastador. Y algo imposible.

La firma seguía allí, perfectamente clara:

Aidan.

Mi Aidan.

El Aidan que había abrazado anoche.

El que me había dicho que tenía miedo. El que había subido a la terraza cargando una manta aunque apenas podía caminar. El papel estaba un poco amarillento.

Sentí un escalofrío. Uno lento. Profundo. Casi imperceptible.

Mi padre regresó y me encontró rozando la carta con los dedos.

—Emma. ¿Nos vamos? Benji se habrá despertado. Quizá necesiten algo.

Miré el panel de nuevo. Junto a la carta, la foto de un chico. La foto de Jonas. Un chico de unos dieciséis años, sonriente, con una gorra azul y un dibujo espacial en las manos. Me acerqué un poco más y achiné los ojos para verla mejor.

Mi corazón dio un vuelco. Pero no dije nada. Aún no. No podía. Solo supe que necesitaba ver a Aidan. A mi Aidan. Y darle un abrazo porque él también había perdido a seres queridos y no caí hasta ese momento.

Yo seguía mirando el panel, pero no vi nada más. Tenía la carta de Aidan aun latiendo en la cabeza, apretándome el pecho desde dentro, como si quisiera decirme algo que yo no estaba preparada para escuchar.

—Vamos —dijo mi padre—. Mamá nos estará esperando.

Asentí, aunque mis piernas tardaron unos segundos en obedecer.

Mi madre estaba sentada al lado de Benji, con una bandeja de desayuno frente a él. Le habían traído tostadas, zumo, y un yogur que ya empezaba a sudar encima del plástico.

Benji tenía los brazos cruzados y la boca apretada. Conocía esos ojos brillantes por enfado.

—No quiere comer nada —indicó mi madre en cuanto nos vio—. Nada.

Benji no levantó la mirada.

Yo me acerqué al cristal, cogí el telefonillo con suavidad y le hablé con la voz más cálida que pude reunir.

—Buenos días, pequeño dragón.

Benji apretó aún más la boca.

Alzó las cejas dos veces. Era su forma de decir hola cuando estaba cansado, cuando no tenía fuerzas ni para moverse. Aquella vez fue por la rabieta.

—¿No vas a comer hoy?

—No tengo hambre —habló por fin.

—Tienes que comer, Benji. Los dragones necesitan energía. Si no, no pueden crecer ni rugir fuerte.

Benji negó despacio con la cabeza.

—Estoy enfadado.

Mi madre lo miró sorprendida.

Mi padre frunció el ceño.

—¿Por qué estás enfadado? —tragué saliva.

Benji suspiró, frustrado, y señaló la pared donde estaban sus dibujos. Todos.

Excepto uno.

El del dragón azul con alas verdes rodeado de estrellas rojas.

—Porque los dragones ya no vienen. Se han ido. Ya no me visitan.

Se me rompió algo por dentro, si quedaba algo por romperse.

Respiré hondo, buscando una frase que no lo destrozara, que no revelara la verdad, que no lo dejara solo en su intuición.

—Benji… los dragones no se han ido —me obligué a sonar firme —. Solo han ido a ver a otros niños. A llevarles un poco de fuerza. Pero volverán.

Él negó.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No vuelven. Yo lo sé. Sé que no. Ya no están. Antes los soñaba… y ahora no.

Mi madre se cubrió la boca con una mano.

Mi padre bajó la mirada.

A través del cristal, yo sentí que mi propio corazón temblaba.

—Si no comes… —intenté suavizar el gesto— Santa Claus no vendrá. —Fui dura con un niño que luchaba contra una gravísima enfermedad, pero comer era parte de su recuperación.

Benji levantó la cabeza por primera vez. Sus ojos eran enormes. Y tristes. Muy tristes.

—¿Santa viene a los hospitales?

—Claro que sí. Es el primer sitio que visita. Ningún niño se queda sin regalo en Navidad. Ninguno. Santa sabe dónde estáis. Sabe que estás luchando. Sabe que te estás portando como un campeón.

Benji tragó saliva.

Y entonces, sin que lo esperara, preguntó:

—¿Y viene primero… por si algún niño se muere al día siguiente?

Mi madre cerró los ojos.

Mi padre se llevó una mano a la cara.

Yo me hundí por dentro.

Era demasiado pequeño para tener esos pensamientos.

Demasiado joven para entender la muerte con tanta precisión.

Demasiado inocente para haber visto tantas cosas entre estas paredes.

—Benji… —mi voz tembló, pero no me dejé caer—. Santa viene porque quiere traerte alegría. Porque sabe que aquí los días son difíciles. Porque quiere que tengas un regalo que te haga sonreír, aunque sea un segundo. No viene por miedo. Viene por amor. ¿Entiendes?

Él no respondió.

Miró la bandeja.

Las tostadas.

El yogur.

Y finalmente… la pared. Alargó el brazo y arrancó uno de los dibujos.

—No tengo hambre, Emma —murmuró—. Y no quiero que Santa venga por eso…

Sus palabras me perforaron tan hondo que tuve que apartar un momento el telefonillo para respirar.

Mi padre apoyó una mano en mi hombro.

Yo volví a acercarme al cristal.

—Benji. Aunque estés enfadado, aunque no tengas ganas, aunque hoy sea un día raro… tienes que comer un poco. Por ti. Por tus dragones. Porque están luchando contigo. Porque te necesitan fuerte, ¿vale?

Benji me miró un instante que me dejó sin aire.

—¿De verdad van a volver? —preguntó.

—De verdad.

—Promételo.

—Te lo prometo.

No sé si mentía, si fue una promesa vacía o si la cumpliría, sin embargo, no podía permitir que mi hermano de ocho años dejara de creer en la magia, no podía romperle ese pequeño mundo que lo mantenía a salvo, no podía ni quería que su pequeño universo explotara.

Y cuando Benji tomó la tostada con la mano y dio un mordisco pequeño (mínimo, casi simbólico) tuve que apartarme del cristal para que no me viera llorar.

Mi padre me abrazó sin decir palabra. Mi madre, desde dentro, se llevó la mano al corazón. Y Benji, mi pequeño guerrero, siguió mordisqueando su tostada, sin saber que acabábamos de sostenerle el alma entre los tres.

Capítulo 58
Dos manos, un cristal

Aidan

Aquel día no tenía nada de especial en el calendario. No había pruebas grandes, no había eventos médicos anunciados, no había más expectativa que la de siempre: aguantar, sumar un día más, esperar a que la médula austriaca y el cuerpo de Jonas firmaran un acuerdo de paz. Yo estaba más cansado de lo habitual, pero seguí el plan de siempre. Bajar al control, discutir un poco con Owen por mensaje, fingir que comía algo, perder media hora mirando el techo y después dirigirme a la zona de aislamiento. Me sabía el camino de memoria. Torcer a la derecha, seguir el pasillo, saludar a Angie si estaba en el mostrador, detenerme delante del cristal número tres.

Jonas estaba de pie.

Fue lo primero que vi. De pie. Apoyado en la mesilla. Delgado, pálido, ojeras de mapache, pero de pie.

Sentí una alegría idiota, inesperada.

—Míralo. —Pegué la mano al cristal—. Te pones de pie y ni me avisas. Traidor.

Jonas sonrió, o intentó hacerlo. Llevaba todavía la mascarilla.

—Quería enseñarte que no estoy tan hecho polvo —respondió—. Quince días trasplantado y sigo vivo. No está mal.

—Estás estupendo. Casi irreconocible. Ahora eres guapo. Será del austriaco.

—Gracias, cabrón.

Su madre estaba a su lado, con las manos en el aire, tratando de sujetarlo si tropezaba. Tenía la postura de quien lleva días durmiendo en una silla.

—Hola, Aidan.

—Hola. ¿Qué tal va hoy?

—Bien. Mejor.

Era la palabra que todos usábamos cuando no sabíamos qué decir.

Jonas me miró.

—Dicen que, si todo sigue así, seguro que para Acción de Gracias pueda estar en casa. Con mascarilla, como un apocalipsis personal, sin visitas, pero en casa.

—¿Ves? Lo vas a conseguir. Te vas a comer el pavo en tu salón.

—Mi madre no cocina muy bien —susurró, y la miró de reojo.

—¡Jonas! —Se quejó ella con una sonrisa enorme y los ojos muy brillantes, feliz.

Nos reímos.

Se sintió bien.

Hablamos un rato de tonterías: de un residente nuevo que se perdía por los pasillos, de un niño que se había escapado de su cama para ir a ver dibujos en otra habitación, de Owen que seguía presumiendo de ser el mejor amigo del mundo aunque llevaba una semana sin venir porque tenía mucho que estudiar y entrenar. Normal. Debía seguir con su vida. Yo iba a hacer un año allí ya.

—Dile a Owen que deje de quejarse. Ojalá nosotros estuviéramos aguantando a profes y entrenadores.

—Se queja por gusto. Se lo diré. Y me mirará mal. Y luego me traerá chocolatinas a escondidas.

—Ese tío es un héroe.

—Y un teatrero.

Jonas dio un paso más hacia el cristal. La madre se tensó.

—Despacio —susurró ella—. No te fuerces.

—Estoy bien, mamá —respondió él.

Se apoyó en el borde de la mesilla, levantó la mano para ponerla justo donde estaba la mía, al otro lado del cristal. Fue un gesto tonto, mínimo, pero nos dejó en silencio a los tres.

—Esto es de memos —analicé.

—Gracias por venir todos los días —esta vez no se rio. Se puso serio.

—No tengo nada mejor que hacer. El hospital sin ti es un coñazo.

—Mentiroso.

—Un poco.

—Aidan, en serio. Lo he superado por ti. Me hubiera muerto del asco aquí dentro si no te hubiera conocido. No me ha salvado un austriaco, sino tú.

—No sigas que lloro —bromeé, pero una lagrimilla quiso salir.

Él rio. Yo también.

Y entonces pasó.

Fue tan rápido que mi cerebro casi no lo entendió.

La expresión de Jonas cambió, apenas un segundo. Una sombra cruzó su cara. Sus ojos parpadearon más lento. Su mano resbaló por el cristal. Se tambaleó.

—Jonas —exhaló su madre.

Él intentó aferrarse a la mesilla. No lo logró. Sus piernas fallaron, de golpe, como si alguien hubiera cortado los cables. Lo vi caer hacia atrás, las rodillas cediendo, el cuerpo derrumbándose en un ángulo imposible.

—¡JONAS! —grité.

El sonido de mi voz rebotó en el cristal.

Su madre se lanzó hacia él, pero se le escapó de las manos. El golpe contra el suelo sonó seco, brutal. Ella gritó su nombre. Una y otra vez.

—¡Ayuda! —la escuché—. ¡Ayuda, por favor!

Mis manos golpeaban el cristal sin sentido. Sabía que no se iba a abrir, pero lo golpeaba igual.

—¡Jonas, levántate! —grité—. Eh, tío, levántate, no tiene gracia. ¡Jonas!

No se movía.

Todo se volvió ruido.

Gritos. Pasos. El timbre de emergencia. Gente corriendo. Batas blancas entrando en la habitación con prisa ensayada. Un médico gritó órdenes. Alguien apartó a la madre, que lloraba, que se resistía, que quería quedarse pegada al cuerpo de su hijo.

Yo no podía hacer nada.

Solo mirar.

Solo golpear el cristal.

Solo repetir su nombre.

Le quitaron la mascarilla. Le sujetaron la cabeza. Uno de ellos empezó maniobras de reanimación. Otro miraba el monitor. Otro hablaba por un teléfono que sonaba lejísimos.

El tiempo se rompió. No sé cuánto duró. Podrían haber sido cinco minutos, podrían haber sido cincuenta. Mi respiración iba tan rápida que me mareé, pero no me moví. Mis piernas no reaccionaban. Mis manos ardían contra el cristal.

Alguien puso una mano en mi hombro. No sé quién fue. Angie, creo. O Evelyn. No lo sé. Solo sé que intentó apartarme.

—Aidan… —dijo una voz—. Aidan, ven.

—No —respondí—. No… No… No…

El médico que estaba sobre Jonas se detuvo un segundo. Miró al monitor. Miró el cuerpo inmóvil en el suelo. Miró a la madre. Dijo algo en voz baja. No escuché las palabras, pero entendí la forma en que ella se derrumbó.

El mundo se quedó sin sonido. Sin aire. Sin nada.

Alguien cerró las cortinas del cristal. Me quedé fuera, mirando mi propio reflejo deformado mientras por dentro el cuerpo de Jonas, mi amigo, el de la mochila exagerada, el de los chistes de astronauta, el de la médula austriaca que iba a salvarle la vida, yacía en un suelo de hospital.

No recuerdo cuánto tiempo estuve allí.

Recuerdo que me temblaban las rodillas.

Recuerdo que pensé que el suelo iba a tragarse todo.

Recuerdo que alguien volvió a decir mi nombre.

—Aidan —la voz era de Angie—. Ven. Tienes que sentarte.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, con la garganta seca.

Ella tragó saliva. Tenía los ojos brillantes.

—Una complicación. Una hemorragia cerebral. Sabían que podía pasar, pero… las probabilidades eran mínimas.

—Qué…

—Lo siento.

No sé si me estaban hablando como paciente, como amigo o como niño. Yo ya no era nada de eso. Era solo alguien viendo cómo la esperanza se desangraba delante de un cristal.

Esa noche, el hospital olió igual de mal que siempre. Pero, por primera vez, no fue el olor lo que me resultó insoportable. Fue el silencio del hueco que dejó Jonas. El chico que iba a vivir. El trasplante que iba bien. El donante austriaco del que no sabremos nunca el nombre.

La carta de gracias que no llegaremos a enviar.

Los barquitos que no pude regalarle.

Y la certeza cruel de que, en esta guerra, a veces la vida elige al azar a quién deja irse, aunque lo haya hecho todo bien.

Capítulo 59
La carta me quemaba dentro

Emma

Cuando Benji terminó su desayuno a regañadientes, y mi madre se quedó con él leyendo un cuento, sentí algo dentro de mí empujarme hacia el otro pasillo. No quería esperar más. Necesitaba ver a Aidan. Respirar cerca de él. Asegurarme de que seguía ahí, de que había amanecido bien.

La carta seguía quemándome en la memoria. La firma. Las palabras. La ternura. La despedida. Lo había escrito el chico del que me había enamorado. Y esa carta era parte de él.

Asomé la cabeza por la puerta sin hacer ruido. Aidan estaba sentado en la cama, con las piernas cruzadas, la espalda apoyada en la pared y una manta cubriéndole las piernas. Tenía el ceño ligeramente fruncido en concentración. Sus manos, más temblorosas que otros días, doblaban con paciencia una hoja de papel blanco.

Un barquito. Otro. Otro más.

Los tenía alineados en la mesita como una pequeña flota esperando instrucciones.

Sonreí sin querer.

Él levantó la vista justo entonces.

—Emma…

Entré despacio.

—Estás… mejor —mentí. No quería preocuparlo.

Aidan ladeó la cabeza con una sonrisa ligera.

—Eso dicen todos cuando ven a un enfermo despierto —respondió—. Pero estoy… bueno. Estoy. —Alzó un hombro—. Eso ya cuenta.

Me acerqué a la cama y me senté a su lado, en el borde.

—Anoche te dormiste muy rápido —intenté sonar tranquila—. Ni te despediste.

—¿Me vas a regañar por dormirme? —Alzó una ceja, divertido.

—Quizá.

—Pues sí, me dormí enseguida. Mis padres pasaron la noche aquí. Luego se fueron temprano a trabajar. —Desvió un poco la mirada hacia la ventana, como si evitara decir algo más.

No me detuve ahí.

No podía.

—Aidan —susurré—. Encontré la carta… en el mural.

Supo de qué hablaba al instante.

—Jonas… —murmuró su nombre en un acto sagrado—. Escribí esa carta, pero… No me despediré de él jamás.

Esperé.

No dije nada.

Él continuó.

—Llegó un día a la sala común, con una mochila enorme para su tamaño y un dibujo del sistema solar que no cabía en ninguna carpeta. Tenía dieciséis años. Yo, diecinueve. —Sonrió de lado—. Me llevó cinco minutos darme cuenta de que era el niño más valiente que había conocido. Y cinco más para darme cuenta de que también era el más testarudo.

Me quedé mirándolo, sintiendo cómo se abría algo dentro de él que nunca había visto tan claro.

—Nos pasábamos horas juntos —siguió—. Él dibujaba planetas, y yo hacía barquitos. Él decía que quería ir al espacio para ver la Tierra desde fuera. Yo decía que quería ver el mar desde dentro. Éramos un buen desastre.

Sus ojos se humedecieron un poco, pero parpadeó antes de que una lágrima llegara a caer.

—Cuando empeoró… —su voz bajó— los médicos decían que podía pasar en cualquier momento. Pero él tenía una forma de mirar la vida que no encajaba con esa frase. Decía que no quería durar más: quería vivir más. Aunque fueran minutos.

Yo no podía apartar los ojos de él, de su vulnerabilidad, de su nostalgia, de su tristeza.

—La noche antes… —Aidan tragó saliva— me pidió que no lo olvidara. Que si algún día yo lo superaba, no sintiera culpa por seguir vivo. —Sonrió, pero era una sonrisa triste—. Me dijo que cuando él se fuera, yo tendría que mirar las estrellas por los dos.

Mi voz salió apenas en un susurro.

—La carta es preciosa, Aidan.

—No es preciosa —negó—. Es lo único que pude hacer cuando ya no estaba. Lo único que tenía. Las palabras fueron lo único que no me dolió darle.

Yo sentí el corazón apretarse hasta casi doler.

La ternura.

El amor.

El dolor.

Todo mezclado en ese chico que doblaba barquitos para no naufragar del todo.

—Siento que tuvieras que despedirte así —murmuré.

Aidan me miró. Por primera vez en días, me sostuvo la mirada con una profundidad que no supe descifrar del todo.

—Todos perdemos a alguien. La diferencia está en lo que hacemos con lo que nos dejan. Jonas me dejó valor, y un poco de cielo. Eso intento mantener vivo.

Apreté su mano.

Él apretó de vuelta, pero con menos fuerza que otras veces.

—Emma —susurró después—. Gracias por leerla. Por verlo a él. Por no mirar solo mi enfermedad, sino… lo otro. Lo que fui. Lo que soy cuando no me miran como un paciente.

—Nunca te he visto así —le respondí, sincera.

Aidan cerró los ojos un instante. Y cuando los abrió, había algo cálido brillando detrás de la tristeza. Más humano que nunca. Más frágil. Y más vivo que cualquier latido.

Capítulo 60
Nochebuena

Emma

Aidan me retó a subir las escaleras antes que él y, aun sabiendo que iba a ganarme por pura cabezonería, acepté. Estaba empeñado en demostrar que podía con los tres pisos. Sin parar. Un logro para cualquiera; un desafío serio para su cuerpo agotado.

—No vas a hacerlo —le advertí mientras subíamos—. Ni en un día normal, imagina hoy, que estás pachucho. —Yo quería negarme a aquella locura, podía desmayarse, no obstante, llevaba unos días tristes y hundido por Jonas, por su recuerdo, porque una pérdida así nunca se supera, y deseaba contentarlo.

—No arruines mi ilusión de atleta frustrado. Si me caigo, me recoges. —Él hacía lo indecible e inexplicable para seguir viendo la vida de colores.

—¿Cómo voy a recogerte yo sola?

—Ahora mismo soy peso pluma.

—No lo eres.

—Más o menos.

Yo bufé, él me dio un beso, rio y salió corriendo. Y así llegamos al descansillo del tercer piso, los dos un poco agitados, saltando, haciendo el ganso, él más pálido y yo más consciente de que lo estaba empujando a hacer una tontería preciosa.

—Victoria moral para mí —se apoyó en la barandilla cogiendo bocanadas de aire.

—¿Moral?

—La única que puedo permitirme últimamente.

Me senté a su lado en las escaleras. Allí la luz no venía de las lámparas, sino del ventanal alto que mostraba el tráfico en plena Nochebuena. Coches avanzando despacio, familias cargadas con bolsas, un hombre vestido de Papá Noel que cruzaba la calle. La

ciudad no sabía que nosotros estábamos aquí. O sí lo sabía, pero seguía igual.

—Mañana nos damos los regalos —recordó él.

Era la quinta vez que lo decía ese día, pero no se lo señalé. Le hacía ilusión, y la ilusión, en este sitio, era un animal delicado que nadie debía asustar.

—Tengo el mío listo.

—Yo también. —Aidan deslizó un pie por el escalón inferior—. No quiero prometer nada, pero creo que vas a llorar.

—Si haces llorar a una chica en Navidad no quedas muy bien.

—Depende del motivo.

—Aidan.

—Emma.

Me dio un empujón suave con el hombro.

Yo se lo devolví.

Los dos sonreímos al mismo tiempo.

Aidan miró hacia el ascensor con una mezcla de impaciencia y cariño.

—Cuando salgan del trabajo vienen —musitó—. Mi madre traerá una tarta también este año.

—¿Cómo lo sabes? —Encogió los hombros—. ¿Casera?

—Ojalá. Nunca confiesa dónde la compra. Es parte del misterio.

—¿Y tu padre?

—Se queja de la sopa del hospital.

—¿Y Henry?

—Henry trae un colchón hinchable. Porque, según él, la familia no se separa en Nochebuena. Y según yo, porque quiere tirarse en medio de mi habitación y roncar hasta que tiemblen las paredes.

—Pues suena bonito.

—Pero no lo es.

Algo llamó su atención.

Se incorporó un poco, mirando hacia el fondo del pasillo.

—Ahí están.

Seguí la dirección de su mirada.

Dos adultos avanzaban con paso rápido. La madre de Aidan llevaba la famosa tarta entre los brazos. El padre cargaba una bolsa

roja llena de regalos. Detrás de ellos, un niño (el hermano de Aidan) arrastraba un gorro de reno que se le caía hacia un ojo y en su cuello una bufanda de rayas de colores, sobre todo amarilla, que me pareció haber visto antes. Una imagen cálida dentro del contexto más frío del mundo.

Aidan respiró más hondo.

—Vamos, te los presento oficialmente.

—Empezaba a dudar de si evitaba que los conociera… —Me dio la mano y sonrió de lado.

—Quizá haya una razón más allá.

—¿Crees que no voy a caerles bien?

—Emma… Te querrían como a una hija más.

Dimos dos pasos hacia ellos, sin embargo, un médico apareció por una esquina y los llamó por sus nombres.

Los tres se detuvieron de golpe, giraron su destino y se acercaron al doctor. Este habló bajo, no lo escuchamos. La madre inclinó la cabeza y Henry dejó de mover el gorro. Un segundo más tarde entraron en una habitación y la puerta se cerró.

Aidan se apoyó en la pared.

—Eso parece importante. Igual vienen a informarme de que ya no supero el año.

Lo miré, y traté de disimular que no me arañaba el pecho.

—No bromees con eso.

—Estoy practicando mi repertorio navideño. Humor negro para todos los públicos.

—No me gusta.

—Ya, pero si no me río, me asusto. Y si me asusto, me pongo dramático. Y si me pongo dramático, tú te enfadas. Es un desastre en cadena.

—No estoy enfadada.

—Un poco sí. —Levantó la mano—. Y tienes razón. Ha sido un mal chiste.

Me acerqué un paso.

Él seguía mirando la puerta cerrada.

—¿Quieres que me quede? —pregunté.

Aidan negó despacio.

—No. Prefiero que estés con Benji. Cuando salgan, seré el primero en poner cara de «todo está bien». No quiero que te tragues conmigo ese momento.

—¿Seguro?

—Sí. Pero… no desaparezcas esta noche.

—No voy a desaparecer.

—¿Subimos a la terraza luego? Quería enseñarte algo.

—Te congelas allí arriba. No.

—Venga.

—No.

Él rio un poco.

—Vale. En la ventana entonces. En nuestra ventana. Cuando se duerman.

Su «nuestra» me atravesó. No lo señalé.

—Allí estaré —prometí.

Aidan respiró hondo.

—Emma.

—Dime.

—Gracias por… —Negó con la cabeza—. Bueno. Gracias.

—No tienes que darlas.

—Sí que tengo.

La puerta seguía sin abrirse.

—Hasta luego.

—Hasta después.

Él me agarró de la mano, tiró de mí, chocó su nariz con mi nariz y me dio otro beso.

—Eres…

—Tu chico preferido.

No se lo dije, pero era luz. Aidan se había convertido en un destello que me guiaba por un camino oscuro y pedregoso.

Di un paso atrás, luego otro, y otro. Nos mirábamos, sonriendo y enamorados.

Su familia detrás de una puerta.

Su miedo delante de él.

Y su esperanza suspendida en mi promesa.

—Emma. —Me detuvo antes de doblar la esquina.

—¿Qué?

—Feliz Nochebuena.

—Feliz Nochebuena.

Y seguí avanzando, con el corazón latiendo demasiado rápido, sabiendo que esa noche, cuando todos se durmieran, volvería a encontrarlo en la ventana donde todo dolía menos.

Capítulo 61
Nochebuena en el paraíso

Aidan

La habitación rezumaba vida cuando cerré la puerta tras de mí. Mi madre hablaba mientras retiraba papeles de la mesa auxiliar, mi padre dejaba bolsas en el suelo sin encontrar un lugar definitivo, y Henry alzaba un saludo que se le quedó a medio camino entre la alegría y el aburrimiento. Preferiría estar en el barrio con sus amigos y salir a tirar petardos y fuegos artificiales después de cenar y, sin embargo, tenía que estar allí con su hermano moribundo.

Yo avancé despacio. No por prudencia de que mamá me saltara un ojo con uno de los papeles, sino porque mi energía la había dejado en la escalera después de la carrera, una imprudencia que había cometido solo por ver reír a Emma. Un regalo que se me había ido de las manos.

El aire se volvió escaso durante unos segundos y tuve que detenerme antes de que alguien reparase en ello. Dos respiraciones profundas y el tirón del diafragma se aplacó, una tregua suficiente para fingir normalidad.

—Hijo. —Papá me abrazó—. Perdona. Ha sido culpa mía.

—La tarta —Mamá me la enseñó, orgullosa.

—No podía faltar —logré bromear.

Ella sonrió.

Henry hurgó en su mochila y sacó un cilindro azul que dejó caer sobre el suelo.

—Prometí colchón y aquí está.

—Eso no entra aquí —comenté, midiendo el espacio.

—Entrará —respondió él, convencido.

No discutí.

Era Nochebuena.

Y, por fin, estaban todos conmigo.

Mi madre empezó a abrir recipientes: verduras tibias, arroz, pollo trinchado en tiras que había guardado durante el trayecto para que no se enfriara.

El aroma llenó la habitación con una familiaridad que no necesitaba palabras.

Me senté en la cama. El dolor en la zona baja del abdomen protestó, pero no hice nada para aliviarlo.

No quería preocuparlos.

—Vamos a bendecir la mesa —propuso mi padre, juntando las manos.

Los tres hicieron lo mismo.

Yo incliné la cabeza.

—Gracias por este día. Por llegar juntos. Por la fuerza de nuestro hijo. Por todo lo que aún tenemos por delante.

Un calor discreto me subió por la espalda.

No era fe estricta. Era amor. Uno muy terco y más duro que el diamante.

—Amén —murmuraron.

La cena empezó. Entre bocado y bocado, Henry hablaba del colegio, de un amigo que había confundido un punzón con un bolígrafo, de la niña que le gustaba y no le hacía ni caso, del profesor que les había regalado caramelos en forma de bola de Navidad el día antes de las vacaciones. Tonterías bonitas.

—Esto es un atentado contra la humanidad —declaró mi padre probando la sopa del hospital, que insistió en comer, aunque ellos habían traído de todo.

—Deja eso y cómete los guisantes —casi le ordenó mi madre.

Yo comí lo justo. Mi estómago se quejaba, la cabeza palpitaba con un ritmo obstinado; pero estaba bien así.

Era parte del trato que había aceptado hacía tiempo.

—¿Y tú? —preguntó Henry, apoyando la barbilla en su mano—. ¿Bien?

—Bien —respondí.

No necesitaba adornarlo.

Tampoco mentir más de la cuenta.

Hoy era suficiente estar aquí.

El colchón hinchable empezó a tomar forma a los pies de mi cama. Henry soplaba y resoplaba entre comentarios sarcásticos que mi padre celebraba como si estuviera presenciando una obra teatral.

—Te lo juro —dijo Henry—. Esta habitación fue diseñada por alguien que odiaba a las familias. No me digas que aquí no se podría poner un sofá, un mueble mejor, una lámpara que no ciegue…

—Puedes escribirles una reclamación —respondió mamá, ordenando servilletas—. Te quedaría muy elegante.

—Haré una tesis —insistió él—. «El espacio imposible: estudio práctico sobre colchones rebeldes en habitaciones pequeñas».

Mi padre rio sin contenerse.

Era ese sonido.

Ese sonido lleno de cariño.

Ese sonido que yo había empezado a atesorar de otra manera desde que Emma apareció en mi vida.

Comieron un poco más.

Hablaron.

Se hicieron hueco en una habitación que nunca había parecido suficiente.

Al cabo de un rato, el cansancio empezó a caer sobre nosotros en capas suaves.

Mi madre se acomodó en la silla.

Mi padre se quitó los zapatos y se sentó al borde del colchón.

Henry, que había jurado durar más, bostezó tan fuerte que se tambaleó.

—¿Quién duerme primero? —preguntó.

—Tú —dije.

Y así fue.

Cayó redondo.

Mi padre le siguió pronto.

Mi madre resistió unos minutos más, moviendo la mano por mi pelo con una ternura que tenía memoria antigua.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

—Nada. Podéis descansar.

Me miró a los ojos un instante.

—Feliz Nochebuena, cariño.

—Feliz Nochebuena.

Su respiración se serenó poco después.

La habitación quedó prácticamente a oscuras.

La ciudad brillaba en la ventana como si también celebrara.

Yo apoyé la cabeza en la almohada y esperé.

No podía dormirme.

Hoy no.

Emma me esperaba en el ventanal de arriba.

Y yo quería estar allí.

No por escapar.

No por rebelarme.

Por el simple hecho de verla.

El cuerpo protestaba cada vez que cambiaba de postura, pero la idea de quedarme quieto era peor.

El ventanal era mi pequeño refugio, y ella…

Ella era la única razón por la que la noche no dolía del todo.

Esperé a que las respiraciones se unieran.

A que el silencio se hiciera profundo.

A que el tiempo diera permiso.

Y, cuando todo quedó en calma, retiré la manta con cuidado.

Tenía un plan.

El más sencillo.

El más importante.

Encontrarla.

Y estar un rato más vivo.

Cenan allí. Se dan los regalos.

Capítulo 62
La noche y la promesa

Emma

La bandeja de la cena seguía abierta sobre la mesa plegable cuando Benji dejó de mover el tenedor. Su mirada estaba clavada en un punto lejano, esa mirada que solo tiene cuando algo le duele por dentro más de lo que sabe explicar.

—Mamá… —murmuró—. ¿Es verdad lo de Xabier?

Mi madre levantó los ojos.

Mi padre dejó el pan a un lado.

Y el aire, durante un instante, no supo dónde ponerse.

Yo me acerqué a Benji y le acaricié la espalda.

Tenía los hombros tensos.

Él sabía la respuesta.

Solo necesitaba oírla sin miedo.

—Sí, cariño —respondió mamá—. Ha fallecido. Por eso no viene a verte. Él te quería muchísimo.

Benji apretó los párpados y hundió la barbilla. No lloró.

No siempre se llora hacia fuera.

—¿Por qué se ha ido? ¿Por qué no ha podido quedarse? Él… él era bueno.

Mi padre se movió hacia él con calma y le sostuvo la mano.

—A veces, el cuerpo se cansa —explicó—. Lucha mucho, muchísimo. Más de lo que podemos imaginar. Y cuando ya no puede más, Dios le abre la puerta y le dice que descanse.

Benji giró la cabeza.

—Pero… ¿por qué él? ¿Y si me pasa a mí también?

Mi madre negó enseguida y lo arropó con los brazos, envolviéndolo en su protección.

—Escucha bien esto. Nadie se va porque Dios quiera llevárselo. Hay cosas del cuerpo que tienen su propio camino. Esa parte es

médica, es ciencia pura. Pero cuando el cuerpo no puede seguir, entonces sí, ahí está Dios para que no duela más. —Mi padre añadió —: Tú no estás solo. Estás en tratamiento. Tienes médicos, medicamentos nuevos, un equipo gigante trabajando solo para ti. Y tienes algo más —tocó su pecho con dos dedos—. Tienes una fuerza que no se puede explicar con máquinas. Es tuya. Y esa fuerza hace mucho.

Benji respiró hondo.

No del todo convencido.

Pero menos asustado.

Me acerqué más y apoyé mi frente en la suya.

—Xabier no se ha ido porque haya perdido, Benji. Él estaba cansado. Eso es distinto. Lo que vivió lo vivió con valentía. Y ahora… ahora ya no tiene dolor.

Benji tragó saliva.

—¿Crees que está bien?

—Creo que está en un lugar donde no necesita máquinas ni medicinas. Y que ahora eres tú quien sigue aquí luchando. Y nosotros contigo.

Él no respondió.

Solo se inclinó hacia mí y apoyó la cabeza en mi hombro.

Mis padres callaron.

La habitación quedó serena, honrando a Xabier sin decirlo.

Cuando terminó de cenar, ya no quedaba rastro de su apetito.

Apenas tocó el puré, no pidió postre, no quiso dibujos animados.

Le puse su manta de estrellas sobre las piernas.

Le arreglé el pelito de la frente.

—Benji —susurré—, deberías dormir. Esta noche es especial.

—No quiero… —murmuró.

—Si estás despierto —bajé la voz a un tono casi secreto—, Santa no podrá venir. Necesita que los niños duerman para entrar sin que nadie lo vea.

Se le abrió un punto de luz en los ojos.

Un resquicio de ilusión, pequeño pero suficiente.

—Vale…

Se acomodó.

Sujetó mi mano.

—¿Te quedarás hasta que me duerma?

—Hasta que sueñes bonito —prometí.

Tardó apenas unos minutos.

A cada respiración suya, yo agradecí que estuviera allí, conmigo, vivo, resistiendo.

Cuando su pecho se relajó del todo, solté su mano con cuidado y dejé un beso en su frente.

Cerré la puerta sin ruido. Y mi corazón empezó a latir con un ritmo distinto.

Aidan me esperaba.

El hospital estaba quieto, pero no vacío.

Pequeñas luces navideñas parpadeaban en los pasillos.

Una enfermera canturreaba bajito mientras revisaba medicación.

Los ascensores trabajaban a media potencia, arrastrando un murmullo regular.

Fui hasta nuestra ventana.

Lo sabía antes de verlo: él estaba ahí.

Aidan se apoyaba en el cristal, con la manta sobre los hombros y el cabello caído hacia un lado.

Al verme, enderezó un poco la postura.

Sus ojos estaban llenos de un brillo que no necesitaba explicación.

Me acerqué.

Su presencia me aflojaba los músculos, igual que siempre.

—Estás aquí —musitó.

—No pensaba faltar.

Se acercó un paso. Yo hice lo mismo y nuestras respiraciones chocaron contra el cristal, dejando un velo tenue.

—Emma. No te quiero faltar. No quiero que me faltes…

Le toqué la mano.

Él la sostuvo con la delicadeza y miró mis dedos.

—Estamos aquí.

—¿Me sientes? Yo te siento. No quiero dejar de sentirte…

—¿Estás bien?

—Te quiero —aseguró él.

La frase cayó sin temblores.

Sin titubeos.

Sin disfraz.

Mi pecho se apretó de un modo dulce.

—Yo también te quiero. Y vamos a superar esto. Te lo prometo.

Él no habló. No hacía falta. Sus ojos decían más que cualquier frase. La distancia entre nosotros desapareció. Nuestros labios se encontraron con una urgencia contenida, un beso breve pero lleno de verdad, una entrega que sabía a agradecimiento y a miedo y a esperanza, todo en un mismo impulso.

El cristal se empañó más.

Aidan levantó la mano y trazó un corazón en el vaho.

Su dedo dejó un contorno imperfecto, íntimo, hermoso.

Apoyó su frente en la mía.

Nuestros ojos quedaron demasiado cerca.

Demasiado sinceros.

—Te quiero —repitió él sin mover casi los labios.

Yo lo miré, y entonces ocurrió:

Un destello.

Una luz real.

No reflejo.

No imaginación.

Una chispa clara cruzó sus ojos avellana.

Un latido de vida pura.

Me quedé quieta, guardando ese instante con la precisión de quien sabe que algunos momentos merecen quedarse para siempre.

—Aidan —susurré—. Estoy contigo.

Él apoyó la mano en mi mejilla.

—Y yo contigo.

Nos quedamos respirando el mismo aire, compartiendo un espacio del mundo que parecía destinado solo a nosotros dos.

Una noche más.

Una promesa más.

Un milagro pequeño en un lugar donde los milagros casi nunca se dejan ver.

Capítulo 63
Navidad

Emma

Benji despertó antes de que la luz terminara de entrar por la ventana. Se incorporó de golpe, con los ojos muy abiertos, como si la noche anterior no hubiera pasado y el miedo estuviera dormido en algún rincón seguro.

Yo fingí que estaba profundamente dormida, pero él me sacudió el hombro con la energía que solo un niño conserva incluso en los hospitales.

—Emma… Emma… ¿ha venido?

Sonreí sin abrir del todo los ojos.

—Ve a mirar.

Saltó de la cama con ilusión, esa que siempre consigue ponerme un nudo en la garganta, en aquella circunstancia más.

Se acercó a la mesa donde habíamos dejado la caja envuelta la noche anterior.

La papelera estaba llena de restos de celofán y yo no recordaba haberla visto así desde antes de que empezara todo esto.

Benji rasgó el papel sin piedad.

Cuando vio el dragón, dejó de respirar un segundo.

Era grande, casi dos palmos de altura, con alas abiertas preparadas para emprender el vuelo.

Sus escamas verdes brillaban incluso bajo la luz tenue del hospital.

—Es… enorme —susurró, tocando una de las alas con respeto—. Y parece fuerte. Mucho más fuerte que yo.

—No, cariño. —Me acerqué—. Tú eres más fuerte. Él solo te acompaña.

Lo abrazó. Lo abrazó con una intensidad que me atravesó.

Mi madre se secaba una lágrima detrás de él.

Mi padre también sonreía, aunque intentaba que no se le notara.

Entre todos los regalos, había algo más.

Un dibujo doblado.

—¿Eso qué es? —pregunté.

Benji lo abrió con cuidado.

Era un dragón azul, de cuerpo delgado y mirada triste.

Tenía una estrella pintada en la frente. Era roja.

—Para Xabier. Santa no le traerá regalos. No quiero que se quede sin regalo. ¿Podemos dárselo?

Me tembló el pecho.

—¿Sabes…? Sí, podemos. —Mis padres me observaron con el ceño fruncido, expectantes.

—Vamos. —Lo cogí en brazos. Tenía ocho años, pero se había quedado muy delgado.

Él llevaba el dibujo entre sus dedos.

Recorrimos el pasillo hasta… llegar al tablón sagrado, así lo había definido una enfermera unos días antes.

—¿Ves a Xabier? Él se fue. Pero una parte de él se quedará aquí con nosotros, en el hospital, en nuestro corazón, en nuestro recuerdo.

Agarré una silla y la puse frente al tablón, justo debajo. Subí a mi hermano y sujeté su cintura para mantenerlo firme.

Xabier sonreía desde su fotografía, esa que habían dejado tras la oración colectiva.

Había muchas velas apagadas alrededor.

Muchos nombres.

Mucha vida que se había detenido.

Benji colocó su dragón al lado de la foto y yo sujeté la chincheta para fijarlo.

Quedó ahí, azul y brillante, protegiendo una imagen demasiado quieta.

—¿Quieres que recemos? —pregunté.

Benji asintió.

Juntamos las manos y empezamos:

—Padre nuestro… —Su voz avanzó despacio, sin prisas, dejando espacio a la emoción que cada uno llevaba dentro.

Cuando terminamos, Benji apoyó la frente contra mi brazo.

—No quiero olvidarlo —murmuró.

—No lo harás. Y él tampoco te olvidará a ti.

El hospital despertaba alrededor.

Se escuchaban risas agudas desde pediatría; niños abriendo regalos, papel crujiente, alegría desordenada.

Evelyn pasó con un gorro de reno y deseó "Feliz Navidad" con un tono que lograba sembrar luz.

Y entonces la vi.

La carta.

La carta de Aidan a Jonas.

Seguía allí, un poco ladeada, pero intacta.

La tinta azul oscura, firme.

Me acerqué un paso.

Pasé los dedos por el borde del folio sin tocar la tinta.

—Yo también voy a recordarte, Jonas, aunque no te haya conocido —dije muy bajito.

Tuve que cerrar los ojos un instante. Aidan escribiendo aquello era una imagen que ya no sabía sacar de mi pecho.

—Emma… —me llamó mi madre desde atrás—. Benji necesita volver a la habitación. Está cansado.

Asentí.

Dejé que ellos caminaran delante.

Yo me quedé unos segundos más frente al mural, respirando esa mezcla de vida y despedida que colgaba de cada fotografía.

Luego regresé con ellos.

En la habitación, Benji se acomodó con sus juguetes nuevos alrededor.

Mis padres se sentaron a hablar con una enfermera que venía a tomar notas.

—Voy a dar una vuelta. Solo un rato —les indiqué.

Nadie preguntó por qué.

Nadie necesitaba hacerlo.

Cerré la puerta despacio y salí al pasillo. Miré a un lado y al otro. Había dolor, pero todos trataban de dejarlo al lado por unas horas. Era Navidad, un día mágico en el que todo podía pasar.

Fui hasta la habitación de Aidan.

Respiré hondo en la puerta, antes de llamar. Quería verle.

Quería verle rodeado de su familia. Quería saber sus gestos, su risa, la manera en que lo miraban cuando creían que todo iba bien. Quería conocerlos.

Capítulo 64
El vacío

Emma

Toqué la puerta con dos golpes suaves y esperé unos segundos. Me comía las uñas y los carrillos, nerviosa. Deseaba conocer a su familia, por fin.

Esperé y… esperé…, pero nada.

Repetí el gesto, más lento. Toc, toc.

Nada

—¿Hola? —Empujé la puerta con la mano, despacio, esperando encontrar movimiento, ruido, una sombra, una señal. Algo—. ¿Hola? ¿Aidan?

Nada.

La habitación estaba en penumbra. La cama hecha. La mesita despejada. Ni un vaso, ni un papel, ni una huella. Allí había un vacío que no tenía sentido.

Di un paso dentro. Otro. Otro. Miré alrededor con los ojos muy abiertos. El silencio avanzaba detrás de mí, pegado a los talones.

—¿Aidan? —pregunté en voz baja—. ¿Estás aquí?

No habría sabido decir qué esperaba. Un comentario irónico. Un saludo medio dormido. Él saliendo del baño y dándome un susto, haciéndome una broma.

No hubo nada.

Salí al pasillo con un golpe de aire en el pecho y caminé directa hacia el mostrador.

Evelyn ordenaba carpetas, ajena al temblor que yo llevaba por dentro.

—Evelyn… ¿has visto a Aidan? Su habitación está vacía.

Ella levantó la vista, tranquila.

—¿Vacía? —Sonrió—. Debe de estar dentro. Aidan siempre está en su habitación a estas horas.

—Acabo de venir de allí. No está —aseguré.

—Claro que está. Es imposible que haya salido. Esta mañana aún no se ha pasado visita. Y sus padres deberían estar también.

Yo abrí la boca para insistir, pero Evelyn dejó de mirarme y sus ojos viajaron detrás de mí. Levantó la mano y saludó con energía.

—¡Feliz Navidad, Aidan! Mira, ahí lo tienes. No se ha esfumado —sonrió.

Suspiré, no supe por qué, y me giré componiendo una sonrisa en mi boca.

Un chico de la planta se acercaba con paso relajado. Llevaba auriculares blancos colgando del cuello. El móvil en la mano y… la misma postura que había visto en la sala común semanas atrás.

—Feliz Navidad —respondió él, a las dos.

Mi respiración se cortó de golpe.

Ese Aidan no era el mío.

El mío no tenía ese rostro.

Ni ese cuerpo.

Ni esa altura.

Ni esa voz.

Y, en un latido, algo se abrió en mi memoria.

Aquel día en que pregunté dónde estaba Aidan.

Aquel día en que me dijeron que estaba en la sala común.

Aquel día en que entré y vi a ese mismo chico, con los mismos auriculares, mirando el móvil.

Era un chico introvertido, no sabía cómo se llamaba, no hablaba con nadie o, al menos, no conmigo, tampoco con mi Aidan…

De repente… dejé de sentirme las piernas. No podía moverme… Yo… Volví a mirar a Evelyn. Ella me sonrió, sin advertir nada extraño en mí.

Y… entonces lo vi. El libro. Love Story. El que yo le regalé a Aidan. Sobre una estantería detrás del mostrador, apilado entre otros libros y bártulos, vasos, flores, bolígrafos, servilletas de papel, guantes…

Mi corazón dio un vuelco tan fuerte que tuve que agarrarme al mostrador.

El libro estaba allí. El libro que él me prometió leer y disfrutar, entender. El libro que había dormido junto a su cama.

Volví a correr hacia la habitación.

Abrí la puerta con un golpe.

Vacía.

Exactamente igual que la primera vez.

El aire dentro se volvió helado. No había ropa. No estaba su manta, ni sus barquitos, ni su balón firmado… No había nada. NADA.

Y… llegó la idea. Fugaz, un destello, como el de sus ojos pero sin brillo, solo traía oscuridad. Esa idea, la que nadie quiere pensar, la que no entraba en mi cabeza, imposible. Una que no podía ser realidad.

—No… No… No puede ser… No… —musité, sin aire en mis pulmones—. Es imposible… es imposible…

Me llevé la mano a la boca. Todo dentro de mí buscaba una explicación lógica, cuerda, comprensible. Pero ninguna encajaba.

¿Quién ha visto a Aidan además de mí?

Mi mente abrió archivos uno por uno. Desde que lo conocí. Aidan no había hablado con nadie directamente delante de mí, podría parecerlo, se dirigían a mí… Evelyn, Angie… Victor y Xabier en la sala de juegos. Nadie le devolvió un saludo.

Nadie rompió una conversación con él.

Nadie lo miró cuando pasaba.

Yo recordaba conversaciones que creí que habían sido compartidas. Recordaba risas que pensé que había escuchado más allá de mis oídos. Recordaba gestos de presencia que ahora no podía sostener.

No quería creerlo.

Me negaba.

Pero la posibilidad estaba ahí, latiendo.

¿Y si…?
No, no. ¡No! ¡No puede ser! No…

Tenía que buscar pruebas reales. Algo que negara ese pensamiento.

Me dirigí a la sala de juegos. La pizarra tenía dibujos que algún niño habría dejado el día anterior. Arriba, en una esquina, estaba la estrella que Aidan pintó allí en lo alto para que nadie la borrara.

Exacta.

Intacta.

Del mismo color.

Del mismo trazo.

Mi pecho se cerró.

Ese dibujo existía. Yo no lo había imaginado.

Salí corriendo de nuevo, volaba por los pasillos mientras el resto seguía ajeno a lo que ocurría. Derrapé en una esquina y llegué al ventanal. Me detuve en el mismo punto en el que nos besamos la noche anterior. Lo toqué, estaba frío. Fuera nevaba y los copos de nieve caían delante de mí, pero como en otro mundo, al otro lado, en una esquina del universo.

Acerqué mi cuerpo, mi rostro, y respiré sobre el cristal. El aliento dejó una capa tenue de vaho.

Y ahí estaba. El corazón. El que él dibujó con su dedo. El que dejó antes de apoyarnos frente con frente. El mismo, revivido por mi aliento.

Mi visión se nubló.

—No… —susurré—. No puede ser.

Estaba ahí. Flotando sobre el cristal. Trazado por una mano que ya no sabía dónde estaba. Persistiendo en un lugar donde nadie más parecía verlo.

El corazón se marcó entero.

Perfecto.

Fiel.

Real.

Me quedé quieta, sosteniendo ese hilo frágil de prueba.

Una parte de mí gritaba que aquello no era posible. Otra parte, más honda, más difícil, más despierta, empezaba a entender.

Aidan estaba desaparecido del mundo real.

Y yo era la única que había estado con él.

Capítulo 65
El golpe

Emma

Corrí de nuevo hacia el mostrador. Necesitaba pruebas de que Aidan no había sido invención mía, que no era fruto de mi imaginación. No pensé. No respiré. El nombre de Aidan golpeaba mi pecho con una fuerza que apenas podía contener.

—Evelyn… ¿puedes darme ese libro? —Lo señalé con la voz rota —. Por favor.

Ella me miró con extrañeza.

—¿Cuál?

—El de la cubierta burdeos. El que está encima del montón. Love Story.

—Claro. —Ella se levantó, lo tomó entre sus manos y me lo tendió. Yo extendía las mías para cogerlo.

Lo abrí. La inscripción estaba allí. La dedicatoria exacta. La frase que yo misma había leído en la librería donde lo compré.

Para quien todavía crea en las historias que no deberían existir y aun así existen.

La tinta azul. El trazo inclinado. La letra bonita de un desconocido que entendió a la perfección la historia que se escribía en sus páginas amarillentas.

Me temblaron los dedos.

El libro se me resbaló y cayó al suelo, delante de mis pies. Quedó allí, quieto, abierto, en canal, como mi corazón.

—¿Dónde…, dónde lo encontraste? —pregunté, sin levantar la vista—. ¿Quién te lo dio?

—Creo que lo dejó Angie —respondió Evelyn, sin notar la tormenta que me rugía dentro—. Dijo que estaba en una de las

habitaciones… En la que tú usas para descansar. La 324. La que no se suele utilizar. Tiene mucha humedad. —. Se detuvo un segundo —. Ya sabes, las noches en que te quedabas dormida y teníamos que pedirte que volvieras con tu familia.

La habitación. La habitación de Aidan. Ese cuarto en el que un chico con ganas de vivir creaba barquitos de papel para tener algo que hacer con las manos en un lugar que detiene el tiempo y el espacio.

—No… No… No.

Mi respiración se quebró.

¡No!

—Emma ¿estás bien? Estás pálida. —Evelyn se levantó de nuevo de su silla giratoria, o eso me pareció, porque a mí el mundo empezó a desdibujarse.

No podía ser.

No.

No.

Pero estaba pasando.

Evelyn siguió hablando, sin embargo, su voz quedó lejos, perdida detrás de un ruido que no venía del pasillo, sino de mi pecho.

Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum.

La estrella, el corazón, el libro… Todo estaba allí. Todo, menos… Aidan.

Podía haberle preguntado a Evelyn directamente. Aidan Bennet, el chico que siempre sonreía, el que me había acompañado ese mes, durante el proceso de mi hermano, el que me había cogido de la mano cuando él no tenía fuerzas ni para sostenerse en pie pero me había sostenido a mí, no obstante, no lo hice. Porque lo entendí. Una parte de mí lo entendió antes incluso de que pudiera aceptarlo.

Mi estómago cayó.

Aidan, mi Aidan, solo existía cuando yo lo miraba.

Sentí un golpe de calor en la nuca, un mareo leve, un nudo atroz que no encontraba salida.

—Emma, ¿estás bien? ¿Quieres sentarte? ¿Llamo al médico? —insistió la enfermera. Pero yo ya no estaba allí. Yo ya había empezado a correr.

Capítulo 66
La caída

Emma

Llegué al tablón sagrado con el pulso desbocado. No veía a nadie a mi alrededor; solo sentía un impulso que me tiraba hacia delante.

La carta de Aidan a Jonas estaba sujeta por una chincheta roja. Tiré de ella con tanta fuerza que el papel crujió entre mis dedos.

La desplegué. Las frases bailaban sin orden. Mi mente no retenía ninguna palabra. No podía. Leía sin comprender. Leía sin estar allí. Leía sin leer.

Una vibración de luz llamó mi atención desde el borde derecho del tablón. Un destello.

Giré la cabeza. Una fotografía. Justo donde estaba la carta clavada. La tenía escondida bajo sus letras.

Mi respiración se detuvo.

Era Aidan, sentado en una cama de hospital, con el balón firmado (y que yo había visto) apoyado entre las piernas. El pelo revuelto, la sonrisa amplia, luminosa y verdadera.

UNA SONRISA LLENA DE VIDA.

Una sonrisa imposible.

Era él. De verdad. El mismo rostro. Las mismas manos. Los mismos ojos. Joven, presente, eterno.

La giré, le di la vuelta, tampoco supe por qué, me volví errática, me movía por inercia, impulsos, calambres, no sentía nada y lo sentía todo a la vez. Había una nota. Tres palabras: Siempre te querré. Henry.

El mundo perdió sentido en ese instante.

Percibí una presión en el pecho, algo duro, afilado, profundo. Un silencio interno que borró todo lo que no fuera ese papel entre mis manos.

El aire desapareció. Mi cuerpo no respondió. Mis piernas temblaron hasta que ya no pudieron sostenerme.

Mi mente abrió cajones que había mantenido cerrados a propósito. Y uno tras otro, los recuerdos encajaron con una precisión cruel.

Nadie le habló.
Nadie le saludó.
Nadie pronunció su nombre.
Nadie comentó su presencia.
Nadie respondió a sus chistes.
Nadie giró la cabeza cuando él entraba en una sala.
Nadie lo vio doblar barcos.
Nadie lo vio en la ventana.
Nadie lo vio con el libro.
Nadie lo vio conmigo.

Yo creí que sí.
Yo lo juraba.
Estaba convencida.

Pero ahora… ahora comprendía que mis ojos habían sostenido una historia distinta a la de los demás.

Un hilo invisible unía esta foto con mi pecho. Uno que me desgarraba desde dentro.

Las rodillas cedieron y… Caí. Directa al suelo. Con las manos extendidas sobre el suelo, frío, la frente a un palmo del linóleo y la carta quemándome los dedos.

Mi llanto fue un sonido grave, desgarrador, un derrumbe, una ruptura que me abrió por dentro y me desangró.

La fuerza que tenía para mantenerme allí se fue. Toda. Me quedé inclinada hacia adelante, intentando inhalar un aire que no quería entrar. Mi cuerpo se sacudía sin ritmo. Lloraba por él, por mí, por lo imposible, o por todo junto.

—¡Emma! —Evelyn se acercó a paso apresurado—. Dios mío, ¿qué te pasa? ¿Te has hecho daño? —Se agachó a mi lado. Me tocó el brazo y la frente, tratando de asegurarse de que estaba bien. No lo estaba. Claro que no.

NO ESTABA.

No pude contestarle. Solo alcé el brazo y extendí la foto hacia ella. Mis dedos estaban rígidos, entumecidos.

Evelyn tomó la imagen.

Sus ojos se abrieron un poco cuando la miró.

—¿Aidan? Aidan Bennett. ¿Lo conociste?

La pregunta me atravesó con la precisión de un disparo. Ya no quedaba nada dentro de mí que pudiera sostener la mentira.

Mi visión se volvió borrosa. Mi garganta ardió. Una corriente de vértigo me recorrió entera.

Evelyn bajó la mirada, luego volvió a subirla hacia mí con una expresión que nunca le había visto.

—Era un gran chico. Hoy se cumple un año. Un año desde que falleció. El día de Navidad. Fue muy duro para todos. Su familia estuvo aquí ayer para felicitarnos las fiestas. Caroline Bennet trajo una tarta.

Mi cuerpo se hundió más. Las manos quedaron planas contra el suelo. Las lágrimas caían sin pausa.

El nombre "Aidan Bennett" me golpeó con una claridad desgarradora.

Falleció.

Hace un año.

Un año antes de que yo lo viera.

Un año antes de que doblara barcos conmigo.

Un año antes de que me esperara en la ventana.
Un año antes de que me besara.
Un año antes de que me dijera que me quería.

Mi corazón se cerró. Luego se rompió. Sin protección. Sin aviso. Estalló en mil pedazos que volaron y se convirtieron en estrellas, en destellos, en recuerdos, en milagros.

Las palabras de Evelyn quedaron suspendidas alrededor, y el mundo que yo había construido junto a él perdió su forma.

Aidan estaba muerto. Y aun así había estado conmigo. Solo conmigo.

Me incliné más hacia el suelo. Apreté las manos contra el frío y mi llanto llenó el pasillo entero.

No lloraba. Me deshacía. Y entre lágrimas, entre sollozos, entre el temblor que no podía detener, solo pude pronunciar un nombre:
—Aidan…
Era la única verdad que quedaba en pie.

Capítulo 67
La luz

Emma

Me quedé un largo rato en el suelo. No sé cuánto. Evelyn no sabía qué hacer, solo me abrazaba mientras el mundo se resquebrajaba y yo intentaba recomponer algo que ya no tenía forma.

Cuando pude volver a respirar sin romperme otra vez, me levanté, di un paso atrás y me alejé de Evelyn, que seguía preguntándome si necesitaba ayuda. No la escuchaba, solo veía sus labios moverse.

Negué con la cabeza y caminé hacia el ascensor.

No pensaba.

No decidía.

Simplemente avanzaba hacia el único lugar donde podía gritar su nombre sin desmoronarme.

Las puertas del ascensor se cerraron. La luz blanca me cegó. Vértigo y necesidad, eso me corría por las venas.

Subí el puñado de escalones final y empujé la hoja hacia la noche. El aire helado entró en mi cuerpo antes de que saliera a la terraza. La nieve seguía cayendo, copo a copo, mientras amanecía y el cielo se pintaba de un naranja rojizo que me hizo soñar un último segundo con que aquello no ocurría.

Las estrellas aún se asomaban por los huecos. Aidan las miraba, les gustaba, en ellas encontraba respuestas a algo que nunca terminó de explicarme.

Me acerqué al borde. El metal estaba helado bajo mis manos. La ciudad respiraba abajo, ajena a todo. Y arriba… ese cielo que él nombraba con una calma que ahora por fin entendía.

—Aidan… —Mi voz salió débil, pero firme.

No esperé respuesta. Ya no esperaba nada. Solo necesitaba decir su nombre en el lugar donde había sido más feliz. En el único sitio donde no tuve miedo de perderle.

Una brisa cálida cruzó detrás de mí. No era viento. No tenía dirección. Tampoco sonido. Vi un destello a mi lado, una voz sin sonido. Su respiración.

Cerré los ojos, porque sabía, en lo más profundo, que si ya no lo veía, habría una razón.

Lo único que tenía que hacer era sentir.

—Sé que estás aquí —susurré—. Lo sé.

El aire se volvió más denso, más suave, más vivo. Giró a mi alrededor, convirtiendo los copos de nieve en un pequeño remolino.

Una presión leve en mi espalda, un cosquilleo que no dolía. El tipo de sensación que solo se reconoce cuando ya ha pasado demasiada vida y demasiada muerte delante de uno mismo.

—Ahora lo entiendo —continué—. Todo.

Las palabras llegaban solas, sin esfuerzo, como si él guiara la voz desde algún rincón del universo que yo no podía ver.

—Viniste porque yo no podía con esto. Porque me estaba hundiendo. Porque tenía más miedo del que podía admitir. Porque necesitaba a alguien que me mantuviera en pie. Me ayudaste para que yo pudiera estar para Benji.

Mi pecho se estrechó, pero no para romperse: para abrirse.

Abrí los ojos.

—Me enseñaste a mirar la enfermedad de Benji sin que me destrozara. Me enseñaste a aceptar que la vida tiene fechas que no controlamos. Me enseñaste a creer que hay algo más, en algún sitio, aunque no sepa nombrarlo. Y ahora sé que no fue un error encontrarte.

Mis lágrimas empezaron a caer de nuevo, lentas, calientes, sin dolor.

—Aidan… tú has sido mi regalo de Navidad.

Los copos giraban a mi alrededor, y sucedió algo incomprensible, como todo, como él… La nieve invirtió su dirección y… comenzó a subir. Levantándose del suelo, desafiando las leyes de la física, rumbo… al CIELO.

—El regalo que nunca pensé que existiría. El más imposible. El más real.

Alcé el mentón. El cielo estaba lleno de pequeños destellos. Las estrellas, todas, parpadeaban, bailaban. Y entre todas, una brilló con una intensidad distinta. Un pulso breve. Una chispa que cortó la poca oscuridad que quedaba con una claridad que no era normal.

Un destello único.
Directo.
Nítido.

No fue una estrella fugaz.
No fue un reflejo.
No fue un avión.
No fue nada reconocible.

Era él.

Sentí una expansión cálida en el pecho, como una mano que se abre para dejar salir algo que llevaba años apretado. El aire se volvió tibio, incluso cálido entre tanto hielo. La sombra detrás de mí se disolvió.

La nieve… cayó sobre mí, recobrando su dirección natural.

La presencia se fue. Pero no se apagó.

Quedó en la piel. En el aire. En el destello del cielo. En el recuerdo que ya nunca sería solo recuerdo. EN MÍ.

Aidan había estado aquí. Me había acompañado. Me había sostenido y enseñado, me había querido, yo lo había amado. Y ahora… podía seguir, aunque doliera.

—Gracias. Por quedarte. Por esperarme. Por no dejarme caer. Por amarme también. —Tragué despacio—. Te llevaré conmigo. En cada día. En cada luz. En cada paso. En cada sonrisa. —Me llevé la mano al corazón—. Aquí vas a estar el resto de mi vida.

Aidan no estaba vivo, no para el resto del mundo, pero para mí… seguiría vivo dentro de mí.

Aidan había sido vida, paz, alma, universo. Y ahora… Ahora era luz. Una que no pedía explicación, una que me guiaba, una luz intensa y etérea que bastaba.

Y yo… Yo jamás volvería a sentirme sola. Porque siempre lo tendría a él.

Capítulo 68
La vuelta

Emma

Volver a la universidad… Volver. Adónde. A qué lugar. Yo había estado en uno mágico, lleno de vida y muerte, de dolor y alegría, de necesidad, amor infinito y recuerdos que se graban para siempre en la oscuridad, dentro de una estrella que brilla, que parpadea, que lanza un destello cuando menos te lo esperas para recordarte que no todo tiene explicación o lógica, o sí, porque la magia, si la necesitas, está dentro de ti.

El campus seguía igual: los mismos árboles desnudos, las bicicletas apoyadas contra las farolas, las risas dispersas de los que regresaban con historias de Navidad. El olor a tiza, el profesor Curtis y su obsesión por la puntualidad, Maya y su sopa, la vitalidad de las chicas de la hermandad. Yo también tenía una historia, una que no podía contar.

El frío de enero entraba por las mangas de mi abrigo. No había encontrado uno de los guantes y tenía los dedos de mi mano izquierda congelados, como el tiempo, como mi corazón, que a veces casi ni latía.

Le había dicho a Grace la verdad. Solo a ella. Y fue ella quien vino a buscarme cuando llegué al vestíbulo de la hermandad con la mochila colgada del hombro y los ojos marcados de no dormir bien desde hace días.

—Emma —abrió los brazos—. Ven aquí. —Me dejó enterrarme en su abrazo sin preguntar demasiado pronto.

Grace siempre sabía esperar.

—Cuéntamelo —susurró.

Y se lo conté todo.

Le hablé de Aidan. De su risa. De las noches en la ventana. De sus barcos. De la carta. De la foto. Del mural. Del corazón en el cristal. Del destello en la terraza. De ese amor imposible que había llegado fuera de tiempo… o dentro del único tiempo que existía para él y para mí.

Grace me escuchó sin parpadear, sujetándome la mano en el trozo de pasillo más silencioso de toda la casa.

Cuando terminé, ella tragó saliva y apoyó su frente contra la mía.

—No importa lo que haya sido —musitó—. Fantasma, alma, recuerdo, el universo doblándose en tu favor… no importa. Quédate con lo que te dejó. Quédate con lo que te enseñó. Quédate con el amor. Eso sí es real, Emma. No todos conocen ese amor.

Yo cerré los ojos. Sentí cómo su mano apretaba la mía con un cariño limpio, sin miedo.

—Él te ayudó —continuó—. No lo dudes. Te acompañó en lo más duro. Te preparó para seguir. Eso vale más que cualquier explicación.

Asentí despacio.

No podía decir nada.

Al día siguiente, mientras Grace y yo salíamos de clase (mi mejor amiga no me dejaba sola en ningún momento) Lindsay llegó dando saltos hasta nosotras, con la bufanda medio caída por un lado y una sonrisa enorme.

—¡Chicas! —exclamó—. ¿Habéis visto el correo? ¡Van a hacer un acto de conmemoración en el campo de fútbol! Es por un chico que falleció el año pasado. Está todo el campus invitado. ¿Sabéis quién era? Jugaba en el equipo de fútbol.

Mi corazón se partió en dos. Literal. Sentí el desgarro silencioso, exacto, doloroso. Lo supe enseguida.

Grace me miró de inmediato sin hacer preguntas. No necesitó confirmación. Asintió. Y ese gesto significó estoy contigo, pase lo que pase.

Yo tragué saliva. No confiaba en mi voz.

—Vamos —dije.

El trayecto al campo de fútbol me pareció más largo que nunca. Las gradas estaban repletas de alumnos, ocupadas por compañeros, estudiantes, profesores, gente que quizá no lo conoció de cerca pero sabía quién había sido.

Un chico bueno.

Un luchador.

Un nombre que aún dolía.

Nos sentamos en la tercera fila, en un hueco donde el viento apenas rozaba la piel.

Lindsay se quedó a nuestro lado en silencio, por primera vez desde que la conocía.

En el centro del campo habían colocado un pequeño atril y un micrófono. Detrás, todo el equipo de futbol, uniformados, enredados en un silencio solemne. Me fijé entonces, un balón reposaba a un lado, limpio, sin marca.

El símbolo perfecto.

El entrenador habló primero. Dijo palabras sobre esfuerzo, valentía, risas en los entrenamientos, la energía que llenaba el vestuario cada vez que Aidan entraba.

Cada frase era un hilo que se enredaba en mi pecho.

Luego llamaron a Owen. Owen… Aidan me había hablado de él en alguna ocasión. Iba a visitarlo, en otro año, en otro tiempo diferente al que yo vivía.

Subió al pequeño escenario con un papel arrugado en la mano que no miró ni una sola vez. Desde donde yo estaba, a veinte metros, distinguía el color rojo de sus ojos.

Respiró y miró al frente.

—Gracias por estar aquí —empezó—. Aidan odiaba los actos solemnes. Él siempre decía si se moría y le organizábamos uno, esperaba que al menos hubiera buen tiempo y un balón cerca. Así

que… —miró el balón junto a él—. Por lo menos hemos cumplido la mitad.

Algunos rieron. Owen tragó, afianzando su voz.

—He estado toda la noche pensando qué decir. Cada vez que quería escribir algo profundo, escuchaba su voz en mi cabeza diciendo: "Owen, no te pongas intenso, que luego lloras y te arruinas la fama de tipo duro". A él sí que no le salía el papel de tipo duro. Era… Era una persona increíble —sonrió y suspiró—. Y… bueno, aquí estoy, haciendo justo lo que él me prohibiría: emocionarme en público.

Se escuchó una risa generalizada, una que olía a respeto y agradecimiento.

—Aidan era luz —continuó—. No ese tipo de luz que no deja ver nada, sino la que te encuentra cuando estás perdido. Él tenía un don: te miraba y sabías que estabas a salvo. Aunque fuera él quien estaba luchando cada día, siempre encontraba un hueco para los demás. Te daba un consejo, te hacía una broma, te robaba una patata del plato… y ya no te sentías tan solo.

Ese era mi Aidan, ese mismo.

Se detuvo un segundo, tragó saliva, pero no perdió la sonrisa.

—Os voy a contar algo que él me dijo una vez, después de un entrenamiento horrible, de esos en los que creíamos que íbamos a morir antes de llegar a la ducha. Me soltó: «Owen, si mañana no vengo, no me eches de menos, ni vayas a buscarme. Ni me llames por teléfono. Estaré durmiendo la siesta más larga de la historia». Qué ironía cuando lo pienso ahora. Cabrón, te fuiste a dormir esa siesta. Un año ya sin ti.

Un murmullo cálido llenó las gradas.

Algunos bajaron la mirada; otros sonrieron.

—Hoy he recordado ese comentario. Y he pensado: si él estuviera aquí y me viera a punto de llorar delante de todos, me ofrecería un kleenex… pero no antes de burlarse de mi cara roja. Seguro que me diría algo tipo: «Tío, tú lloras muy feo, ¿quieres que me vaya para que te relajes?». Y luego me daría ese abrazo que siempre devolvía el mundo a su sitio.

Owen respiró hondo.

Las luces del campo le daban un brillo especial a sus ojos húmedos.

La voz salía por los altavoces y envolvía todo el perímetro.

—Aidan creía que tenía tiempo suficiente. Nunca pensó que moriría, al menos no lo dijo en voz alta. Los que caminamos a su lado sabemos que lo hizo todo bien. Marcó goles, regaló risas, dejó huellas. No existe otra forma de decirlo: era un buen chico. De los buenos de verdad. De los que no se doblan. De los que no dejan cicatriz… sino memoria. —Un silencio profundo se extendió—. No venimos a recordarlo porque se fue. Venimos a recordarlo porque se quedó. En los entrenamientos. En los pasillos del campus. En los que lo quisimos. En cada persona que hoy está aquí.

Su voz se quebró apenas un instante, pero siguió hablando.

—Donde quiera que esté, sé que está riéndose de mí ahora mismo. Pero también sé que está orgulloso. Y sé que nos mira con esa forma suya de mirar que hacía que todo pareciera posible. No hay despedidas para alguien como él. Solo espacios donde todavía habita.

Owen bajó la mirada, apretó el papel arrugado con fuerza y terminó:

—Gracias, Aidan, por enseñarnos a vivir incluso cuando tú no podías. Te queremos. Siempre.

Y las gradas respondieron con un silencio que no dolía: acompañaba, mientras Owen bajaba del escenario y abrazó a… Hannah. No lo entendí entonces. Me enteré después de lo amigos que eran.

Grace me apretó la mano. Yo no pude ocultar las lágrimas. No quise.

El viento movió las banderas del campo. Hacía frío, mucho, pero allí estaban todos. Incluso sus padres y… su hermano, Henry. Sentados en primera fila, más abajo que nosotros.

Henry se levantó y pude verlo bien. Llevaba una bufanda de rayas en la que predominaba el color amarillo. Fue un segundo, una imagen, un destello, otro, en mi mente, delante de mis ojos se dibujó la imagen de ese chico hace pocas semanas junto a mí en el tren. Era Henry, el chico de la bufanda amarilla.

Sentí una calma extraña, profunda.

Una convicción que no había tenido hasta ese instante.

Aidan había estado conmigo. En todo momento, incluso fuera del hospital. De alguna manera que no necesitaba explicación científica ni religiosa ni lógica. De una forma que existía porque sí. Porque la vida y la muerte, a veces, no hablan idiomas distintos.

Él fue mi regalo. Y ahora, allí, rodeada de gente, mirando al cielo, observando las estrellas y buscando un destello diferente y encontrándolo, entendí que su luz seguía brillando en muchos lugares distintos. No solo en el mío. Aidan era infinito.

Grace apoyó la cabeza en mi hombro.

—Él no se ha ido —suspiró—. No del todo.

La creí.

EPÍLOGO

Cuatro años después…

Los que se quedan

El campus estaba cubierto de flores y telas bordadas con los colores de la universidad, azul y blanco, a juego con el cielo, que parecía recién estrenado para nosotros. La música sonaba por los altavoces y las familias buscaban asientos entre un mar te togas, sonrisas y gritos de alegría.

Yo avancé entre las banderas y las sillas con mi toga negra, la estola azul sobre los hombros y un nudo en la garganta que no sabía si pertenecía al orgullo o a la nostalgia.

Grace caminaba a mi lado, radiante. Lindsay intentaba colocarse el birrete por quinta vez sin éxito. El mundo seguía igual de caótico y hermoso que siempre.

Mi nombre estaba escrito en la mesa de acreditaciones. Lo vi y sonreí. Cuatro años. Mucho dolor. Mucha vida. Muchos viajes (en varios sentidos). Mucho aprendizaje. Millones de recuerdos inolvidables. Durante esos años, visitamos Roma, París, Zúrich, Berlín, Buenos Aires, Brasilia, Tokio, Seúl… Cada vez que teníamos la oportunidad, volábamos a partes del mundo para conocerlo y conocernos mejor.

Llegamos a nuestros asientos. Allí me esperaba mi birrete, donde lo había dejado diez minutos antes. Extendí el brazo, abrí la mano y… detuve el gesto. Lo vi… Un barquito de papel, pequeño, perfecto, blanco, doblado con una precisión y un estilo propio que reconocería

en cualquier parte. No era la primera vez que lo encontraba, siempre iguales, con su estilo, su firma, su calor y su olor.

Sonreí de lado y respiré hondo. Mis dedos rozaron el papel, las puntas y recordé la forma exacta en la que él los doblaba para que yo aprendiera a creer en algo más grande que mi miedo.

—¿Emma? —Se acercó Grace— ¿De dónde ha salido eso?

Lo sostuve con delicadeza.

—De alguien que sigue aquí —respondí.

Grace no preguntó nada más. Me miró con ternura y sin necesitar otra explicación.

Cerré la mano alrededor del barquito y tomé asiento en la silla junto a mis compañeras. Era un día importante y no pensaba vivirlo sin él.

En el escenario había luces, más banderas de Columbia y un atril de madera pulida donde varios profesores ya esperaban el comienzo de nuestra graduación.

Fueron pronunciando nombres y fuimos levantándonos, caminando hacia un futuro prometedor. Subimos los escalones. Grace delante, apretó mi mano, Lindsay detrás, me guiñó un ojo. El barquito seguía en mi bolsillo.

Antes de finalizar el acto, subí al atril y respiré hondo antes de hablar ante todos los presentes, entre ellos, mi familia.

El público se quedó en silencio.

Mi voz salió serena.

—Gracias por estar aquí. Hoy no es solo un día para celebrar títulos, logros o notas. Hoy celebramos algo más grande: la vida. —Un murmullo cálido recorrió el público—. Hace cuatro años llegué a este campus sin entender muchas cosas. Crecí en él con miedo, con heridas que todavía dolían, con dudas que no sabía ordenar. Pero también aquí llegó la esperanza. —Lancé una breve mirada al cielo despejado—. No sabía entonces que esta universidad sería mucho más que aulas, exámenes, pasillos y trabajos en grupo. Este lugar me regaló una lección imposible de imaginar. Una lección sobre la pérdida. Sobre el dolor. Sobre el amor. Y, sobre todo, sobre la luz

que dejan las personas que pasan por nuestro mundo incluso cuando ya no están aquí. —Alguien en las primeras filas se secó una lágrima—. Durante estos años, hemos reído, hemos llorado, hemos cometido errores, hemos estudiado hasta caer rendidos y hemos sobrevivido a más entregas de proyectos de las que queríamos reconocer. —Los alumnos rieron—. Hemos conocido a personas que se convertirán en parte de nuestro presente y seguro que de nuestro futuro… y hemos tenido que despedirnos de otras que se quedaron en el camino.

Me detuve un segundo.

Quería que cada palabra respirara.

—Empecé a escribir un artículo hace cuatro años que nunca terminé. Me faltaba fuerza. Me faltaba verdad. Hoy es distinto. Hoy sí puedo escribir. Hoy sí puedo decirlo.

Mi voz no tembló.

Al contrario: estaba llena.

—La vida no es perfecta, ni justa, ni eterna. Pero es un regalo. Un regalo frágil que se sostiene en pequeños actos: una mano que te acompaña, una palabra que te salva, una amistad que te rescata cuando creías que no ibas a soportar un día más. A veces, incluso una presencia que no puede explicarse con lógica, pero que te cambia para siempre.

En la grada, mis compañeros se inclinaban hacia delante, escuchando.

—He aprendido que el amor no desaparece. Que la amistad no se borra. Que la luz que alguien deja en ti permanece, aunque el cuerpo falte, aunque la historia termine antes de tiempo. Porque el amor no obedece al calendario. Obedece a la verdad.

Un profesor se quitó las gafas para limpiarlas.

Grace, desde su asiento, me dedicó una sonrisa llena de orgullo.

—Hoy celebro esta graduación con vosotros, que habéis sido mis compañeros de lucha en trabajos interminables, mis cómplices en noches sin dormir, mis risas en días imposibles. Hoy estamos aquí, con un futuro enorme delante. Y aunque ese futuro nos emocione, también sabemos algo que no siempre queremos admitir: que la vida puede cambiar en un instante. Por eso, aprovechadla. No

esperéis al momento perfecto. Vivid ahora. Quered ahora. Soñad ahora.

Apreté el barquito escondido en mi mano.

—Hoy quiero dedicar este día a quienes ya no están. A quienes fueron parte de nuestro camino. A quienes nos enseñaron a luchar. A quienes nos dieron fuerza incluso cuando ellos no la tenían. A quienes siguen aquí en formas que no se pueden tocar, pero sí sentir.

Respiré hondo.

Sentí un calor suave en la nuca que reconocía.

—Este título es para la vida. Para la magia. Para los milagros pequeños. Para quienes me enseñaron que existen historias que no deberían suceder… y aun así suceden.

Miré el barquito, oculto entre mis dedos.

—Y este, en particular, es para ti —murmuré—. Gracias por quedarte conmigo.

No necesitaba decir su nombre. La verdad estaba completa.

El público se puso en pie. No por mí. No por el discurso. Sino por todo aquello que se había dicho sin pronunciarlo.

Salí del escenario con el corazón lleno, con el alma en calma y segura de que no caminaba sola.

Aidan seguía allí. En la luz. En mi memoria. En lo que soy ahora. En lo que seré. Y su barquito navegaba dentro de mi mano, firme, eterno, vivo.

Los que siguen

Los birretes volaron al cielo en una explosión de colores.
El aire se llenó de gritos y risas, de abrazos atropellados, de fotografías que intentaban capturar lo que no se puede capturar: la vida abriéndose en todas las direcciones.

Guardé el barquito de papel en el bolsillo interior de la toga de nuevo y avancé por el césped entre decenas de familias.

Mi corazón latía fuerte, lleno, en paz.

Allí estaban, mis padres y… Benji.

Los tres sonreían como si el mundo les hubiera regalado un milagro más.

Benji corrió hacia mí con torpeza adolescente. Los brazos largos. Las piernas desordenadas. Los primeros granos cruzándole la frente. La voz empezando a quebrarle en algunas sílabas.

Casi un hombrecito.

Casi trece años.

Casi una vida nueva.

Se lanzó a mis brazos.

—¡Emma! —gritó, con un entusiasmo que hacía años no veía en él—. ¡Lo lograste!

Lo abracé fuerte. Tan fuerte como aquel día en el hospital en el que tuve miedo de perderlo para siempre.

El aroma de su piel, su calor, su respiración agitada… todo era un recordatorio de que la vida aún podía ganar.

Mi madre me rodeó por la espalda. Mi padre llegó después, limpiándose los ojos disimuladamente.

—Estamos orgullosos —dijo él con un temblor que no intentó ocultar.

Benji se separó apenas para mirarme de frente, con las mejillas rojas por la emoción.

—He traído algo para ti —anunció.

Metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó un papel doblado con cuidado.

Lo abrió.

Era un dragón.

Grande. Firme. Azul. Completo. Ataviado con una toga y un birrete y en una esquina… una estrella roja, como las que dibujaba Xabier, como la que dibujó Aidan en la pizarra.

Mi hermano… Mi guerrero.

—Pensé que te gustaría —aseguró.
—Me encanta. —Se me humedecieron los ojos.

Ocurrió algo dentro de mí. Una elipsis del corazón. Un salto rápido hacia atrás.
Benji recuperándose.
Benji abriendo los ojos después del último ciclo.
Los médicos dando un pronóstico prudente pero luminoso.
Los meses de revisiones intensas.
Las esperas en los pasillos.
Las agujas.
Las noches sin sueño.
Los tres meses.
Los otros tres meses.
La palabra "estable".
El inicio de un futuro posible.

No le han dado el alta definitiva. Aún quedan controles cada tres meses. Aún existe la sombra del miedo. Pero por ahora… todo va bien.
Y eso basta.

Benji seguía dibujando dragones. Dragones azules, verdes, rojos, gigantes, pequeños. Dragones que volaban sobre montañas, o dormían dentro de cuevas. Dragones que protegían. Dragones que sanaban.

Mi madre me abrazó otra vez.
—Feliz día, cariño —susurró.
Yo asentí.
—Feliz vida —respondí.
Mi padre colocó su mano en mi hombro y agarré su mano.

El sol empezó a descender, dejando un brillo dorado sobre las togas. La grada temblaba con los aplausos. Y yo, entre mis padres y mi hermano, sentí algo que hacía tiempo no sentía: hogar.

Toqué el barquito en mi bolsillo. Un papel minúsculo que seguía venciendo al tiempo, al dolor, a la muerte.

Aidan seguía ahí.
En mi memoria.
En mi fuerza.
En la luz que se colaba hoy entre las nubes.
En cada cosa que había logrado sobrevivir.

Y mientras Benji me sostenía el dragón azul con orgullo, entendí que la vida siempre encuentra la forma de seguir.

A veces en un niño que vuelve a sonreír.
A veces en un barquito.
A veces en una estrella.
Otras en un destello.

Y siempre, siempre, en aquello que amamos.

El último destello

Cuando ya todos se marchaban y al campus lo envolvía el mutismo más tranquilo y limpio, me quedé un instante sola, en el centro del campo de fútbol. Di una vuelta sobre mí misma. El viento movía las hojas de los árboles mientras mis dedos jugaban con el borde del barquito en la palma abierta de mi mano. Benji reía a lo lejos con mis padres. Y yo, en medio de aquella luz suave del atardecer, sentí una presencia familiar, tranquila, conocida.
El mundo había cambiado.
Yo también.
Pero algo seguía ahí, intacto.

Miré al cielo. La primera estrella asomaba entre las últimas nubes del día.

Respiré hondo. Y lo supe: el principio y el final siempre habían sido el mismo lugar.

Aidan no estaba frente a mí.
Aidan estaba conmigo.
En la luz.
En la memoria.
En la vida.

Cerré los ojos y dejé que el viento rozara mi rostro.
Guardé el barquito en mi palma.
Sentí su peso leve.
Su verdad.

Y comprendí algo que al inicio de esta historia aún no podía comprender: Nada que ames de verdad desaparece. Solo cambia de forma.

Abrí los ojos. Sonreí hacia el horizonte. Y pronuncié la frase que cerraba el círculo que él abrió el día que entró en mi vida:

—Hasta el último destello, Aidan. Aquí sigo. Y aquí te quedas.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas las personas que han caminado conmigo mientras escribía esta historia.

A quienes me han acompañado en los días luminosos y, sobre todo, en los que costaba ver un solo destello.

Gracias a mi familia, por ser hogar en cada etapa, por sostenerme incluso cuando yo no sabía cómo sostenerme a mí misma. Gracias por enseñarme que la fuerza también se hereda, que el amor siempre encuentra su forma, y que volver a empezar es un acto de valentía.

Gracias a mis amigos, esos que están desde siempre y para siempre, que me escuchan, me empujan, me abrazan y me recuerdan quién soy cuando me pierdo un poco entre palabras y capítulos. Gracias por regalarme risas, unas cervecillas, complicidad y un lugar donde descansar.

Gracias a los lectores, los que llevan años conmigo y los que llegáis por primera vez. Sois la parte más inesperada y mágica de esta aventura. Cada mensaje, cada reseña, cada vez que me elegís entre tantos libros… Gracias. Este camino no tendría sentido sin vosotros.

Gracias a quienes me inspiran sin saberlo, a quienes aparecen en el momento justo, a quienes dejan huella en silencio y a quienes me enseñan que escribir también es sanar.

Y gracias a este libro. Por recordarme que incluso en las historias más duras hay luz. Por enseñarme que siempre queda un destello más. Y por permitirme compartirlo con el mundo.

Gracias, por último, a mi tío Pe, que me enseñó que hasta en la oscuridad se puede brillar. Y que la felicidad y las sonrisas no se negocian, hasta con leucemia hay que llevarlas por bandera. Te quiero.

SOBRE LA AUTORA

Estrella Correa nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En 2016 autopublica su primer libro, Un gin-tonic, por favor; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Poco a poco, el éxito de sus novelas la lleva a distanciarse de la abogacía y a transformar su hobby en su profesión.

Ha tenido contratos con editoriales, pero actualmente todos sus libros están disponibles en exclusiva en Amazon en dos formatos: papel y digital. Apuesta por esta plataforma y reconoce que gracias a ella comprueba día a día que su trabajo llega a miles de personas y que además da frutos.

Su trilogía "Un gin-tonic, por favor", publicada con Ediciones Coral en una edición especial y completa, fue durante varias semanas de 2018 y 2019 el ebook de ficción más vendido en España según Bookwire España.

Su novela "Anoche soñé mariposas" (mayo 2020) ha sido la novela con más reseñas y valoraciones del PLAS 2020 (Premio Literario Amazon Storiteller). Actualmente está retirada del mercado y será publicada por el sello Vergara de la editorial Penguin Random House el 13 de mayo de 2021.

El 19 de octubre de ese mismo año (2020) la revista Vogue Bussines se hace eco en un artículo de las ocho mujeres escritoras autopublicadas más destacadas de la plataforma Amazon.es entre las que se incluye a Estrella Correa.

Libros publicados:

Un gin-tonic, por favor
Bésame, por favor
Quédate conmigo, por favor
Recuérdame, por favor
Ni por favor ni leches
Más Almas, por favor

Nerea y las estrellas
La estrella de Nerea

Cualquiera menos tú
Todos menos tú

Anoche soñé mariposas

Tú y yo en la Gran Manzana
Amor en Manhattan
Mi chica del SoHo
Un corazón en Nolita
Mil besos en TriBeCa

Despiértame a besos
Despiértame a sueños

Jódase, señor Ward
Jódase, señor Baker
Jódase, señor Cross

Sexi Navidad en Nueva York

Imborrables

Te juro que no era amor

Puedes seguir a la autora en las redes sociales:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora

Instagram: @estrellacorreaescritora

X: @EstrellaCorreaS

Tiktok: estrellacorreaescritora